

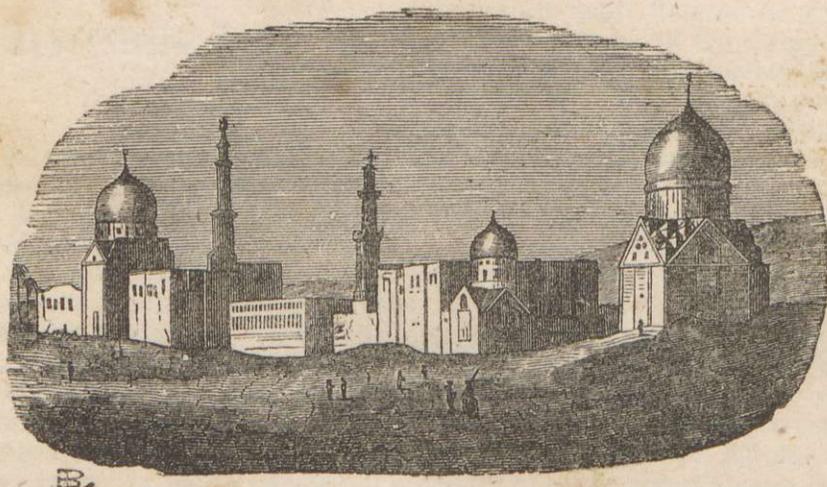
IMPRESIONES
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

QUINCE DIAS EN EL SINAI.



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES

DE VIAGE

POR ALEJANDRO BARRAS

IMPRESA DE BARRAS

PARIS EN LA CALLE DE LA HARPE

ANNO 1788



MADRID 1788

ESTABLECIMIENTO Y OBRERA DE BARRAS
CALLE DE LA HARPE, 1788

IMPRESIONES DE VIAGE.

QUINCE DIAS EN EL SINAI.

POR A. DUMAS Y A. DANZATS.

PARTE PRIMERA.

I.

ALEJANDRÍA.

Como á las seis de la tarde del 22 de abril de 1830, nos sorprendió en medio de nuestra comida el grito de *tierra, tierra!* dado á bordo del brick *el Lancero*, que nos conducia á Mrs. Taylor, Mayer y á mí, á Egipto. Subimos precipitadamente sobre cubierta, y á los últimos rayos del sol que se iba á poner, saludamos el antiguo país de los Ptolomeos.

Alejandría es una playa de arena, una gran faja dorada estendida á flor de agua: á su estremidad izquierda, semejante al extremo de una media luna, avanza la punta de Canope ó de Aboukir, segun que se ocurra á la imaginacion la derrota de Antonio ó la victoria de Murat. Mas próximo á la ciudad se eleva la columna de Pompeyo, y el obelisco de Cleopatra, únicas ruinas que quedan de la ciudad del Macedonio. Entre estos dos monumentos, junto á un bosque de palmeras, está el palacio del virey, edificio blanqueado, mezquino y malo, edificado por arquitectos italianos. En fin, al otro lado del puerto se destaca sobre el azul del cielo una torre cuadrada, edificada por los árabes, al pie de la que desembarcó el ejército francés mandado por Bonaparte. En

cuanto á Alejandría, esa antigua reina del Bajo Egipto, avergonzada sin duda de su esclavitud, se oculta tras las olas del desierto, en medio de las que se levanta como una isla de granito sobre un mar de arena.

Todo esto habia ido saliendo de la mar, y como por mágia, á medida que nos aproximábamos á la costa; y sin embargo, no habiamos pronunciado una palabra; tantas ideas se agolpaban á nuestra imaginacion, tanta alegría henchia nuestro pecho. Es preciso ser artista, haber pensado largo tiempo en semejante viage, haber tocado, como acabábamos de hacerlo, en Palermo y Malta, esas dos escalas del Oriente, y haber visto, por último, aparecer á la caida de la tarde de un hermoso dia, con una mar tranquila, rodeada de un horizonte iluminado como por el reflejo de un vasto incendio, ardiente y desmantelada, aquella antigua region del Egipto, misteriosa progenitora del género humano, al que ha legado como un enigma el secreto indescifrable de su civilizacion; es preciso haber visto todo esto con ojos cansados de Paris, para comprender lo que nosotros experimentamos al aspecto de aquella costa, que no se parece á ningun paisage conocido.

No volvimos de nuestra absorta contemplacion sino para ocuparnos de los preparativos del desembarco; pero el capitán Bellanger nos detuvo sonriéndose al ver nuestro apresuramiento. La noche, que desciende con tanta rapidez en los climas orientales, comenzaba á oscurecer aquel brillante horizonte, y á lo

últimos destellos del día, veíanse las espumosas aguas, semejantes á olas de plata, estrellarse contra una cadena de rocas que cierra casi completamente el puerto. Hubiese sido muy imprudente aventurarse á franquear la rada, aun con un piloto turco, y habia cien probabilidades contra una para asegurar que, no participando de nuestra impaciencia, ninguno de aquellos guías marinos se atreveria de noche á ir á bordo de nuestro buque.

Fué necesario, pues, tener paciencia hasta el día siguiente. Ignoro lo que hicieron mis compañeros de viage; por lo que hace á mí, no dormí ni un minuto. Durante la noche subí al puente dos ó tres veces, y siempre esperando ver algo á la débil claridad de las estrellas; pero ni una luz se distinguia en la ribera, ni un rumor llegó hasta mí de la ciudad: se hubiera creído que estábamos á cien leguas de tierra.

Por fin apareció el día. Una niebla amarillenta cubria todo el litoral, que no se distinguia más que por una prolongada línea vaporosa de un tinte mas oscuro. No obstante maniobramos hácia el puerto, y poco á poco el velo que cubria aquella misteriosa Isis, sin elevarse, se hizo menos denso, y como á través de una gasa cada vez mas trasparente, volvimos á ver paulatinamente el paisaje del día anterior.

No distábamos ya mas que unas cien brazas de aquellos escollos, cuando por fin apareció nuestro piloto. Aproximábase en una lancha conducida por cuatro remeros, la cual tenia en su proa pintados dos ojos grandes, cuya mirada estaba fija en el mar, como para descubrir en él sus mas ocultos escollos.

Era aquel el primer turco que veia, porque no consideraba como verdaderos turcos los vendedores de dátiles que habia encontrado en los boulevarts, ni los enviados de la Sublime Puerta que habia visto alguna vez en el teatro; así que veia yo aproximarse aquel digno musulmán con esa sencilla curiosidad del viajero que cansado de los hombres y de las cosas que ha visto, y habiendo recorrido ochocientas leguas para ver nuevas cosas y otros hombres, se apodera de lo pintoresco así que lo encuentra, y da palmadas por haber hallado al fin esa cosa estraña, ese objeto desconocido que de tan lejos ha ido buscando.

Era este, por lo demas, un digno hijo del Profeta, con su luenga barba, su trage ancho y brillante, sus movimientos pausados y reflexivos, y sus esclavos para que le rellenasen la pipa y llevasen el tabaco. Luego que llegó á nuestro buque, subió gravemente por la escala, saludó, cruzándose los brazos sobre el pecho, al capitán, á quien reconoció por el uniforme, y fué á sentarse al timon, en cuya barra le cedió nuestro piloto su sitio. Marchaba yo detrás de él sin dejar de mirarle, cuando á los pocos instantes vi que se contraía su rostro como si tuviere atravesado en la garganta

un cuerpo estraño que no pudiese tragar ni arrojar; por fin, despues de estraordinarios esfuerzos, pronunció estas dos palabras: *á la derecha*. Muy á tiempo las pronunció: un minuto mas, y le estrangulan. Despues de una ligera pausa, volvió á atacarle el mismo paroxismo; pero entonces ya fué para decir: *á la izquierda*. Estas eran las únicas palabras francesas que habia aprendido: por lo que se ve que su educacion filológica se habia limitado á lo estrictamente necesario.

Este vocabulario, por mas reducido que fuese, bastó, sin embargo, para hacernos abordar á un muelle escelente. El baron Taylor, el capitán Bellanger, Mayer y yo, nos lanzamos á la chalupa, y de la chalupa á tierra. Lo que pasó por mi cuando toqué en tierra, seria imposible de describir; ademas, no tuve tiempo de profundizar mis sensaciones, porque un incidente inesperado vino á sacarme de mi éxtasis.

En el puerto mismo, á la manera que vemos en París á nuestros cocheros de berlinas, cabriolés y ómnibus, alquiladores de burros están esperando á los que arriban. Se ven por todas partes en donde el hombre puede desembarcar: en la torre Cuadrada, en la columna de Pompeyo, en el obelisco de Cleopatra. Pero preciso es confesarlo en alabanza suya, esceden aun en amabilidad y pertinacia á nuestros cocheros de Sceaux, de Pantin y Saint-Denis. Antes que hubiese podido volver en mí, ya habia sido cogido, trasportado y montado sobre un burro, arrebatado de mi cabalgadura, trasladado á otra, derribado de esta sobre la arena, y todo esto acompañado de gritos y de golpes que se sucedieron tan rápidamente, que no habia tenido tiempo de oponer la menor resistencia. Aproveché el momento de tregua que me proporcionaba el combate que se verificaba sobre mi cuerpo para mirar á mi alrededor, y vi á Mayer en una situacion todavía mas critica que la mia: le habian aprisionado rigorosamente, y á pesar de sus gritos, era llevado al galope por un burro y su alquilador. Acudí á su socorro y conseqni sacarle de manos del infiel; inmediatamente huimos por la primera calle que se nos presentó para librarnos de aquella octava plaga de Egipto, que Moisés no nos previno; mas no tardamos en ser alcanzados por nuestros hombres, quienes para obrar con mas celeridad, habiendo montado en sus cuadrúpedos, tenían sobre nosotros la ventaja de la caballería sobre la infantería. Y no sé lo que ya hubiera pasado, si unos buenos musulmanes, reconociéndonos por nuestro trage como franceses, no se hubiesen apiadado de nosotros, y sin dirigirnos la palabra, sin manifestarnos ni con un gesto sus buenos sentimientos para con nosotros, no hubieran acudido á nuestro socorro apartando á nuestros officiosos asaltantes con sendos latigazos dados con vergajos de hipopótamo. Verificado el hecho á nuestra satisfaccion, continuaron su ca-

mino sin esperar nuestras muestras de agradecimiento.

Penetramos entonces en la ciudad; pero no habíamos andado por ella cien pasos, cuando conocimos la imprudencia que habíamos cometido rehusando nuestras monturas; los burros son los cabriolés del país, y es imposible atravesar sin ellos por el barro. Consiste en que á causa del excesivo calor tienen queregar las calles cinco ó seis veces al día: esta medida de policía está confiada á los fellahs, que se pasean, con un pellejo bajo cada brazo, y los oprimen uno despues de otro para que salga el agua que contienen, acompañando esta eyaculación alternativa con una doble frase árabe que pronuncian con un tono monótono, y que quiere decir: *Cuidado por la derecha, cuidado por la izquierda*. Consecuencia de esta irrigación portátil, que da á aquellas buenas gentes el aspecto de nuestros gaiteros, el agua y el polvo forman una especie de argamasa romana, de que solo pueden salir con gloria los burros, los caballos y los dromedarios; en cuanto á los cristianos, aun se defienden de ella, gracias á sus botas; pero los árabes dejan allí sus babuchas.

Sin embargo, nos hallábamos al principio de nuestras desventuras; al salir de la calle sucia y estrecha en que nos habíamos empeñado, caímos en medio de un bazar infecto; en uno de esos focos mefíticos de los que una ó dos veces por año va la peste á sacar los miasmas pútridos que esperece en seguida por toda la ciudad: por mas que nos apresuramos á atravesar por él, presentaba tal hacinamiento de fardos, burros, mercaderes y dromedarios, que durante algunos momentos fuimos lanzados, maltratados y aplastados contra las tiendas, sin poder adelantar un paso. Ibamos á tomar el partido de volver atrás, cuando vimos el kadi, que como en las *Mil y una Noches* rondaba á la cabeza de sus kaffas. Apenas observó que la via pública estaba obstruida, se dirigió hácia el sitio del atasco, y con una imparcialidad admirable se pusieron él y sus ayudantes á descargar sendos palos sobre el lomo de los animales y las cabezas de aquellas gentes. Como el medio era eficaz, se practicó una brecha; el kadi pasó el primero, nosotros le seguimos; restablecióse la circulación detrás de nosotros, como un río que vuelve á seguir su curso. A los cien pasos, el kadi tomó por la derecha y nosotros por la izquierda, él para despejar un nuevo aglomeramiento, y nosotros para ir en casa del cónsul.

Seguimos por espacio de una media hora por calles estrechas, irregulares y tortuosas, cuyas casas tienen todos los aleros salientes, cuyas curvas avanzando de piso en piso llegan hasta la parte superior del edificio; lo cual cierra de tal modo el espacio por la parte alta, que la luz está casi completamente interceptada. En nuestro camino encontramos

algunas mezquitas, en general poco notables; solo hay dos ó tres en la ciudad que están adornadas con *madenehs* (1), pero poco elevados y que no tienen mas que una galería. A sus puertas, que jamás atravesó un giaoun, estaban sentados verdaderos creyentes que fumaban ó jugaban al *mangallah* (2); en fin, despues de haber empleado casi una hora desde el puerto, llegamos á casa del cónsul.

Mr. de Mimant nos recibió con una amabilidad extraordinaria. Literato distinguido, arqueólogo infatigable, defensor celoso no solo de los derechos, sino tambien de la dignidad de nuestra nacion, todo francés estaba seguro de encontrar en él hospitalidad como viajero, protección como compatriota. Nos recibió en una grande habitacion que habian ocupado en otro tiempo Bonaparte, Kleber, Murat, Junot y algunos de los generales mas valientes y mas célebres de nuestra expedición. Casi todos al llegar adoptaron la vida oriental y el uso del café y las pipas, que constituyen las mas comunes distracciones de ella. Fumaban sentados en anchos divanes colocados todos alrededor de la habitacion, y se nos enseñó en diferentes sitios del piso las señales que el fuego de sus largas pipas habia dejado allí. Cito este detallé para probar de qué modo las menores particularidades de nuestra permanencia en Egipto han quedado en la memoria de sus habitantes.

Despues de tener una conversación tan animada como la que se entabla entre los compatriotas que se encuentran á mil leguas de su país, y en la que Mr. Taylor espuso los motivos de su viage y la mision de que iba encargado cerca del pachá, hicimos buscar guías y burros; porque ya estábamos hartos de los viages á pie, y nos dirigimos en seguida hácia la puerta Mahmudia, que conduce á las ruinas de la antigua Alejandria. Una vez libres del lodo é instalados pacíficamente en nuestras monturas, pudimos entregarnos á hacer observaciones, mas curiosas en Egipto que en ninguna otra parte. Para nosotros parisienses, todo era objeto de sorpresa: el órden físico y social nos parecieron trastornados; admirábamos un cielo y una tierra como no se ven en otra parte, un idioma que no tiene analogía con ningun otro, costumbres que no existen mas que allí, un pueblo que parece haber tomado nuestra vida al contrario. Entre nosotros se llevan los cabellos largos, la barba afeitada, los musulmanes se afeitan la cabeza y dejan crecer su barba. Nosotros castigamos la bigamia y marcamos con el deshonor el concubinage; ellos procla-

(1) Especie de campanario de lo alto del cual el muezzín llama á los fieles á la oración.

(2) Pedazo de madera macizo, cuadrilongo, comunmente de cedro ó de encina, está horadado por agujeros semi-esféricos, y alguna vez incrustado de nácar. Es una especie de tric-trac al que cada jugador juega con treinta y seis conchas.

man la una, y no ponen al otro ningun limite. La muger es en nuestra existencia una esposa, una hermana, una amiga; en la suya, no es mas que una esclava, esclava mas desgraciada que todas las demas; su vida es la de una prisionera: nadie mas que su señor se aproxima á su habitacion. Es mas desventurada cuanto mas hermosa, porque entonces su existencia pende de un cabello: ¡si levanta su velo, su cabeza cae!

Al salir por la puerta Mahmudia, torcimos algunos pasos para ver un montecillo que todavia lleva hoy el pomposo nombre de Fuerte Bonaparte. Alejandria es una ciudad que está situada tan baja que los ingenieros franceses no tuvieron mas que amasar algunas pelladas de tierra y coronarlas con una bateria para obligarla á rendirse. Pagados nuestros honores y deberes á aquel recuerdo moderno, nos dedicamos completamente á la antigüedad.

La antigua Egipto, la Egipto venida de la Etiopia por el Nilo, no existe mas que en las ruinas de Elefantina y Tebas. Menfis la troyana les habia sucedido, y bajo sus muros habia visto caer con Psammenit el imperio de los Faraones, legado por Cambises á sus sucesores. Reinaba Darío; su monarquia se extendia del Indus al Ponto Euxino y del Jaxartes á la Etiopia. Continuando la obra de sus predecesores, que hacia ciento cincuenta años tenian en servidumbre la Grecia Asiática y atacaban á la Grecia Europea ya con ejércitos de millones de hombres, ya con el oro y la intriga, Darío meditaba una tercera invasion, cuando en una provincia de esa Grecia, limitada al Oriente por el monte Athos, al Poniente por la Iliria, al Norte por el Hæmus y al Mediodia por el Olimpo, apareció un jóven rey de veinte y dos años que resolvió destruir aquel inmenso imperio, y hacer lo que Cimón, Agesilao y Filipo habian intentado en vano. Este jóven rey se llamaba Alejandro.

Levanta treinta mil hombres de infanteria, cuatro mil y quinientos de caballeria, reúne una escuadra de ciento sesenta galeras, se proporciona setenta talentos, toma viveres para cuarenta dias, parte de Pella, costea Amfipolis, pasa el Strimon, atraviesa Hiber, llega en veinte dias á Lestu, desembarca sin oposicion en las costas del Asia Menor, visita el reino de Priamo, corona de flores la tumba de Aquiles, su abuelo materno, atraviesa el Granico, derrota á los sátrapas, mata á Mitridates, somete Ila Misis y la Lidia, toma á Sardes, Mileto, Hicarnaso, somete la Galacia, atraviesa la Capadocia, subyuga la Cilicia, vuelve á encontrar en las llanuras de Issus á los persas, que arroja ante sí como un torbellino, sube hasta Damasco, vuelve á bajar hasta Sidon, toma y saquea á Tiro, da tres veces la vuelta al rededor de las murallas de Gaza, arrastrando su carro á su gobernador Bætis, como en otro tiempo habia hecho Aquiles con Hector; va á Jerusalem y á Menfis, hace sacrificios al dios de

los judios y á los dioses de los egipcios, vuelve á bajar por el Nilo, visita á Canope, da la vuelta al lago Mareotis, y arriba á su orilla septentrional, admirado de la belleza de aquella playa y de la fortaleza de su situacion, se decide á dar una rival á Tiro, y encarga al arquitecto Dinócrates edifique una ciudad que se llamara Alejandria.

El arquitecto obedece; traza un recinto de quince mil pasos, al cual da la forma de una capa macedonia, corta su ciudad por dos calles principales, á fin de que los vientos etesios que soplan del Norte pudiesen refrescarla. La primera de estas calles se extendia desde el mar al lago Mareotis, y tenia diez estadios ó mil cien pasos de longitud; la segunda atravesaba la ciudad en toda su estension, y tenia cuarenta estadios ó cinco mil pasos de un extremo á otro. Los dos tenian de ancho cien pies.

Y la ciudad naciente no se extendió poco á poco como las demas ciudades, sino que surgió de repente. Alejandro echó sus cimientos, partió para el templo de Ammon, se hizo reconocer como hijo de Júpiter, y cuando volvió, la nueva Tiro estaba edificada y poblada. Entonces el fundador continuó su victoriosa marcha. Alejandria, tendida entre su lago y sus dos puertas, oyó el ruido de sus pasos que se dirigian hácia el Eufrates y el Tigris, una ráfaga de viento oriental la llevó el rumor de la batalla de Arbellas; percibió como un eco la caída de Babilonia y de Suza; vió resplandecer al horizonte el incendio de Persépolis, y por último aquel ruido lejano se perdió tras Ecbatane, en los desiertos de la Media, al otro lado del rio Ariud.

Ocho años despues, Alejandria vió entrar en su recinto un carro fúnebre, rodando sobre dos ejes al rededor de los que giraban cuatro ruedas á lo persa, cuyos rayos y llantas eran doradas. Cabezas de leones, de oro macizo, cuya boca mordía una lanza, formaban el adorno de los cubos de las ruedas. Tenia el carruagé cuatro lanzas, en cada una de las que estaba sujeta una cuádruple fila de yugos, y enganchadas á cada yugo cuatro mulas. Todas llevaban en la cabeza una corona de oro, campanillas tambien de oro á cada lado del cabezon, y alrededor del cuello collares recargados de piedras preciosas. Sobre este carro habia un templete abovedado, todo de oro, de ocho codos de ancho y doce de largo; la cúpula estaba adornada de rubies, carbunclos y esmeraldas. Delante de este templete habia un peristilo del mismo metal, sostenido por dos columnas de orden jónico, y en este peristilo cuatro cuadros. El primero de estos cuadros representaba un carro ricamente trabajado; un guerrero estaba sentado en él teniendo en la mano un magnífico centro; alrededor de él marchaba la guardia macedonia completamente armada y el escuadron de los persas; la vanguardia la formaban

los oplitas. El segundo cuadro se componia de la falange de los elefantes armados para la guerra, conduciendo sobre su cuello los indios, y á la grupa los macedonios cubiertos con sus armas. Habianse figurado en el tercero cuerpos de caballería imitando las maniobras y las evoluciones del combate. En fin, el cuarto representaba navios en órden de batalla, y prontos á atacar á una flota que se divisaba en lontananza. Encima de este templete, es decir entre el techo y la parte superior, todo el espacio estaba ocupado por un trono de oro cuadrado, adornado con figuras de relieve de las que pendian anillos de oro, y por estos anillos pasaban guirnalda de flores, que se renovaban todos los dias. Remataba todo en la parte superior en una corona de oro, de una dimension bastante grande para que un hombre de alta estatura pudiese estar de pie en el hueco que formaba, y cuando la luz del sol daba en su parte superior despedia muy lejos sus reflejos en forma de rayos. En fin, en este templete habia un féretro de oro macizo, en el que y sobre aromas estaba tendido el cadáver de Alejandro.

Uno de los doce capitanes á quienes la muerte de su general habia hecho reyes era el que presidia el duelo; en aquella gran particion del mundo que se habia ejecutado al rededor de un féretro, Ptolomeo, hijo de Lago, habia tomado para sí el Egipto, la Cirenaica, la Palestina, la Fenicia y el Africa. Despues, como un palladium que debia durante tres siglos y medio conservar el imperio á sus descendientes, habia torcido el camino del cuerpo de Alejandro; le llevaba á pedir una tumba á aquella ciudad á la que él habia dado una cuna.

A contar desde este dia, Alejandria recibió el dictado de reina, como lo habia sido Tiro, como lo era Atenas, como debia serlo Roma: cada uno de sus diez y seis reyes y sus tres reinas añadieron una piedra preciosa á su corona. Ptolomeo, llamado Soter ó Salvador por los rodios, mandó edificar la torre del Faro, unió por medio de un muelle la isla al continente, trasladó de Sinope á Alejandria las imágenes del dios Serapis, y fundó la famosa biblioteca que fué quemada por César. Ptolomeo II, llamado irónicamente Filadelfo por sus persecuciones á los príncipes de su familia, reúne, hace traducir al griego los libros hebreos, y nos legó la version de los Setenta; Ptolomeo III, llamado el Bienhechor, va á buscar al corazon de la Bactriana y traslada á los bocas del Nilo los dioses del antiguo Egipto, arrebatados por Cambises. El teatro, el museo, el gimnasio, el estadio, el panteon, los baños, se construyeron en tiempo de sus sucesores. A través de una inmensa estension de terreno se abrieron seis canales; cuatro iban del Nilo al lago Mareotis; el quinto conducia de Alejandria á Canope; en fin, el sexto atravesaba el istmo en toda su estension, cor-

taba el arrabal Rhacolis, y partiendo del puerto Kibetos, iba á desaguar en el lago, inmediato á la puerta del Sol.

Hoy no queda de la antigua ciudad mas que el muelle, agrandado y solidificado por terrenos y sobre el que está edificada la nueva ciudad. En medio de ruinas casi informes, las que sin embargo, se conoce haber sido los baños, la biblioteca y los teatros, no ha quedado en pie mas que la columna de Pompeyo y uno de los obeliscos de Cleopatra, porque el otro yace derribado y medio enterrado en la areua. Toda la parte que era en otro tiempo una isla, en cuyo centro y extremo oriental se elevaba la ciudadela, y aquella famosa torre del Faro, que iluminaba á treinta mil pasos de distancia, no es mas que una playa escueta y árida, que avanza en forma de media luna para ceñir la nueva ciudad.

La columna de Pompeyo es un trozo de mármol coronado por un capitel corintio y que descansa sobre un sólido pedestal compuesto de restos antiguos y fragmentos egipcios. El título que lleva y que la ha sido dado por los viajeros modernos no tiene relacion alguna con su origen, que si se ha de creer la inscripcion griega que hay en él, remonta únicamente á Diocleciano; hácia la parte Sur ha sufrido una inclinacion de cerca de siete pulgadas; por lo demas, ni el capitel ni la base se llegaron jamás á concluir. En cuanto á su altura no la he medido; pero se eleva dos tercios mas que las palmeras que crecen á su rededor.

Los obeliscos de Cleopatra, uno de los cuales como hemos dicho está todavía en pie, y el otro derribado, son de granito rojo con tres columnas con caractéres en cada cara: Faraon Moris fué quien mil años antes de Cristo, las sacó de las canteras de la cadena libica, como de un estuche y las alzó con su potente mano ante el templo del Sol. Dícese que Alejandria las envidió á Menfis, y Cleopatra, á pesar de las murmuraciones de la ciudad madre, se las arrebató como joyas que no era ya bastante bella para poseer. Los lisos antiguos que servian de base á estos obeliscos existen todavía y descansan sobre un zócalo de tres escalones: son de construccion greco-romana y vienen á apoyar con su fecha arquitectónica la tradicion popular, que hace remontar su segunda creccion al año 38 ó 40 antes de Jesucristo.

Vagábamos hacia ya cerca de dos horas por en medio de aquellas ruinas, con nuestro Strabon y nuestro Plutarco en la mano, cuando se fijaron mis ojos por casualidad en el pantalon blanco de Mayer; estaba negro desde los pies á las rodillas, y gris desde la rodilla á lo alto del muslo. Al principio creí que presuroso por visitar las ruinas, se habia quedado con el que habia atravesado las fangosas calles de Alejandria; mas prestando una atencion mas seria al fenómeno, no tardé en

ver que aquel tinte oscuro que iba aclarando á medida que se alejaba del suelo, era variable y debía reconocer una causa especial. Inmediatamente y como por instinto dirigí mi vista al mio, una sola mirada me bastó para conocer la espantosa realidad: estábamos plagados de pulgas.

Lo mejor que podíamos hacer en semejante apuro, era irnos inmediatamente á los baños de los que habíamos oído hablar tan frecuentemente como de un delicioso recreo; así apenas espuso la idea uno de los dos, fué adoptada unánimemente por la caravana. Hicimos seña á nuestros guías de que nos acercaran los burros, montamos en ellos con más ó menos destreza, según nuestros estudios sobre equitación y nuestros recuerdos de Montmorency, y volvimos al galope hácia la ciudad; mas apenas comunicamos á nuestro intérprete la intencion que teníamos, su rostro tomó una espresion de espanto muy alarmante: los baños estaban cerrados todo el día, y corría riesgo nuestra cabeza si intentábamos hacerlos abrir. He aquí la causa de esta prohibicion.

El viernes es el domingo de los turcos. Ahora bien, el Koran ordena á todo buen musulman llene sus deberes conyugales durante la noche del viernes al sábado, bajo pena de pagar al entrar en el paraiso un camello por cada vez que faltara á esa prescripcion: resulta de aquí que el sábado está consagrado á las abluciones femeninas, y los baños reservados esclusivamente á la purificacion de los harenes. En su consecuencia, vimos pasar verdaderos rebaños de mugeres cubiertas con un manto de seda negro ó blanco, calzadas con borceguies amarillos, velado el rostro con un lienzo de pie y medio de largo y del ancho de la cara; esta especie de mascarilla cuelga por delante del rostro desde los ojos, y está unida al velo que cubre la frente por una cadena de oro, de perlas ó de conchas, según la fortuna ó el capricho de la que lo lleva. Aquellas mugeres, que no salen jamás á pie, iban montadas en burros y conducidas por un eunuco, que marchaba á la cabeza con un palo en la mano. Vimos algunos de aquellos escuadrones en que se contaban sesenta, ochenta y aun cien mugeres: algunos iban seguidos de sus dueños, lo cual, vista la circunstancia religiosa á que hacía alusion esta salida, nos pareció el colmo de la fatuidad de parte de estos últimos.

II.

LOS BAÑOS.

Al día siguiente me presenté en los baños así que que se abrieron. Despues de las mezcuitas, son los baños los mas bonitos monu-

mentos de las ciudades orientales. Al que me condujeron era un vasto edificio de una arquitectura sencilla y cubierto de ingeniosos adornos; se entra primero en un gran vestibulo con habitaciones á derecha é izquierda donde se deja la capa. En el fondo, y frente á la entrada, hay una puerta herméticamente cerrada; franqueada, se entra en una atmósfera mas caliente que el aire exterior. Al llegar allí todavía es tiempo de retirarse, pero una vez que se ha puesto el pie en uno de los gabinetes que están contiguos á esta habitacion, ya no dispone uno de sí mismo. Se apoderan de vosotros dos criados, y os convertís en cosa del establecimiento.

Eso es lo que me sucedió con gran admiracion mia; apenas hube entrado, dos vigorosos bañeros se apoderaron de mi cuerpo; en un instante me encontré completamente desnudo, y en seguida el uno me ató una faja de lienzo á la cintura, mientras que el otro me calzaba un par de patines colosales, que me hicieron crecer en el acto un palmo. Este calzado nada común, no solo me hizo imposible ya toda fuga, sino que, habiéndome elevado tan extraordinariamente, ni aun hubiera podido conservar mi centro de gravedad, si mis dos esclavos no me hubiesen sostenido cogiéndome ambos por bajo los brazos. Estaba cogido, y ya no me era dado retroceder; me dejé conducir.

Pasamos á otra habitacion; pero una vez en ella, cualquiera que fuese mi resignacion, era tan intenso el vapor y el calor tan grande, que sentí me sofocaba. Creí que mis guías se habian equivocado y habian entrado en un horno; quise desasirme, pero mi resistencia habia sido prevista; por otra parte, no estaba yo ni con traje ni en situacion favorable para sostener la lucha; así que me di por vencido. Verdad es que á pocos momentos quedé admirado al sentir, á medida que el sudor me corría por el cuerpo, que me volvía la respiracion y se me dilataban los pulmones. De este modo pasamos á cuatro ó cinco habitaciones, cuya temperatura seguía una marcha progresiva y tan rápida, que al fin comencé á creer que el hombre habia estado en un error en cuanto á su elemento por espacio de cinco mil años, y que su verdadero destino era ser cocido ó asado. Por último, entramos en la estufa; era aquí tan espeso el vapor, que al pronto no pude percibir nada á dos pasos de mí, y tan insoportable el calor, que me sentí desmayar. Cerré los ojos y me dejé ir á merced de mis guías, que todavía me hicieron dar algunos pasos, me quitaron el cinturon, me desataron los patines, y me tendieron medio desmayado sobre el estrado que se elevaba en el centro de la habitacion, y que se parecia á la mesa de mármol de un anfiteatro.

Sin embargo, al cabo de cortos instantes comencé á habituarme á aquella temperatura infernal. Me aproveché de la vuelta gradual

de mis facultades para dirigir discretamente una mirada alrededor. Como los demas órganos, mi vista se familiarizaba con la atmósfera que me rodeaba, de tal modo, que á pesar del vapor conseguí ver distintos los objetos que habia á mi inmediacion. Mis dos verdugos parecian haberme olvidado momentáneamente; veíalos yo ocupados al otro extremo de la habitacion, que se me ocurrió aprovecharme de aquel momento de descanso que tenian á bien concederme.

Me orienté, pues, poco á poco, y concluí por darme cuenta de mi situacion: estaba en el centro de un gran salon cuadrado, incrustado hasta la altura de un hombre, de mármol de diferentes colores; surtidores abiertos derramaban continuamente sobre las baldosas una agua humeante que iba á caer en los cuatro rincones del salon en otros tantos recipientes semejantes á calderas en cuya superficie veia agitarse cabezas rasuradas que espresaban su gozo con los mas grotescos gestos de su fisonomía. Estaba yo tan ocupado con aquel cuadro, que presté muy poca atencion á la vuelta de mis dos bañeros. Volvian hácia mí llevando el uno una artesa ancha de madera en que habia hecho disolver jabon, y el otro un paquetito de lino muy fino cardado. De repente pareció que atravesaban mi cabeza, mis ojos, nariz y boca millares de agujas; era el bribon del bañero que acababa de inundarme el rostro con aquella preparacion, y que mientras su compañero me sostenia por los hombros, me frotaba con furor la cara, los cabellos y el pecho. Era el calor tan insoportable que me volvió toda mi energía. Me pareció ridículo dejarme jabonar de aquel modo sin defenderme. Separé al uno de un puntapie, derribé al otro de un puñetazo, y no viendo otro remedio á mi mal que una inmersión completa, me dirigí hácia aquella de las cuatro pilas que me pareció mejor situada y me lancé en ella atrevidamente; el agua estaba cociendo. Arrojé un grito al abrasarme, y sosteniéndome en los que estaban inmediatos á mí, y que no comprendian mi agitacion, salté fuera de la pila casi tan rápidamente como habia entrado en ella. Sin embargo, por corta que hubiese sido la ablucion, habia producido su efecto; tenia el cuerpo rojo como un cangrejo cocido.

Quedé un instante estupefacto, creyéndome presa de una pesadilla. Tenia ante mis ojos hombres que se cocian en una especie de hervor, y que parecian recibir el mayor placer con aquel suplicio. Esto confundia todas mis ideas acerca del placer y del dolor, pues lo que era dolor para mí era placer para ellos; así que tomé la resolucíon de no abandonarme á mis impulsos y no creer en mis sensaciones y dejar bucnamente que hicieran conmigo lo que quisieran; encontráronme, pues, pacíficamente resignado mis dos verdugos cuando volvieron á dirigirse hácia mí, y los

seguí sin resistencia á una de las cuatro pilas. En cuanto llegué á los escalones, me hicieron señal de bajar; obedecí pasivamente y me encontré metido en una agua que parecia tener de treinta y cinco á cuarenta grados. Me pareció aquel calor nada mas que mediano.

De esta pila pasé á otra de una temperatura mas elevada, pero soportable aun. Permanecí en ella, como en la primera, tres minutos próximamente. Pasado este tiempo me condujeron mis hombres á la tercera que podría tener diez ó doce grados mas que la segunda; en fin, de esta tercera me dirigieron á la cuarta, que era donde yo habia hecho mi aprendizaje de condenado. Me aproximé á ella con la mayor repugnancia, por mas decidida que fué mi resolucíon de soportarlo todo. Así que cuando iba á meterme comencé por tocar el agua con la punta del pie; me pareció tambien muy caliente, pero no ya al grado con que la habia sentido la primera vez. Me atreví á meter una pierna, despues la otra, por último todo el cuerpo, y me quedé admirado al no sentir la misma cocion. Consistia en que esta vez habia llegado por graduacion habiéndome preparado á aquel calor las otras pilas. Pasados algunos segundos ya no lo sentia, y sin embargo, creo poder asegurar que el agua tenia de sesenta á sesenta y cinco grados; solo si cuando salí mi piel habia aumentado de color, del de amapola habia pasado al carmesí.

Mis dos verdugos me volvieron á coger y me anudaron de nuevo un cinturon por los riñones, despues me rodearon un chal á la cabeza y me llevaron sucesivamente por las salas que habiamos pasado, teniendo cuidado á cada cambio de atmósfera de ponerme un nuevo cinturon y un nuevo turbante. Por fin llegué á la primera habitacion donde habia dejado mis vestidos. Encontré allí una buena alfombra y una almohada; me volvieron á quitar mi cinturon y mi turbante para envolverme todo el cuerpo en un gran peñador de lana, me acostaron como á un niño y en seguida me dejaron solo.

Esperimenté entonces una sensacion de bienestar indefinible: me sentia completamente feliz, pero con tal debilidad que cuando se volvió abrir, como media hora despues, la puerta de mi habitacion, me encontraron exactamente en la misma postura en que me habian dejado.

El nuevo personaje que entraba en la escena era un árabe jóven, vigoroso y bien formado: se aproximó á mi lecho como hombre que tenia que hacer algo conmigo. Le miré con una especie de espanto adelantarse, espanto muy natural en un hombre que acaba de pasar por semejantes pruebas; pero estaba tan débil que ni aun se me ocurrió la idea de incorporarme: comenzó por cogerme la mano izquierda y la hizo chascar todas sus articulaciones; despues pasó á la mano dere-

cha en la que hizo lo mismo. Después de la dislocación de las manos vino la de los pies y de las rodillas; en fin, por un último esfuerzo hábilmente combinado me volví en la postura de un pichón emparrillado, y, al modo que se da el golpe de gracia á un paciente me hizo crujir la espina dorsal. A esta evolución arrojé un grito de verdadero terror; creía tener rota la columna vertebral. Mi verdugo, satisfecho del resultado que había obtenido, abandonó el primer ejercicio para pasar á otro y se puso á sobarme los brazos, las pantorrillas y los muslos con una destreza admirable; duraría esto un cuarto de hora, pasado el cual me dejó. Me encontraba todavía más débil que antes; además todas las articulaciones me dolían. Quise atraer la alfombra para cubrirme; no tuve fuerzas para ello.

Un criado me trajo café, una pipa y pebetes; después, viéndome desnudo, me arrojó una cubierta de lana sobre el cuerpo y me dejó embriagarme con perfumes y tabaco. Pasé así como media hora entre el sueño y la vigilia perdido en las vagas meditaciones de una embriaguez deliciosa, experimentando un sentimiento de bienestar inesplicable y en un perfecto abandono de las cosas del mundo. Salí de mi éxtasis con la llegada del barbero, que empezó por afeitarme, después me peinó la barba y los bigotes y terminó proponiéndome rasurarme por completo; como no me agradaba este género de ceremonia la proposición quedó sin resultado. Fué reemplazado el barbero por un muchacho de catorce á quince años que entró bajo pretexto de frotarme los talones con piedra pomez. Ignorando completamente su intención ulterior, le entregué mis pies; pero viendo que terminada la operación permanecía de pie y como esperando algo, le pregunté lo que quería; me respondió con una frase árabe de la que no comprendí una palabra. Moví la cabeza en señal de que no entendía; entonces aclaró su proposición con un gesto tan expresivo que no había medio de engañarse acerca de él. Respondí con otro que le envió rodando á diez pasos de distancia.

Al ruido que produjo al caer entró el descoyuntador; le hice señal que quería salir; me trajo mis vestidos y me ayudó á vestirme, porque estaba tan débil y tan delicado aun que apenas podía tenerme en pie. Me volvió á conducir entonces á mi habitación, que daba al vestibulo, donde volví á encontrar mi capa, y en seguida pagué aquel baño que había durado tres horas, por los bañeros, el descoyuntador, el barbero, la pipa, el café, los perfumes, la proposición que se me había hecho y el puntapié que yo había dado, piastra y media, es decir, once sus de nuestra moneda, (unos dos reales).—¡Es maravilloso!

Encontré burros á la puerta, y esta vez no me hice de rogar. Monté en uno y marché

tranquilamente al paso. Aunque eran las diez ó las once de la mañana me parecía que la atmósfera estaba muy fresca. Consistía esto en la transición, y comprendí entonces el fanatismo de los turcos por aquel delcete que á mí me había parecido una fatiga intolerable.

Al entrar en el consulado, supe que seríamos recibidos aquel mismo día por Ibraim-Pachá, en ausencia de su padre que estaba en el Delta. La audiencia era para las doce del día. Me quedaban aun dos horas y las aproveché para echarme en la cama.

A la hora señalada, llegó un oficial del príncipe para conducir la comitiva, y se colocó á la cabeza. Componíase la caravana de Mr. Mimant, del baron Taylor, del capitán Bellanger, Mayer y yo. Acompañábanos dos kaffas, cuyo oficio era separar á palos á los curiosos que hubieran podido impedir la marcha de la embajada.

Una gran variación suntuaria acaba de hacer el pachá. Hacia seis meses próximamente había desterrado el antiguo traje militar y adoptado el nuevo, llamado *nizamgedid*. La comitiva encontró muchos cuerpos de infantería envueltos con ese uniforme que consiste en un manto encarnado, una casaca encarnada, calzón encarnado y bolines encarnados. Este traje ha sido escrupulosamente adoptado, y los regimientos presentan una unanimidad en color bastante agradable. Verdad es que por oposición presentan los rostros de los soldados los más variados matices, desde el cutis blanco mate del circasiano, hasta la tez de ébano del hijo de la Nubia, mas todos los esfuerzos del pachá no han podido aun remediar este inconveniente.

Otro hay que no es menor, y que ya he señalado. Esos regimientos que avanzan por las fangosas calles de Alejandría al son de los tambores, que baten marchas francesas, á pesar de la disciplina que procuran mantener los sargentos colocados entre filas, no solo no pueden guardar el paso sino ni aun conservar las filas. Es la causa de esto, que de cinco en cinco minutos, las chinelas encarnadas de los soldados quedan en el lodo, y sus propietarios se ven obligados á detenerse para no perderlas. Esta continua maniobra que no ha sido prevista por la táctica de infantería, introduce un desorden en las filas del ejército egipcio, que al primer golpe de vista podía confundirse con la guardia nacional del país. La equivocación sería tanto más natural, cuanto que bajo aquel clima ardiente donde todo peso es insostenible, cada uno lleva su fusil á discreción de la manera que le es más cómodo.

Por fin, la comitiva venció todos los obstáculos y llegó al palacio. En el patio encontramos un regimiento que nos esperaba sobre las armas. Pasamos por entre dos filas, subimos la escalera, y atravesamos una serie de salones blanqueados y sin ningún mueble, de

los que cada uno tenia en el centro un surtidor. En la antecámara, se detuvo Mr. Taylor para arreglar los presentes destinados al príncipe Ibrahim. Consistian en armaduras de coroneles de coraceros y carabineros, escopetas y pistolas de combate. Dispuesto esto, entramos en el salon de recepcion.

Era en un todo semejante á las precedentes, y sin otro mueble que un enorme divan, que estaba todo alrededor. En el ángulo mas oscuro de este salon, habia una piel de leon estendida sobre el divan, y sobre la piel de leon, en cuclillas, colgando una pierna por encima de la otra, estaba Ibrahim, con un rosario en la mano izquierda y jugando con la derecha con los dedos del pie.

Mr. Taylor saludó y se sentó á la derecha del príncipe, Mr. de Mimaut á su izquierda, y el resto de la comitiva donde agradó á cada uno. Ni una palabra se pronunció en esta primera parte de la recepcion. Luego que cada uno ocupó su asiento, Ibrahim hizo una seña; trajeron pipas encendidas y se fumó. En los cinco minutos que duró esa operacion, tuvimos tiempo de examinar á nuestro placer al príncipe Ibrahim. Tenia en la cabeza un gorro griego, vestia el nuevo uniforme militar y parecia tener cuarenta años. Era pequeño, rechoncho, robusto, tenia los ojos vivos y penetrantes, el rostro colorado, y el bigote y la barba del color de la piel de leon sobre que estaba sentado.

Cuando concluyeron las pipas se llevó el café. La pipa y el café reunidos constituyen los grandes honores. En las audiencias ordinarias, generalmente no se ofrece mas que lo uno ó lo otro. Bebido el café, se levantó Ibrahim lentamente, fué hácia la puerta, y seguido de Mr. Taylor y de todos nosotros, entró en el salon donde estaban los regalos. Examinó todos sucesivamente con visible satisfaccion; las armaduras de los carabineros adornados con un sol de oro, parece que fué lo que le agradó mas. No obstante, concluido el exámen, pareció que buscaba otra cosa; pero no encontrando lo que buscaba, dirigió algunas palabras á su intérprete, quien volviendo á Mr. Taylor:

—Su alteza, dijo, pregunta si os habeis acordado de traerle vino de Champagne.

—¡Si, de Champagne! ¡de Champagne! añadió el príncipe acompañando estas palabras francesas con un movimiento espresivo de cabeza.

Mr. Taylor respondió que se habia anticipado á los deseos de su alteza, y que ya debian estar guardadas en palacio muchas cajas llenas de botellas de aquel líquido.

Desde entonces se mostró Ibrahim del humor mas encantador: volvió á entrar en el salon de recepcion, habló mucho de la Francia, á la que miraba, decia, como una segunda patria, siendo nieto de una francesa. En seguida, como última muestra de honor, entraron

esclavos con pebeteros encendidos, y aproximándolos á nuestros pechos, perfumaron nuestra barba y nuestro rostro. Terminada esta ceremonia, Mr. Taylor se levantó y se despidió del príncipe llevándose sucesivamente su mano derecha á la frente, á la boca y al pecho, lo cual quiere decir en el lenguaje figurado y poético del Oriente: ¡Mis pensamientos, mis palabras y mi corazon son tuyos!

Despues la embajada volvió al consulado con el mismo orden con que habia salido de él.

Para noche nos invitó Mr. de Mimant á ir al teatro. Habia en Alejandría una compañía que ponía en escena comedias del género vulgar; representábanse aquella noche dos vaudevilles de Scribe.

III.

DAMANHOUR.

Sin embargo, como era forzoso esperar al pachá para que no perdiésemos en Alejandría un tiempo precioso, Mr. Taylor nos envió á Mayer y á mi á diseñar las mezquitas de esa ciudad de las *Mil y una noches* que los árabes llaman *el Masr* y los franceses el Cairo. El 2 de mayo por la mañana dejamos á Alejandría, montados cada uno en un asno, y seguidos de nuestros burreros y nuestro criado Mohammed, que caminaba á pie.

Era este último un jóven nubio, vigoroso, listo é inteligente, que hablaba un poco el francés, y llevaba el traje de su pais; este traje, de los mas sencillos y al mismo tiempo de los mas bonitos, consistia en un calzon blanco y una túnica azul cuyas mangas perdidas estaban levantadas y sostenidas por un cordón de seda que formaba una cruz en medio de la espalda. Su cabeza estaba cubierta de un tarbouch y rodeada de un turbante blanco; llevaba sobre sus espaldas el manto negro, llamado *abad*, y ceñia su talle un cinturón que sujetaba un puñal con mango de marfil; su rostro lleno de espresion y sagacidad, estaba adornado por cabellos negros, largos y flotantes; su bigote caía por ambos lados de su boca perfectamente dibujado, y su barba, escasa en las megillas, se reunia espesa en la parte inferior, donde terminaba en punta.

Ademas de nuestros dos burros y nuestro nubio, todavía estaba reforzada nuestra escolta con dos *cavas*, especies de guardias de corps que pertenecen á la guarnicion de la ciudad, y que el gobernador de Alejandría nos habia dado para facilitarnos los primeros pasos en nuestro viage: vestian un uniforme

particular, semejante al de los antiguos mamelucos, y tenían la misión de obtener para nosotros ayuda y protección de las autoridades turcas. No tardamos en necesitar de sus buenos oficios.

Hacia algunas horas que seguíamos el camino que conduce de Alejandría á Damasco, cuando encontramos el canal Mahmud, que muy bien podría no ser otro que el antiguo Fosa, que conducía las aguas del Nilo de Sche-dia á Alejandría; el desfiladero estaba tomado por tropas turcas, á las que presentamos nuestros *tekeriks* ó pasaportes. Inclínose el jefe ante los geroglíficos de que estaban adornados, y nos comunicó que estábamos en completa libertad para continuar nuestro camino, pero á pie y sin acompañamiento. Pedimos la explicación de aquella extraña decisión, y presentamos de nuevo nuestros pasaportes; á esta segunda exhibición, respondió el jefe, sin dejar de inclinarse, que nuestros pases estaban perfectamente en regla, que llevaban en su centro, es verdad, el plano y la elevación del templo de Salomón, y en sus cuatro ángulos el sello de Saladino, el nema de Soliman, el sable y la mano de justicia de Mahomat; pero que no tenían nada que concerniese á nuestro criado; nuestros burros y los burreros. Llamamos entonces en nuestro auxilio á los cavas; pero les encontramos sin opinión alguna acerca de la cuestión que nos dividía. Sin embargo, nos dieron un consejo, el de ofrecer una docena de piastras al jefe del puesto. Como la piastra egipcia apenas vale siete ú ocho sous de nuestra moneda, no vimos ningún inconveniente en seguir su consejo; además, no tardamos en conocer que era el mejor. Se abrieron las barreras del canal, y pasamos triunfalmente nosotros, nuestros animales y nuestras gentes; en cuanto á los cavas, no pasaron más adelante, limitándose su misión á hacernos abrir las barreras del canal: ya se ha visto como la habían desempeñado. No por eso dejamos de darles el *batchis*, que es la gratificación de Francia, el *trenk-geld* de los alemanes, la propina de España, la llave de oro de todos los países.

Seguimos las orillas del canal, y después de dos horas de marcha por un país monótono y llano, hicimos alto á la puerta de la casa de un griego llamado Tuitza, que nos recibió en su pequeña y cuadrada morada, y nos dió autorización para comer á la sombra, á condición de que nos proporcionásemos nuestro almuerzo, del que tomaría su parte. Esta hospitalidad me recordó la de Sicilia, donde son los viajeros los que mantienen á los posaderos.

Terminado el refrigerio, nos despedimos de nuestro huésped y nos pusimos en camino. El de Alejandría á Damanhour no tiene de notable más que su esterilidad; marchábamos por un mar de arena donde nuestros burros y los hombres se hundían hasta las rodillas. De vez

en cuando alguna abrasadora ráfaga de viento mezclada de polvo nos cegaba al pasar, y en la opresión momentánea de nuestro pecho, conocíamos que acabábamos de respirar el aire cálido del desierto. A trechos, á derecha é izquierda, veíamos sobre puntos elevados, que en los desbordamientos del río se convierten en islas, aldeas formando círculo, cuyas casas de figura cónica, estaban horadadas por agujeritos cuadrados, destinados á dejar penetrar en lo interior la luz estrictamente necesaria y el menor calor posible. En fin, á intervalos desiguales, pero bastante próximos, encontrábamos á orillas del camino algunos sepulcros aislados de solitarios ó dervises, á la sombra de una palmera, religiosa amiga de la tumba, y por encima de la que se cernían dando agudos gritos, una bandada de gavi-lanes.

Serian las tres cuando descubrimos de lejos á Damanhour; era la primera ciudad completamente árabe que íbamos á visitar, porque Alejandría, con su población cosmopolita, no es más que una mezcla de pueblos diversos, cuyo carácter y originalidad se borran poco á poco por el mútuo contacto.

El espejismo nos hacía ver la ciudad como una isla rodeada de agua y de nubes; á medida que nos aproximábamos se disipaban poco á poco los vapores de aquel lago ficticio, y los objetos se nos presentaban bajo su verdadera forma; nuestras sombras se prolongaban con los últimos rayos del sol poniente, las palmeras mecían graciosamente su penacho de verdura movido por la fresca brisa de la tarde, cuando llegamos á las puertas de la ciudad, cuyos elegantes *medenehs* sobresalian por encima de las murallas y de las mezquitas, pifados de listones rojos y blancos alternativamente.

Nos detuvimos un instante antes de atravesar las puertas para contemplar aquel paisaje tan nuevo para nosotros. Un cielo puro, trasparente y de una delicadeza de tonos de que no podría dar idea alguna el pincel; estanques que rodean parte de la ciudad, y que reflejan sus murallas en sus dormidas aguas; largas filas de camellos conducidos por los aldeanos árabes y caminando lentamente por la ciudad, todo daba á aquel maravilloso cuadro un aire de vida, de tranquilidad y de dicha, mas notable aun después de aquel prólogo del desierto que acabábamos de atravesar.

Damanhour no tiene más que una posada, aunque su población es de ocho mil almas. Mohammed, después de habernos hecho atravesar calles de una originalidad salvaje, nos condujo á ese venturoso parador de caravanas de que por la descripción de las *Mil y una noches*, nos habíamos formado de antemano una idea completamente encantadora. Desgraciadamente ni aun pudimos comparar la poesía á la realidad: el parador estaba lleno de tal modo, que no podía alojarse en él ya un

raton, y por mas que dijimos y ofrecimos, nos fué preciso volver atrás. Aunque ya muy desengañados sobre algunas cosas, el recuerdo de la hospitalidad árabe tan frecuentemente alabado por los viajeros y celebrado por los poetas, me vino á la imaginacion é invité á Mohammed á que hiciese algunas tentativas con los propietarios de las casas mejores que encontramos en nuestro camino; pero todas fueron inútiles; nada adelantamos con nuestra proposicion, y muy humillados con las negativas que recibíamos, nos fué forzoso reunirnos á nuestros amigos, que mas prudentes que nosotros y no queriendo dar pasos inútiles, nos esperaban á la puerta de Damanhour. No teníamos dos partidos que escoger: miré á mi alrededor para buscar un sitio favorable para nuestro campamento, y habiendo visto un grupo de palmeras, hice estender nuestras alfombras bajo su follage; en seguida fuí el primero en dar el ejemplo de la resignacion con los decretos de la Providencia ciñéndome el cinturón y tendiéndome con la espalda vuelta á la ciudad inhospitalaria que nos habia rechazado de su seno.

Desgraciadamente, del lado opuesto á la ciudad, y precisamente en el círculo que abrazaba mi rayo visual, se elevaba una encantadora casa árabe cuyas blancas paredes se destacaban sobre un seto de sensitivas de un delicioso matiz verde. No pude resistir al deseo de hacer la última tentativa y envié á Mahommed de embajador al propietario de aquel oasis. Estaba este en la ciudad y en su ausencia sus criados no se atrevian á cargar con la responsabilidad de recibir á un extranjero.

Como media hora despues vi salir de Damanhour y dirigirse hácia donde nosotros estábamos, un caballero ricamente vestido y montado en un magnífico caballo blanco y seguido de numerosa escolta; presumí que era nuestro hombre, é hice colocar á nuestra pequeña caravana, recomendando á todos tomasen el aire mas lastimoso posible, orilla del camino por donde debia pasar. Cuando estuvo á diez pasos de nosotros, le saludamos, nos volvió el saludo, y reconociéndonos por nuestro trage como viajeros francos, se informó del motivo que nos detenia fuera de la ciudad á una hora tan avanzada. Referímosle entonces nuestra mala aventura en los términos mas propios para conmovérle. Nuestra relacion hizo un efecto maravilloso, y aunque la traduccion hubiese debido hacerla perder de su interés, no por eso dejó de invitarnos á que le siguiéramos y fuéramos á pasar la noche en aquella casita blanca de las verdes sensitivas que hacia una hora era el objeto de todos nuestros deseos.

Se nos introdujo primero en una habitacion espaciosa alrededor de la que habia un ancho divan cubierto de esterillas. Estendimos nuestras alfombras por encima; mas á pesar de esta precaucion no equivalia á un colchon

bien mullido. Apenas habíamos acabado aquellos nocturnos preparativos, entraron tres criados llevando cada uno un plato de porcelana cubierto con una tapadera esférica de plata de un precioso trabajo: el uno contenia una especie de guiso de carnero, el otro arroz y el tercero legumbres: dejaron este servicio en tierra, nos sentamos Mayer y yo uno en frente de otro. Un esclavo nos trajo una palangana para lavarnos las manos, y comenzamos nuestro aprendizaje de gastronomía oriental sirviéndonos cada uno con nuestros dedos; lo cual, á pesar de nuestro apetito, quitó un poco de ilusion á nuestra comida. En cuanto á la bebida era sencillamente agua de algibe en una botella con tapon de plata. Terminada la cena, el mismo esclavo nos dió otra vez agua para lavarnos las manos y enjuagarnos la boca; despues trajeron el café y las pipas, y nos dejaron en completa libertad de velar ó dormir.

Nos estuvimos contemplando todavía algun tiempo á través del humo de nuestras pipas: luego, despues de dar gracias por la hospitalidad á nuestro huésped, cerramos los ojos recomendándole al Profeta.

Al dia siguiente me desperté al rayar la aurora y en dos saltos me puse en pie y fuera de la casa. Di la vuelta á la ciudad por encontrar sus mejores vistas; despues de haber dibujado una general hice dos ó tres bocetos de mezquitas, y volví corriendo á unirme con mi caravana y dar la orden de partir. Antes de abandonar la casa quise dar gracias al dueño; pero nuestro sábio musulman estaba en su harem, y por tanto no hubo medio de verle, pregunté su nombre á fin de transmitirle á la posteridad: se llamaba Rustum-Effendi. Di el *batchis* á los esclavos, montamos en nuestras cabalgaduras, y á quinientos pasos de Damanhour nos encontramos en medio del desierto. Caminamos seis ó siete horas por la arena, por fin llegamos á una colina un poco elevada desde cuya cima descubrimos de repente y sin preparacion el Nilo.

A las áridas llanuras sucedian paisajes encantadores: en lugar de algunas palmeras escasas y perdidas en un horizonte abrasado encontrábamos bosques cuyos árboles estaban cargados de fruto, el campo cubierto de mies. El Egipto es un valle en el fondo del que corre un rio, cuyas orillas con un inmenso jardin, que ambos lados roza el desierto; en medio de los bosques de sensitivas y dhalias, por encima de aquellas llanuras de mieses y arroz, revoloteaban pájaros desconocidos de precioso canto, de plumage de rubies y esmeraldas. Numerosos rebaños de búfalos y de carneros, conducidos por pastores demacrados y desnudos, seguian el curso del Nilo, por cuya corriente ascendíamos. Dos enormes lobos atraidos sin duda por el olor del ganado, salieron de un matorral á cincuenta pasos delante de nosotros. Se detuvieron en el camino como para impedirnos el paso y no

emprendieron la fuga hasta que nuestros burreros les arrojaron piedras. Descendía la noche rápidamente, y el camino, cortado por los canales necesarios para el riego, se hacia cada vez mas difícil; en algunos sitios estaba encharcado hasta el punto de hundirse nuestros burros hasta las rodillas caminando muy despacio. A pesar de nuestra repugnancia á andar por aquella especie de pantano nos vimos obligados á echar pie á tierra; bien pronto tuvimos que atravesar verdaderos torrentes; estábamos calados hasta los hombros, y estos baños aunque mas frescos que los de Alejandria eran infinitamente menos agradables. Entonces salió la luna é iluminando nuestro camino dió á aquel maravilloso paisaje un nuevo aspecto. A pesar de las dificultades del camino no podiamos permanecer insensibles á las bellezas de los sitios que atravesábamos; en la cima de las colinas que separan el valle del desierto, veíamos moverse graciosamente las palmeras que se destacaban vigorosamente sobre el fondo del cielo, mientras que á cada paso encontrábamos mezquitas cuya base bañaba el Nilo y que rodeaban en la sombra de su verdura sicomoros de prolongadas ramas inclinadas hácia la arena. Desgraciadamente de cinco en cinco minutos nos sacaba de nuestro éstasis algun canal por donde debíamos bajar ó algunos pantanos en que nos era preciso hundir; de modo que cuando vimos á Rosseta estábamos tan completamente calados que nuestros zapatos, como los de Panurgo, recibían el agua escurrida de nuestras camisas.

A medida que nos aproximábamos á la ciudad nuestras ideas adquirían un tinte mas risueño; nos veíamos ya de antemano en una habitacion bien cerrada donde cambiábamos nuestros vestidos empapados por los de algun buen musulman, porque nuestras maletas estaba en Alejandria y nuestro guardaropa se limitaba á lo que teníamos puesto. Los estómagos por su parte empezaban á gritar hambrientos: recordábamos con delicia nuestra cena de la víspera y pedíamos una semejante aunque tuviéramos que comerla con nuestros dedos; en cuanto á la cama, estábamos tan extraordinariamente cansados que el primer divan que se nos presentara nos hubiese servido perfectamente. Nos hallábamos, pues, como se comprende, dispuestos á acomodarnos con facilidad. Con estas disposiciones llegamos á las puertas de Rosseta. Estaban cerradas. Quedamos como si nos hubiera caído un rayo: de todas las posibilidades, esta clausura era la única que se podia ocurrir á nuestra imaginación: llamamos desesperados; pero los guardas no quisieron oír. Hablamos de *bath-chis*, ese gran medio de conciliación; desgraciadamente las hendiduras de las puertas no eran bastante anchas para introducir una moneda de cinco francos. Mohammed rogó, suplicó, amenazó, todo fué inútil. Entonces se

volvió hácia nosotros y nos dijo con la tranquilidad de la convicción, que no habia medio por aquella noche de entrar en Rosseta; por lo demas conocimos que decia verdad en su resignación verdaderamente musulmana, y en que nuestros burreros miraron inmediatamente á su alrededor á fin de buscar el sitio mas favorable para un campamento. Nosotros estábamos tan furiosos que quedamos solos á la puerta todavía un cuarto de hora largo. Al fin Mohammed volvió á anunciarnos que habia descubierto un vivac muy bueno. No habia otro partido que seguir; nos decidimos á ello pronunciando juramentos. Nos condujo junto á una mezquita rodeada de lilas en flor donde encontramos nuestras alfombras tendidas bajo dos magnificas palmeras; nos tendimos en ellas con el estómago vacío y el cuerpo empapado: pero estábamos tan cansados que despues de haber tiritado un poco, estremeciendonos despues con el frio de la fiebre, caimos al fin en un aletargamiento que para los que nos vieron tendidos en aquel momento semejaba bastante al sueño. Al dia siguiente cuando abrimos los ojos, el rocío de la mañana habia caído sobre el agua de la víspera; de modo que teníamos la rigidez del frio; quisimos levantarnos, pero ninguna articulacion se doblaba; estábamos envueltos en nuestros vestidos como puñales en sus vainas. Llamamos á Mohammed y á los burreros en nuestro auxilio: mas familiarizados que nosotros con las noches pasadas al raso, sacudieron sus vestidos y se acercaron á nosotros. Estábamos tiesos como de una pieza: nos levantaron por los hombros, como Pallaso levanta al Arlequin, y nos arrimaron á las palmeras con el rostro vuelto hácia el sol que salia: al cabo de algunos minutos experimentamos la bienhechora influencia de sus rayos, la vida nos volvía con el calor; poco á poco nos fuimos deshelando; por fin, á eso de las ocho de la mañana nos encontramos bastante listos de cuerpo y secos de vestidos para hacer nuestra entrada en la ciudad.

IV.

NAVEGACION POR EL NILO.

Las casas de Rosseta son de ladrillo, y muchas tienen cuatro ó cinco pisos; el embovedado de la planta baja está sostenido por columnas de granito color de rosa, de diversas dimensiones, sacadas todas de las ruinas de la antigua Alejandria. El Nilo que pasa al pie de la ciudad, donde forma un puerto cómodo, está cercado de hermosos y estensos arrozales cu-

yo color verde claro contrasta graciosamente con las masas sombrías de los negros sicomoros y las flexibles palmeras que se pierden en el horizonte.

El cónsul francés, Mr. Camps, nos recibió con mucha cortesania, y nos presentó á su muger é hija. Encontramos con aquellas señoras á un compatriota llamado Mr. Amon; era un veterinario, discípulo de la escuela de Alfort, que habia entrado hacia cinco ó seis años al servicio del pachá de Egipto; se habia casado en Rosseta con una doncella cophta. Los cophtos, como se sabe, son cristianos; de modo que esta union en nada afectaba su conciencia religiosa; sin embargo, habia algo de particular en la manera como se verificó. Cuando Mr. Amon estuvo decidido á tomar muger, se habia informado si habia alguna doncella en el pais con quien casarse. La persona á quien se dirigió, y que era agente de esa clase de negocios se puso en su busca, y dos ó tres dias despues volvió con una respuesta satisfactoria. Habia hallado una jóven cophta, linda y de catorce años de edad. Mr. Amon pidió se la presentara. Como esta peticion era contraria á la costumbre, se le respondió que era imposible; pero que por lo demas podia preguntar y se le contestaria fielmente á todas sus preguntas, aun á las que al pronto pudieran ser las mas indiscretas. Debieron ser las noticias completamente favorables á la futura, porque al dia siguiente se ofreció una dote considerable á los padres y fué aceptada por ellos. En consecuencia fijóse el dia para la ceremonia, y en la hora convenida, Mr. Amon de una parte y los padres de la futura de la otra, se reunieron en casa del kadí. Entregada la suma, la doncella sirvió de carta de pago, y el esposo se llevó á su esposa. Hasta llegar á su casa no se levantó el velo. Habian sido exactos en todo, y Mr. Amon se felicita todavia hoy de este matrimonio á lo Colin-Maillard.

Sin embargo, no se crea que sucede siempre así. Hay algunas veces crueles desengaños. En este caso el marido engañado vuelve á enviar la esposa á casa de sus padres, dándole una segunda dote del mismo valor que la primera. Todavía conserva este derecho cuando la decepcion es puramente moral, cuando pasado algun tiempo los dos cónyuges conocen que sus caracteres no pueden simpatizar. Entonces los maridos vuelven á quedar libres, y al dia siguiente de este divorcio, por consentimiento mútuo, les es permitido pasar á segundas, terceras y cuartas nupcias.

Mr. Amon nos dió estos detalles al tiempo que nos llevaba á ver, fuera de Rosseta, la mezquita de Abou-Mandour, que se eleva á orillas del Nilo. Este edificio, completamente oriental, y colocado en medio de un paisaje encantador, se introduce en el rio, dejando un estrecho paso entre su base y la otra orilla, poblada de casitas rodeadas de arrozales. Una cúpula en forma de corazon colocado al re-

vés, y coronado de una media luna, domina las paredes blancas y festoneadas; un medeneh de particular elegancia, levanta en uno de los ángulos sus galerías con antepechos cortados como un encage, mientras en la parte opuesta parece sostener una enorme masa de arena formando una colina sobre el declive de la montaña; en todo el circuito crecen con un solo tallo altas palmeras, algunas de las que rodean, coronándola como con una diadema, la estendida y sombría copa de un colosal sicomoro.

Los verdaderos creyentes dicen que es el santo dervis Abou-Mandour, quien sostiene con sus hombros las montañas de arena que parecen prontas á devorar la mezquita y cegar el Nilo.

Un espectáculo curioso para los europeos nos esperaba al volver á entrar en Rosseta: en los escalones y á la sombra de una mezquita, un santón completamente desnudo, estaba indolentemente tendido: con aquel trage y en aquella postura que le eran habituales, esperaba á que los devotos del barrio le llevasen su alimento; cuando entre sus proveedoras distinguia por acaso una que le agradaba, la honraba al instante con sus caricias, las que tenia á mucha honra recibir. Este extraño espectáculo no chocaba á nadie, y se citaba como una susceptibilidad completamente exagerada la de un honrado musulman que algunos dias antes habia arrojado su capa sobre un grupo que recordaba muy al vivo el del cínico Crates y de su muger Hiparquia.

Mr. Camps y Mr. Amon nos habian ofrecido la hospitalidad; pero por no incomodarlos no aceptamos, y fuimos á establecernos á una antigua casa de capuchinos, edificio vasto y deteriorado, donde no quedaba mas que un fraile de esa órden, ruina viviente en medio de aquellas ruinas muertas. El pobre anciano habia comido como los soldados de Ulises los frutos del lotos, que hacen perder la memoria; hacia veinte años que no le habia llegado ningun rumor de un mundo que le habia olvidado, y devolvía á la Europa indiferencia por indiferencia. Sus metódicas costumbres, su ancho trage, cortado á la moda oriental, le habian atraído la consideracion de los árabes; me olvidaba de su barba, que no habia contribuido poco á ello.

Fuimos á pasar la noche en casa de un amigo de Mr. Amon; apreciable turco que habia sacrificado el precepto mas conocido del Koran, por su aficion al vino. La habitacion en que nos recibió era sencilla, como casi todos los salones orientales; segun se acostumbraba en cuanto al mueblage, un gran divan le rodeaba; un surtidor colocado en medio, derramaba el agua en una preciosa fuente de mármol blanco con una pila octógona; algunos tiestos de flores raras y de brillantes colores, cubiertas de perlas líquidas, como si hubiese caído sobre ellas el rocío de la maña-

na, estaban colocados con gusto alrededor de la pila, y daban un aspecto encantador y alegre á aquel inmenso salon. El turco nos recibió allí en medio de sus amigos, nos hizo ocupar un lugar en el círculo, y nos presentó la pipa y el café. Media hora despues nos sirvieron una limonada preparada por sus mugeres; esto reanimó poco la conversacion, que era de las mas lánguidas, porque era preciso traducir lo que nosotros deciamos y lo que se nos contestaba. No hay diálogo, por animado que sea, que pueda sostener esa prueba: así este trabajo de imaginacion concluyó por fastidiar de tal modo á los interlocutores é intérpretes, que nos levantamos de comun acuerdo y nos retiramos. El turco por su parte, preciso es hacerle esta justicia, no hizo ningun esfuerzo para detenernos.

Al dia siguiente vimos llegar de Alejandria á Mr. Taylor, al comandante Bellanger y á Mr. Cidoux, cirujano primero. Este último habia ido menos por curiosidad que por un sentimiento filantrópico, que le colocó en grande estima para con nosotros. Habia oido hablar de una manera aterradora de las oftalmias de Egipto, y esponia sus ojos por salvar los nuestros.

Como nada nos detenia en Abou-Mandour, y teniamos prisa de ver el Cairo, al dia siguiente, 6 de mayo, fletamos un djerme de la mayor dimension; el que escogimos tendria cuarenta pies de largo, y llevaba dos velas latinas y triangulares de un tamaño extraordinario. En el momento de la partida, y cuando todo estaba preparado, nos encontramos con que el viento era contrario: acopiamos paciencia yendo al baño.

Como en Alejandria, la casa de baños era el mas vasto y hermoso monumento de la ciudad; como en Alejandria volví á pasar por las pruebas del vapor condensado y del agua hirviendo; pero sea que mis pulmones se hubiesen dilatado respirando arena, sea que mi piel se hubiese endurecido á los rayos del sol egipcio, no esperimenté ningun malestar: aun la operacion del magullamiento la sentí con gran satisfaccion mia, y sin violencia adquirí en mi bañero posturas que hubieran hecho honor á Mazurier y á Auriol.

La mañana del 7 de mayo nos despertaron anunciándonos que el viento habia cambiado: era una buena noticia la que nos comunicaban. Comenzábamos á fastidiarnos soberanamente en Abou-Mandour, y cualquiera que fuese ya mi aficion al baño, no podia, sin embargo, renunciar al elemento que me es natural; resultó, por tanto, que nos pusimos en camino con viva satisfaccion. El dia era magnífico: soplaban el viento como si hubiera estado á nuestras órdenes, y nuestros marineros ejecutaban su maniobra cantando para animarse á trabajar á compás. Hicimos nos tradujesen dos de aquellas canciones: la primera se componia de algunos versículos en alabanza

de Dios; la segunda era una reunion de sentencias y reflexiones filosóficas unidas las unas á las otras, y entre las que nos pareció la mas nueva y notable esta: «La tierra no es nada; todo es miseria en este mundo.» Como estábamos alegres, y estas verdades nos parecieron demasiado serias para nuestra disposicion de espiritu, suplicamos á nuestros árabes cantasen alguna cosa mas jovial. Fueron inmediatamente á buscar los dos instrumentos necesarios para el acompañamiento; el uno era una especie de caramillo que recordaba la antigua flauta, y el otro un simple tambor cuya caja de barro ensanchaba por arriba; la parte mas ancha estaba cubierta de una piel muy fina que se hizo poner tirante aproximándola al fuego. Comenzó entonces una algazara que absorbió de tal modo nuestra atencion por su especialidad salvage, que no pensamos en preguntar el sentido de las palabras, completamente ocupados en procurar reparar en medio de aquella barahunda una frase musical cualquiera. Pronto se distrajo nuestra curiosidad de la poesia y de su acompañamiento con un grueso turco de turbante verde, descendiente de Mahomed, que escitado por aquella melodía, se levantó lentamente balanceándose alternativamente y á compás, sobre cada una de sus piernas, y por último, decidiéndose al fin, pasó resueltamente á ejecutar una danza grosera y lasciva. Luego que concluyó le dimos las gracias por el placer inesperado que nos habia proporcionado; nos respondió con un aire desenvuelto que así era como las *almeeas* bailaban en las plazas públicas del Cairo: felizmente en nuestra cualidad de parisienses no teniamos gran fé en los programas, y tomamos el suyo en lo que valia.

El dia se pasó en estos recreos melódicos y coreográficos. En toda nuestra navegacion nos habia ofrecido el Nilo graciosamente sus dos orillas festoneadas de una maravillosa verdura; al anochecer el sol descendió rápidamente y sus últimos rayos iluminaron una encantadora aldea coronada de palmeras.

Nos retiramos á la popa del djerme; nuestros marineros habian construido allí una tienda ó mas bien una especie de arco de puente de tela sostenido por cañas flexibles y encorvadas: estendimos allí nuestras alfombras sobre las que nos dormimos.

Cuando despertamos tenia el paisaje el mismo aspecto que la vispera; solo que á medida que subiamos por el rio las aldeas iban siendo menos notables y mas escasas. El dia pasó en los mismos establecimientos; pero el descendiente de Mahomed nos pareció menos gracioso que la vispera; ya nos familiarizábamos con lo grotesco.

Al dia siguiente habian ya comenzado los cantos y todavia dormiamos; creimos al abrir los ojos que era una serenata que nos daba nuestro equipage; nada de eso; el viento se habia vuelto contrario, lo que obligaba á los

marineros á trabajar rápidamente para vencer la corriente. Cantaba el patron del barco con todas sus fuerzas una letania respondiendo los árabes á todos los versículos: *Eleyson*. ¡A cada estribillo retrocedíamos cincuenta pasos!

Como el patron calculó que de aquel modo habríamos vuelto á Abour-Mandour á la noche siguiente ó dos dias despues á mas tardar, dió orden de amarrar cerca de una aldea por delante de la que pasábamos retrocediendo. Apenas estuvo el barco amarrado, salté á tierra y me dirigí hácia la casa mas próxima: con gran trabajo pude conseguir un poco de leche en un tazón; nos fuimos al abrigo de una pared de tierra para librarnos de los torbellinos de ardiente polvo que el viento levataba, y empezamos el almuerzo.

Una abominable santona se aproximó á nosotros con un traje exactamente parecido al de su colega de Damanour: si el hombre nos habia parecido medianamente gracioso, la vieja nos pareció atroz. A medida que se adelantaba se apoderaba de mi espíritu un temor horrible, el de que la entrase el deseo de honrarnos, por nuestra cualidad de extranjeros, con sus caricias; me apresuré á comunicar esta idea á la sociedad estremeciéndose todos de horror. Felizmente salimos del susto: la vieja se contentó con pedirnos limosna; nos apresuramos á darla pan, dátiles y algunas monedas. Mediante este rescate se alejó de nosotros y nos dejó acabar nuestra comida.

Dos horas despues, habiendo calmado el viento, nos volvimos á poner en camino.

Adelantábamos lentamente; al inconveniente del viento contrario habia sucedido el de los bagios, y aunque no calábamos mas que tres pies escasos de agua, tocábamos algunas veces en la arena. Andamos así dos ó tres leguas en cuatro ó cinco horas y con gran fatiga. Al anoecer vimos elevarse lentamente sobre un horizonte rojizo tres montes simétricos cuyos contornos se detallaban sobre el cielo: ¡eran las pirámides! que aumentaban la dimensión gradualmente, mientras que á nuestra izquierda las primeras cimas de la cadena libica encerraba al Nilo en un flanco de granito.

Permanecimos inmóviles; no podían nuestros ojos separarse de aquellas construcciones gigantescas á las que iba unido un recuerdo antiguo tan grande y un recuerdo moderno tan glorioso! Allí habia tenido tambien el moderno Cambises su campo de batalla donde podíamos encontrar á nuestra vez los esqueletos de nuestros padres como Herodoto habia visto los cadáveres de los persas y de los egipcios! A medida que el sol descendía, sus reflejos subían, por los lados de las pirámides, cuyas bases cubierta la sombra, no tardó en centellear solo la cúspide como un punto enrojado; despues quedó un último rayo

en la estremidad de aquella aguda base, semejante á la llama que arde en el estremo de un faro. En fin, tambien aquella llama desapareció como si se hubiese remontado al cielo para encender las estrellas, que un instante despues comenzaron á brillar.

Nuestro entusiasmo participaba de locura; batíamos palmas y aplaudíamos aquella magnífica decoracion. Llamamos al patron para decirle que no adelantara un paso durante la noche, á fin de no perder nada al dia siguiente del grandioso paisage que iba á desarrollarse á nuestra vista. Precisamente nuestra determinacion era oportuna: iba él por su parte á decirnos que la dificultad de la navegacion exigia que arrojásemos el áncla. Permanecimos largo tiempo todavía sobre el puente mirando hácia el lugar de las pirámides, aunque la oscuridad no nos permitia ya distinguirlas; en seguida nos retiramos á nuestra tienda para hablar de ellas, no pudiendo ya verlas.

Al dia siguiente desperté el primero y me admiré de ver que todo el mundo dormia, á pesar de ser muy de dia. Esperimentaba yo un malestar semejante á una pesadilla; desperté á mis compañeros; el malestar habia sido general á todos; salimos de nuestra tienda: el aire era pesado y sofocante, se levantaba el sol triste y pálido tras un velo de ardiente arena llevada por el viento del desierto. Nos hallábamos oprimidos como cuando se baja á una atmósfera muy espesa; el aire que respirábamos nos abrasaba el pecho. No comprendiendo aquel fenómeno miramos á nuestro alrededor: nuestro marineros y el patron estaban sentados en una completa inmovilidad sobre el puente del djerme envueltos en sus mantas, uno de cuyos pliegues, cubriéndoles la boca, les daba el aspecto de esas figuras dantescas dibujadas por Flaxman; solo sus ojos parecian vivos; estaban fijos en el horizonte que interrogaban con ansiedad. Nuestra llegada al puente de ningun modo pareció distraerlos de su preocupacion; les dirigimos la palabra, pero permanecieron mudos; en fin, inquirí del patron mismo la causa de aquel abatimiento: entonces dirigió la mano hácia el horizonte y sin destaparse la boca:

—El *kramsin*, dijo.

Apenas pronunciadas estas palabras, reconocimos en efecto todas las señales de ese viento desastroso tan temido de los árabes. Las palmeras movidas por caprichosas ráfagas se balanceaban en diferentes direcciones, de modo que se hubiera creído se cruzaban corrientes en la atmósfera; la arena levantada azotaba nuestros rostros y cada granito nos abrasaba como una chispa que salta de un horno. Las aves alarmadas abandonaban las regiones elevadas y rozaban la tierra para preguntarla acerca del mal que la atormentaba: bandadas de gaviñanes con sus alas largas y estrechas se cernían dando agudos gri-

tos, despues, repentinamente, se ponian sobre la copa de las sensitivas desde donde se lanzaban hácia el cielo rápidos y perpendiculares como flechas porque sentian estremecerse á los mismos árboles, como si los objetos inanimados hubiesen participado del temor de los seres vivos. Ninguno de estos síntomas visibles para nosotros, se escapaba á los árabes, pero en su mirada impasible y fija y en su fisonomía impenetrable, era imposible distinguir si eran propicios ó alarmantes.

Como, á pesar de la opresion que causaba, el kramsin no parecia que ocasionaria grandes desastres, bajamos á tierra con nuestras escopetas, y fuimos en busca de unos pájaros de patas largas: costéamos las orillas del rio, como verdaderos cazadores de la llanura de Saint-Denis, acostumbrados á seguir el canal; solo que el terreno era mas tortuoso. Matamos algunas garzas y muchas alondras y tórtolas.

Al anochecer, un grito de llamada á que siguieron canciones nos llevó hácia el rio, donde encontramos nuestra tripulacion poseida de júbilo; cesaba ya el kramsin y nuestros marineros saltaban de alegría y se mojaban el rostro y los brazos en el Nilo para refrescarse. Este modo de bañarse á la europea me era peculiar; así que no quise que la fiesta terminase sin que tomase en ella parte. En un instante me quedé en traje de santón, y tomando carrera desde el barco, di por encima de la barandilla un salto á lo husar, que denunciaba al primer golpe de vista el pantalon encarnado. Cuando volví á flor de agua, ví á toda la tripulacion ocupada en mirarme con la mayor atencion; sabia yo que no habia cocodrilos en el Nilo hasta mas arriba de la primera catarata; de modo que, no concibiendo ningun temor, no me pude dar razon del interés de los espectadores, sino esplicándolo de un modo completamente lisonjero para mi amor propio. Mi agilidad y mi destreza redoblaron: todo lo que encierra el repertorio de la natacion, desde la brazada sencilla hasta la doble voltereta, ejecuté con un éxito creciente á la vista de mis atezados espectadores. Estaba haciendo la plancha, cuando de repente recibí en el muslo derecho una especie de descarga eléctrica tan violenta que sentí la mitad de mi cuerpo paralizado; me volví al punto boca abajo para nadar hácia el barco; pero inmediatamente ví que sin ayuda no podia volver á él. Medio riendo, medio tragando agua, pedí la pértiga, sacando el brazo derecho fuera del agua é intentando sostenerme con el izquierdo: la pierna derecha estaba insensible y se negaba á todo movimiento. Felizmente Mohammed, como si hubiese previsto el accidente que acababa de sucederme, estaba arrimado al borde del djerme con una cuerda que me arrojó; cogí el extremo de ella, tiró él del otro, y abordé el barco de un modo mucho menos triunfante que le habia

dejado. Sin embargo, en la indiferencia casi burlona con que los árabes me rodearon, juzgué que la aventura no tenia nada de alarmante; no por eso dejaba de desear conocer la causa, aunque no fuese mas que por vivir prevenido en adelante. Mohammed me dijo que entre una porcion de pescados muy agradables al gusto y de estudio curiosísimo, se encuentra en el Nilo una especie de torpedo, cuya virtud eléctrica era tan conocida de los árabes, que temiendo la sensacion dolorosa que yo habia experimentado, se habian contentado, como habia yo visto, con lavarse con precaucion en el rio la cara y las manos. Lo que en todo esto me pareció muy claro fué que si la electricidad les desagradaba en ellos no les disgustaba estudiar sus efectos en el europeo; por lo demas aun no habia concluido la esplicacion, cuando el dolor habia cesado; mi pierna y mi brazo habian vuelto á prestar su acostumbrado servicio.

El viento habia cesado completamente. Pensamos en comer el producto de nuestra caza, lo cual hicimos á bordo del djerme, para librarnos con mas seguridad de la visita de alguna nueva santona; luego fuimos á visitar nuestras alfombras, por temor de que le diese á algun alacran el deseo de repetir el bromazo del torpedo, lo que hubiera sido mucho menos gracioso; esta vez fueron nuestros árabes los que nos invitaron á tomar esta precaucion. Desempeñado este cuidado, nos dormimos con la dulce esperanza de ver al dia siguiente el Cairo, del que no distábamos mas que siete ú ocho leguas.

V.

EL CAIRO.

Al dia siguiente, al rayar el dia, levamos ancla, y nos aproximamos rápidamente á las pirámides, que parecian salir á nuestro encuentro é inclinarse sobre nuestras cabezas. Al pie de la cadena líbica, pelada y estéril, á través de los vapores arenosos que condensaban la atmósfera, comenzábamos á percibir las torres y cúpulas de las mezquitas coronadas por sus medias lunas de bronce. Poco á poco aquella cortina, impulsada ante nosotros por el viento norte, que impelia nuestro barco, se elevó huyendo por encima del gran Cairo, y nos descubrió las altas azoteas de la ciudad, cuya base estaba todavía oculta por las orillas elevadas del rio. Avanzábamos velozmente, y estábamos ya casi á la altura de las pirámides de Ghyzé. Mas allá y sobre la misma orilla, se mecía graciosamente el bosque

de palmeras que crece en el sitio donde estuvo en otro tiempo Menfis, y costea la ribera donde se paseaba la hija de Faraon cuando salvó á Moisés de las aguas: y por encima de esas palmeras, entre una espesa bruma, no de niebla sino de arena, distinguíamos las rojizas cúspides de las pirámides de Sakkara, esas seculares antepasadas de las pirámides de Ghyzé. En breves instantes pasamos entre muchos barcos cargados de esclavos: uno de ellos contenia mugeres. Al punto que las vió el patron, clavó un puñal en el palo mayor y echó sal en el fuego: esta doble operacion tenia por objeto neutralizar el mal de ojo. El conjuro fué eficaz: una hora despues desembarcamos sin accidente en Schoubra, en la orilla derecha del Nilo. Nos enseñaron á alguna distancia la casa de campo del pachá: era un edificio encantador rodeado de frescura y verdor.

Aquí encontramos burros y burreros, aquellos mejores y mas altos que los de Alejandria, los otros mas solícitos y mas luchadores todavía, si es posible, que sus colegas de orilla del mar. Ahora, instruidos ya por la experiencia, nos guardamos bien de hacer los melindrosos, y tomaudo por una hermosísima calle de sicomoros cuyas sombrías copas interceptaban los rayos del sol, nos dispusimos á caminar rápidamente la legua que nos quedaba que andar.

Toda la diferencia que el desembarco habia producido en nuestra manera de viajar era que en lugar de subir el Nilo en barco, seguíamos su ribera en burro. Por lo demas, como nos hallábamnos en una elevacion de unos treinta pies, el horizonte era mas estenso, veíamos frente á nosotros la isla de Rondah, base del monumento donde se conserva el nilómetro, instrumento destinado á medir las inundaciones del Nilo: algunas líneas trazadas en él indican los años en que la creciente del rio, llegando á una altura desacombrada, produjo una fertilidad memorable. Allí es donde todos los años, los cheiks de las mezquitas publicando la elevacion de las aguas, dan la medida de los regocijos á que se pueden entregar, ó como musulmanes resignados, anuncian la esterilidad próxima, el ayuno y el hambre á que la insuficiente crecida del rio condena á los habitantes de sus riberas. En aquel momento teníamos á nuestra derecha las pirámides de Ghyzé que descubríamos desde su cúspide á su base, asi como la colina formada por la grande esfinge que las guarda hace tres mil años, y que tiene vuelta hácia el mausoleo de los Faraones su rostro de granito, mutilado por los soldados de Cambises. En fin, á nuestra izquierda se extendia la vista por el campo de batalla de Heliópolis, á que dió celebridad Kleber, y cuya vasta soledad, que se estiende hasta mas allá de donde alcanza la vista, no está animada mas que por un sicomoro, que reverdece en

medio de la ardiente arena del desierto. Nuestros guias nos le hicieron observar; porque una tradicion árabe refiere que bajo este árbol descansó María cuando huyendo de la cólera de Herodes, José, dice San Mateo, *cogió de noche al tierno infante y á su madre y se retiró á Egipto*. Segun los mismos mahometanos, al amparo que prestó á la madre de Cristo, debe este árbol su milagrosa longevidad y su verdor eterno.

Entretanto habíamos llegado á Boulak, especie de arrabal del Cairo, centinela de la ciudad, encargado de guardar la puerta. No nos faltaba ya mas que media legua: dirigimos una mirada á la rada llena de animacion por una multitud de lanchas y djermes que remontando el Nilo, llevan los productos de los jardines, ó bajando por él, las mas sabrosas frutas del Alto Egipto, que no puede madurar el sol demasiado débil del Delta. En la aldea denotaba la poblacion por su número y actividad la aproximacion de una gran ciudad; enseñé los muros á Mohammed: comprendió éste mi deseo.—*El Masr*, exclamó, y poniendo su burro al galope, nos invitó con la accion á seguirle. No nos hicimos repetir la invitacion, y nuestras cabalgaduras que conocian volvian á sus casas, secundaron con la mejor voluntad nuestra impaciencia. No tardamos en ver el Cairo completamente aislado en medio de un Océano de arena, cuyas abrasadoras olas baten sin cesar sus flancos de granito, en las que concluirian por abrir brecha, si dos veces al año, el Nilo, poderoso auxiliar, no librarse momentáneamente á la ciudad de ese molesto sitiador. A medida que nos aproximábamnos, distinguíamos los variados colores de los edificios y los dibujos elegantes de las cúpulas, y por encima de las matizadas aspilleras que coronan las murallas, lanzándose al aire semejantes á las piezas de un inmenso juego de ajedrez, los medenehs de trescientas mezquitas; por fin, llegamos á la puerta de la Victoria, la mas linda de las setenta y una que rodean el Cairo, y por la que Bonaparte entró al dia siguiente de la batalla de las Pirámides, el 29 de julio de 1798.

Apenas entró en la ciudad Mr. Taylor, que sabia el inconveniente de pasearse por el Cairo al modo que un provinciano que llega á París, se dirigió al galope por una de las calles que se nos presentaban: nos vimos precisados á seguirle por temor de estraviarnos; efectivamente, veíamos que nuestros vestidos á la europea atraian sobre nosotros la atencion de una manera poco favorable; hay momentos en que se adivina el peligro sin verle, por instinto y como por presentimiento. Sobre todo, el uniforme de los oficiales de marina preocupaba singularmente á los siervos del Profeta. Redoblamos, pues, nuestra celeridad, tropezando turcos y árabes que pasaban con sus brillantes trages ante nuestros deslumbrados ojos, y nos gritaban: *yamin ó chemal*, es

decir, á derecha ó á izquierda, segun que esta maniobra les parecia necesaria de nuestra parte para que no se les estorbara en la línea recta é invariable que seguian gravemente, fuese á pie ó á caballo. En fin, despues de una de esas carreras como se dan en sueños, en medio de seres fantásticos y desconocidos, á través de las estrechas y tortuosas calles que nos hacia pasar Mr. Taylor, porque era el camino mas corto, llegamos al centro del barrio franco, y desmontamos á la puerta de un parador italiano.

Nuestro primer cuidado fué mandar nos enviasen un sastre: nuestro mesonero nos proporcionó uno al instante. Era un turco de pura raza. Nos dió á elegir telas, y sacando del bolsillo de su pantalon un hilo del que pendia un plomo, le colgó de modo que encontrase su nivel desde mi espalda, en que le apoyó, hasta el empeine del pie, y leyó el grado que sobre el hilo estaba marcado; hizo lo mismo con cada uno de nosotros, y salió: la medida estaba tomada.

Terminada esta operacion, pensamos en otra no menos urgente: la preocupacion de los grandes recuerdos que se presentaban á nuestra imaginacion, el aspecto grandioso del paisage, el deseo vehemente de llegar al Cairo, nos habia hecho olvidar del almuerzo; mas apenas estuvimos en nuestra habitacion, donde la falta de vestido nos detenia hasta la noche, nuestro estómago reclamó con viva instancia la doble racion que le era debida. La peticion era muy justa para que nos apresuráramos á satisfacerla. Llamamos á nuestro huésped, encantados de encontrar con quien hablar sin necesidad de intérprete, y le pedimos de comer. Media hora despues dispusieron en nuestra habitacion un servicio á la europea: confieso que no dejó de satisfacerme el sentarme cristianamente á una mesa. Sin embargo, nuestra preocupacion gastronómica no llegó hasta olvidarnos de Mohammed; le llamamos por la ventana del patio, y á nuestra llamada ocupó su sitio en el suelo, cerca de nosotros.

Si nosotros le habíamos divertido al principio de nuestro viage, cuando nos habia sido preciso reemplazar únicamente con nuestros dedos la cuchara, el tenedor y el cuchillo, en aquel momento éramos nosotros los que triunfábamos; el pobre diablo estaba asombrado de vernos manejar tan diestramente instrumentos que le eran desconocidos. Intentó imitarnos; pero despues de haberse pinchado los labios y las encías dos ó tres veces, volvió á su sistema natural y dejó á un lado cuchara, tenedor y cuchillo. La suntuosidad de la comida no admiró menos su frugalidad árabe; pero acerca de este segundo punto fué mas fácil de acomodarse que sobre el primero: comió de todo, y todo lo encontró completamente bueno.

Llegada la noche nos aprovechamos de la oscuridad para recorrer las calles que condu-

cian al consulado de Francia. El vice-cónsul, entusiasmado al ver compatriotas, quiso darnos una pequeña fiesta: media docena de músicos del pais llegaron, se sentaron en cuclillas en círculo frente al divan sobre que estábamos sentados, afinaron sus instrumentos con una seriedad imperturbable, y comenzaron á tocar aires nacionales alternados con cantos. Necesario es haber oido la música turca ó árabe para formarse una idea del grado á donde puede llevarse lo grotesco; aquello era de lo mas completo, y sin la precaucion que los músicos habian tomado de bloquearnos, mis recuerdos de los Bufos hubieran predominado sobre mi cortesania natural, y hubiera emprendido la fuga al cuarto compás. Despues de dos horas, las mas atroces que he pasado en mi vida, los instrumentistas se levantaron por fin, siempre graves y tiesos, á pesar de la mala jugada que acababan de hacernos, y salieron. El vice-almirante nos dijo entonces que para hacernos los honores debidos nos habian tocado su música mas grave; pero que otra vez les oiríamos *cavattinas* mas *vivaces* y alegres.

Volvimos al hotel conducidos por un *caffa* que marchaba delante de nosotros alumbrándonos con una linterna de papel pegado sobre una espiral de alambre; las calles estaban completamente desiertas. Entramos en la posada sin encontrar alma viviente y nos acostamos en buenas camas: era la primera vez que lo hacíamos desde Alejandria.

Por mas que tuviesen una gran superioridad los catres sobre los divanes, y los colchones sobre las alfombras, tenia yo los nervios tan estraordinariamente afectados por la música infernal con que nos habian obsequiado, que no pude dormir. No tardó una causa estraña y física en unirse á la irritacion nerviosa que me tenia despierto: sentí saltar y correr sobre mi cama animales que no podia distinguir en la oscuridad, y que á pesar de mi ligereza en perseguirlos con la mano en cuanto sentia sus pasos sobre alguna parte de mi cuerpo, se me escapaban con una destreza y una sagacidad que anunciaba de parte suya una gran práctica en aquel género de ejercicio; en un momento de descanso en que estaba yo de espera, oí á Mayer, acostado en el otro extremo de la habitacion, andar á la misma caza. Entonces ya no tuve duda; era un ataque en regla y combinado; nos aliamos al punto de palabra, y habiéndonos informado mutuamente de la crítica situacion en que nos encontrábamos, nos apoyamos en las cabeceiras de nuestras camas para no ser sorprendidos por detrás, y comenzamos una defensa en toda regla. Pero mi actitud y la palabra eran impotentes; como el mameluco

que combate, carga, huye y vuelve á huir

nuestros enemigos eran inagarrables: tomé el partido, con mi vela apagada en la mano, de

hacer una salida hasta la antesala donde ardía una lámpara, y volví á entrar inmediatamente con la luz. Esta vez, si no habíamos podido locar antes á nuestros antagonistas, podíamos al menos verlos; eran enormes ratas viejas y gordas como patriarcas; al aspecto de la vela encendida verificaron su retirada con el mayor desórden y dando gritos de espanto por debajo de la puerta, á la que faltaba para llegar al suelo cerca de cuatro pulgadas. Entonces nos ingeniamos como pudimos para cerrarlas aquella retirada: despues de proponer muchos medios sin resultado aceptable, vi que habia llegado la hora de una grande abnegacion y, nuevo Curcio, sacrificué mi redingot que arrollé como un rodillo y con él tapé la puerta. Apenas nos habíamos vuelto á acostar y apagado la luz, volvió á comenzar el sitio; pero ahora la entrada estaba tapada y nos dormimos con la seguridad de que mi táctica habia tenido buen éxito.

Por la noche habia yo puesto un redingot bajo la puerta; al dia siguiente me encontré una chaqueta redonda irregularmente roida: los faldones habian desaparecido, eran los despojos ópimos.

Este déficit en mi trage, unido á la imposibilidad de salir, sin esponerme á injurias, del barrio franco donde no hay nada muy curioso que ver, me detuvo en la posada. Aproveché este dia de cuarentena para consignar en el papel algunas reflexiones arquitectónicas, resultado de antiguos estudios que habia hecho con Mr. Taylor en el Norte y de los nuevos que acababa de empezar con él en Oriente.

La arquitectura árabe presenta al primer golpe de vista un carácter de estraña individualidad que la hacian mirar, asi como ciertas plantas indígenas que crecen en el suelo, como pertenecientes esencialmente al país, y sin que tengan nada análogas mas que un cierto radio oriental. Sin embargo, por mas que esta hija ingrata se cobige misteriosamente bajo su cúpula de oro, ciña su cabeza de versículos escritos en una lengua desconocida que la oprimen la frente, como los listones geroglíficos de una momia egipcia, y envuelva su talle en un manto de mármol de mil colores, una vez que la mirada del arqueólogo, familiarizada con la deslumbradora belleza de su ornamentacion, descienda á detalles particulares del plan general, una vez levantada la primera cubierta, toda vez, en fin, que se quite la corteza al objeto, se reconoce en sus músculos, en sus órganos, la antigua familia, el origen comun, el fraternal manantial donde el Norte y el Oriente, el cristianismo y el mahometismo han ido á buscar lo que á cada una le faltaba propiamente, es decir, la mano que debia trazar el plano de las mezquitas del Cairo y las basílicas de Venecia.

Porque he aqui, en pocas palabras, la historia completa de la arquitectura. Nacida en

la civilizacion antigua de la India, comenzó por construir cavernas antes de edificar palacios; tuvo templos monólitos antes de tener catedrales aéreas; despues y paulatinamente, lo que estaba debajo subió á la superficie, y aquel dia salió á luz el arte de las grandes naciones y de las grandes épocas.

¿Atravesó la arquitectura india el mar Rojo para pasar á la Etiopía? Esto es lo que se ignora. La egipcia ¿fué su hermana ó tan solo su hija? No se sabe; solo si que partió de Meróé, grave y poderosa como una progenitora, edificó á Philoe, Elefantina, Thebas y Tentyra, se detuvo despues mirando las murallas de Menfis levantarse bajo las manos de hombres estraños que subian por el Nilo, por cuya corriente ella bajaba. Esta es la segunda época. Es la época del progreso, que precede á la época del arte; es la época en que se levantan por medios dinámicos desconocidos en nuestros dias, masas gigantescas sobre bases monólitas; es la época en que el arquitrabe de un solo trozo reuniéndose en el centro del capitel forma la bóveda cuadrada, plana y maciza; es la época, en fin, en que todos los monumentos, cualquiera que sea su destino, demostrarán en su aspecto haber sido edificados por gigantes. Asi, la palabra grandiosa es la idea dominante en aquella época, y está escrita desde Babilonia á Palanqué, y desde Elefantina á los muros de Esparta, no ya con piedras sino con rocas.

La Grecia sucede al Egipto: la hija graciosa y coqueta á la madre silenciosa y velada; el arte á la idealidad, lo bello á lo grande. Entonces nacen palabras desconocidas, la pureza, la proporción, la elegancia: Atenas, Corinto, Alejandría derraman un pueblo alegre de ninfas bajo cuatro órdenes de columnas; la construccion queda estacionaria, la ornamentacion se eleva á su apogeo.

Viene despues la laboriosa Roma con su multitud de obreros y soldados, para quien el granito, el pórfido y el mármol son ya raros, á causa del gasto que de ellos han hecho sus mayores, y que no posee mas que el artificio. Es preciso que los materiales menudos sucedan á los grandes; pero la ciencia viene en ayuda de la pobreza é inventa la bóveda semicircular. La cimbra forma desde entonces el carácter principal del arco romano, porque la aplica á todo, á sus templos á sus acueductos, á sus arcos de triunfo; únicamente en las estremidades y sobre los limites de su imperio, se reflejan los países que están vecinos. En Petra, escava palacios monólitos como en la India; en Persépolis, reemplaza el capitel toscano ó corintio con la cabeza de los elefantes de Darío ó de los caballos de Gerges.

De repente es interrumpida esta inmensa Babel; el Oriente lanza el Norte sobre el Occidente, y los dos caen rodando sobre el mundo caduco al que rodean como una serpiente, inundan como un mar, devoran como un in-

endio. Roma, la reina del mundo, prepara apresuradamente su arca santa, que aborda á Bizancio con la semilla de cada arte, como Noé aborda al monte Ararat con el germen de cada raza.

Sin embargo, no solo ha sucedido un mundo á otro, sino que en medio de ese cataclismo se ha dejado oír una voz del cielo; una nueva idea ha sido formulada, ha brillado un símbolo desconocido, se necesitan monumentos que representen esa idea, una base para elevar ese símbolo; los bárbaros vuelven los ojos hácia Bizancio, y reconocen la cruz sobre la cúpula de Santa Sofía; el símbolo y el monumento están reunidos, la idea cristiana está completa.

Mas si la fé existe en todas partes, allí está el arte, allí la luz; allí es donde el cristiano debe ir á buscar sus artistas, y el árabe sus arquitectos; porque el árabe es ignorante, bárbaro y fogoso como el cristiano. Bizancio es, pues, el comun manantial; sus hijos llamados á la reedificación del mundo, descendientes degenerados de sus padres, vienen con sus recuerdos antiguos y su incapacidad presente; ensayan, tantean, copian; en este primer periodo, la basilica de Jesucristo y la mezquita de Mahoma son hermanas, y solo cuando las exigencias del Evangelio y del Koran han hablado con bastante energia para que las piedras, el granito y el mármol les obedezcan, se separan las dos hijas de la misma madre para no aproximarse ya.

Entonces las dos ideas infatigables en el trabajo reunen en derredor de su símbolo visible todo lo que puede completarle; la basilica toma al momento la forma de la cruz griega, y despues no tarda en tomar la de la cruz latina que es la cruz de Jesucristo; eleva un campanario cerca de su pórtico, para mostrar desde allí con su dedo de piedra el cielo á aquellos á quienes sus campanas llaman; edifica doce capillas en memoria de sus doce apóstoles; coloca el coro un poco á la derecha, porque Jesus ha inclinado la cabeza hácia el lado derecho al morir, y hace en este coro tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene de Dios. Vienen tambien los vidrios de mil colores, que apagando los rayos de la luz del dia, formarán á todas horas un crepúsculo que disponga á la meditacion y á la plegaria; y viene el órgano, esa voz inmensa de las catedrales que habla todos los idiomas, desde el de la venganza hasta el de la misericordia, y la idea cristiana completa habrá llegado á su mas alto grado de perfeccion en la catedral gótica del décimo quinto siglo.

Entre el pueblo musulman, por el contrario, para quienes todo debe dirigirse á la materia y nada al alma, entre quienes la recompensa de sus verdaderos creyentes, despues del placer de este mundo, será la voluptuosidad del paraiso, el monumento religioso toma otro carácter muy distinto. Su primer cuidado

es abrir la bóveda á la sonrisa eterna de su cielo: hace saltar, bajo el pretesto de sus abluciones, surtidores de plata líquida cuyo solo murmullo refresca; las rodea de árboles frondosos y odoríferos, bajo cuya sombra llama á los ruiseñores y sus poetas, no reservandomas que un espacio estrecho y cuadrado donde yacerá el cuerpo del santo musulman al abrigo de una cúpula adornada de ingeniosos arabescos, y cerca del que se elevará el medeneh, torre de muchos pisos, desde la que el muezzin llamará tres veces al dia á los fieles á la oracion, recordándoles las máximas fundamentales de su fé. Luego, tras la influencia religiosa vendrá la influencia local. El arte mahometano, aunque hijo de Bizancio, no pasará impunemente tan próximo á Persépolis y Delhy; sus arcos ensanchados en su centro, se volverán á cerrar en su base con una belleza persa, y la India le añadirá combinaciones ligeras y delicadas con las que cubrirá sus muros con un encage de granito. Entonces y á su vez la idea mahometana se completará y reasumirá en su mezquita, como la idea cristiana en su catedral.

Por lo demas, los arquitectos de las dos ideas tienen de comun, que unos y otros por su parte han destruido para construir. Todos han reedificado su nuevo mundo con las ruinas del antiguo. Han encontrado el esqueleto tendido sobre la arena, y le han arrebatado sus huesos mas fuertes, sus mas elegantes maravillas: para los cristianos el Parthenon, el Coliseo, el templo de Júpiter Stator, la Casa dorada de Neron, las termas de Caracalla, los anfiteatros de Tifo; para los árabes las pirámides, Tebas, Menfis, el templo de Salomon, los obeliscos de Karnac y las columnas de Serapis. Y esto por disposicion de esa inimitable voluntad que no permite se cree nada de nuevo, sino que quiere que todo se encadene, y que por este encadenamiento ha dado á los hombres la esplicacion de la eternidad.

Entre todos aquellos arquitectos y edificadores de ciudades, Ahmed-Ebn-Teylun, cuyo padre era gefe de la guardia de los califas de Bagdad, fué el que fundó el antiguo Cairo. Este conquistador nómade le llamó *Fostat*, ó la tienda, é hizo allí edificar la mezquita de Taylun. El fatimita Djuhaar se apoderó, en 969, de este campamento de piedras, trazó el sitio de la nueva ciudad, y la llamó Mars-el-Kahirah, la *Victoriosa*. A principios del siglo XII, Sallah-Eddin, lugarteniente de Nour-Eddin, conquistó el Egipto, y envolvió á la *Victoriosa* en su conquista. En su tiempo fué cuando Karacoush, su capitan, hizo edificar la ciudadela y las murallas que la rodeaban. Algunos años mas tarde, Beybar, el gefe de los musulmanes, mató á puñaladas al visir y reinó en su lugar; en fin, sus descendientes poseyeron tranquilamente el Cairo, hasta que en 1517 hizo Selim del Egipto una provincia turca. En estos diferentes reinados, y mientras se derrumba-

ba la ciudad de Ahmed-Ebn-Taylun, fué cuando la de Djubaar vió sucesivamente elevarse sus espléndidos edificios.

El Cairo, que ocupa una inmensa estension de terreno, y cuya poblacion se eleva á trescientas mil almas, está dividido en muchos barrios, como las ciudades europeas de la edad media: el barrio de los árabes, el de los griegos, de los judíos y de los cristianos; solo que cada barrio está separado por dos puertas, en las que vigilan por la noche guardias. Como hemos dicho, estábamos nosotros en el barrio de los cristianos, llamado el barrio franco, y del cual es peligroso salir con trage á la europa; peligro al que debe el lector esta larga discusion arqueolo-cronológica, por la que humildemente le pedimos excusa, pero que hemos creído necesaria, una vez por todas, en una obra de este género.

VI.

EL CAIRO.

Al dia siguiente, á la hora convenida, llegó nuestro mercader de ropas. Todavía en esta exactitud, como en otras muchas cosas, me ví obligado á reconocer la superioridad del sastre turco sobre el sastre francés. Algunos compatriotas, atraídos por la curiosidad de la operacion, habian acudido para asistir á nuestra metamorfosis. El sastre llevaba consigo un barbero, por cuyas manos, ó mas bien, entre las piernas del que nos hizo pasar antes de llegar á él. La ceremonia comenzó por mí; Mr. Taylor, que tenia que tratar de su mision, habia ido á casa del cónsul, y nos habia dejado dedicados á nuestro atavío.

Colocóse el barbero en una silla y me hizo sentar en el suelo. Luego sacó de su cinturón un pequeño instrumento de acero, que conocí era una navaja de afeitar, viéndole frotar en la palma de la mano. La idea de que aquella especie de sierra iba á resbalar sobre mi cabeza, hizo erizárseme los cabellos, pero casi en el mismo momento encontré mis sienes sujetas entre las rodillas de mi adversario como en un torno, y comprendí que lo mejor que podia hacer era no chistar. En efecto, sentí correr sucesivamente por todas las partes de mi cráneo aquel pedacito de hierro tan despreciado, con una suavidad, una destreza y blandura tales, que me llegaron al alma. A los cinco minutos, el barbero alzó las piernas, levanté la frente y ví reírse á todos; me miré en un espejo; estaba completamente afeitado, y no me quedaba en el cráneo de mi cabellera mas que ese encantador tinte azula-

do que adorna la barba despues de bien afeitada. Estaba estupefacto con aquella prontitud; además, nunca me habia yo visto así, y me causaba alguna pena reconocerme. Busqué por encima de la protuberancia de la teosofia la mecha por la que el ángel Gabriel coge á los musulmanes para trasladarlos al cielo, y ni aun eso tenia. Me creí con el derecho de reclamarla; pero á la primera palabra que de ella dije, me respondió el barbero que este adorno no era adoptado mas que por una secta disidente, poco venerada entre las demas á causa del desarreglo de sus costumbres. Le detuve en medio de su respuesta, asegurándole que tenia decidido en mi corazón no pertenecer mas que á una secta perfectamente pura, puesto que mis costumbres siempre habian sido en Europa el objeto de la admiracion general. Acordado este punto, pasé sin disgusto á manos del sastre, que comenzó por ponerme en la cabeza un casquete blanco; sobre este casquete blanco un turbuch encarnado, y sobre el turbuch un chal arrollado, que casi me trasformó en verdadero creyente. Pusieronme en seguida mi bata y mi *abbaye*; el talle, como la cabeza, fué ceñido con un chal, del que colgué con énfasis un sable, y coloqué un puñal, lápices, papel y miga de pan. Con este trage, que no me hacia un pliegue sobre el cuerpo, mi sastre me aseguró que podia presentarme en todas partes. No lo puse en duda, y esperé con la mayor impaciencia, y como un actor que va á entrar en escena, á que el disfraz de mis compañeros se verificase. Preciso les fué, á su vez, sufrir á mi vista la operacion que yo habia sufrido á la suya; y seguramente no era yo quien tenia mas mala cabeza. Por fin, terminada la toilette, bajamos la escalera, franqueamos el umbral de la puerta, é hicimos nuestro debut.

Iba yo bastante embarazado en mi persona: el turbante me abrumaba la frente; los pliegues de mi bata y mi manto dificultaban el paso; las babuchas y los pies, todavía mal acostumbrados los unos á las otras, experimentaban frecuentes soluciones de continuidad. Mohammed marchaba á nuestro lado marcando el paso con las palabras: Poco á poco, poco á poco. En fin, cuando la viveza francesa se calmó un poco, y una acompasada lentitud nos permitió ejecutar el balance del cuerpo necesario para dar la gracia árabe á nuestro aire, todo marchó perfectamente. En suma, aquel trage, muy apropiado al clima, es infinitamente mas cómodo que el nuestro, puesto que no oprime el talle, y deja todas las articulaciones completamente libres. En cuanto al turbante, forma al rededor de la cabeza una especie de muralla por medio de la que transpira fácilmente, sin que el cuerpo tenga que temer por ello, lo que no deja de ser muy satisfactorio.

Habiendo pasado una media hora en mahometizarnos, comenzamos nuestras investiga-

ciones. Nuestra primera visita fué al palacio del pachá; el camino que conduce á él estaba lleno de fragmentos de muchísimo gusto, de cuya contemplacion tenia Mahommed que sacarnos á cada minuto: Nada puede dar una idea de la delicadeza é ingenio de la ornamentacion árabe; así que el Cairo es grande por do quiera, lo mismo por sus detalles que por su conjunto; cuando deja ver solamente el extremo de una calle ó el rincon de una mezquita, que cuando descubre un panorama general con sus trescientos medenehs, sus setenta y dos puertas, su circuito de murallas, los sepulcros de sus califas, sus pirámides, su Nilo y su desierto.

Atravesamos rápidamente bazares suntuosos y calles cubiertas de tiendas; llegamos á la colosal mezquita del sultan Hassan, separada de la ciudadela por una plaza, de cuyo lado está la fachada principal. Tomamos el áspero camino que conduce al divan de José, cerca del que habia un famoso pozo de que nos habia hablado Mr. Taylor. Es un edificio cuadrangular destinado á proveer de agua á la ciudadela, y cuya profundidad, segun dicen, es igual á la del rio: está escabado en la roca, y se baja á él por escalones iluminados en su parte superior por tragaluces practicados en la meseta del centro; pero llegando á cierta profundidad, es indispensable encender hachas.

La mezquita conocida bajo el nombre de *El divan de José*, está sostenida en columnas monólitas de un mármol admirable, de las que parten, por encima de sus capiteles corintios, arcos un poco entrantes, cuyo contorno está adornado de letras árabes, indicando versículos especiales del Koran. Continuando la ascension se llega á la plataforma; sobre este punto culminante es donde se levanta el palacio del pachá, monton de piedras, de columnas de madera, y pinturas italianas de un gusto detestable; y todo mal apropiado á las exigencias del clima.

Karacoush, capitán y primer ministro de Sallah-Eddin, fué quien, como hemos dicho, hizo construir la ciudadela, cavar los pozos y trazar las murallas de la nueva ciudad; así que su memoria es de las mas populares, y como era pequeño y jorobado, le dió su nombre á una especie de polichinela, que goza de la mayor libertad en las calles del Cairo, donde recita gesticulando las obscenidades mas escandalosas. La celebridad de su nombre ha sido entre nosotros casi tanto como Mrs. de Malborough y de La Palizza.

Nos acompañaba en nuestra escursion monsieur Msara, intérprete del consulado, antiguo dragoman de los mamelucos de la Guardia, á quien cuando llegamos, encontramos establecido en el parador; á esta antigua recomendacion unia una nueva industria, la del comercio de antigüedades; sabia, ademas, una multitud de anécdotas que le hacian uno de los mas apre-

ciables cicerones. El fué quien nos esplicó el magnífico panorama que teniamos á la vista desde el punto elevado á que habiamos subido.

La ciudadela domina todo el Cairo. Volviendo el rostro al Oriente y la espalda al rio, á la derecha está el Mediodía, el Norte á la izquierda, y se abraza un horizonte inmenso; en los flancos, y á nuestros pies, se ven los sepulcros de los califas, ciudad muerta, silenciosa é inhabitada, pero en pie como una ciudad viviente: esta es la necrópolis de los gigantes. Cada sepulcro es como una gran mezquita, y cada monumento tiene su guardian, mudo como un sepulcro. Mas tarde iremos á visitarle con hachas, á evocar sus espectros y espantar sus aves de rapiña, que durante el dia están sobre las agujas que la coronan, y por la noche vuelan á las tumbas, como para avisar á las almas de los califas que les ha llegado su turno de salir. Detrás de esta ciudad monumental y mortuoria atraviesa la cadena del Mokattán, rocas áridas y escarpadas que reflejan hasta el Cairo los ardientes rayos del sol.

Volviendo del lado opuesto, se tiene bajo los pies la ciudad viviente en vez de la ciudad muerta; en el fondo de sus confusas y tortuosas calles, se ven circular lenta y gravemente algunos árabes á pie, ataviados con su magnífico *msallah*, ó turcos montados en burros; en otro sitio grandes reuniones que son sus bazares, de donde parten los sonidos que articulan los camellos con su tortuosa laringe, y las voces de los vendedores; un plano de cúpulas, semejantes á escudos de gigantes, un bosque de madenehs cual si fuera de mástiles ó de palmeras; á la izquierda el antiguo Cairo ó la *tienda* de Taylan; á la derecha Boulak, el desierto, Heliópolis; al frente, mas allá de la ciudad, el Nilo con su isla de Rondah; y en su orilla opuesta el campo de batalla de Embabeh; mas lejos aun, el desierto; al sudoeste, Ghyzé, la esfinge, las pirámides, un bosque de frondosas palmeras, donde duerme el coloso, y donde Menfis fué; por encima de sus copas, se ven otras pirámides; despues está el desierto, el desierto por todo su horizonte: un océano de arena inmenso como el océano verdadero, con su flujo y su reflujo; sus caravanas que le atraviesan como flotas, sus dromedarios que le surcan como lanchas; su *simoun* que le agita como un huracan.

Sobre la plataforma en que estábamos, si no me equivoco, es en donde el pachá de Egipto hizo metrallar en 1818 todo aquel antiguo cuerpo de mamelucos que habia convocado como para una funcion: habia acudido, como de costumbre, ataviado con sus mas preciosos trages, armado con sus mas bonitas armas, llevando consigo todas sus riquezas. A una señal dada por el pachá, la muerte estalló por do quiera; las bocas de los cañones cruzaron su llama y su hierro, y hombres y caballos rodaron mezclados en la sangre.

Entonces toda aquella milicia se dispersó viéndose perdida, estrellándose en las murallas dando gritos desesperados de furor y de venganza, mezclándose en confuso torbellino, dividiéndose en pelotones, esparciéndose como las hojas lanzadas por el viento, reuniéndose de repente y volviendo con un supremo esfuerzo á destrozarse el pecho de sus caballos en la rugiente boca de los cañones, huyendo en seguida otra vez, semejantes á una banda de pájaros espantados, perseguidos en su carrera por la lluvia de bronce que los perseguía. Hubo muchos que se precipitaron entonces desde lo alto de la ciudadela, y cayeron al abismo con sus caballos; sin embargo, dos de entre ellos se volvieron á levantar; caballos y caballeros, aturdidos del golpe se estremecieron un instante á la manera de las estatuas ecuestres cuyo pedestal sacudiese un temblor de tierra, y en seguida ambos caballeros y caballos volvieron á partir con la rapidez del rayo, atravesaron la puerta de la ciudad, que no estaba cerrada, y se encontraron fuera del Cairo. Dirigiéronse al punto hácia la ciudad de los califas, pasaron por entre su silenciosa poblacion, cuyo suelo resonó como una catacumba, y llegaron al pie de la cadena del Mokattan, en el momento en que una partida de caballería de la guardia del pachá salía de la ciudad en su seguimiento; el uno tomó el camino de El-Arich, el otro se internó en la montaña; la escolta se dividió y los persiguió.

Tenían algo de terriblemente maravilloso aquella rápida carrera á vida ó muerte y aquellos corceles del desierto atravesando la montaña fatigados, saltando por encima de las rocas, salvando los torrentes, costeano los precipicios. Tres veces cayó el caballo de uno de los mamelucos, próximo á espirar y casi sin vida; tres veces oyendo el galope que le perseguía se levantó y volvió á emprender su carrera; por fin cayó para no volverse á levantar. Entonces el hombre dió un tierno ejemplo de fidelidad reciproca; en lugar de deslizarse de alguna roca en una garganta, y burlar á sus perseguidores ganando picos inaccesibles, se sentó junto á su corcel con la brida al brazo, y esperó; entonces los soldados le dieron muerte sin que profiriese una queja, sin que exhalase un suspiro. El otro mameluco mas feliz que su camarada, atravesó El-Arich, ganó el desierto y llegó á ser gobernador de Jerusalem, donde le hemos visto, último y único resto de aquel cuerpo formidable, que treinta años antes rivalizaba en valor en lo mas escogido de nuestro jóven ejército.

Lo que especialmente nos llamó la atención en aquella correría, fué las orejas y narices que faltaban á muchas de las fisonomías que encontramos, lo cual daba á las buenas gentes de aquella manera mutiladas, el aspecto mas raro. Pregunté á Mohammed acerca de aquel extraño fenómeno; me respon-

dió que aquellos honorables inválidos eran parroquianos del tribunal correccional del Cairo. Esto necesitaba una esplicacion: monsieur Msara, siempre oficioso y locuaz, nos la dió al instante.

El Cairo, pais primitivo y que todavía no ha tenido tiempo de llegar á nuestra civilización, no tiene un ejército de polizontes para vigilar el ejército de los ladrones: por otra parte, las pesquisas mas minuciosas, la mas esquisita vigilancia, serian fácilmente burladas. El vigilado sale del Cairo, y ya está en el desierto. Ahora bien, la justicia tiene horror á la arena como al agua; todo mar le causa espanto: era preciso poner remedio á este inconveniente. Los kadis, á quienes incumbia esto especialmente, rebuscaron en su imaginacion, y encontraron un medio ingenioso de distinguir los ladrones de las gentes honradas.

Cuando se ha perpetrado un robo y el ladrón es cogido, lo que sucede algunas veces, el kadi hace se presente el acusado, le interroga, entabla su proceso, y cuando ha formado su conviccion, lo que está hecho en el momento, coge con una mano la oreja del ladrón y con la otra una navaja de afeitar, y pasa diestramente el instrumento entre su mano y la cabeza del acusado; frecuentemente el resultado de esta maniobra es que le queda el pedazo en los dedos y el acusado se va mutilado de una oreja.

Compréndese que semejante procedimiento simplifica grandemente la accion de la policia. Si un ladrón apercibido ya por la justicia comete un segundo robo, no hay negativa posible, á menos que la oreja haya vuelto á salir, lo cual es muy raro; entonces se le corta la otra en virtud de este axioma de derecho: *non bis in idem*: si el ladrón es incorregible y vuelve á incurrir por tercera vez en la misma falta, el kadi coge entonces el rostro por el centro, y corta la nariz como ha cortado las orejas: corresponde ya á los ciudadanos del Cairo darse por advertidos cuando ven que se les aproxima una cabeza que carece de algunos accesorios, porque los propietarios tienen la ridiculez de sentir tanto su pérdida, que las buscan en todos los bolsillos que encuentran en su camino. Por lo demas, si en el Cairo sentís una mano en vuestro bolsillo, sacad vuestro puñal, cortadla é iros con ella; si tiene sortijas en los dedos, tanto mejor para vosotros: podeis estar tranquilos, el propietario no reclamará.

Acababa Mr. Msara de darnos esta esplicacion, cuando vimos al kadi en accion. El kadi sale por la mañana sin direccion fija; emprende su vuelo á través de la ciudad, y seguido de sus ejecutores, se instala en el primer bazar que encuentra; aqui se sienta al acaso en una tienda, contrasta los pesos y las medidas, examina las mercancías, escucha las quejas del público, é interroga al comerciante cogido

in fraganti contravencion; en seguida, sin abogado, sin juez, y sobre todo, sin dilacion, pronuncia la sentencia, aplica el castigo, y continúa en busca de un nuevo delincuente. En este caso las penas cambian de aspecto: á pesar de su semejanza, no se puede tratar á los comerciantes como á los ladrones; esto haria desaparecer la confianza del comercio; asi que las condenas son comunmente las mas suaves, la confiscacion; las moderadas, cerrar las tiendas, y las severas la esposicion. Esta esposicion se hace de una manera muy particular: se le arrima al paciente de espaldas á su tienda, le hacen levantar los talones de modo que todo el peso de su cuerpo descansa sobre la punta de los pies; en seguida le clavan la oreja á la puerta ó al escaparate, lo que le da el aspecto de hacer puntas á la manera de Elssler ó de la Brugnoli; este ingenioso suplicio dura dos, cuatro ó seis horas. Inútil es decir que el paciente puede abreviarle practicando un desgarramiento; pero esto sucede rara vez; los comerciantes turcos tienen su puntillo de honor, y por nada en el mundo querrian semejarse á un ladron por la falta del mas insignificante pedacito de oreja.

Me detuve delante de uno de aquellos desgraciados que acababa de ser clavado en aquel mismo instante; ya me iba á apiadar de su suerte, cuando Mohammed me dijo que era un reincidente, y que si miraba de cerca sus orejas, las encontraria como una criba. Esto cambi6 completamente mis disposiciones con respecto á él; le restaban todavia en aquella situacion siete cuartos de hora; era mucho mas que lo que yo necesitaba para hacer su retrato. Invité á los demas á que continuasen su camino acompañados de Mr. Msara, y que me dejasen á Mohammed, con quien yo me compondria; pero mi fiel Mayer no quiso abandonarme. Nos quedamos, pues, los tres: los demas continuaron su camino.

La composicion del cuadro era completa. El panadero, clavado por la oreja, estaba empinado, rígido como de una pieza, sobre la estremidad de sus pulgares, y cerca de él, sentado sobre el umbral de la puerta, el vigilante encargado de la ejecucion fumaba una pipa, cuyo contenido parecia haber sido calculado con el tiempo del suplicio. Alrededor de los dos personajes, se comprimía ó ensanchaba un círculo de curiosos, segun que llegaban otros ó se iban los que ya estaban. Ocupamos nuestro sitio en uno de los lados, y comencé mi trabajo.

A los diez minutos, el panadero, viendo que no podia esperar piedad alguna del público, en el que probablemente reconoceria algunos de sus parroquianos, se atrevió á dirigir la palabra á su vigilante.

—Hermano, le dijo, un precepto de nuestro santo Profeta es que los hombres deben ayudarse mutuamente.

El guardian no tenia al parecer nada que

objetar contra aquel precepto, y continuó tranquilamente fumando su pipa.

—Hermano, añadió el paciente, ¿me has oido?

El guardian no dió otra señal afirmativa que una gran bocanada de humo que subió hasta las narices de su vecino.

—Hermano, siguió éste diciendo, uno de nosotros dos podria ayudar al otro, y ser agradable á Mahoma.

Las bocanadas de humo se sucedian con una regularidad desesperadora para el desventurado que pedia otra cosa.

—Hermano, continuó con voz doliente, pon una piedra bajo mis talones, y te daré una piastra;—silencio absoluto:—dos piastras;—pausa:—tres piastras;—bocanada de humo:—cuatro piastras.

—Diez piastras (4), dijo el guardian.

La oreja y la bolsa del panadero entablaron una lucha que se retrató en su fisonomía; al fin venció el dolor, y las diez piastras cayeron á los pies del vigilante, el cual las recogió, las contó una por una, las metió en su bolsa, dejó la pipa arrimada á la pared, se levantó, fué á buscar un guijarro del tamaño de un huevo de pavo, y le colocó con mucho cuidado bajo los pies de su vecino.

—Hermano, dijo el paciente, no siento nada bajo mis pies.

—Pues sin embargo, hay una piedra, contestó el guardian volviendo á ocupar su puesto, cogiendo su pipa y poniéndose á fumar; solo que la he elegido proporcionada á la cantidad. Dame un talarí (cinco francos), y te pondré bajo los pies una piedra tan magnífica y tan apropiada á tu situacion, que te acordarás con pesar en el Paraiso del sitio que ocupabas á la puerta de tu tienda.

El resultado de todo esto fué que el guardian tuvo sus cinco francos, y el tahonero su piedra. Por lo demas, no sé cómo se terminó la discusion, habiendo terminado mi dibujo á la media hora.

Como el calor comenzaba á ser intolerable y nuestra correría estaba lejos de concluir, Mohammed hizo una seña, y nos trajeron dos burros magníficamente enjaezados. De seguro eran los animales mas listos que habíamos encontrado hasta entonces; pero habíamos salido con el objeto de diseñar, y no para ganar el premio de Chantilly. Los obligamos, pues, á marchar á nuestro gusto, lo cual no fué muy fácil, especialmente para Mayer, quien en su cualidad de oficial de marina, no tenia aficion alguna á la equitacion. Mohammed nos aseguró que antes de la entrada de los franceses en el Cairo, jamás se habia visto galopar á un asno; los pacíficos cuadrúpedos, no bien experimentaron los ingeniosos medios que empleaban los recién llegados, tales como la punta

(4) Entiéndase que la piastra de que hablamos es la egipcia, que vale seis ó siete sueldos de Francia.

de la bayoneta ó los pedazos de yesca encendida aplicados bajo la cola, adoptaron ese galope continuado que se ha perpetuado de generacion en generacion. Sin embargo, Mohamed afirmaba que en general tenian inteligencia para conocer la raza á que pertenecia su ginete. En efecto, he visto animales que reconocia por haberme costado un inmenso trabajo manejar la vispera, que caminaban tranquilamente bajo la direccion de un grave turco, ó trotaban perfectamente oprimidos por las piernas de un mercader cophto: los que he visto alquilados por viajeros franceses, siempre eran verdaderos Bucéfalos.

Visitamos sucesivamente muchos bazares: cada bazar está dedicado á una sola clase de mercaderias, como cada comerciante á un solo género de comercio, y cada esclavo á una sola especie de servicio. Comenzamos por el bazar de los comestibles: habia alli en primer lugar, y mas que nada, arroz, que es el género mas fácil de trasportar y el principal alimento de la poblacion; ademas pasta de albarricoque en rollos como alfombras, cada uno de los que tenia de veinte y cuatro á treinta pies de largo, por tres á cuatro de ancho; esta pasta se vende por varas, lo cual destruye en parte la idea que en Occidente tenemos de los dulces: ademas dátiles elegidos, dátiles muy maduros y dátiles muy verdes, prensados y hecha una masa de forma cúbica que pesa de ciento á ciento cincuenta libras; esto y el arroz constituye el mayor alimento del pueblo; con la diferencia de que el uno es considerado como comida y lo otro como postre: por lo demas esta pasta se vende á bajo precio.

Los bazares de telas tienen muchas riquezas; véanse alli en gran profusion los chales de la India; su precio me pareció era próximamente la mitad de lo que cuestan en Francia. El bazar de las armas es suntuoso; especialmente las armas blancas son magnificas, particulares y de un trabajo esquisito. Es raro encontrar ni puñales ni sables montados; hay que comprar la hoja, hacer que un armero la monte, llevarla en seguida al estuchista para que la ponga vaina, luego al tallador para que la adorne, en seguida al pasamanero para que la coloque los cordones, y por último al contrastador para que la marque con el punzon. Algunas hojas son de un precio exorbitante; valen hasta 2,000, 2,500 y 3,000 francos.

Para facilitar las compras, recorren los judios los bazares, y proponen cambiar oro y plata, ó prestan fondos á personas conocidas que necesiten mas cantidad que la que han llevado: al primer golpe de vista se les conocia en sus trages negros, prohibiéndoles las leyes suntuarias del Koran cualquier otro color.

Para terminar el dia fuimos al bazar de las mugeres. El edificio en que están encerradas

está dividido en mezquinos patios cuadrados en cuyas paredes se ven una especie de jaulas: á la mitad de la altura de cada patio hay un piso dividido en dos: en el superior hay departamentos mejor dispuestos reservados á las esclavas de precio.

Entramos en los patios y encontramos las mercancías que queriamos visitar completamente desnudas para que pudiéramos al primer golpe de vista apreciar sus cualidades, hallándose divididas por colores, por naciones, y por edades: habia alli judías de facciones graves, de nariz recta, de ojos rasgados y negros; árabes de tez bronceada con brazaletes de oro en las piernas y brazos; nubias de cabellos frenzados sumamente finos, sacada la raya por el centro para que caigan á derecha y á izquierda; entre estas, á pesar de que todas eran negras, habia, sin embargo, dos clases para la tarifa; consiste esto en que algunas pertenecen á una raza que tiene el privilegio, cualquiera que sea el grado de color de su pais, de conservar su piel fresca como una lechuga, lo cual es de un precio inestimable para el amo en aquel clima ardiente donde todo el que respira pasa diez horas al dia buscando el fresco. En fin habia tambien jóvenes griegas llevadas de Scio, Naxos y Melo, entre las que se hallaba una de gracia y belleza encantadora, cuyo precio pregunté y me contestaron era de 300 francos.

Todas estas esclavas están al parecer alegres, porque alimentadas perfectamente por los comerciantes sus amos, golpeadas á la menor falta que cometen, ó mas bien al capricho de sus dueños, ninguna situacion es peor para ellas que la de permanecer en el comercio. Asi que no hay gesto, sonrisa, promesa muda y lasciva que no hagan estas desgraciadas á los compradores que las visitan. Los comerciantes las tratan absolutamente del mismo modo que á bestias: no hay caballo en el mercado en que pueda ejercitarse de una manera mas sencilla y completa la curiosidad del aficionado que en aquellas desgraciadas criaturas. Por lo demas, bajo aquel clima de fuego una muger no es ya jóven á los veinte años.

Tambien se encuentran en este bazar los judios; pero aqui venden trages. Como la paga se hace en el mismo momento de la compra y la mercancía está completamente desnuda, el comprador no puede llevarla sin cubrirla al menos con un manto.

En las inmediaciones de cada bazar hay magnificas fuentes: por lo regular son monumentos bonitos, suntuosos y aislados y cuya entrada cierra un enverjado de bronce. De cada ventana cuelga un caldero de cobre suspendido por una cadena; se pasa el brazo á través del enverjado, se saca agua, se bebe y se vuelve á dejar caer el caldero, casi siempre esperado por otra boca sedienta. Cerca de cada fuente hay siempre una docena de árabes sentados: dan vuelta al monumento con el sol; de modo

que siempre tienen las dos cosas mas apreciadas en aquel clima; agua y sombra.

Salimos del bazar tan preocupados con lo que acabábamos de ver que dejamos á nuestros burros dueños de conducirnos donde quisieran; cuando nos encontramos, al tomar por una calle que conducia al barrio franco, marchando delante, una multitud de mugeres que iban al baño montadas en mulas cubiertas con mantillas de seda blanca, y se adelantaban conducidas por un eunuco con las armas del pachá. Colocóse todo el mundo en fila por el camino que debian recorrer, los hombres inclinando el rostro á la tierra ó volviéndole hácia las paredes, de modo que solo Mayer y yo quedamos en medio de la calle. Mahommed, que vió el peligro, cogió al punto mi burro por el ronzal y se apartó al ángulo entrante de una casa, gritando á Mayer: ¡á la izquierda! ¡á la izquierda! señor francés ¡á la izquierda!

Pero el consejo á lo que parecia era mas fácil de dar que de seguir; Mayer en su cualidad de marino no entendia sino cuando se le decia á estribor ó babór: asi que por temor de cometer una falta refrenó las bridas; de modo que su burro reculó como el de Balaam. En aquel momento se encontró frente á frente con el eunuco; este, acostumbrado á separar todos los obstáculos con una seña, levantó un palo y sacudió en la cabeza al burro. Este se encabritó, Mayer perdió los estribos y le faltó poco para caer; pero aferrándose como pudo al borden, á la silla y al cuello del animal, volvió á apoyarse en ella, y dirigiéndose á su vez al eunuco que no se acordaba ya de él, le tendió en tierra del puñetazo mas magnifico que recibió jamás rostro de eunuco; en seguida, como verdadero parisiense, le arrojó su tarjeta que habia trasladado del bolsillo de su chaleco al de su abbaye, á fin de que si el eunuco no estaba contento supiese donde hallarle. Pero este, asustado con un tratamiento á que estaba tan poco acostumbrado, se incorporó sobre las dos rodillas, y viendo á Mayer que le presentaba un papel le besó humildemente. Mayer, satisfecho de aquella demostracion, verificó al fin la maniobra indicada por Mohammed, y tomando hácia la izquierda se reunió á nosotros, mientras que la comitiva detenida un instante continuó su camino hácia el baño.

Apenas Mayer estuvo con nosotros, Mohammed, sin decir una palabra, cogió con ambas manos las bridas de sus burros y emprendiendo el galope, nos llevó por una multitud de callejuelas, y al terminar aquella carrera, entramos al mismo paso en el patio del consulado francés. Allí preguntamos al fin á nuestro intérprete la razon de aquella carrera muda y forzada; mas él no nos dió otra respuesta que estas palabras: *decid al cónsul—decid al cónsul.*

En efecto, este era el camino mas corto para saber á qué atenernos; subimos á ver al vice-cónsul para referirle lo que habia pasado:

nos escuchó con terror y terminada nuestra relacion:

—Vamos, dijo, por fin todo ha concluido del mejor modo posible; mas si el eunuco os hubiese hecho dar de puñaladas en la plaza, ni aun me hubiera atrevido á reclamar vuestros cadáveres.

Lo que nos habia salvado es que el imbécil, al verse castigado de aquella suerte, habia pensado que no podiamos menos de ser dos grandes personajes y habia tomado la tarjeta de Mayer por un *firman*.

Permanecemos ocultos en el consulado hasta la noche, y luego que esta llegó nos hicieron volver á conducir directamente á nuestro barrio.

VII.

MOURAD.—LAS PIRAMIDES.

El 4.º de julio de 1798, tocó Bonaparte la tierra de Egipto, cerca del fuerte Marabout, á alguna distancia de Alejandria.

Ved aqui cual era el estado político del Egipto cuando ese suceso acaeció. Esto nos llevará naturalmente á hablar de las causas de la expedicion, cuyos principales sucesos es indispensable que refiramos, tantas huellas han dejado en los lugares que vamos á recorrer.

La Puerta no tenia mas que una autoridad ficticia en Egipto: su pachá Seid-Abou-Beker estaba mas bien cautivo en la ciudadela del Cairo, que mandando en la ciudad; el poder real era el de los dos beys Mourad é Ibrahim, el primero emir-el-hadj, ó principe de los peregrinos, el segundo cheik el-belad, ó principe del país.

Hacia veinte y ocho años que aquellos dos hombres tan opuestos el uno al otro se repartian el Egipto, como un leon y un tigre se dividen la presa:—Como un leon y un tigre, el uno arrebatava por la fuerza y el otro por la astucia algun giron de aquel rico país á su aliado; pero jamás se prolongaba mucho la querrela. Al escuchar los rugidos de alegría que lanzaban los demas beys testigos de sus disensiones, recordaban ellos sus verdaderos intereses, y juntos hacian cara al peligro común. Una vez intentaron,—este consejo político habia sido dado por Ibrahim,—hacerse reconocer por la Puerta Otomana, y por consecuencia habian enviado á uno de sus adictos al Gran Señor, con caballos, armas y telas en señal de tributo voluntario; pero viendo que se habia dado á su agente el título de *veckel*, es decir, lugarteniente del sultan en Egipto, y habiéndoles referido éste á su vuelta

las ofertas que le habian hecho para que los espiasse, temieron que un enviado menos leal llevase de retorno algun dia, en cambio de sus presentes, algun puñal oculto ó algun veneno sutil; cesaron, pues, de tener contemplaciones con la Puerta, y la primera señal de independencia que dieron fué no enviar ya mas tributos. Desde entonces se concertó entre aquellos dos hombres un pacto de rapiña y de sangre que nada fué capaz de romper. Ibrahim con sus cinicas y vergonzosas estorsiones, Mourad, con sus expediciones á la luz del dia y sus violencias públicas, se ahogaron en oro: Ibrahim para amontonar el botin en sus cuevas; Mourad para arrojarlo á puñados á sus mamelucos, para cubrir á sus mugeres de perlas, sus caballos de bordados, y sus armas de diamantes. Dueños del Egipto, le reducian al hambre á su placer aquellos dos hombres; despues abrian á los bazares sus almacenes que rebosaban de arroz y maiz; estas estorsiones produjeron revueltas, y las revueltas contribuciones: á esto era á lo que siempre aspiraban Mourad é Ibrahim, y esas contribuciones, repartidas con un principio de justicia completamente árabe, recaia por igual sobre los egipcios y los extranjeros. Impúsoseles su gravámen á los negociantes franceses; el cónsul se quejó al Directorio, y el Directorio tomó pretexto de esta queja para enviar un ejército francés á Egipto; ese ejército iba ostensiblemente para vengar los agravios inferidos á la nacion, pero en realidad para arruinar el comercio de Lóndres con Alejandria, y poner guarnicion en Suez, punto que Bonaparte habia ya designado como escala en lo futuro de la India.

Cuando los dos hombres extraordinarios que mandaban en el Cairo, supieron el desembarco del ejército francés en Alejandria se reveló como siempre su diverso carácter: Ibrahim estalló en invectivas contra Mourad, á quien acusó de haber atraido á los extranjeros; Mourad saltó sobre su corcel de batalla y recorriendo las calles del Cairo con sus mamelucos, mandó él mismo á los muezzines anunciar la noticia, diciendo «que estaba bien, que si él habia atraido á los franceses á Egipto, sabria espulsarlos de allí.»

Desde aquel momento ya no hubo para Mourad ni tregua ni descanso; se exaltó aquella hermosa organizacion salvaje, y con los mamelucos que apresuradamente pudo recoger marchó al encuentro de los recién llegados, de quienes se contaban tantas maravillas: una flotilla de djermes, canoas y chalupas cañoneras, bajaba por el Nilo al mismo tiempo que él; Ibrahim por su parte quedaba en el Cairo para prender á los comerciantes franceses y saquear sus almacenes.

En Rhamaieh estaba Bonaparte cuando supo que los mamelucos avanzaban para salirle al encuentro. El general Desaix que desde Alejandria venia formando la vanguardia,

escribia el 14, desde la aldea de Minich Salame, que un destacamento de mil doscientos á mil cuatrocientos caballos maniobraba á tres leguas de distancia, y que ciento cincuenta mamelucos se habian presentado por la mañana en los puestos avanzados. Bonaparte tomó el camino que nosotros habiamos seguido, acompañado, como Mourad, de una flotilla que subia por el rio, y que conducia desde Rosseta el gefe de division Perrée; era aquel el camino mas difícil y peligroso; pero tambien el mas corto: Bonaparte le eligió. Mourad por su parte, le habia ahorrado la mitad por tierra y por agua enviándole su vanguardia; las primeras tropas de Oriente y Occidente se encontraban frente á frente.

El choque fué rudo: djermes, canoas y chalupas chocaron por sus proas y costados: mamelucos y franceses se pusieron en contacto por las puntas de las bayonetas, y el filo de los sables. Aquella milicia, cubierta de oro, rápida como el viento, devoradora como la llama, cargaba nuestros cuadros, de los que hacia pedazos los cañones de los fusiles con sus sables de Damasco; en seguida, cuando el fuego salia de aquellos cuadros como de un volcan, se desplegaba semejante á una faja de acero, de oro y de seda, recorria al galope todos sus ángulos de hierro, de los que cada frente le enviaba su descarga, hasta que al fin cuando veia imposible toda brecha, huia como una prolongada línea de aves despavoridas, dejando al rededor de nuestros batallones un circuito todavia movable de hombres y caballos mutilados, é iba á rehacerse mas lejos, para volver á intentar una nueva carga, inútil y sangrienta como la anterior.

A la mitad del dia, todavia volvieron á rehacerse; pero en vez de volver sobre nosotros, emprendieron el camino del desierto, y desaparecieron en el horizonte en un torbellino de arena; iban á llevar á Mourad la noticia de su primera derrota.

Esta accion habia tenido lugar en el sitio mismo del Nilo donde habiamos encontrado los bajíos.

En Gyzeh fué donde Mourad supo el descalabro de Chebreiss. Era, pues, cierto, los perros infieles, iban á la caza del leon. En aquel mismo dia se enviaron mensajeros al Said, al Fayoum, al desierto, á todas partes: beys, cheiks, mamelucos, todos eran convocados contra el enemigo comun, todos debian acudir con su caballo y sus armas. Tres dias despues, Mourad tenia consigo seis mil caballeros.

Toda aquella gente que habia acudido al grito de guerra, fué á acampar en desorden en la ribera del Nilo, á la vista del Cairo y de las pirámides, entre la aldea de Embabeh, donde apoyaba su derecha, y Gyzeh, la residencia favorita de Mourad, á donde estendia su izquierda. En cuanto á este, habia hecho plantar su tienda junto á un gigantesco sicómoro, cuya sombra cubria á cincuenta caballeros. Despues

de introducir un poco de orden en su gente de guerra, esperó en aquella posición al ejército francés con la misma impaciencia que este tenía por llegar á su vista.

Ibrahim habia reunido sus mugeres, sus tesoros, sus caballos, y estaba á la expectativa dispuesto á huir al Alto Egipto.

Bonaparte fué informado en la aldea de Omedonar de que los mamelucos le esperaban dando frente al Cairo. La ciudad era el premio de la batalla. Mandó pasar revista.

Al amanecer del 23, Desaix que marchaba siempre á vanguardia, vió un destacamento de quinientos mamelucos enviados para hacer un reconocimiento, y que se replegaron sin dejar de estar á la vista. A las cuatro de la mañana, Mourad oyó grandes aclamaciones; era que el ejército entero saludaba las pirámides.

A las seis, los dos ejércitos se encontraron frente á frente.

Imagínese cada uno aquel campo de batalla: era el mismo que Cambises, el otro conquistador que iba del extremo opuesto de la tierra, habia elegido para aniquilar á los egipcios. Habian pasado dos mil cuatrocientos años; el Nilo, las pirámides continuaban siempre allí; únicamente la esfinge de granito, cuyo rostro mutilaron los persas, no tenia ya fuera de la arena mas que su gigantesca cabeza. El coloso de que habla Herodoto yacia tendido. Menfis habia desaparecido, el Cairo habia surgido á la superficie. Todos estos recuerdos claros y presentes en la imaginación de los oficiales franceses se cernian vagamente sobre las cabezas de los soldados, como aquellas aves raras que pasaban en otros tiempos sobre los campos de batalla y presagiaban la victoria.

En cuanto al sitio es una vasta llanura arenosa muy á propósito para las maniobras de la caballería. Una aldea titulada Bekir se levanta en medio de ella y un arroyuelo la limita poco antes de Gyzeh; Mourad y toda su caballería se apoyaba en el Nilo, teniendo el Cairo á su espalda.

Bonaparte queria no solo vencer á los mamelucos, sino esterminarlos. Desplegó su ejército en semicírculo, formando de cada división gigantescos cuadros, en el centro de los que estaba colocada la artillería. Desaix, acostumbrado siempre á marchar á vanguardia, mandaba el primer cuadro, colocado entre Embabeh y Gyzeh; despues seguia la división Regnier, la división Kléber, mandada por Dugua; luego la división Menou, mandada por Vial, y por último, y formando la extrema izquierda apoyada en el Nilo y la mas inmediata á Embabeh, la división del general Bon.

Todos esos cuadros debian ponerse en movimiento, marchar aproximándose sobre Embabeh, y arrojar todo al Nilo; aldeas, caballos, mamelucos, atrincheramientos.

Pero Mourad no era hombre de esperar tras algunas colinas de arena. Apenas los cuadros

tomaron posiciones, salieron los mamelucos de sus atrincheramientos formando masas desiguales, y sin elección, sin cálculo, se precipitaron sobre los cuadros que encontraron mas próximos: componian estos las divisiones Desaix y Regnier.

Luego que estuvieron á tiro de fusil, los que acometian se dividieron en dos columnas, marchando la primera con la cabeza inclinada sobre el ángulo izquierdo de la división Regnier, la segunda sobre el ángulo derecho de la división Desaix.

Dejáronlos los cuadros aproximarse á diez pasos, y luego que estuvieron á esta distancia rompieron el fuego. Caballos y caballeros se encontraron detenidos con una muralla de llamas. Las dos primeras filas de mamelucos cayeron como si la tierra temblase bajo sus pies; el resto de la columna, arrebatada por su carrera y detenida por aquella muralla de hierro y fuego, no pudiendo ni queriendo volver atrás, recorrió, ignorando su posición, todo el frente del cuadro Regnier, cuyo fuego á quema-ropa la arrojó sobre la división Desaix, la que encontrándose entouces entre aquellas dos tempestades de hombres que se movian cual un torbellino á su alrededor, les presentó las puntas de las bayonetas de su primera fila, mientras las otras dos se encendian, y sus ángulos, al abrirse, dejaban pasar las balas de cañon, que querian á su vez mezclarse en aquella sangrienta función.

Hubo un momento en que las dos divisiones se encontraron completamente rodeadas, y en que se pusieron por obra todos los medios imaginables para abrir aquellos cuadros impasibles y mortíferos. Los mamelucos cargaban hasta llegar á la distancia de diez pasos, y recibian el doble fuego de fusilería y artillería; despues, volviendo sus caballos, que se espantaban á la vista de las bayonetas, los obligaban á avanzar retrocediendo, los hacian encabritarse y caian con ellos, mientras que los caballeros desmontados se arrastraban de rodillas, rastreaban como serpientes, é iban á cortar las corvas á nuestros soldados. Duró aquella horrible pelea, tal como la describimos, tres cuartos de hora. Al ver aquella manera de batirse, nuestros soldados no los creian hombres; se figuraban pelearse con fantasmas, espectros, demonios que pasaban por medio del humo y del fuego, montados en corceles fantásticos como ellos. Por fin, mamelucos ébrios de cólera, gritos de hombres, relinchos de caballos, fuego y humo, todo se desvaneció. Entre aquellas dos divisiones no quedó mas que un campo de batalla sangriento, lleno de muertos y moribundos, crizado de armas y estandartes, quejándose aquellos y moviéndose todavía como una marejada que no se ha calmado enteramente.

Entretanto Bonaparte habia dado la señal del ataque general. Las divisiones Bon, Menou y Vial, recibieron orden de destacar la

primera y tercera compañía de cada batallón, y formar en columna, mientras la segunda y la cuarta, guardando la misma posición, formaban solo los cuadros, y avanzaran de aquella manera para sostener el ataque, no presentando mas que tres hombres de frente.

En esto aquella columna de mamelucos dispersa que habia desaparecido, se dirigió hácia la pequeña aldea de El-Bekir, donde pensaba rehacerse; pero una circunstancia extraordinaria habia hecho que en aquel momento se hallase en poder de los franceses.

Lo hemos dicho ya; las divisiones Desaix y Regnier habian llegado las primeras á sus posiciones, y se habian colocado entre el Nilo y El-Bekir: ocurrióseles á algunos soldados que esta aldea podria contener agua y víveres, y pidieron permiso al general para ir allí. Esta suposición no carecia de verosimilitud; por otra parte, bueno era reconocer un punto cubierto de donde el enemigo podria salir de repente. Desaix mandó, pues, que cuatro compañías de granaderos y carabineros, una de artillería del 4.º regimiento, y un destacamento de zapadores, ocupasen la aldea á las órdenes de dos comandantes de batallón, Dorsenne y Paige, y que cogiesen los víveres que en ella se encontrasen. Nuestros forrageadores no se habian engañado en su prevision, y estaban ejecutando su encargo, cuando oyeron tirotear la fusilería y silbar por encima las balas de cañón.

Al primer ruido del ataque, el comandante Dorsenne, calculando que el refuerzo que llevaria á las dos divisiones seria de poca importancia, y temiendo por otra parte ser envuelto con sus seis compañías, las habia repartido tras las paredes de los cercados, en las casas y en las azoteas. Los mamelucos se dirigieron directamente á la aldea, sobre la que cayeron como una bandada de perdices que se posa; mas apenas entró en las calles la cabeza de la columna, casas, cercados, azoteas rompieron el fuego á la vez. Sin embargo, los mamelucos no retrocedieron; la columna, á la manera de una colosal serpiente, se desarrolló al galope por las calles, y volvió á entrar por la estremidad opuesta toda mutilada y sangrienta, y fué, formando un inmenso semicírculo, á atravesar el riachuelo para volver á presentarse á la derecha de la division Desaix.

En aquel momento avanzaban todos los cuadros encerrando á Embabeh en un círculo de hierro: de repente la línea del bey se enciende, treinta y siete piezas de artillería cruzaron su enrejado de hierro sobre la llanura. La flotilla que estaba en el Nilo saltó sobre sus aguas sacudida por la retropulsión de sus bombardas; y Mourad, á la cabeza de tres mil caballeros se lanzó por ver si podia al fin morder aquellos cuadros infernales: la columna que habia hecho el primer reconocimiento

volvió tambien contra sus primeros y mortíferos enemigos.

Cosa maravillosa de ver debia ser para la mirada del águila que se cernia por encima de aquel campo de batalla, aquellos seis mil caballeros, los primeros del mundo, montados en corceles cuyos pies no dejaban huellas en la arena; recorriendo como una jauría la periferia de aquellos cuadros inmóviles y encendidos, oprimiéndoles con sus repliegues, envolviéndolos en sus nudos, intentando ahogarlos ya que no podian abrirlos, dispersándose, rehaciéndose para dispersarse otra vez, cambiando de frente como las alas que bate una paloma, volviendo despues en una sola línea y semejante á una serpiente colosal cuya cabeza se veia algunas veces, guiada por el infatigable Mourad, levantarse hasta por encima de los cuadros. De repente las baterías de los atrincheramientos cambiaron de dirección; los mamelucos oyeron tirotear contra si sus mismos propios cañones y se vieron acribillados por sus propias balas; su flotilla se incendió y voló. Mientras Mourad y sus caballeros empleaban sus dientes y sus garras de león contra nuestros cuadros, las tres columnas de ataque se habian apoderado de los atrincheramientos, y Marmont, dominando la llanura, cañoneaba desde las alturas de Embabeh á los mamelucos encarnizados contra los nuestros.

Entonces Bonaparte ordenó una maniobra que fué la última y todo concluyó: abriéronse los cuadros, se desplegaron, se unieron, se soldaron como los eslabones de una cadena; Mourad y sus mamelucos se encontraron cogidos entre sus propios atrincheramientos y toda la línea de batalla francesa. Vió Mourad que la batalla estaba perdida, reunió los hombres que le quedaban y entre aquella doble línea de fuegos cruzados, al aéreo galope de sus corceles, se lanzó con la cabeza inclinada sobre su silla, por el espacio que la division Desaix dejaba entre ella y el Nilo, pasó como un torbellino, se internó en la aldea de Gyzeh y volvió á aparecer un instante despues por la parte superior retirándose hácia el Alto Egipto con doscientos ó trescientos caballeros, resto de su poder.

Ibrahim no habia tomado parte en el combate, que estuvo presenciando desde la orilla opuesta del Nilo; apenas vió perdida la jornada volvió á entrar en el Cairo.

Mourad habia dejado en el campo de batalla tres mil hombres, cuarenta piezas de artillería, cuarenta camellos cargados, sus tiendas, sus caballos y esclavas: se abandonó esta llanura, toda cubierta de oro, de cachemiras y de seda, á los soldados vencedores que cogieron un botín inmenso, porque todos aquellos mamelucos iban cubiertos de sus mas preciosas armaduras, y llevaban consigo todo lo que poseian de joyas, de oro y de plata.

Bonaparte durmió aquella misma noche en Gyzeh, en la casa de recreo de Mourad.

Durante la noche, Ibrahim se dirigió á Belbeis, capital de la provincia de Charkieh, llevando consigo á Seid-Abou-Deker, el representante del gran señor.

Al día siguiente se presentaron comerciantes franceses en el cuartel general y anunciaron esta nueva á Bonaparte. Resolvió éste tomar posesión del Cairo en la misma noche, y envió á Embabeh al ayudante general Beauvais para que ordenase al general Bon, destacase con las compañías de granaderos de la brigada 32.^a, al general Dupuy, investido con el mando del Cairo. Dupuy rennió á los que había elegido para que le acompañasen, comenzó inmediatamente sus operaciones de transporte, y se dispuso tranquilamente á verificar con doscientos hombres la ocupación de una ciudad de tresecientas mil almas; sus instrucciones prevenían se aprovechara de la noche para penetrar hasta el barrio franco y fortificarse en él; á las ocho de la noche se operó el paso del Nilo de Embabeh á Boulacq.

Era ya entrada la noche cuando el pequeño destacamento llegó á los muros del Cairo; encontró las puertas cerradas, pero sin puestos que las defendieran; no tuvieron mas que empujarlas los franceses para que cedieran y se abriesen, dejándoles ver una ciudad sombría y muda: hubiérase creído que entraban en los sepuleros de los califas.

El general Dupuy mandó batir cajas, á fin de que los que marchaban á la cola de la columna no se extraviasen en medio de aquellas calles tortuosas é inhospitalarias. Ejecutóse la orden, y aquel ruido nocturno é inusitado lejos de sacar á los árabes de su letargo, les causó un terror mas profundo todavía.

Sin embargo, encontrar el barrio franco en una ciudad desconocida, y donde de día es difícil dirigirse sin guía, no era cosa fácil para nuestros soldados; así que, se extraviaron, no individualmente, sino en masa. A la una de la noche, y despues de tres horas de marcha por el piso desigual y pedregoso de las calles del Cairo, el general Dupuy, fatigado, mandó hacer alto y derribar las puertas de una gran casa á donde habian llegado: el acaso dispuso que perteneciese á un gefe de mameucos que habia seguido á Mourad y que estuviese inhabitada. Los franceses entraron y se instalaron en ella esperando el día, y despues de haber colocado centinelas, se durmieron con tanta tranquilidad como si hubiesen estado en el centro de Paris, en el barrio Gopincourt ó en la caserna de Babilonia.

Tal fué el primer acto de la toma de posesion del Cairo; Bonaparte, con todo su estado mayor, hizo aquel mismo día su entrada en la capital del Egipto.

Permanecimos dos años dueños del Cairo y de todo el Delta.

VIII.

SULEIMAN-EL-HALEBY.

A estos recuerdos, en nuestra cualidad de franceses, fué á los primeros á que rendimos homenaje, y cuando estuvo satisfecha nuestra curiosidad con la escursion que he referido, fuimos á ver la plaza Erbekich; en una de las azoteas de esta plaza es donde fué asesinado Kléber.

El sitio que habia sostenido el Cairo despues de su segundo levantamiento, habia sido muy desastroso para la ciudad; calles enteras habian sido incendiadas, y la mayor parte de las casas destruidas hasta el punto de no poder ser habitadas: la del general Kléber estaba en el número de estas últimas. Kléber se habia retirado interinamente á Gyzeh en la casa de recreo de Mourad, y desde allí iba al Cairo para dirigir los reparos y trabajos. El 25 de prairial del año VIII, se paseaba por una galería que dominaba la plaza, y daba á un arquitecto, Mr. Protain, sus últimas instrucciones, cuando un jóven árabe se lanzó de un pozo de torno cerca del que paseaban y antes que el general tuviese tiempo de poderse defender, le dió cuatro puñaladas, una de las que penetró en la aurícula derecha del corazon. Mr. Protain intentó defender á su compañero con un baston que tenia en la mano, pero recibió tambien seis heridas y cayó desmayado; cuando volvió en sí, el asesino habia desaparecido, y Kléber, en pie todavía, pero sin fuerzas ni voz, se apoyaba en la barandilla. Entonces Mr. Protain se dirigió á él, y le habló de la imprudencia que cometia saliendo sin escolta; pero Kléber le tendió lentamente la mano: «Amigo mio, le dijo, no es este el momento de darme consejos; me siento muy malo...» y cayó muerto.

En aquel mismo día los cuartel-maestres Perrin y Robert encontraron en el jardin de los baños franceses inmediato al del Estado mayor, un jóven árabe oculto entre paredes medio demolidas manchado en algunos sitios de sangre; á sus pies habia un puñal enterrado en la arena, y la tierra pegada á su hoja estaba ensangrentada. Este árabe era de tez bronceada, mirada viva, pequeño de estatura y de rostro picado de viruelas. Conducido ante la comision militar reunida para juzgarle, declaró llamarse Suleiman-el-Haleby, natural de Siria, de edad de veinte y cuatro años, de profesion escribiente, establecido en Alepo; en cuanto á lo demas se encerró en una negativa absoluta. Persistiendo el acusado en negar, dice el proceso verbal, el general ha mandado que reci-

biese baquetas, siguiendo la costumbre del pais; al punto se le han aplicado hasta que ha declarado estar dispuesto á decir la verdad. Llevado ante el consejo, reproducimos textualmente las preguntas que se le han dirigido y las respuestas que ha dado.

Interrogado desde cuando está en el Cairo; responde que hace treinta y un dias y que ha venido de Gaza en seis en un dromedario.

Interrogado por qué ha venido;

responde que ha venido á asesinar al general en gefe.

Interrogado quién le ha enviado para que cometiera el dicho asesinato;

responde que ha sido enviado por el aghá de los genizaros; que al volver de Egipto las tropas musulmanas, han pedido en Alepo uno que pudiese asesinar al general en gefe; que han prometido dinero y grados militares y que él se ha presentado con aquel objeto.

Interrogado acerca de cuáles son las personas á quienes ha sido dirigido en Egipto, si ha participado á alguno sus proyectos y qué ha hecho desde que ha llegado al Cairo;

responde que no ha sido dirigido á nadie y que se ha ido á instalar á la Gran mezquita.

En vista de semejante declaracion, la sentencia no se ha hecho esperar; Suleiman convicto de haber asesinado al general en gefe Kléber, fué condenado á ser quemada la mano derecha, ser empalado y permanecer en el palo hasta que su cadáver fuese devorado por las aves de rapiña.

Esta ejecucion se verificó cuando volvió el convoy funerario del general Kléber, sobre la columna del fuerte del Instituto en presencia del ejército desolado y de los habitantes aterrorizados; porque acostumbrados á la justicia de los pachás y de los beys, para los que toda una ciudad responde del crimen de un hombre, no podian creer que el castigo se limitara al culpable. Por lo demas Suleiman fué el tipo perfecto del asesino árabe, que se cree el hombre de la fatalidad y marcha al suplicio sin ostentacion y sin temor, tranquilo y con paso firme como un mártir. Llegado al lugar del suplicio, le despojaron del justillo que le cubria el troco, y estendieron su mano por encima de la hoguera. El suplicio duraba cinco minutos sin que hubiese exhalado un quejido, cuando un carbon encendido saltó de la hoguera y cayó sobre su brazo en el sitio de la sangría; entonces desapareció por un instante toda su firmeza: luchó para desasirse y pidió le quitasen aquel carbon. El ejecutor le hizo entonces observar que era muy admirable que un hombre como él que habia mostrado tanto valor cuando su mano entera se consumia, diese lamentos por tan pequeña quemadura.

—No es el dolor quien me arranca gritos, dijo Suleiman, es que reclamo mi derecho: este carbon no está consignado en la sentencia.

Cuando la mano estuvo quemada, el ejecutor hizo subir á Suleiman al minarete de la

mezquita inmediata y le empaló sobre la flecha de la cúpula: permaneció así cuatro horas y media sin morir recitando versiculos del Koran y no interrumpiéndose mas que para pedir de beber. Al fin el *muezzin* tuvo piedad de él y le subió un vaso de agua: Suleiman bebió y espiró; despues el cadáver permaneció allí un mes próximamente, durante el que las aves de rapiña ejecutaron la última parte de la sentencia.

El esqueleto de este desventurado ha sido llevado á Francia al mismo tiempo que el cadáver de su victima. Está depositado en las habitaciones inmediatas al jardin del Rey en la primera sala de anatomía, á la izquierda de la puerta de entrada; es un hombre de cinco pies y dos pulgadas, próximamente. Los huesos de la mano derecha están quemados, y todavia se ven en ellos los efectos del fuego; el palo habia roto dos de sus vértebras dorsales; están reemplazadas por dos vértebras de madera que imitan las naturales hasta tal punto que es necesario fijar una grande atencion para distinguirlas de las verdaderas.

Resolvimos estender nuestras escursiones al dia siguiente hasta las Pirámides, pasando por el campo de batalla y volviendo por Gyzeh. Al amanecer nos llevaron burros de los mejores, con los que en menos de diez minutos estuvimos en Boulacq; pasamos al lado del Nilo, y nos encontramos inmediatamente sobre el campo de batalla donde treinta y dos años antes se habia decidido aquella última contienda del Oriente y del Occidente. Corta fué nuestra investigacion: desde las alturas de Embabeh le descubrimos completamente. Por lo demas, allí todo es propio para el recuerdo y la idea, nada para la instruccion.

Emprendimos, volviendo nuestro camino, hácia las pirámides; no tardamos en vernos obligados á caminar al paso; nuestras cabalgaduras se hundian en la arena hasta los corbejones; de modo que empleamos cerca de cinco horas en llegar á la primera, que nos habia parecido al desembarcar podíamos tocarla con estender el brazo.

La mayor de las pirámides, aquella á que se sabe dan preferencia, descansa en una base de seiscientos noventa y nueve pies de largo, y desde abajo parecia ligeramente sesgada en su punta: formada de piedras superpuestas, cuyas hiladas están en ángulo entrante, presenta una escalera gigantesca cuyos escalones tienen cuatro pies de alto y diez pulgadas de ancho. Al principio nos pareció la ascension, si no imposible, al menos bastante incómoda en su ejecucion; pero Mohammed se agarró á un ángulo, subió la primera hilada, cogió la segunda, y haciéndonos seña de que le siguiéramos, continuó su camino, como si nos invitase á la cosa mas sencilla. Por mas que no fuese mucho placer una subida de cuatrocientos veinte y un pies, bajo un sol ardiente que reflejaba en la piedra

por donde trepábamos como lagartos, causábanos vergüenza quedar atrás. Mayer, habituado á correr sobre los filaretos y las vergas de su buque, habia encontrado la ocasion de triunfar, y saltaba de escalon en escalon como una cabra contenta. Al fin, despues de veinte minutos de improbo trabajo, despues de habernos doblado las uñas bastante, y despellejado las rodillas, llegamos á la cúspide, de donde nos fué preciso pensar casi en el mismo momento en volver á bajar, so pena de ver fundirse inmediatamente la poca gordura que el sol de Egipto nos habia dejado sobre los huesos. Sin embargo, tuve tiempo de abarcar fácilmente con mis miradas todo el paisaje. Dando la espalda al Cairo, tenia á mi izquierda el inmenso bosque de palmeras que cubre á Memfis; mas allá de este bosque, las pirámides de Sakkara; mas allá de las pirámides de Sakkara el desierto: frente á mí el desierto; á mi derecha el desierto; es decir, una vasta llanura de color de fuego, y que no presenta de trecho en trecho, por todo accidente del terreno, mas que algunas columnas movibles, formadas por la arena, y que el viento reune y hace desaparecer alternativamente; en el lado opuesto á Egipto, es decir, el Nilo corriendo en el fondo de un valle de esmeraldas; luego el Cairo, ciudad viva entre Fostad y los sepulcros de los califas, sus dos hermanas muertas; mas allá del sepulcro de los califas, la estensa cadena del Mokattan, que cierra el horizonte como una muralla de granito. Me paseé un instante sobre la plataforma, que me pareció tener de treinta á treinta y cinco pies de longitud: algunas piedras enormes que han quedado en pie, parecen los picos cortados de una cresta de montañas. Aquella roca está cubierta de nombres, entre los que eran todavía visibles los de una parte de los generales de la expedicion; al lado de esos nombres ilustres, encontré los de Carlos Nodier y de Chateaubriand, que Mr. Taylor habia escrito en un viage anterior.

De allí dirigí mis ojos bajo nuestros pies, y ví los burros y los burreros del tamaño de escarabajos y hormigas; les tiré una piedra, pero por mas que la lancé con toda mi fuerza, cayó en los flancos de la pirámide, y llegó á tierra saltando de escalon en escalon.

Este último ejercicio me hizo pensar en la bajada; y preciso es decirlo, la cosa me pareció mucho mas difícil que la subida: el borde de cada escalon, por la desproporcion que habia entre la altura y el ancho, oculta los bordes de los que le siguen, de modo que al parecer no hay otro medio de llegar abajo mas que sentarse en aquella rápida pendiente y dejarse escurrir. Felizmente se reflexiona antes de aventurarse á semejante deslizamiento: por otra parte, una vez bajado el primer escalon, se ve el segundo, y asi los demas. Sin embargo, lo repito, la marcha no es cómoda, y las personas que padecen vértigos

harán muy bien en privarse de la ascension.

En cuanto llegué al suelo, caí sobre la arena; me moria de calor y de sed: en todo mi viage habia sentido nada, ocupado como estaba en velar por mi seguridad personal. Mohammed me pronunció entonces un largo discurso acerca de la necesidad de beber poco á poco; yo le arrebaté la botella de las manos, y me bebí su contenido de un solo trago. Pero en cuanto apagué mi sed, sentí hambre. Felizmente confesaron todos francamente que se encontraban con las mismas disposiciones, de modo que por unanimidad se decretó almorzar. Hicimos aproximar el burro que llevaba las provisiones, y reconocimos con satisfaccion que no le habia sucedido accidente alguno.

Dimos vuelta á la pirámide para buscar algo de sombra. Por desgracia estaba el sol en su zenit, de modo que caia por igual sobre las cuatro facés de la tumba de Chéops. Recorrimos los contornos sin hallar un sitio donde permanecer mas de cinco minutos sin volvernos locos. Entonces nuestros árabes nos enseñaron, á un tercio de la altura de la pirámide, por el lado del Norte, la entrada por donde se penetra en el monumento. Aquella sombría boca que abria el coloso como para respirar, nos pareció tan oscura y fresca, que por mas fatigados que estuviésemos, nos volvimos á poner en marcha, y llegamos á ella en menos de cinco minutos. Allí encontramos un lugar como un comedor, si no muy cómodo, al menos muy fresco; esto era todo lo que pedíamos.

Terminada la comida, hicimos nos subiesen antorchas, á fin de visitar, puesto que nos hallábamos allí, el interior de la pirámide. Penérase en aquel monumento por una galería cuadrada que presenta un espacio abierto de un metro en todos sentidos próximamente, y que descende á lo interior con una inclinacion de cuarenta y cinco grados. A medida que nos alejamos de la entrada, se siente disminuir el calor; pero á lo espeso de la atmósfera por el humo de las antorchas, se mezcla un polvo impalpable levantado con los pies de los que visitan aquel sitio, que hace el aire muy fatigoso para la respiracion. Por último se llega á dos habitaciones, llamadas, la una la cámara del rey, la otra la de la reina; en la primera hay un sarcófago de granito cuya tapa está rota, la segunda está vacía.

Salimos de las cámaras de sus magestades donde absolutamente no hay nada que ver mas que las paredes, para ir á saludar á su alteza la esfinge; está algunos centenares de pasos mas cerca del Nilo que las pirámides: es el gigantesco mastin que guarda aquel baño de granito. Con el auxilio de mis árabes conseguí subir sobre sus espaldas, y de las espaldas sobre la cabeza, lo que cuesta un trabajo regular. Mayer me siguió inmediatamente. Deslicéme al punto otra vez por las espal-

das del coloso á tierra, y me puse á dibujarle mientras Mayer, en pie sobre una oreja, le hacia el oficio de plumage: esto me dió naturalmente la escala de proporción.

Cerca de la gran pirámide hay otra mas pequeña, cuya cúspide está perfectamente conservada y termina en punta; rara vez se sube á ella, y el primero que llegó á la parte mas alta, segun nos dijeron nuestros árabes, fué un tambor francés que perseguido por unos mamelucos, no encontró nada mejor que escalar aquella muralla á donde sus enemigos no podían perseguirle. En cuanto llegó al extremo mas elevado, se le ocurrió la idea de tocar llamada con toda su fuerza para pedir socorro: el alboroto que armó se oyó á una legua á la redonda, y el general Regnier envió dos compañías, las cuales pusieron en fuga á los mamelucos, abandonando al sitiado, el cual bajó de la pirámide con los honores de la guerra.

Volvímos á montar en nuestros burros y dimos la vuelta por Gyzeh, no para ver la casa de recreo de Mourad, de la que no creo quede vestigio alguno, sino para ver el establecimiento de los pollos huérfanos.

Sabido es que en Egipto se ha reemplazado á las gallinas, que con la mejor voluntad de la tierra y la mayor abnegacion del mundo no pueden empollar mas de quince huevos á la vez, con hornos calentados al vapor, en los que se hace salir del cascarron á millares de polluelos. Esta interesante institucion está bajo el cargo de un director, quien no solo trabaja para sí, sino que pone en incubacion todos los huevos que le llevan, y de los que se encarga mediante una pequeña retribucion. La habitacion en que coloca á sus pensionistas engallados es una larga galería en que se ve á cada lado una serie de celdas de dos pisos, que comunican entre sí por una abertura practicada en el centro, y destinada á conducir el calor que envia un horno subterráneo, caliente siempre á un grado calculado. La abertura de estas celdas da á la galería; los diez ó doce primeros dias permanece cerrada, despues cada dia se abre algo mas tiempo; al fin, al vigésimo dia han llegado á sazón los pollos.

Llegamos nosotros precisamente cuando una hornada estaba de parto, de modo que el alumbramiento se verificó á nuestra presencia. La operacion es de las mas sencillas: se rompen los huevos como para hacer una tortilla; se mondan los pollos como judías, en seguida se les echa unos sobre otros en el horno donde han sido calentados, sin mas precauciones que cuando se amontonan piedras. El primer acto de existencia que ejecuta toda aquella pollada, es piar al que mas puede, y el segundo buscar su alimento: pero esta es una exigencia desgraciada, porque el amo del establecimiento se ha encargado de sacarlos del cascarron, pero no de alimentarlos. Por lo de-

mas, pueden vivir asi tres dias, sin duda con el calor; pasados los cuales, si no son reclamados por sus propietarios, pertenecen al empollador, quien los envia al mercado y los hace vender sin cebarlos de otro modo.

Volvímos al Cairo pasando por la isla de Rondah, donde está edificado el nilómetro.

Este instrumento, que sirve para medir la altura de la crecida del Nilo, no es otra cosa que una columna de diez y ocho codos, contando con su capitel, y en la que se señala todos los años el nivel del rio en su mayor elevacion. Este mekias, muy destruido en la época en que el ejército francés ocupó el Cairo, fué restaurado por orden del general Menou, y bajo la direccion del ciudadano Chabrol, ingeniero de caminos y canales. Terminadas las reparaciones, se construyó un pórtico á la entrada del monumento, y bajo su perístilo, por encima de la puerta, se fijó una lápida de mármol blanco, en la que se grabó en francés y en árabe la siguiente inscripcion:

EN EL NOMBRE DE DIOS CLEMENTE Y MISERICORDIOSO.

El año IX de la república francesa, y el 1245 de la égira, treinta meses despues de ser conquistado el Egipto por Bonaparte, Menou, el general en jefe, reparó el mekias. El Nilo correspondia en su mayor descenso á los tres codos y diez dedos de la columna, el dia 10.º despues del solsticio del año VIII.

Comenzó á crecer en el Cairo el dia 16.º despues del mismo solsticio.

Se elevó dos codos y tres dedos por encima de la caña de la columna, el dia 107.º despues de ese solsticio.

Comenzó á crecer el dia 114.º despues de dicho solsticio.

Todas las tierras han sido inundadas. Esta extraordinaria crecida de catorce codos y diez y siete dedos, deja esperar un año muy abundante (A).

En aquella noche, al volver al Cairo, monsieur Cydoux, el doctor del *Lancero*, que nos habia acompañado con el filantrópico objeto de curarnos oftalmías, se vió atacado de esa enfermedad. Mr. Msara nos dió al punto el consejo de enviar á buscar á Mr. Dessap, médico francés de Besançon, que ha permanecido en el Cairo desde la expedicion francesa, y que ha adquirido una grande esperiencia en la curacion de las afecciones de los ojos, á que se ha dedicado especialmente. Nos apresuramos á seguir su consejo, y una hora despues vimos entrar un venerable anciano ves-

(A) La caña de la columna es de diez y seis codos: el codo es de cincuenta y cuatro centímetros: se divide en veinte y cuatro dedos.

tido á la oriental, y llevando su barba en una mano: era nuestro compatriota.

Los árabes, que miden la ciencia por la longitud de la barba, le tienen en la mayor veneracion. Apresurémonos á añadir que la merece, y que en él no promete la apariencia mas de lo que posee la realidad.

IX.

UNA VISITA AL CORONEL SELVES Y Á CLOT-BEY.

Habiendo sabido Mr. Taylor el regreso del virey á Alejandria, partió para aquella ciudad, y nos dejó en el Cairo para hacer los preparativos de nuestro viage al Sinai.

Gracias al maravilloso instinto topográfico de los parisienses, comenzábamos á conocer el Cairo como si hubiésemos nacido en él; el traje musulman que llevábamos, debo decirlo á pesar de mi modestia, con una dignidad completamente oriental, nos abria todas las puertas, aun las de las mezquitas: á estas era nuestro paseo habitual. Las mezquitas son los oasis de la ciudad: en ellas se encuentra frescura, agua, sombra, árboles y pájaros. Y además de todo esto, algunos poetas árabes que van á comentar en los intervalos de la oracion los versículos del Koran, y cuyos cánticos entretienen á piadosos desocupados que viven descuidadamente tendidos bajo los floridos naranjos; agradábanos aquella voz monótona y cadenciosa del muezzin, que mientras es joven sube á lo mas alto de su madeneh, y con su grito religioso convoca á todo el pueblo á la oracion; despues, á medida que va teniendo mas años, desciende un piso y baja la voz, hasta que, anciano débil, no puede llegar mas que á la galería menos elevada, de donde no se hace oír mas que de los que pasan por la calle.

Frecuentemente nos encontrábamos en las mezquitas á la hora de las abluciones, y tomábamos parte en aquellos deberes religiosos como verdaderos musulmanes: hubiérase creído al ver el fervor religioso con que metíamos la nariz y las manos en el agua, que llegábamos de Medina ó de la Meca; las ciudades santas. Terminada aquella ceremonia, se verificaba una cosa que nos divertía mucho: era que al salir, cada uno reconocia su propiedad: todo musulman que entra en una mezquita deja su calzado á la puerta, de modo que siempre en esa ocasion se reunía allí una verdadera montaña de babuchas de todas hechuras y colores. Figúrese el lector la salida de

nuestros bailes, donde cada uno coge, no su sombrero, sino el mejor sombrero que encuentra; y así sucede con las babuchas; era un saqueo donde ni siquiera se tomaban el trabajo de casar los colores; todos se volvian calzados de distinto modo que habian ido. Los devotos exagerados se volvian descalzos completamente, porque los que estaban muy quejosos de lo que se les habia dejado, compensaban en la cantidad el defecto en la cualidad, y se escapaban con cuatro chinelas: dos en los pies, y dos en las manos.

Compréndese, por lo demas, cuán frecuente y variado puede ser este placer en una poblacion como el Cairo, donde en una sola calle contamos hasta sesenta mezquitas. Dibujamos sucesivamente los mas notables de aquellos templos; la gigantesca mezquita del sultan Hassan, á donde se retiraron los insurgentes en el levantamiento del Cairo, y donde fueron derrotados con la caballería y la artillería; la mezquita de Mahomet-Bey, cuya cúpula está sostenida por columnas llevadas de la antigua Menfis; Mu-Rustam, enriquecida con preciosos mosaicos, maravillosos recuerdos del arte en los siglos XI y XII; Halaonn, cuyos pilares cuadrados están revestidos hasta el capitel de un maqueado de brillantes colores; Sultan Hourí con sus ricos techos de arabescos ingeniosamente enlazados, y pintados con una coquetería encantadora; y en fin, Tailoun, fundada por el conquistador que le dió su nombre; esta se ha hecho entre las demas, muy venerable para los árabes, que hacen allí oracion mejor que en ninguna otra, y es muy curiosa para los estrangeros, á los que se presenta con su fecha del siglo IX, su prodigiosa estension, su madeneh rodeado de una escalera exterior que produce un efecto de los mas pintorescos.

Diseñando lo interior de esta última, faltó poco para que fuese yo, para los asistentes á ella, objeto del mayor escándalo. Como los cristianos no pueden penetrar en las mezquitas sino esponiéndose á un castigo, que generalmente se deja á la eleccion de los que le sorprenden en ella; como por otra parte pocos musulmanes se dedican á la pintura, siempre que hacíamos un dibujo teníamos la precaucion de escoger el momento en que la mezquita estaba, si no desierta, al menos ocupada solamente por despiertos aletargados, que continuaban el sueño del opio tendidos bajo algun naranjo florido, ó poetas que absortos en la interpretacion del Koran, ó admirándose á sí mismos, no fijaban su atencion en nosotros. Entonces sacaba yo de mi cinturón, además de mis enseres de dibujo, una hoja de papel cubierta de caracteres árabes, y me ponía á trabajar. Si oía aproximarse á mí pasos lánguidos y mesurados, cubria mi empezado dibujo con la hoja escrita; el musulman al pasar nos dirigía una oblicua mirada, y viendo lo escrito nos tomaba por copis-

tas ó poetas, y se alejaba deseándonos ánimo ó inspiracion, segun que pensaba era nuestra mano ó nuestra cabeza la que trabajaba. Un dia, sin duda estaba yo tan profundamente absorto en la contemplacion de mi obra, que no oí aproximarse uno de los mas devotos concurrentes á la mezquita; de repente ví una sombra que se interponia entre la luz y yo; instintivamente saqué mi página escrita, pero era demasiado tarde: el santo hombre habia visto el diseño, y me reconoció por un franco. Este descubrimiento le inspiró tal horror, que huyó hácia una de las puertas interiores dando desaforados gritos; no perdi tiempo, metí en el cinturón mi dibujo, mi lápiz y mi página escrita, calculando que puesto que él corría en un lugar santo, bien podía yo correr tambien; gané la puerta exterior, donde no me tomé el trabajo de reconocer mis chinelas, me puse las dos primeras que me vinieron á las manos, y me interné por las calles inmediatas, donde ya no supe lo que era de mi perseguidor.

Sin embargo, apenas acababa de librarme del martirio de San Esteban, pensé caer en el de San Lorenzo: habia fuego en una casa del barrio franco, y como yo veia correr hácia aquel lado, y tenia mis razones que conocia perfectamente para apresurar el paso, y ademas aquella direccion me aproximaba al parador, seguí á los demas. No tardamos en llegar frente á donde era el incendio, que ganaba terreno sin que nadie se opusiese á él de otro modo que con gritos, movimientos y oraciones. En esto llegó el kadi con su guardia armada de cañas de bambú; en un momento quedó la plaza desocupada; una compañía de soldados, ayudados de un centenar de hombres de la mejor voluntad, se repartieron por las casas inmediatas á las que ardian; como eran todas de madera, trabajaron tanto con pies y manos, que al cabo de una hora no quedaba ni resto de ellas. Se encontró, pues, aislado el incendio; entonces á hachazos derribaron los cuatro principales pies derechos de la casa incendiada, que se hundió al punto; inundaron de agua los escombros, y cada uno se marchó á su casa, dejando humear los restos, junto á los que vigilaba un guarda.

Nuestra segunda distraccion, menos peligrosa que la primera, eran los cafés. Como estos establecimientos son profanos, todos pueden frecuentarlos sin correr riesgo alguno, aun cuando fuesen reconocidos; los fumadores de ópio, los jugadores de ajedrez y los de mangallah, son los mas constantes parroquianos. Nosotros, como no éramos aficionados á ninguno de esos juegos, pedíamos sencillamente café y pipas; al principio nos habia costado algun trabajo acostumbrarnos al café, que no se prepara en Oriente como en Francia: se le tuesta poco, se tritura en un mortero, y sobre los granos triturados se echa agua hirviendo; y tan caliente como pueda

sufrir la infusion el paladar, se traga. Al principio tuve la flaqueza de querer echarle azúcar, y pedí lo necesario para hacerlo; el mozo me llevó en la cuenca de su mano un poco de azúcar casi negra; habiéndole pedido una cucharilla para revolver el azúcar, cogió del suelo un pedacito de madera, que me presentó con mucho obsequio. Como entra en mis principios no humillar á nadie, alargué mi taza á pesar de la repugnancia que aquello me causaba, y raspé el palito con mi cortaplumas, á fin de quitarle lo supérfluo, con todo lo que conseguí echar á perder completamente mi bebida. Pedí entonces otra taza que me bebí en toda su pureza oriental; le encontré un aroma maravilloso y un gusto esquisito. Lo poco concentrado de aquel líquido permite beber veinte y cinco á treinta tazas al dia; obra entonces como tónico, mientras la pipa produce el efecto de una distraccion; así apenas entráis en cualquier parte, os presentan el café y la pipa; el café restaura las fuerzas que ha hecho perder el calor; la pipa hace las veces de la conversacion.

El accidente que estuvo para sucederme en la mezquita de Tayloun, nos alejó momentáneamente de los lugares santos, y resolvimos hacer una segunda escursion fuera de la ciudad. Al pasar por el antiguo Cairo, saludamos un dia al coronel Selves, quien nos hizo presente su deseo de recibir en su tienda á Mr. Taylor, y nos encargó le trasmitiésemos su invitacion. El coronel Selves, convertido en Solymán-Bey, ha renunciado á la religion cristiana para adoptar el culto mahometano, y á sus hábitos franceses para abrazar la vida oriental; á pesar de este cambio en su fé y en sus costumbres, su corazón ha permanecido europeo, y los recuerdos nacionales son todavía sus recuerdos: ha hecho pintar en las paredes de su casa las batallas mas gloriosas de la revolucion y del imperio; y con los ojos y la memoria vive en medio de sus compatriotas; nos habia enseñado todo eso con una triste sonrisa que nos reveló cuanto luto y desventura se habia aglomerado en aquella alma antes de osar ejecutar lo que en Francia se llama su apostasía; nos habia pedido le dedicásemos un dia completo; se lo habíamos prometido, y una mañana se nos presentó á reclamar el cumplimiento de nuestra palabra. Mr. Taylor encontró su magnífica lancha que se hallaba á sus órdenes en Rondah, para conducirnos á las Pirámides de Sakkara y á las ruinas de Menfis; luego, á la vuelta, íbamos á tener una comida á la europea con los oficiales franceses al servicio del virey. Marchamos llevando á Mr. Msara, que era nuestro compañero en todas las expediciones.

Era bueno el viento, el paisaje encantador. El Nilo, llamado por los antiguos el padre de los rios, corría bajo nuestros pies; sus olas, que bañaban nuestra barca, habian mojado las ruinas de Tebas y de Philæ; los hombres que

discurrían por sus orillas, iban vestidos como en los días de Ismael, y las mugeres como en los tiempos de Agar; hubiese sido imposible experimentar el fastidio ni por un momento, aun cuando la conversacion de Solyman-Bey y de Mr. Msara no hubiese revestido de nueva poesia aquellos lugares. El coronel Selves habia conservado de sus gustos franceses la aficion á la caza; hícele, pues, muchas preguntas acerca de los animales que habia encontrado en sus escursiones, y sobre todo, acerca de los cocodrilos que habia ido á buscar mas arriba de la primera catarata.

El cocodrilo jamás llega al Bajo Egipto; hay necesidad de subir hasta Denderach para encontrarle; en los días de gran calor, y cuando el Nilo está bajo, es cuando sale voluntariamente del agua para calentarse al sol; sin embargo, antes de procurarse ese goce, toma precauciones que prueban cuán perfectamente conoce el peligro á que se espone saliendo de su elemento para invadir el nuestro: comunmente se le ve desde la orilla en los bancos de arena que deja el Nilo al descubierto cuando decrece, permaneciendo inmóvil como un tronco de árbol, y casi siempre rodeado de aves de gran tamaño, que al parecer tienen con él las mas amistosas relaciones; entre estas, una de sus mas íntimas amigas es el pelicano; es al cocodrilo lo que la garza de las lagunas Pontinas al búfalo y á la vaca: extraño compañero cuya simpatía no se puede explicar.

Cuando el cocodrilo no tiene isla donde tomar el sol, se decide á trepar á la ribera; pero en este caso jamás se aleja del rio mas de cinco ó seis pasos, y al menor ruido se vuelve á sumergir en él. En esta ocasion es cuando el pelicano, que tiene un oido muy fino, le presta un grande auxilio: se echa á volar sacudiendo las alas y lanzando agudos gritos, y de este modo previene al cocodrilo que de un salto se sumerge en el rio. Por lo demas, como está cubierto por todas partes de una escama muy dura, y no es vulnerable mas que por bajo de los brazos, es muy raro que se le llegue á encontrar á tiro, y que pueda lograrse dirigir la puntería bastante bien para meterle la bala en el sitio donde le falta aquella armadura natural.

Sin embargo, en la época de la espedicion de Egipto, habia en Denderah un kachef á quien divertia singularmente esa caza; conocia las salidas de los cocodrilos como nuestros cazadores furtivos conocen los pasos de las liebres y corzos, é iba algunas veces cubierto de yerbas acuáticas ó de hojas de palmera, á ponerse en espera días enteros para espiar aquella singular presa; de ese modo habia muerto siete ú ocho cocodrilos de dimensiones muy regulares, que habia colocado encima de su casa, y que desde lejos parecian una batería; este extraño engaño óptico, era por lo demas el único beneficio que sacaba de aquella

caza, en la que jamás le sucedió accident^e alguno, y en que constantemente habia visto al cocodrilo huir ante el hombre.

Trascurridas dos horas de una deliciosa navegacion, saltamos á tierra frente á las pirámides de Sakkara. Son mas antiguas y por consiguiente están mas deterioradas que las de Gyzeh: sus contornos son irregulares: algunas tienen escalones de pequeña dimension; otras no tienen para llegar á su cúspide mas que diez escalones colosales que parecen contruidos para gigantes; en su base está el suelo cubierto de huesos; no hay mas que escabar en la arena con los pies ó las manos para sacar fragmentos de momias, telas, listones, ídolos pequeñitos, vitrificaciones é insectos. Bajo aquel suelo hay inmensas catacumbas donde yacen los habitantes de la antigua Menfis, cuya necrópoli ocupaba toda esta parte de la ribera del Nilo.

Ademas de la catacumba de hombres y mugeres hay catacumbas de animales; encuéntranse en esta gatos, ibis y lagartos; cada uno de estos individuos, que fué en otro tiempo un dios, sin que por esto se ofenda nuestro amor propio, está cuidadosamente empaquetado en sus paños sagrados, herméticamente encerrado como si fuera un escabeche en puchero, cerrado con argamasa y colocado con las otras divinidades de diferentes órdenes á lo largo de las paredes de la tumba comun. Cogi bajo el brazo derecho un ibis y bajo el izquierdo un gato, que me parecieron por su envoltorio haber pertenecido á la época de los personajes mas notables, y me fui con mi par de dioses á descansar un instante en una cueva cubierta de geroglíficos maravillosamente conservados en ciertos sitios, y en otros horriblemente mutilados por los viajeros, esos bárbaros de la civilizacion.

Después de ver las pirámides de Sakkara, fuimos al bosque de palmeras que ocupa el sitio de la antigua Menfis, que dista de las pirámides próximamente una legua. Esa antigua ruina del Egipto no podia elegir para sus cenizas mas magnífico sudario: algunos restos, escasas columnas horadan la tierra con sus ángulos de mármol; y como el genio eterno de aquellas opulentas ruinas, el coloso del rey Ramsés el Grande, conocido de los occidentales bajo el nombre de Sesostris, está tendido, derribado de su pedestal y cubre con sus mutilados restos treinta y seis pies de terreno.

A pocos pasos del coloso se presenta un monumento bíblico, casi contemporáneo del conquistador cuya estatua está inmediata; es una cueva que los árabes llaman la prision de José: segun ellos de esta prision es de donde fué conducido el hijo de Jacob, y probablemente subió los escalones que nos enseñaron para ir á palacio á explicar el sueño de Faraon. Por lo demas, esto es muy comun en Oriente; las tradiciones paganas y bíblicas se unen; las dos historias se tocan, y tendremos

mas de una ocasion de conocer sus recuerdos á un mismo tiempo.

Volvimos por donde habíamos ido, por el Nilo, única via que atraviesa el Egipto; desembarcamos frente al campo de Strouba y fuimos á casa del coronel Selvé.

Nos esperaba la comida. Pero el número de los convidados se habia completado con una celebridad. La contemporánea, que en aquel momento viajaba por Egipto, habia recibido de nuestro generoso compatriota una hospitalidad régia. A los pocos dias habia caido enferma, y todavía bastante indispuesta para dejar el lecho, habia pedido que se pusiera la mesa en su habitacion. Por lo demas, si comia poco hablaba mucho, y no perdimos nada con aquel trastorno de sus facultades.

Al dia siguiente comenzamos á ocuparnos de los preparativos para nuestra peregrinacion al monte Sinai, y recurrimos en esta circunstancia á un compatriota, Mr. Linant, jóven francés, que en otro tiempo acompañó á Mr. el conde de Forbin á Siria, y que, entusiasmado de aquel clima, de sus edificios y de toda aquella poesía oriental, se habia quedado en el Cairo, despues de haber llenado sus deberes para con su ilustre compañero que nos habia ofrecido sus servicios para con los árabes conductores. Habia llegado el momento de entendernos con esos hijos del desierto: fuimos por tanto á recordar á Mr. Linant la palabra que nos habia dado y le encontramos dispuesto á cumplirla. El resultado no se hizo aguardar; á los dos dias se nos presentó una diputacion de la tribu de Onaleb-Saide, una de las mas considerables de la península del monte Sinai y convinimos el precio con su gefe para ir á buscar á Mr. Taylor á Alejandria y volver al Cairo, reservándonos despues de esta especie de introduccion hacer al regreso un contrato mas formal para mi viage al Sinai á la vuelta de Suez. Este primer acuerdo fué por la cantidad de cincuenta piastras por dromedario, diez y ocho francos próximamente.

Habia visto entrar aquellos árabes con sus acémilas en el patio de nuestra fonda, y por la décima vez aquel aspecto me habia dado seriamente que pensar: siempre que habia yo oido hablar de viages por Oriente habia oido al mismo tiempo citar los camellos como los vehiculos ordinarios, y cuantas veces habia pensado en aquel animal me le habia figurado tal como le describe Mr. de Buffon con la doble giba que adorna su espina dorsal; de modo que me habia familiarizado poco á poco con esa idea, y á mi vez me habia visto viajando montado en aquel valle natural, que la naturaleza parece haber colocado sobre el lomo de ese interesante cuadrúpedo; pero desde mi llegada se habian rectificado singularmente mis ideas. Desde luego ví que se llama de un modo indiferente al camello dromedario, y al dromedario camello; pero el animal que tiene dos gibas no existe en Egipto. El camello es al

dromedario como á un caballo de carga es un caballo de carrera. Este descubrimiento echaba por tierra todo mi sistema de equilibrio: en lugar de un valle tenia una montaña, y aun en vez de servirse de esta montaña como de un punto de apoyo para los riñones, los árabes han tenido la idea de colocar sobre ella una silla que la hace todavía ocho ó diez pulgadas mas alta, llevando de este modo la altura un viagero de unos diez pies sobre el suelo. Añadid á esto un trote capaz de reventar á un gañan, y os formareis una idea de los encantos de la locomocion oriental.

Esto no era muy agradable á un hombre que en todas sus escursiones se caia por lo regular dos ó tres veces de un burro.

Felizmente tengo por sistema no preocuparme por acontecimientos que no me amenazan en el momento; de modo que teniendo ocho ó diez dias á mi disposicion, abandoné aquella idea y me encontré dispuesto al dia siguiente á continuar la vida de molicie y llena de atractivo que llevábamos hacia tres semanas. Otro francés llamó á nuestra puerta: iba á comprometernos tambien para todo el dia. Clot-Bey, el célebre médico, que volvimos á ver despues en Paris en 1833, y que estaba al servicio del pachá de Egipto, á quien se los ha prestado inminentes, acababa de fundar el hospital de Abouzabel, cuyo establecimiento queria visitar Mr. Taylor, llevándonos en seguida á su casa para disfrutar de una tertulia á la turca. Adivinase fácilmente que aceptamos de muy buena voluntad. El pachá concede una atencion especialísima al hospital de Abouzabel: este establecimiento debe llegar á ser el plantel de sus jóvenes médicos: vimos allí todas esas enfermedades monstruosas del Oriente desconocidas ú olvidadas entre nosotros, y que no encontramos mas que en la Biblia: la elefantiasis, la lepra, los hidroceles enormes, el libro de Job todo entero. Cirujanos árabes jóvenes de mirada rápida é inteligente, nos hicieron los honores presentándonos sus enfermos con una solicitud que probaba el deseo que tenian de agradar á su gefe. Clot-Bey, conociendo que este espectáculo, muy interesante para las gentes de la ciencia, no podia ser para nosotros mas que un objeto de pasagera curiosidad, nos hizo pasar al momento á las calles de los jardines; eran estos verdaderos oasis de lilas y naranjos, donde los convalecientes se hallaban á sus anchas bajo la sombra y en una atmósfera fresca.

A cosa de las dos, Clot-Bey vió que el tiempo se echaba á perder: en consecuencia nos propuso volver á tomar nuestros vehiculos y aprovecharnos de la educacion que les habian inculcado los franceses, para volver apresuradamente al Cairo. Pensaba y con razon, que si el huracan nos sorprendia en Abouzabel, tendríamos un mediano deseo de pasar allí el dia; por otra parte, habia tomado tambien para

nuestra *soirée* disposiciones que le llamaban á la ciudad. Hízose el camino al galope; y en menos de una hora, aunque hay dos leguas sin fin desde el hospital al Cairo, vi con placer que el regreso se verificó sin ninguna separación de continuidad entre mi cuerpo y el de mi burro; lo cual me infundió alguna confianza respecto al dromedario.

Mientras preparaban la comida, nos condujo Clot-Bey al baño. He explicado ya suficientemente en el artículo *Aleandria* cómo se verifica esta operación, para no tener necesidad de volver á hablar de ello; por lo demás, me habia acostumbrado á ellos, y habia llegado á mi vez á ser uno de los aficionados mas entusiastas.

Volvimos á comer á casa de Clot-Bey; era una verdadera comida á la turca, con tenedores y cuchillos al lado, cuya concesión se nos hizo: se componia del arroz de rigor, de carnero cocido, pescado y pasteles.

Terminada la comida, Clot-Bey nos invitó á pasar al salon y á tomar asiento sobre un enorme divan; se nos sirvieron muchas tazas de excelente café, que saboreamos á nuestro gusto; en fin, nos armaron á cada uno con una pipa, hicieron que se echara á nuestros pies un negro encargado de llenarla, encenderla y vaciarla; y viéndonos ya acomodados bastante bien, Clot-Bey llamó con las manos, y entraron cuatro músicos.

Confieso que mi primer movimiento fué de espanto: recordaba el concierto que nos habia dado el vice-cónsul, y no queria oír segunda vez semejante algarabía. Dirigí una mirada investigadora á los instrumentos, que por su forma no me parecieron de un aspecto capaz de tranquilizarme: el primero era el famoso tambor de ancha caja, con el que habia hecho ya conocimiento en nuestra lancha; el segundo un violin cuyo mástil descansaba entre las piernas del músico, y los otros dos una especie de bandolines de desmesurado mástil. Los impíos tenian ademas una voz que reservaban en aquel momento, pero que no tardarian en darnos á conocer.

Acababa de comenzar el concierto, que prometia no ceder en nada al que habiamos oido, cuando de repente distrajo nuestra atención la presentación de una especie de Gilles vestido de blanco: llevaba un traje mas corto que el de los orientales y tenia la cabeza cubierta con una especie de sombrero de fieltro flexible como el de un Pierrot. Iba delante de cuatro mugeres, que al punto conocimos eran bailarinas: eran las *Taghioni* del Cairo. Desde aquel momento prescindimos de la música, y toda nuestra atención se fijó en las huris que nos bajaban del cielo.

Iban vestidas con un elegante y voluptuoso traje: la parte mas alta de la cabeza la cubria un *tarbouch* ricamente bordado y adornado de pedrería por bajo del que salian los cabellos trenzados en multitud de trencitas,

largas y delgadas, adornadas de cequies de Venecia horadados por el borde y colocados tan cerca unos de otros, que se cubrian como escamas. Algunas de estas trenzas caian por delante; pero la mayor parte flotaban por detrás velando los hombros como un manto de oro espléndido y tentador. El cuerpo estaba ceñido por un corpiño cortado en forma de vestido de montar escotado en la parte anterior uniéndose el escote junto á la cintura con una graciosa curva que deja el pecho completamente desnudo: desde el talle á los pies la falda está suelta y flotante: las mangas cortadas por el mismo gusto; cerradas á trechos por la parte superior, se ensanchan en el codo, están abiertas un poco mas abajo y cuelgan hasta el suelo, cubre sus piernas un pantalón turco, caprichoso en sus pliegues y en su forma que deja el pie al descubierto, y en cuyas presillas de oro va á perderse una camiseta verde ó azul, fina y trasparente como una red. Un chal de cachemir anudado con descuido á la cintura y cuyos dos extremos caen por delante con desigualdad, completa este traje, que por mas sencillo que parezca es de un inmenso valor: el *tarbouch* solo, suele costar diez, veinte, y hasta treinta mil francos.

Ademas tenian, como muchas mugeres turcas, las uñas de los pies y de las manos dadas de encarnado con *henni*, el borde de los párpados teñidos de negro con el *hról*, lo que daba á sus ojos un brillo extraordinario, y el talle tan flexible, tan estrecho, que creo que mis recuerdos de Occidente no me presentaban verdaderamente nada que pudiera compararse.

Aquella inesperada entrada, el aspecto pintoresco, el nombre poético de *almea* que llevan, produjeron al instante mismo un efecto de los mas lisonjeros para las recién llegadas: reinó el silencio mas profundo, y mientras Clot-Bey, acostumbrado á aquel espectáculo, continuaba fumando tranquilamente su pipa, las nuestras salieron de la boca y aplaudimos como se hace en Paris al presentarse en escena un actor de fama.

Por su parte, las bailarinas, para responder á nuestra galantería, se colocaron en una misma línea las cuatro, avanzaron despues mesuradamente meciéndose con molición y dejando oír un canto suave y voluptuoso que los músicos acompañaban muy piano. Así que llegaron junto á nosotros, empezaron á bailar y se volvieron otra vez dándonos la espalda: entonces las que formaban las alas se adelantaron y las cuatro se cruzaron formando figuras ingeniosas sin ser, sin embargo, ni rápidas, ni variadas. Hasta entonces conservaron en sus movimientos actitudes sencillas y nobles, como las estatuas antiguas. No obstante, poco á poco fué animándose el baile, los movimientos se hicieron mas rápidos y voluptuosos, los cantantes elevaron la voz,

las actitudes tomaron un carácter lascivo, el bufon se mezcló en el baile y ejecutó en medio de él posturas obscenas: en fin, payaso y bailarinas escitados cada vez mas por el canto y la música llegaron al paroxismo de la pasión mas vehemente y mas desordenada. Entonces la voz venció á la música, los aficionados cantaron acompañándose una canción escitante y lúbrica; entre las cuatro mugeres y el hombre hubo una lucha de bacantes y de sátiros. En fin, anhelantes y con los cabellos en desórden, se arrojaron sobre nosotros rodeándonos con sus convulsivos brazos y deslizándose como serpientes bajo nuestras grandes batas orientales.

Este es el momento en que se las paga; esas caricias impuras es su cuestacion: entonces uno pone entre sus labios un cequí que ellas cogen con los suyos; otros ponen sobre sus rostros y sus pechos, inundados de sudor una mascarilla ó una coraza de pequeñas monedas de oro que van á echar ellas inmediatamente en un aguamanil de plata. Aqui es donde los musulmanes ganan reputacion de avaros ó de magníficos.

A este primer acto sucedió una aria. La música tomó un carácter dulce y risueño y se oyeron versos de un ritmo sencillo: una doncella se pasea en un eden delicioso y coge flores para hacerse un ramillete. La poesía es rica y primorosa como el vergel que recorre la niña; describe todo; la mariposa con sus tornasolados colores, el ruiseñor con sus suaves trinos, el dorado sol, vida y luminar de la naturaleza; y toda la pantomima, todas las posturas de la doncella, siguen verso por verso, estrofa por estrofa, el canto y los músicos. De repente se espanta de una avispa irritada porque ha cortado la rosa sobre la que estaba posada; la espanta y vuelve á coger otras flores; pero la avispa la acomete otra vez; los cantantes rien, la doncella se quita su cinturón; pero la avispa evita los inciertos golpes que la dirige y los músicos se burlan de la jóven. En aquel momento, á pesar de tener cruzados sus brazos, la avispa se introduce en su pecho; entonces la jóven en su espanto se despoja precipitadamente de su bata, su camisa, su flotante pantalon, y queda desnuda. Pero la avispa continua tenaz atacándola con furor; los músicos prorumpen en una carejada: la doncella huye, da vueltas, salta y se arroja por tierra, dando unos quejidos con una pasión, con un delirio, una voluptuosidad, un frenesí que os alucina: es un efecto mágico, un sueño, una magnetización. Por último, como para pedir socorro, se lanza de un salto junto al espectador que la inspira mas confianza por su destreza, se envuelve en su vestidura, se apoya sobre su pecho, y oculta la cabeza y los hombros con su manto de cabellos.

Esta escena es comunmente el desenlace de la representacion, la bomba de los fuegos

artificiales. El privilegiado termina dando cequíes: así es que una fiesta de bailarinas cuesta en general muy cara: es un placer de gran señor, y el amo de la casa no le proporciona á sus convidados sino costándole al menos dos ó tres mil piastras. Por este precio, no habiendo mucha delicadeza con respecto al color, se podrian comprar seis ú ocho esclavas.

X.

LA CIUDAD DE LOS CALIFAS.

Un dia, en el momento en que íbamos á comer, oímos un gran ruido de hombres y dromedarios; nos asomamos á la ventana de nuestro comedor, que daba á un patio interior, y vimos á Mr. Taylor. Habiendo salido de Alejandria la víspera por la mañana, habia recorrido con la rapidéz de los corceles árabes las cuarenta y cinco leguas de desierto que dista esa ciudad del Cairo.

Su negociacion habia terminado; sin embargo, habia experimentado mas dificultades que lo que en un principio habia creído. Por mas diligencia que empleó, por mas que cuidó de guardar secreto, el proyecto se habia traslucido, la Inglaterra se adelantó á la Francia, y los dos obeliscos que iba á buscar monsieur Taylor, habian sido prometidos á la Gran Bretaña: Mehemet-Alí tenia el mayor deseo de dejar satisfechas á las dos naciones, y no queria otra cosa que ponerlas acordes. El viage anterior de Mr. Taylor, y el estudio que personalmente habia hecho sobre el terreno de los monumentos antiguos, le sirvieron en esta ocasion de grande utilidad: conocia el Egipto desde 1828, é hizo observar que datando el negocio de aquella época, la prioridad pertenecia á su petition. Después, para conciliarlo todo, ofreció dar á Inglaterra, en vez de los dos obeliscos de Louqsor, el de Karnach, que es mayor; todavia se ofrecieron algunas dificultades, pero se añadieron dos esfinges como compensacion, y los dos obeliscos de Louqsor y el de Alejandria fueron cedidos definitivamente á la Francia.

Llegaba, pues, muy satisfecho Mr. Taylor de haber terminado su negociacion, y deseaba vivamente continuar el viage; así que á propuesta mia, se fijó por unanimidad la partida para el dia siguiente al anochecer.

En la mañana de aquel gran dia, fuimos con nuestros árabes á casa del vice-cónsul de Francia, Mr. Dantan, para hacer nuestro convenio en presencia de un testigo: en primer lugar, se fijó el número de acémilas y perso-

nas; despues se abordó la cuestion principal: tratábase de saber lo que se pagaria á las unas y á las otras por el viage, que entre ida y vuelta debia durar poco mas de un mes.

Las discusiones son el triunfo de los árabes: amables, tenaces, impalpables, se deslizan siempre sorteando vuestras razones, que aparentan no comprender, ó que combaten con argumentos á los que vuestra ignorancia de los lugares y de las costumbres os impide tener nada que oponer; temiendo siempre pedir muy poco, exageran sus pretensiones, á fin de que aun cuando rebajen algo, dándose la importancia del que hace un sacrificio, todavía sean retribuidos en doble de lo justo. La principal razon que opusieron á la rebaja que proponíamos, fué que la península del monte Sinai era recorrida por tres tribus diferentes, y que habia un convenio entre ellas, por el que la que acompañase á los viageros no seria inquietada por las otras; resultaba de aqui, segun ellos, que no obteniéndose esta neutralidad sino á precio de oro, la cantidad que nos pedian, por excesiva que nos pareciese, era sumamente razonable, puesto que despues de separar de ella la parte que correspondia á las otras dos tribus, lo que les quedaba á nuestros conductores bastaria apenas para costear el gasto de los hombres y caballos. Como se ve, era uno de esos argumentos irrecusables á los que nada hay que contestar: pasamos, pues, casi por todo lo que quisieron, y la única concesion que obtuvimos fué que se mantendrian á su costa en el viage, no teniendo nosotros nada que ver con sus provisiones de boca; la manutencion de los dromedarios era de nuestra cuenta.

Terminado el ajuste, Mr. Dantan, que habia asistido á él, nos advirtió no formásemos una absoluta confianza en las amistosas relaciones de la tribu *Onaleb-Saide* con las otras poblaciones; pero era una tribu valiente y fiel, que llegado el caso nos ayudaria á defendernos. Por tanto, nos aconsejó Mr. Dantan no olvidásemos en nuestro equipage las armas, y entre nuestras provisiones el plomo y la pólvora.

Los árabes, que seguian con mucha atencion la palabra á Mr. Dantan, y que no pudiendo comprenderle espian su traduccion en nuestras fisonomías, conocieron que fuera lo que quisiera lo que decia, no les era favorable. Su primera idea fué que nos arrepintiásemos del trato que acabábamos de cerrar, y que buscáramos un medio de romperle: inmediatamente uno de ellos, que se llamaba Bechara, y que hablaba un poco el francés, se acercó á nosotros, y como si no reparara en que nos interrumpia, nos brindó á ir á ver los dromedarios. Sin saberlo, me habia cogido por el flaco. Seguí, pues, á Bechara, que me condujo al patio y se paró frente á nuestras acémilas, suplicándome observara que habia dromedarios de dromedarios; que los

que nosotros íbamos á probar eran verdaderos *haghins*, ligeros como gacelas, fuertes como leones, dóciles como corderillos; que cada uno de ellos tenia su genealogía tan en regla como la de los caballos árabes mas nobles y antiguos, y que podríamos ir detrás de ellos por el desierto sin ver la huella de sus pasos sobre la arena; tan rápida era su marcha.

Esta asercion, preciso es confesarlo, parecia confirmada plenamente por la simple inspeccion de los desventurados animales que eran objeto de aquel elogio; su demacracion era un verdadero fenómeno; su piel, que parecia haber pertenecido á un animal dos veces mas grueso que ellos, cubria con sus flotantes pliegues una especie de esqueleto de acero, del que se podian examinar todos los resortes. Por lo demas, su fisonomía indicaba bondad, y el anillo de hierro atravesado por sus narices me parecia que debia reemplazar ventajosamente la brida, de modo que aparte su desmesurada talla, no tenia ningun motivo formal de queja.

Comenzaba ya á apiadarme de nuestros futuros compañeros de viage: su ponderada sobriedad estaba impresa en todo su cuerpo; pero naturalmente aquella conmiseracion hizo nacer en mí la duda acerca de la continua salud de aquellos desgraciados animales. Entonces los árabes levantaron el grito á coro, y Mohammed se puso de su parte. Todo lo que me inspiraba temor era para ellos un motivo de seguridad, todo lo que me parecia un defecto era mirado por mis interlocutores como una perfeccion. Vi que no quedaria encima, y me guardé mis reflexiones; mas en realidad me parecia no haber visto dromedarios de una talla tan gigantesca.

El baron Taylor y Mayer se acercaron á mí: era urgente comprar provisiones; dejamos para la noche la conclusion del trato, y les pedimos á los árabes la lista de los objetos necesarios. Por poco considerable que fuese esta lista, nos obligaba por su diversidad á recorrer todos los bazares del Cairo, teniendo presente la especialidad de cada comerciante y de cada barrio, que jamás se intrusa en la especialidad del mercader y del barrio inmediato.

He aqui la lista de esos objetos, la cual dará una idea de la sencillez de costumbres de la vida nómada, que ha reducido las necesidades de los viageros á las mas estrictas necesidades de la vida:

Barriles para el agua.

Botas de cuero para colgar en la silla, á fin de beber caminando sin hacer detener á la caravana para abrir los barriles.

Arroz para tres personas, á la ida y á la vuelta: nos dijeron que lo encontraríamos en el Sinai, pero preferimos tomar nuestras precauciones en el Cairo.

Harina para el pan.

Habas para los dromedarios.

Dátiles: es la fruta que se conserva mejor en semejantes viages.

Mich-mich: recuérdese aquella pasta de albaricoque secada al sol, que se arrolla como piezas de lienzo, de que hemos hablado tratando de los bazares de comestibles, y que se vendé por varas; es una provision cómoda de trasportar, porque no ocupa mas sitio que un maletin, y cocida en agua forma una excelente conserva.

Tabaco para dar tanto á nuestra escolta como á los árabes que pudiéramos encontrar.

Leña para guisar.

Café para neutralizar la traspiracion de que estábamos amenazados.

Azúcar para regalar al convento.

Una tienda para librarnos del ardor del sol y del fresco de las noches.

En fin, vasijas de hierro para preparar nuestros alimentos, porque las de barro no podrian resistir diez minutos el trote de los dromedarios.

Este último artículo me recordó mi idea fija: entre las cualidades de los *haghins*, habia olvidado Bechara ponderarme aquel trote formidable, y me pareció, por poco halagüena que fuese la comparacion, que estábamos destinados á representar el papel de pucheros.

Entretanto, como se trataba de recorrer una porcion de bazares en dos ó tres horas, me apresuré á hacerlo; nos dirigimos inmediatamente á la estacion mas próxima, y montamos en aquellos apreciales cuadrúpedos que tantos servicios nos habian prestado, y que apreciaba yo mas todavía en el momento de separarme de ellos para hacer conocimiento con nuestras nuevas monturas; en seguida empezamos nuestra expedicion. A medida que comprábamos, Mohammed iba enviando las mercancías hácia el cuartel general; á las tres habiamos terminado todas nuestras compras. Se me olvidaba decir que á la lista de nuestras provisiones habiamos añadido las velas, á fin de poder dibujar despues de puesto el sol.

Nos despojamos de nuestras babuchas y marcupas, y las reemplazamos inmediatamente por unas botas encarnadas, altas, trabajadas en Marruecos, y que son flexibles y ceñidas como medias de seda; ademas del turbante, llevábamos por la cabeza un pañuelo rayado de amarillo y encarnado, cuyas dos puntas, que colgaban por ambos lados de nuestro rostro haciéndole sombra, estaban adornadas con borlitas de seda cubiertas de plata afligranada; en fin, ataviados de esta suerte volvimos al barrio franco para presenciar el embalaje de todas nuestras compras, rendidos de cansancio, pero decididos á salir aquella misma noche.

Encontramos casi terminada la tarea; los árabes son las gentes mas listas para empaquetar que conozco: todo estaba arrollado, atado y cerrado cuando llegamos, y cargados nuestros cuatro dromedarios destinados al ba-

gage. Entonces Mr. Msara, viendo que el resto de la operacion se verificaria perfectamente sin hallarnos nosotros, pues la primera parte se habia hecho en nuestra ausencia, nos aconsejó aprovecháramos el tiempo que nos quedaba para ir á pedir cartas de recomendacion al convento griego del Cairo que es una sucursal del monte Sinai. El consejo nos pareció bueno y nos pusimos en camino para seguirle; pero á las tres ó cuatro calles nos encontramos el camino obstruido por una procesion nupcial: la desposada, montada en un burro, iba herméticamente encerrada en una gran tela de seda; cuatro eunucos llevaban un palio que sostenian por encima de su cabeza, y una porcion de mugeres cubiertas con velos como ella, la seguian haciendo con la boca un ruido especial á las mugeres árabes, que consiste en un chasquido de la lengua contra el paladar, y que en esta ocasion como en todas las que se trata de felicidad, era la expresion de la alegría. Esta melodía formaba los intermedios de una música mas bárbara todavía; cuando cesaban, una docena de cantores, acompañándose con los instrumentos ya descritos, entonaban canciones mas que anacreónticas, las que juglares y payasos se encargaban de traducir con las actitudes mas significativas á los que como nosotros tenian la desgracia de no comprender el idioma. Toda aquella comitiva, ya considerable en sí misma, iba seguida por tal multitud que alzándonos sobre nuestros estribos no podiamos ver el fin. Calculamos por el paso con que avanzaban que todavía tendríamos que aguardar una hora cumplida; era perder demasiado tiempo: dejamos á Dios el cuidado de recomendarnos, y volvimos pies atrás. Encontramos á nuestros árabes dispuestos y los dromedarios cargados: no nos quedaba, pues, ya mas que concluir el trato; consistia éste por nuestra parte en las prendas que habiamos de dar, y por la de los árabes en la entrega de los rehenes que debian dejar en el consulado para responder de nosotros. Estos rehenes, cuyas cabezas debian tener la misma suerte que las nuestras, eran dos guerreros de la tribu con sus cabalgaduras; hicimos presente que éramos tres y que por lo tanto se necesitaban lo menos tres árabes para representarnos; pero nuestro jefe contestó que dos de nosotros estaban representados por los dos guerreros y el tercero por los dromedarios: buena ó mala, preciso nos fué contentarnos con esta respuesta, solo que el equivalente era poco lisonjero para nuestro amor propio; sufrida aquella humillacion, Mr. Dantan, Mr. Msara, y Mr. Dessap, que habian querido asistir á nuestra partida, nos dieron el abrazo de despedida; en seguida se encendieron las antorchas y nos llevaron los caballos de que nos debiamos servir en la primera jornada, porque temian que la poca costumbre que teniamos del trote de nuestras cabalgaduras nos causase algun acci-

dente en las estrechas y tortuosas calles de la ciudad. Esta precaucion, tomada por Mohammed, me hizo tomarle verdadera amistad; por fin, á las nueve de la noche montaron los árabes en sus dromedarios y nosotros en los caballos; en seguida salimos magestuosamente de la fonda alumbrados por las antorchas de nuestros guías, que marchaban delante de nosotros, y atravesamos el Cairo con grande admiracion de sus habitantes, á quienes el esplendor y estrañeza del espectáculo sacaba de sus casas á pesar de su indiferencia ordinaria.

Salimos por la puerta de la Victoria, la mas próxima al barrio franco: luego volvimos á la derecha costeano las murallas de la ciudad; y despues de una hora de marcha nos encontramos cerca de otra poblacion, poblacion de muertos, mas bella, mas rica, mas monumental que la que dejábamos, necrópolis de los califas donde los tenientes de Sallah-Eddin y los descendientes del mameluco Beg-Bars yacen en sepulcros de pórfido y mármol, al lado de la mas rica y alta aristocracia del Cairo; habiamos reservado esta exploracion para nuestra primera parada y no podia haberse elegido mejor hora para visitar sepulcros.

Dejamos, pues, á nuestros árabes levantar las tiendas y ocuparse del campamento; nosotros llevamos á los cuatro que tenian las hachas y nos dirigimos á pie hácia la fúnebre ciudad que veíamos ante nosotros como una negra masa en medio de la que no podíamos distinguir ninguna forma ni contorno.

A los doscientos pasos el resplandor de nuestras hachas se reflejó en la pared de un vasto y rico monumento, cuya base, iluminada por una luz trémula, dejaba ver los versículos del Koran que la rodean como listones sagrados, al paso que la luz, disminuyendo á medida que se llegaba, cortada de repente por las cornisas y los ángulos salientes que proyectaban su sombra, se perdía antes de llegar á la cima de los madenehs, cuyas doradas medias lunas brillaban como un astro en el cielo.

Llamamos á la puerta del monumento; al oír aquel ruido inusitado en semejante hora, los gavilanes que dormian al abrigo de los arabescos de piedra, se despertaron y emprendieron su vuelo dando agudos gritos. Prolongados aullidos los contestaron, y por un momento creimos que los perros y las aves de rapiña erao los únicos habitantes de la necrópolis: mas no tardamos en oír pasos humanos: cambiaron nuestros árabes algunas palabras con el que se adelantaba; por fin, se abrió la puerta, y el huésped de la muerte apareció en el dintel de aquel espléndido sepulcro.

Era un anciano de una sobriedad de palabras completamente musulmana: luego que supo el motivo que nos conducia alli, nos hizo seña de que entráramos, nos indicó las diver-

sas partes del edificio; luego nos llevó al panteon cuyas paredes estaban adornadas con flores de mosaico del trabajo mas elegante; el sarcófago era de granito perfectamente conservado. Sin embargo, nosotros no queriamos ver un sepulcro solo; participamos al anciano nuestra intencion; nos hizo seña de que estaba á nuestras órdenes; salimos del monumento y bajamos á la calle. Allí encontramos á los gavilanes, los cuales inmediatamente que volvieron á ver la luz lanzaron de nuevo agudos gritos y empezaron á girar tan cerca de nuestras antorchas que atravesaban por entre el humo que despedian; al mismo tiempo millares de perros errantes, que por el dia van á ganar su vida en las calles del Cairo y por la noche van á buscar un asilo entre las tumbas, nos rodearon y nos siguieron aullando. Despertados por aquellos gritos y aquellos aullidos, que protestaban contra la vida y la luz, tan insólitos en aquel sitio y á aquella hora, árabes beduinos, de esa raza indomable que se creeria prisionera si la encerrasen las puertas de una ciudad separándola del desierto aun durante su sueño, se levantaban envueltos en sus albornoces de las escaleras de las mezquitas ó de los huecos de los sepulcros, y parecian con sus blancos sudarios las amostazadas sombras de aquellos cuyo reposo íbamos á turbar. En medio de aquel siniestro acompañamiento y de aquellas fúnebres apariciones, llegamos á un sitio retirado donde nos enseñaron los sepulcros de los *Djezam*, rama de la tribu árabe de *Kholem* que se estableció en Egipto cuando la conquista musulmana. Dos monumentos se elevan suntuosamente sobre los demas: eran las tumbas de dos hombres célebres por su hospitalidad y su munificencia; el uno, que se llamaba Tharif, tenia diariamente á su mesa mil convidados que le llevaban sus esclavos situados en las diferentes puertas de la ciudad; el otro, que se llamaba Mhuenna, á falta de otros combustibles, quemó un dia para disponer la comida á los viajeros que se habian detenido bajo su tienda, un rico botin que acababa de coger á sus enemigos; habiaseles dado á sus cadáveres aquella magnífica hospitalidad que habian ejercido ellos durante su vida, y yacían en sepulcros espléndidos y vastos como palacios.

Al salir de aquel monumento, visitamos el último que nos pareció el mas antiguo de todos los que habíamos visto; sus paredes estaban llenas de grietas en toda su estension y en muchos sitios abiertas; por encima de una de aquellas hendiduras, nos hizo observar Mohammed trazada por un poeta persa, esta sentencia que nos pareció bastante clara: «Cada grieta de este antiguo edificio es una boca entreabierta que se rie de la pompa pasajera de las mansiones reales.»

Habiamos empleado dos horas próximamente en la ciudad de los muertos, y habiamos visitado los mas hermosos edificios; ya

era tiempo de reunirnos á nuestros árabes: nos dirigimos pues, hácia el primer sepulcro que habíamos visitado, escoltados siempre por los gavilanes, acompañados de los perros, costeados las fantasmas; sin embargo, como si aquel fantástico cortejo fuese detenido por un poder superior en su fúnebre ciudad, se detuvo en la puerta que daba á la llanura de los vivos; nos despedimos de él sin pesar para volver á nuestra tienda. Todavía oímos por algún tiempo los gritos lúgubres de las aves y el aullido de los perros; despues tranquilizados por el silencio y la oscuridad, las unas volvieron á ocupar sus nidos de mármol, los otros sus camas de granito; de modo que al poco tiempo cesó todo rumor, y ningun ruido turbó ya el eco de la ciudad mortuoria, cuyo sueño eterno habíamos interrumpido por un momento.

A nuestro regreso, encontramos á los árabes sentados en círculo alrededor de una fogata que habían encendido, y se referían historias. Detrás de ellos, sus camellos, tendidos y confundiendo con la arena cuyo color tienen, formaban un segundo y mas estenso círculo; nuestra tienda se había levantado á un lado; era el momento de dirigir una mirada en conjunto sobre aquellas gentes que debían acompañarnos, y en detalle sobre aquellos hombres á quienes habíamos confiado nuestra vida.

XI.

ARABES Y DROMEDARIOS.

El gefe ó cheik se llamaba *Tonaleb*; pequeño de estatura, delgado, nervioso, aunque feo, tenía una espresion de fisonomía afable y simpática; hablaba poco y con brevedad; su palabra fuertemente acentuada y su rápida mirada ejercían una continua vigilancia y superioridad sobre nuestros árabes, y en lo sucesivo tuvimos mas de una ocasion de juzgar de la exactitud de su mirada y la energia de su carácter.

A su izquierda estaba Bechara, con quien ya había hecho conocimiento en el patio de nuestra fonda y que era el que me había probado la nobleza de sus camellos y demostrado todas sus buenas cualidades. Su robustez no era mayor que la de su gefe; pero tan severo y taciturno como era éste, aquel era risueño y hablador; mientras duraba el día cantaba sentado en su camello, y en cuanto llegaba la noche, Scheherazade del desierto, refería sus historias á sus camaradas sin tener compasion de ellos, hasta que se dormían.

Entonces tomaba el partido de monologar algunos instantes, hasta que concluía por dormirse á su vez. Esta locuacidad perpétua, tan agradable en las expediciones largas para aquellos á quienes ha dado la naturaleza un carácter menos locuaz, hacia de Bechara el ídolo de sus camaradas; y si *Tonaleb* era el gefe durante el día, una vez puesto el sol, pasaba el cetro de mando á Bechara, sin réplica y sin reclamacion.

Al otro lado de *Tonaleb*, estaba el hermano de armas, el amigo, el confidente de Bechara; era un árabe hercúleo, llamado *Arballab*, muy estimado del gefe y respetado de sus demas camaradas porque era el mas robusto de la compañía; este era el que primero se lanzaba á vanguardia cuando alguna alarma oscurecía con sombrío tinte la frente de *Tonaleb*; él era el último que se dormía cuando Bechara contaba por la noche sus historias sin fin; así que *Tonaleb* y Bechara le consideraban estraordinariamente; era el brazo del uno y el oído del otro.

Despues de esos tres hombres, el único que merecía llamar la atención era Abdallah, nuestro cocinero; había entrado en el servicio por recomendacion de Mr. Msara, y en la seguridad de que había estudiado su arte con los mejores maestros del Cairo. Esta era su patente condenacion; imposible es figurarse las impuras mezclas que aquel envenenador disponía para nuestras comidas.

No hablamos de Mohammed, nuestro antiguo amigo, que nos había seguido desde Alejandria, y que también nos acompañaba en este viage.

En cuanto á los demas de la compañía, nada hay que decir de ellos por lo que hace á la parte intelectual; respecto á la parte física, eran verdaderos hijos del desierto, enjutos, vivos y ágiles como sus camellos. Así que á la primera mirada conocimos de cuan escasa importancia debía haber sido para ellos la rebaja de lo pedido para su alimento; en esta primera parada, no trataron de su comida. Calculamos que habían cenado como nosotros antes de salir del Cairo, y nos entramos en nuestra tienda sin ocuparnos mas de ello.

Me eché en mi alfombra completamente tranquilo respecto á la buena fé de nuestros guías, y por consecuencia sobre la seguridad del viage; éramos diez y ocho hombres bien armados, y formábamos una caravana bastante respetable. El único objeto de alarma que me quedaba era la desmesurada gibosidad de aquellos malaventurados dromedarios, sobre la que no veía ningun medio de permanecer mas de cinco minutos, y sobre todo, sin estribos; por fin me dormí en la confianza de que Dios es grande y misericordioso.

Al amanecer me desperté y salí sin hacer ruido de la tienda, teniendo el mal pensamiento de elegir el mas pequeño de los tres dromedarios. Encontré á los árabes despier-

tos y ensillando sus acémilas: hice una seña á Bechara de quien yo deseaba especialmente servirme, y le dije me condujera á mi cabalgadura. Nuestros tres dromedarios estaban arrodillados unos junto á otros, alargando el cuello como las serpientes, y en aquella situacion era difícil juzgar de sus tallas; di vueltas á su rededor para examinarlos, cuando Bechara me dijo que no me aproximara demasiado á sus cabezas. Le pregunté si habia en ello algun peligro, si su genio desmentia aquel aspecto tímido y lánguido que formaba la especial gracia de su fisonomía; me respondió que se habian visto dromedarios que sin aviso de ningun género, cogian el brazo ó el muslo de un hombre y le rompian como si fuera de vidrio; uno de sus compañeros me señaló, el cual habia sido víctima en el viage anterior de un accidente de aquel género; y algunos dias antes de nuestra partida del Cairo, un honrado turco, que estaba comprando, sin ocurrírsele temer ningun daño, mermelada arrollada, en un bazar de comestibles, habia sido cogido por el turbante y levantado del suelo, donde volvió á caer perdido el conocimiento. Se habian apresurado á acudir á su socorro, pero vieron al instante que la parte superior de la cabeza, es decir, del cráneo y del cerebro, habia quedado en el turbante. Por lo demas, los dromedarios hacen estas cosas sin picardía, sin malicia, en esos raros accesos de alegría ó mal humor que destruyen á las veces momentáneamente el equilibrio de los mas dulces caracteres.

Jamás Bechara habia sido escuchado con mas religiosidad, jamás ninguno de sus discursos se grabó tan profundamente en la imaginacion de sus oyentes. Le probé inmediatamente que apreciaba sus consejos dando una media vuelta y dirigiéndome por la parte de la cola hácia el dromedario sobre el que habia fijado mi eleccion. Estaba echado con todo abandono dobladas las piernas bajo el cuerpo y el cuello estendido; de modo que la silla en aquella postura estaba á la altura de una silla colocada en un caballo de talla ordinaria. Resolvi hacer antes que llegasen los demas, á la presencia de mi amigo Bechara, un ensayo sin importancia aparente, pero cuyo resultado debia ser familiarizarme con el animal. En consecuencia, como si tuviese yo la imaginacion completamente libre, me agarré cantando al borde de la silla y á las cuerdas que de ella colgaban, y, despues de los tres arranques clásicos, salté sobre la colina y me encontré á caballo; mas apenas estaba afirmado, cuando el animal que sabia su profesion de dromedario tan bien como yo mi oficio de caballero, levantó de un modo brutal toda la parte trasera, con lo que me puso inmediatamente las narices ocho pulgadas mas bajas que las rodillas y me valió en el pecho un golpe atroz con el arzon de la silla, que se eleva cerca de un pie y está terminado por

una bola de madera adornada con cobre. Al momento la parte delantera se levantó con la misma espontaneidad que habia observado en su predecesora la trasera, y sentí al respaldo de la silla volverme con usura en los riñones el golpe que el arzon me habia dado en el pecho. Bechara que no me habia perdido un instante de vista durante mis ejercicios de volatinero, me hizo notar la escelente combinacion de aquellas dos eminencias, sin el auxilio de las que hubiera caido inevitablemente hácia adelante ó hácia atrás; Bechara me habia hecho esta juiciosa observacion con una fisonomía risueña como si hubiese querido probarme que era yo un ingrato para con la silla: asi entonces comencé á considerarle como un chuseo. Asi, cuando me propuso apearme le respondí con tono de desprecio, aunque en el fondo conociese que avanzaba mucho, que quedaria alli mientras me agradase y aquello no le importaba; Bechara comprendió su inconveniencia y me invitó para volver á reconciliarse conmigo, á que aprovechase mi situacion mirando el paisaje.

En efecto, desde el punto á que yo habia ascendido, abrazaba un inmenso horizonte. El dromedario se habia levantado en la misma posicion que estaba echado, con la cabeza al Norte y la cola al Mediodía. Tenia á mi derecha los sepulcros de los califas apoyados en la árida cadena del Mokkattan, cuya cima estaba bañada de luz y la base de sombra; delante de mí el campo de batalla de Heliópolis, y á mi izquierda el Cairo, cuyos minaretes brillaban á los primeros rayos del sol. Aquella vista magnífica apoyada en el Nilo, hizo nacer en mí el deseo de completar mi goce con el opuesto semicírculo. Tiré del ronzal de mi dromedario para que diese una vuelta; pero al parecer no se apercibió de mi intencion; tiré con mas fuerza y levantó la cabeza; reuní todas mis fuerzas en aquel instante, que se puso á marchar hácia adelante. Entonces á falta de la brida quise hacer uso de mis piernas; pero ví que esta pretension era notoriamente incompatible con mis medios naturales; me ví, pues, obligado, viendo que el dromedario continuaba marchando y que me conducia directamente á Damietta, á llamar á Bechara en mi socorro; acudió sin resentimiento, y detuvo al animal; presentándole algunas habas en la palma de la mano le hizo dar una vuelta con la docilidad del asno inteligente, de modo que me encontré dando frente al opuesto horizonte.

Comenzaba este en el antiguo Cairo, y se estendia hasta el bosque de palmeras que cubre el terreno de Menfis, y sobre el que se elevan las cúspides de las pirámides de Sak-kara; á la derecha las pirámides de Gyzéh, y á la izquierda la cadena del Mokkattan, que sube en la direccion del Nilo y va á perderse en el Alto Egipto; en lontananza el desierto visible para la imaginacion mas allá del horizonte

y cuya inmensidad se adivina como la del Océano.

Llegaba al término de mi contemplación, cuando el lienzo de la tienda se levantó y Mayer salió de ella. Fingí no verle; aquella distracción me daba un aire de seguridad que halagaba mi amor propio. Sin embargo, aun fingiendo no mirar hacia donde él estaba, le veía de reojo, y observé que menos dueño de sus sentimientos, era yo el objeto, si no de su admiración, al menos de su envidia, y que hubiera dado cualquier cosa por hallarse en mi lugar; el hecho es que los espectadores eran ahora mas numerosos que un cuarto de hora antes, porque los árabes habian cargado sus camellos, y solo á nosotros esperaban para partir.

Felizmente para Mayer, una circunstancia que me hubiera embarazado mucho, le sirvió de ayuda: su dromedario, viendo levantarse á sus camaradas, los imitó arrastrado por el ejemplo: quisieron los árabes hacerle arrodillarse, pero Mayer comprendió su ventaja y procuró no dejarla escapar. En su cualidad de marino, trepar por un animal, cualquiera que fuese, era para él una bicoca; mantenerse en él era lo principal; con un bramante, siempre que fuese bastante largo, hubiera subido hasta la veleta de un campanario. Así, en cuanto vió la cuerda que colgaba de la silla, hizo seña de que le dejasen, y en un segundo se encontró sobre su dromedario, con gran aplauso de la concurrencia. En cuanto á Mr. Taylor, su primer viage al Alto Egipto, y su regreso de Alejandria al Cairo, habian hecho de él un cumplido ginete.

Todo el mundo estaba dispuesto, á escepcion de Bechara, que buscaba en la arena no sé qué cosa que habia perdido; uno de nuestros árabes tomó la delantera para indicarnos el camino, y en el mismo instante toda la caravana salió al trote en su seguimiento. ¡Dios os libre del trote del dromedario!

Sin embargo, no estaba yo tan distraído que no hubiera visto la acémila de Bechara abandonar á su señor para ocupar su puesto en la cabalgata; mas ésta no se alarmó por la falta del ginete: continuaba éste buscando el objeto perdido; al fin, sea que le encontrase, sea que temiese nos alejáramos demasiado para que pudiese volvernos á alcanzar sin cansancio, echó á correr, y alcanzando á su dromedario que caminaba al lado del mio, se aprovechó del momento en que levantaba la pizerna izquierda, colocó uno de sus pies sobre su pezuña, el otro en su rodilla, saltó de la rodilla sobre el cuello y del cuello sobre la silla, y esto con tal rapidez, que no habia yo podido ver el medio de que se valió para conseguir su objeto: estaba asombrado.

Bechara se aproximó á mí con la misma naturalidad que si no acabase de ejecutar un ejercicio de destreza de los mas asombrosos, y viendo que para hacer lo mas suave que me

fuera posible el paso del animal me agarraba con una mano al borren delantero y con la otra al trasero, comenzó á darme algunas instrucciones sobre la manera de mantenerme en la silla. Esta palabra silla me recordó nos habia dicho que las nuestras estaban perfectamente rehenchidas, siendo así que lo primero que noté fué que estaba montado sobre madera y muy dura; Bechara me respondió que no nos habia engañado, y que en la primera parada me haria ver que mi silla estaba guarnecida con el mayor cuidado; verdad es que era por la parte inferior, pero añadió que era mas importante en una expedición como la que íbamos á hacer, cuidar de la piel de los camellos que del cutis de los viajeros. Parecióme éste un verdadero razonamiento de árabe al que no quise rebajarme á contestar, y continuamos nuestro camino sin hablar una sola palabra.

A la media hora de marcha llegamos al pie del Mokkaitan. Aquella cadena granítica, quemada por el sol, está absolutamente pelada; un pequeño sendero abierto en la roca, sirve para trepar por los costados escarpados de la montaña, y presenta estrictamente el ancho bastante para que un camello cargado pueda pasar por él. Pusimonos en fila unos tras otros, yendo siempre delante el árabe que nos servia de guía, y tras él nosotros colocados á voluntad; aquella subida nos dió un poco de respiro, viéndose los dromedarios obligados á ir al paso, á causa de la dificultad del camino.

Subimos de este modo hora y media próximamente, y al cabo nos encontramos en la cima de la montaña. Ofrecia ésta, en el espacio que se recorre en tres cuartos de hora, una superficie desigual, en medio de la que bajando y subiendo sin cesar, perdíamos frecuentemente de vista todo el horizonte occidental para volverle á encontrar un momento despues; al bajar la última colina cesamos de ver las casas del Cairo, y despues desaparecieron á nuestra vista sus mas elevados minaretes; todavia descubrimos por algun tiempo la cúspide de las pirámides de Gyzé y de Sakkara como los agudos picos de una cadena de montañas; por último, se hundieron sus agujas y nos encontramos en la parte superior de la pendiente oriental del Mokkaitan.

Hacia este lado no hay mas que una llanura sin límites, un Océano de arena que desde el pie de la montaña se extendia hasta el horizonte, donde se confundia con el cielo; la vista en conjunto de aquella alfombra móvil era rojiza, del color de la piel del león; sin embargo, algunas fajas salitrosas la rayaban de blanco, como las telas en que nuestros árabes se envolvian. Ya habia yo visto algunas áridas playas, pero jamás de semejante estension: nunca me pareció bañar el sol á la tierra con tanto ardor: sus rayos eran visibles, y aquella arena daba sed solo con mirarla.

Bajamos durante media hora, poco mas ó menos, y nos encontramos en medio de unas ruinas que tomamos al principio por las de una ciudad; pero habiendo notado que la tierra estaba tan solo cubierta de columnas, nos fijamos en ellas con mas atencion, y vimos que aquellas columnas no eran otra cosa que troncos de árboles. Preguntamos á nuestros árabes, los cuales nos dijeron que estábamos en un bosque de palmeras petrificadas; este fenómeno nos pareció merecia un exámen mas detenido que el que podiamos hacer desde lo alto de nuestros dromedarios: por tanto, como llegábamos á la base de la montaña, y habia llegado el momento de la parada del medio día, dijimos á Tonaleb que deseábamos detenernos. Los árabes se apearon de sus dromedarios, y los nuestros viendo de lo que se trataba, se arrodillaron al punto; aquello era el viceversa de la partida: comenzaron por doblar los brazos, despues las piernas; pero como ahora estaba yo prevenido, me aseguré tan perfectamente en la silla que no sentí la sacudida. Mayer, como no estaba prevenido, recibió en el pecho y en los riñones los golpes de rigor.

Nos pusimos á mirar el extraño suelo que pisábamos: estaba cubierto de troncos de palmeras semejantes á trozos de columnas; se hubiese dicho que todo el bosque se habia petrificado en su pie, y que el simoun, estrellándose en las áridas laderas del Mekkattan, habia desarraigado aquellos árboles de piedra, que al caer se habian hecho pedazos. ¿A qué causa atribuir este hecho? ¿en qué cataclismo señalar la fecha de este fenómeno? Esto es lo que no podemos decir; pero la verdad es que por espacio de mas de media legua marchamos por entre estas extrañas ruinas, que al primer aspecto se hubiesen podido tomar, con sus mil columnas tendidas y truncadas, por alguna desconocida Palmira.

Nuestros árabes habian levantado la tienda en la falda de la montaña, en las primeras zonas de arena; no tardamos en ir á donde estaban, y los encontramos tendidos á la sombra de sus camellos cargados. Abdalla comenzaba su servicio y acababa de prepararnos nuestra comida: componíase de arroz cocido en agua y una especie de galletas de harina de trigo, delgadas como barquillos, y que habia cocido poniendo sobre las ascuas; estaban blandas y correosas como pasta de malvavisco, sin deshacerse como el pan: por el principio juzgué al hombre, y desde aquel momento perdió mi confianza. Comimos algunos dátiles y un pedazo de nuestra mermelada, que cortamos de la pieza; Mayer estaba tan cansado de los esfuerzos que habia hecho para sostenerse en su dromedario, que no quiso tomar nada. En cuanto á nuestros árabes, se hubiera dicho que participaban de la naturaleza de los djinns, y que se alimentaban de aire y rocío, porque desde nuestra salida del

Cairo no los habiamos visto comer ni un solo grano de maiz.

Dormimos unas dos horas; despues, como habia pasado la mayor fuerza del sol, nos despertaron nuestros árabes; mientras doblaban la tienda, volvimos á montar sobre nuestros haghins, y nos preparamos á hacer en la misma noche nuestro primer alto en el desierto.

XII.

EL DESIERTO.

Tonaleb hizo la señal de la partida: un árabe se puso á la cabeza de la comitiva, y emprendimos la marcha.

Aunque el sol habia perdido ya su mayor fuerza, todavía era abrasador para nosotros los europeos; íbamos al trote con la cabeza baja, y de vez en cuando nos veiamos obligados á cerrar los párpados, porque el reflejo de la arena nos quemaba los ojos; la atmósfera estaba en calma y pesada, y el rojizo horizonte se destacaba sobre un cielo cargado de amarillentos vapores. Acabábamos de dejar detrás de nosotros los últimos restos del bosque petrificado; comenzaba á acostumbrarme al trote de mi cabalgadura, como nos acostumbramos al balance de un buque; Bechara marchaba junto á mi cantando una cancion árabe, triste, pausada y monótona, y aquel canto, unido al movimiento del dromedario, á la atmósfera pesada que abrumaba nuestras cabezas, á aquella ardiente arena que nos ofendia la vista, comenzaba á adormecerme, como el arrullo de las nodrizas adormece al niño en la cuna. De repente mi haghin dió una huida que faltó poco para que me sacara de la silla; volví á abrir los ojos, buscando maquinalmente la causa de aquella sacudida: habia tropezado con el cadáver de un camello medio devorado por las fieras; entonces vi que seguíamos una linea blanca, que se extendia hasta el horizonte, y observé que aquella linea estaba trazada con esqueletos.

El hecho era bastante extraordinario para que no pidiese su explicacion; llamé á Bechara que esperaba mi pregunta, porque mi admiracion no habia escapado á aquella profunda penetracion que en tan alto grado poseen los pueblos primitivos y salvages.

—El dromedario, me dijo aproximándose á mi, no es un animal incómodo y orgulloso como el caballo: camina sin detenerse, sin comer y sin beber; no se manifiesta en él la enfermedad, el cansancio, la fatiga. El árabe que oye á tanta distancia el rugido del leon, el relincho del caballo ó el grito del hombre, no

percibe, por cerca que esté de su haghin, otra cosa que su respiracion mas ó menos apresurada, mas ó menos anhelante; pero jamás un quejido; cuando la naturaleza es vencida por el dolor, cuando las privaciones han agotado sus fuerzas, cuando falta la vida á sus órganos, el dromedario se arrodilla, estiende su cuello sobre la arena, y cierra los ojos. En este caso sabe su ginete que todo ha concluido: se apea, y sin intentar siquiera hacerle levantar, porque conoce la honradez de su cabalgadura, y no sospecha en ella ni engaño ni pereza, le quita su silla, la coloca sobre otro dromedario, y continúa su camino abandonando allí al que no puede seguir la caravana: llegada la noche, los chacales y las hienas acuden al olor, y no dejan del pobre animal mas que el esqueleto. Estamos en el camino del Cairo á la Meca; dos veces al año pasa y vuelve á pasar la caravana por aquel camino, y aquellos huesos en tanto número y tan frecuentemente renovados, que jamás las tempestades del desierto los dispersan completamente; aquellos huesos que puedes seguir sin guía, y que te revelarán los oasis, los pozos y las fuentes á que el árabe va á pedir sombra ó agua, y terminarian por conducirte al sepulcro del Profeta, son los de los dromedarios que caen y no se levantan mas. Acaso al mirar atentamente y de cerca aquellos despojos, reconocerás de trecho en trecho esqueletos mas pequeños y de una forma diferente: tambien estos pertenecieron á cuerpos fatigados que han encontrado el reposo antes de llegar al término del camino; son los huesos de los creyentes, que consultando su celo y no sus fuerzas, han querido conformarse al precepto que manda á todo fiel hacer una vez al menos durante su vida el santo viage, y que habiéndose dejado detener por los placeres ó los negocios mundanos, han emprendido tarde su peregrinacion sobre la tierra, de suerte que han ido á terminarle en el cielo. Añade á eso algun turco estúpido, ennuco de abotagado cuerpo, que se ha dormido cuando debia velar, y se ha estrellado al caer; cuenta los estragos de la peste, que frecuentemente diezma la mitad de una caravana, y los del simoun, que á las veces devora el resto, y comprenderás fácilmente que aquellas miras fúnebres se coloquen tan á menudo para trazar un nuevo camino al punto que el antiguo se borra, é indicar á los hijos el camino que han seguido sus padres.

Sin embargo, continuó Bechara, cuyas ideas ordinariamente alegres tomaban, con la facilidad que distingue á los de su nacion, el colorido del objeto sobre que momentáneamente se habian fijado, todos los huesos no están aquí; á veces, á cinco ó seis leguas á derecha é izquierda del camino, se encuentra en medio del desierto el esqueleto de un haghin ó de un ginete: consiste esto en que el dromedario, cuando llegan los meses de ma-

yo y junio, es decir la época de los grandes calores, suele ser acometido repentinamente de una especie de locura. Entonces se separa de la caravana, toma el galope y va hácia delante: quererle detener con la brida es cosa imposible; así, en este caso, lo mejor es dejarle correr hasta el momento en que se va á perder de vista la caravana, porque suele detenerse por su voluntad, y volver mansamente á ocupar su puesto en la fila; pero en el caso contrario, si continúa corriendo, y hay temor de perder de vista á los compañeros, á quienes no se volverá á encontrar una vez perdidos, es preciso atravesarle el pescuezo con la lanza ó romperle el cráneo de un pistoletazo, en seguida volverse inmediatamente con la caravana, porque las hienas y los chacales no están solo á la espera de los dromedarios que caen, sino tambien de los hombres que se extravían. He aquí porque te decia que á las veces se encuentra el esqueleto del hombre á poca distancia de la armazon del camello.

Habia yo escuchado aquel largo discurso de Bechara con los ojos fijos en el camino, reconociendo en la multitud de huesos de que estaba sembrado, la verdad de su lúgubre relacion; entre aquellos restos los habia tan antiguos, que estaban reducidos á polvo y se confundian en la arena: otros mas recientes, relucian y tenian la solidez del marfil; en fin, algunos tenian todavia pedazos de carne seca, indicando que la muerte de aquellos á quienes habian pertenecido era todavia mas reciente. Confieso que la idea de que si me desnucaba al caer de mi dromedario, cosa muy posible; si el simoun me ahogaba, cuyo efecto se ha visto, ó si moria de enfermedad, otra hipótesis muy natural; confieso, digo, que la idea de que seria abandonado en el camino; que en él recibiria en la misma noche la visita de las hienas y de los chacales, y por último, que ocho dias despues servirian mis huesos para mostrar á los viajeros el camino de la Meca, no presentaba á mi imaginacion una imágen de las mas halagüeñas. Esto me trajo naturalmente á pensar en París, en mi habitacion, pequeña si, pero tan caliente en invierno y tan fresca en verano; en mis amigos, que en aquel momento continuaban su vida parisien, dividiendo sus horas entre el trabajo, los espectáculos y los bailes, y á quienes habia yo abandonado para ir á escuchar colocado en lo alto de un dromedario, las fantásticas relaciones de un árabe. Preguntábame qué locura me habia impulsado hasta donde iba, qué pensaba hacer, y cuál era el objeto que allí iba á buscar: felizmente en el momento en que me hacia estas preguntas, levanté la cabeza; mis ojos se dirigieron hácia aquel inmenso Océano, hácia aquellas oleadas de arena, sobre aquel horizonte leonado y ardiente; miré aquella caravana, aquellos dromedarios de largo cuello, aquellos árabes de pintoresco traje,

toda aquella naturaleza estraña y primitiva, cuya pintura no se encuentra mas que en la Biblia, y que parece salir de las manos de Dios y me convencí que en último resultado bien valia todo aquello la pena de abandonar á París y atravesar el mar, aun á riesgo de dejar en el desierto algunos huesos mas.

Esta sucesion tan brusca de ideas tan diferentes, separando el espíritu del cuerpo, habia librado á éste de aquella preocupacion penosa que tanto le habia atormentado el dia de la partida. Iba con tanta comodidad sobre mi dromedario, como si hubiera nacido sobre él; y Bechara que veia mis progresos en equitacion con el amor propio de un maestro, me colmaba de felicitaciones. En cuanto á los demas árabes, menos locuaces que su compañero, se contentaban con cerrar la mano de modo que el pulgar sobresaliese á las falanges de los otros dedos, y estendiendo el brazo horizontalmente, decirme: ¡Taib, taib! lo cual en el idioma árabe es el colmo del elogio, y corresponde á nuestro superlativo *muy bien!* Por lo demas, nuestros conductores, á pesar de conservar ese aire de indiferencia bajo el que ocultan una curiosidad sin límites, no nos perdian de vista; cada movimiento de nuestro cuerpo, cada espresion de nuestra fisonomía, cada señal que nos hacíamos, por imperceptible é ininteligible que fuese para cualquiera que no fuera nosotros, eran el objeto de sus observaciones, las que se comunicaban brevemente, en voz baja, con un movimiento, con una mirada; es un ejercicio en el que desplegaban una maravillosa destreza; visto el hombre, su filiacion está hecha; tomada la filiacion, ya no se pierde de la memoria, y aun se asegura que el árabe, cuando vuelve á reunirse á su tribu, la hace una pintura tan fiel del viajero á quien conduce, ó que simplemente encontró, que largo tiempo despues, si por casualidad le vuelven á encontrar los oyentes, le reconocen sin haberle visto jamás.

Continuamos nuestro camino, Bechara cantando, y yo meditando, cuando en uno de esos momentos en que el sol, que comenzaba á ocultarse tras el Makkatan, me permitia levantar la cabeza, descubrí en el horizonte un punto negro: éste es el árbol del desierto, es el límite que divide en dos partes iguales el camino del Cairo á Suez.

Es un sicomoro, aislado como un islote en medio del mar, y al que en vano busca la vista un compañero. ¿Quién la ha plantado allí, precisamente á igual distancia de ambas ciudades, como para indicar á la caravana que ya es tiempo de hacer alto? Nadie lo sabe. Nuestros árabes, sus padres, sus abuelos y los antepasados de sus abuelos, siempre le habian visto en aquel sitio, y decian que Mahoma, habiéndose detenido á descansar allí y no habiendo sombra, habia arrojado una semilla mandándola se convirtiese en un árbol. Este sicomoro cubre un pequeño monumento mal

construido y conservado: es un sepulcro que encierra los huesos de un digno musulman cuya santidad recordaban nuestros árabes, pero cuyo nombre habian olvidado.

Apenas nuestro guía le descubrió, puso su dromedario al galope, y los nuestros le siguieron con una rapidez que daria vergüenza al mejor caballo de carrera. Por lo demas, aquel paso, mas suave que el trote, me era mucho mas cómodo; así que de tal modo hice apresurarse á mi haghin, que era joven y vigoroso, que llegué el segundo al descado árbol. Inmediatamente, sin esperar á que mi dromedario se arrodillase, me agarré con la mano izquierda al pomo de la silla, y me dejé caer en la arena.

Cierta frescura que nos ofrecia aquella sombra, fué para nosotros un placer que no se puede concebir mas que cuando se experimenta. Para completa felicidad, quisimos beber un poco de agua, porque en la parada del medio dia habíamos vaciado nuestras botas, y teníamos las lenguas materialmente pegadas al paladar. Desafaron un odre y me le acercaron; á través del pellejo noté que el agua estaba á la misma temperatura que el aire; no por éso dejé de aproximar mi boca á la abertura y tragar por largo rato su contenido; pero por mucha que fuese la rapidez con que entró, todavia fué mayor con la que volví á arrojarla; en mi vida habia tragado una cosa como aquella. En un dia se habia vuelto el agua corrompida y fétida. Al gesto atroz que hice, se acercó á mi Bechara; le di el pellejo sin decirle nada, tan ocupado estaba yo en arrojar hasta la última gota de aquel líquido infernal. Era este inteligente en agua, catador experimentado: probaba un poco en las cisternas antes que sus camellos; así que todos, desconfiando de mi estragado gusto, esperaron en silencio el fallo que iba á dar. Comenzó por oler el pellejo, hizo un movimiento de cabeza de alto á bajo, adelantando al mismo tiempo el labio inferior, lo cual significaba que efectivamente habia algo que decir de él; al fin tomó una bocanada, con la que se enjuagó; luego la tiró, dándome la razon ámplia y completísima: el movimiento, el calor y los pellejos nuevos eran las tres causas combinadas de aquella corrupcion. Desde el instante en que supimos á que atenernos, tuvimos diez veces mas sed: á esto nos respondió Bechara que en la noche del dia siguiente encontraríamos excelente agua en Suez: era lo bastante para volverle á uno rabioso.

No era esto todo: creíamos haber llegado á nuestro campamento, pero Tonaleb lo habia decidido de otro modo. Despues de un descanso como de media hora, fué preciso volver á montar en nuestros camellos, los cuales, levantándose luego que nos sintieron colocados en la silla, nos probaron que menos inocentes que nosotros, no habian tomado aquella parada por lo serio. En cuanto á nuestros

árabes, ni comían ni bebían: era una cosa incomprendible.

A las dos horas de marcha, durante las que, por el trote largo de nuestros camellos debimos caminar cerca de cinco leguas francesas, Tonaleb hizo un chasquido con la lengua, que según parecía, era la señal convenida entre él y sus dromedarios, porque al punto se detuvieron estos y se arrodillaron. Nos apeamos muy fatigados de aquella larga jornada y fastidiados por no tener agua habiéndola llevado. Los árabes participaban al parecer de nuestro mal humor; estaban silenciosos y pensativos: solo Bechara había conservado algo de su ordinaria alegría.

Sin embargo, á los pocos momentos, desplegaron la tienda, clavaron las estacas y estendieron nuestras alfombras. Por mas fatigado que estuviese, tendí sobre la caliente arena, á los últimos rayos del sol que se ponía, mi papel de dibujar, que se había mojado completamente en mi cintura, y volví á tenderme, suplicando á Dios renovase con nosotros el milagro de Agar, por mas indignos que de ello fuésemos.

En esto vi á Abdallah que se había levantado sus anchas mangas, y que dándose la importancia de un cocinero, preparaba nuestra comida: consistía esta en el pan y el guisado ya dicho, desleído y sazonado con el agua de los pellejos. Los árabes le prestaban los servicios que podían, partiendo con sus puñales la leña en menudos pedacitos, ayudándole soplando á encender su fuego, mondándole el arroz y echando las galletas sobre las brasas. A su lado Mohammed y Bechara se ocupaban en desinfectar el agua mudándola de receptáculo desde alto á fin de que el aire la purificase. Acordéme entonces de que el carbon era un depurativo y ofrecí mi auxilio á nuestros químicos, los cuales viéndome dispuesto á emplear un procedimiento desconocido no demostraron ningun amor propio y me dejaron obrar. Una parte de la hoguera que tenía Abdallah se empleó allí; despues filtramos el agua á través de un lienzo, y Bechara, nuestro catador titulado, renovó el experimento. Esta vez el resultado fué satisfactorio: el agua era potable. Esta noticia hizo á Mayer dejar su alfombra, en la que estaba decidido procurar dormirse sin cenar, por temor de que la cena aumentase su sed. Se había encendido luz en la tienda y Abdallah nos trajo el arroz en una escudilla de madera; nos sentamos en círculo acurrucados como sastres é intentamos comer algunas cucharadas de aquel guisado y probar el pan; pero todavía no estábamos á la altura de los guisados de Abdallah; de suerte que le dijimos se llevase al momento su arroz y sus galletas y nos diese dátiles y café. En aquel momento se acercó Mohammed á nosotros con aire paternal, que indicaba tenía algo que pedirnos. Vi su intencion y me volví hácia él, despues de haber probado á

tragar sin sacarla el gusto medio vaso de nuestra agua filtrada.

—¡Y bien! Mohammed, le dije, ¿qué hay?

—Hay, respondió Mohammed que los árabes están tristes.

—¿Y por qué están tristes?

—Porque tienen hambre, dijo Mohammed.

—¡Toma! Pues si tienen hambre que coman

—No piden otra cosa; pero no tienen que comer.

—¡Cómo! ¿No tienen nada? ¿pues qué no han hecho provisiones? Eso era lo contratado.

—Si; pero calcularon que como no hay mas que dos jornadas del Cairo á Suez podrian en rigor, echando un candado á su estómago, andar el camino sin comer.

—¿Y no pueden hacerlo, eh?

—Si pueden; pero están tristes.

—Ya lo creo que deben estarlo, no han tomado nada desde ayer.

—¡Oh! han comido dos ó tres veces habas con sus camellos.

—Pues bien, dí á Abdallah que les haga de cenar inmediatamente.

—Es inútil. Si quereis darles lo que ha sobrado de vuestro arroz y vuestras galletas tendrán bastante con ello.

—¡Cómo! ¿Lo que ha sobrado de tres para ellos que son quince!

—¡Oh! dijo Mohammed, si hubiesen almorzado á su hora, tendrian con eso para tres comidas.

Mr. Taylor no pudo menos de decirle sonriendo:

—Tomad y comed, amigos míos, y que Jesucristo haga con vosotros el milagro de la multiplicacion de los panes.

Mohammed se volvió hácia la reunion que parecía no había escuchado nada de lo que decíamos, é hizo seña de que la petición estaba concedida. Al instante la alegría volvió á todos los rostros y se preparó cada uno á tomar su parte de aquel espléndido festin que nuestra munificencia les concedía.

Formáronse dos círculos. El primero se componía de Tonaleb, Bechara, Araballah, Mohammed y Abdallah, todos los que tenían cierta posición: Tonaleb, como gefe; Bechara, como narrador; Araballah, como guerrero; Mohammed, como intérprete y Abdallah como cocinero. El segundo círculo le formaban los otros árabes que ocupando un grado menos elevado en la escala social debían comer los últimos y alargar el brazo por entre los compañeros que ocupaban la primera fila. El ejercicio se ejecutó con admirable precision: Mohammed dió la señal tomando con el extremo de sus cinco dedos un puñado de arroz que llevó á la boca y Tonaleb siguió su ejemplo: toda la primera fila imitó á su gefe; luego le llegó su vez á la segunda, la que con una destreza admirable, pescó su racion y la llevó á la boca sin dejar caer un solo grano de arroz.

Esta evolucion continuó con la misma religiosidad y precision hasta que la escudilla quedó desocupada, lo que no tardó mucho en suceder. Entonces Bechara se levantó en nombre de la sociedad para darnos gracias y nos preguntó nuestro nombre, á fin de que él y sus camaradas los conservasen en sus corazones en memoria de nuestra generosidad; se los dijimos añadiendo á ellos dos dáfiles por persona á fin de que no solo conservasen nuestros nombres en su memoria, sino tambien los trasmitiesen á sus descendientes.

Sin embargo, nuestros árabes habian tomado sobre sí un compromiso en el que habia mas de buena voluntad que de prevision. Nuestros tres nombres con sus pronunciaciones diferentes y su aglomeracion de consonantes eran dificiles de pronunciar para gargantas orientales; así, á pesar de sus ensayos repetidos, los destrozaron de tal manera que pronunciados á su modo no solo corrian peligro de no ser trasmitados á su posteridad, sino ni aun de ser reconocidos por nuestros mejores amigos. Por otra parte, aquel trabajo filológico era demasiado áspero para aquellos hijos de la naturaleza que sufren como mártires las fatigas del cuerpo, pero que tienen repugnancia como los *lazzaroni* al menor trabajo de la imaginacion. Resultó de aquí que á los diez minutos de hacer esfuerzos, Bechara se levantó y aproximándose se llegó á nosotros, nos pidió en nombre de sus camaradas que no podian pronunciar nuestros nombres, el permiso de bautizarnos en cambio con nombres árabes, suplicándonos conservásemos esos nombres en todo el viage á fin de que pudiesen llamarnos y nosotros responderlos: como no veíamos en ello inconveniente alguno les concedimos su demanda de buena voluntad. En consecuencia la sustitucion se hizo en el mismo instante. Mr. Taylor á causa de su posicion y de su edad, algo mayor que la nuestra, fué llamado *Ibrahim-Bey*, es decir, Abraham, el gefe; Mayer, cuyo fisico tenia alguna relacion con la demacracion del cuerpo, el color del cutis y sus facciones con un árabe de nuestra escolta, fué saludado con el nombre de *Hassan* y yo, en vista de mi precoz disposicion á hablar el árabe, mi seguridad en montar sobre el dromedario y mis continuas ocupaciones en tomar notas ó sacar bocetos, fuí honrado con el de *Ismael*, al que añadieron para colmo de honor la palabra *effendi*, es decir, sábio.

Convenido este punto con gran satisfaccion de todos, Bechara cruzó las manos sobre su pecho deseándonos una buena noche y suplicando á Mahoma nos preservase de la visita de *Salem*.

Como yo andaba buscando todo lo que podía añadir un carácter pintoresco á nuestro viage, pregunté á Mahommed quién era Salem. —Me respondió que un ladron árabe conocido en la comarca por su valor y su destreza y que

en aquel mismo sitio donde hacíamos alto habia ejecutado una de sus maravillosas fechorías. No se necesitaba mas para excitar nuestra curiosidad; aunque cansados, no teníamos tantas ganas de dormir que no pudiésemos escuchar las narraciones de Bechara: fuimos pues á ocupar un sitio en el círculo de los árabes; hicimos una distribucion de tabaco, se encendieron las pipas, y con la ayuda de Mohammed comenzó Bechara su narracion, medio árabe, medio francesa, y que hubiese sido ininteligible en ambos idiomas si sus gestos no hubiesen espresado completamente lo que decia á sus compañeros, y si nuestro intérprete no hubiese explicado los pasages mas oscuros para nosotros.

Ahora bien, Salem era un árabe simplemente hijo de una tribu nómada que en su infancia habia manifestado las mas felices disposiciones para el robo; esta inclinacion habia sido estimulada por sus padres que comprendieron inmediatamente cuán ventajosa no sería semejante vocacion bien dirigida, para el porvenir. Así que el jóven Salem, respetando siempre las propiedades de su tribu y de los aliados de ella, siendo muy jóven todavía, ejerció sus nacientes facultades en las tribus con quienes estaba la suya en guerra: prudente como la serpiente, ágil como la pantera, ligero como la gacela, se deslizaba bajo una tienda sin hacer crujir la tela, ni rechinar la arena, atravesaba de un salto un torrente de quince piés de ancho y ganaba á la carrera á un dromedario al trote.

A medida que crecia se desarrollaron sus disposiciones; solo que en lugar de dedicarse por las noches á alguna tienda aislada ó á algun viagero imprudente, reunió los jóvenes de su tribu, quienes habitados hacia largo tiempo á obedecerle no vacilaron en reconocerle por gefe, y con este refuerzo de poder material intentó expediciones mas importantes. Entonces fué cuando su astucia se desarrolló con vigor y comenzó á hacer operaciones en grande escala, sin renunciar, sin embargo, de vez en cuando á aquellos golpes de mano aislados y aventureros que le habian valido su reputacion: tan pronto hacia correr el falso rumor del paso de una caravana ricamente cargada y entonces los guerreros de las tribus vecinas salian á campaña para colocarse á su paso, cayendo él entretanto sobre sus tiendas donde no habian quedado mas que los ancianos y los niños y robando los animales y las provisiones; en otras ocasiones, y esto sucedia cuando alguna caravana salia efectivamente de Suez para el Cairo, ó del Cairo para Suez, enviaba á un árabe para que dijese á las tribus que espianaban, que sus campamentos eran saqueados; y entonces los guerreros volvian á toda brida hácia sus tiendas, mientras que el señor y rey del desierto robaba la caravana á su gusto y rescataba los comerciantes y los peregrinos por lo que él pedía. Al fin, aquellos robos tan

atrevidos y tan frecuentes llegaron á oídos del bey de Suez. Suez es el emporio de la India, el puerto de la Arabia; medio arruinado ya por el descubrimiento del paso por el cabo de Buena Esperanza, solo á largos intervalos acuden allí las caravanas á llevarles sus mercancías; el bey de Suez se alarmó, pues, seriamente con las depredaciones de Salem, quien contribuía todavía mas á separar las caravanas de su ciudad, y dió las órdenes mas severas para que fuese cogido el bandido. Trascurrió un año en vanas pesquisas sin que Salem tratara de ocultarse; por el contrario, todos los dias se tenían noticias de alguna nueva hazaña cometida por él; pero se escapaba de entre las manos de los que le perseguían con una destreza y un atrevimiento tal que escitaron la cólera del bey que resolvió ir en persona en busca del bandido, y juró no volver á entrar en Suez sin llevar cautivo á Salem.

En su consecuencia se dirigió el bey al camino de Suez al Cairo, donde acampó en el mismo sitio en que nosotros habíamos hecho alto, y su tienda se desplegó donde se levantaba la nuestra; en seguida, colocada su tienda, rodeado de sus mas fieles tropas, custodiado por su mas vigilante centinela, y ensillado su mejor caballo, se quita el sable y su machallah de honor, se tiende sobre la alfombra, esconde la bolsa bajo su cabeza, dirige su oración á Mahoma, y se duerme lleno de confianza en Allah y su profeta.

Al dia siguiente, al amanecer se despierta el bey; la noche habia sido tranquila. Ningun alerta habia turbado el reposo del campamento; cada uno estaba en su puesto, todo estaba en su sitio, excepto el sable, el machallah y la bolsa del bey, que habian desaparecido.

El bey llamó dos veces con sus manos, y entró su esclavo de confianza; mas al punto retrocedió este asombrado al ver á su amo: le habia visto salir á caballo una hora antes de ser de dia, y no lo habia vuelto á ver entrar.

Esto causó un nuevo temor al bey, el que su caballo hubiera ido á unirse con su sable, su machallah y su bolsa; el esclavo fué corriendo á donde estaban los caballos, y pidió noticias del corcel favorito del bey. Respondióle el palafrenero que habiendo llamado el bey tres veces con las manos, que era la señal convenida, le habia llevado su caballo; que le habia visto montarse en él, se habia dirigido por el desierto, y no habia vuelto á aparecer.

Por un momento se le pasaron ganas al bey de mandar cortar la cabeza al centinela, al esclavo y al palafrenero; pero reflexionó que con esto no le volvian su sable, su machallah, su bolsa, ni su caballo; y ademas, que puesto que él se habia dejado engañar, su centinela, su esclavo y su palafrenero que eran de una condicion inferior á la suya, podian muy bien y con mucha mas razon, ser engañados tambien.

Reflexionó tres dias y tres noches sobre la manera como el robo podia haberse ejecu-

tado; despues, viendo que perdía en ello su tiempo, resolvió dirigirse él mismo al ladron, lo cual era el medio mas seguro de tener noticias oficiales, é hizo publicar entre las tribus de las inmediaciones, que si Salem queria decirle ó irle á referir las circunstancias de un robo cuyo atrevimiento le denunciaba, no solo no le haria daño alguno, sino que se le darian para sus gastos de viage mil piastras (300 francos próximamente de nuestra moneda); comprometió su palabra de musulman, y la palabra es sagrada en Oriente, de que dado sus informes, Salem quedaria en libertad de retirarse donde le acomodara.

No se hizo esperar: aquella misma noche un árabe de veinte y cinco á veinte y seis años, de corta estatura, delgado de cuerpo, de ojos vivos y aire atrevido, vestido con una sencilla chaqueta de tela azul, se presentó en la tienda del bey, y anunció que estaba dispuesto á dar á su señoría las noticias que parecia desear. El bey le recibió como se habia comprometido á hacerlo, como hombre que no tiene mas que una palabra, y le renovó la promesa de las mil piastras, si se reconocia que decia la verdad completa; respondió Salem que no era un vil interés el que le llevaba, sino el deseo de corresponder á la atención de tan gran gefe; que solo pedia para que los detalles fuesen mas exactos, que se pusiese todo en el estado que se encontraba, que se diese orden al centinela de que le dejase pasar, y al palafrenero le obedeciese como lo habian hecho la noche del robo. El bey encontró muy justa la petición; por tanto cogió otro sable de la estaca que sostenia la tienda, echó otro machallah sobre el divan, colocó otra bolsa bajo su alfombra, mandó ensillar otro caballo, y se acostó como lo habia hecho la noche en que Salem le hizo su primera visita, con la diferencia de que abrió desmesuradamente sus ojos, para no perder nada de lo que iba á ejecutarse. Colocóse cada uno en su puesto, y la segunda representacion comenzó en presencia de todo el ejército.

Salem se alejó cincuenta pasos de la tienda próximamente; en cuanto estuvo allí se quitó su chaqueta y los cordones con que la abrochaba, á fin de estar mas libre en sus movimientos, y la ocultó en la arena: entonces tendiéndose boca abajo se puso á arrastrarse como la serpiente, de manera que su cuerpo del color del suelo, estuviese medio metido y oculto en la arena. Algunas veces para fingir la realidad con mas exactitud, levantaba la cabeza como temeroso de ser visto ú oído, y luego que se aseguraba con una rápida mirada de que todo estaba tranquilo, volvía á emprender su marcha, lenta si, pero silenciosa y segura. En cuanto llegó á la tienda, pasó su cabeza por bajo de la tienda, y el pachá que ni la habia visto moverse, observó de repente dos ojos fijos y brillantes como

los del lince que se fijaban en él. Su primer sensación fué de temor, porque no esperaba aquella aparición; pero recordando al punto que todo aquello no era mas que un juego, continuó permaneciendo inmóvil como si durmiese. Al cabo de breves instantes de muda inspección la cabeza desapareció, y en algunos minutos reinó la calma y el silencio, en cuyo tiempo no se oyó otro rumor que el de la arena que rechinaba bajo los pies del centinela. De repente un cuerpo opaco intercepta la luz que venia de lo alto de la tienda abierta circularmente alrededor del pié derecho que la sostenia para dar paso al fresco de la noche; un hombre se deslizó como una sombra á lo largo del madero, y se colocó en pié á la cabecera de la cama del bey; aquel hombre se apoyó en una rodilla, y mientras se sostenia con su mano izquierda escuchaba la respiración del fingido durmiente, un puñal pequeño y encorvado brillaba en su mano derecha. Sintió el bey correr por su frente un sudor frio, porque su vida estaba en las manos de aquel por cuya cabeza habia ofrecido pagar mil cequíes de oro. Continuó no obstante re-presentando con bravura su papel, y ni la mas leve alteración en su respiración ni en los latidos de su corazón denunciaban su temor. En aquel momento de aparente inmovilidad, creyó sentir el bey deslizarse una mano bajo su almohada; pero por mas que estaba despierto, le pareció tan leve el movimiento, que no lo hubiese notado á no estar advertido. Al punto Salem se levantó sin ser sentido, y sin separar sus ojos del que dormia; pero su mano izquierda, desocupada cuando se habia inclinado, la levantaba llena: tenia la bolsa.

Entonces puso el puñal y la bolsa entre los dientes, marchó retrocediendo hácia el diván, y con los ojos siempre fijos en el bey, cogió el machallah, se le puso lentamente, alargó el brazo, descolgó el sable, le colgó á su cintura, rodeó á su cabeza y á su talle las

dos cachemiras que servian al bey de turbante y de faja, salió resueltamente de la tienda, pasó por delante del centinela que se inclinó con respeto, y dió tres palmadas para que le llevasen el caballo; el palafrenero prevenido obedeció aquella orden, que como hemos dicho, era la seña habitual del bey. Salem se lanzó apresuradamente sobre el corcel, y volviendo hácia la puerta de la tienda, donde el bey, en pié y medio desnudo, le veia ejecutar la repetición de su aventurada empresa. —Bey de Suez, le dijo, hé aqui cómo me he manejado hace cuatro dias para cogerte tu sable, tu machallah, tus cachemiras, tu bolsa y tu caballo. Al presente estoy pagado de las 4,000 piastras que me has prometido; porque el sable, el machallah, las cachemiras, la bolsa y el caballo que me llevo hoy, valen próximamente 30,000.

Dichas aquellas palabras, puso al galope el caballo del bey, desapareció como una sombra en la oscuridad de la noche y en la inmensidad del desierto.

Mandó el bey le ofreciesen una plaza de kachet en su guardia; pero Salem respondió que mejor queria ser rey en el desierto que esclavo en Suez.

Hé aqui, continuó Bechara, lo que pasó entre el bey de Suez y Salem el ladrón. Tened cuidado con vuestros sables, vuestros machallahs, vuestras cachemiras y vuestras bolsas, porque estamos en el mismo sitio donde sucedió la historia que os he referido.

En seguida nos dió las buenas noches, y se retiró acompañado de las alegres risotadas de sus camaradas, á quienes siempre encanta el que un turco haya sido engañado por un árabe.

Pasó la noche en completa tranquilidad, y al dia siguiente nos encontramos cada cosa en su sitio. En aquella ocasion ejercia Salem su profesion en otra localidad.

PARTE SEGUNDA.

I.

EL MAR ROJO.

Estábamos ya en camino antes de salir el sol. Sus primeros rayos nos dejaron ver manadas de gacelas, que huían despavoridas al aproximarnos. Nada más extraño que el contraste de ése bouito animal con los lugares que habita; diríase que ha nacido para los floridos vergeles y aterciopeladas praderas. Es una viva contradicción con la ruda y magestuosa naturaleza de aquellas regiones. Tuve la curiosidad de separarme un momento del camino, para ver la huella que habían dejado en el desierto. Apenas sus veloces pies se habían impreso en la arena; de modo que se hubiera dicho corrían por la superficie del suelo arrebatadas por el viento, que á ratos llegaba á nosotros en ráfagas calientes é impetuosas.

Iba á emprender nuevamente la ruta sobre huesos. Al amanecer la vimos dibujarse sobre la amarillenta arena como una línea plateada. Al salir el sol calentaba ya y era más insoporable que en los días anteriores. Nos aconsejaron los árabes no dejásemos ninguna parte del cuerpo espuesta á su contacto abrasador. Sin embargo, á pesar de sus consejos y nuestras precauciones, como era imposible librarse de los oblicuos rayos de la mañana ó de la tarde, recibimos algunos que nos hicieron el efecto inmediatamente de moxas; la epidermis calcinada se levantaba formando ampollas, y se desprendía á las pocas horas: por lo que á mí hace, es seguro que en todo el tiempo que duró nuestro viage por el desierto cambié de nariz todas las tardes.

A las tres horas de marcha apareció un

punto blanco en el horizonte. No tardamos en reconocer á medida que nos aproximábamos, una torre cuadrada, en cuyas inmediaciones se hubiese creído ver una inmensa serpiente, cuyos repliegues apenas podía seguir la vista. Aquella torre era la casa de un cheik, situada á tres leguas de Suez. En esta casa se detiene cortos momentos la caravana de la Meca, á fin de separarse de los viajeros que solo van á Suez. Los peregrinos continúan su camino hacia el Oriente, los viajeros se inclinan al Sur, y no tardan en encontrar el primer brazo del mar Rojo, mientras los otros emplean todavía diez ó doce días de marcha antes de descubrir el segundo, cuya ribera oriental costean hasta la Ciudad Santa. En cuanto á los anillos de la serpiente arrollada á aquella casa, eran los innumerables burros que iban allí por agua para el gasto de la ciudad: asentada á orillas del mar Rojo, no tiene más que pozos y fuentes de agua amarga. Apenas supimos aquello, la esperanza de encontrar agua fresca nos estimuló. Pusimos nuestros dromedarios al galope, y en menos de una hora recorrimos las tres ó cuatro leguas que nos separaban de la apetecida fuente. En cuanto llegamos á ella, el gefe del khan llenó nuestros pellejos mediante una corta retribucion. Nosotros bebimos en la misma fuente. El agua era ligeramente salada; pero estábamos demasiado sedientos para que nos parásemos en semejante bagatela.

Habíamos dejado á nuestra derecha, y á la parte opuesta de una cadena de montañas que estuvimos viendo durante el día hacia el Sur, el camino que tomaron los fugitivos israelitas cuando conducidos por Moisés y guiados por la columna de fuego, y llevando consigo las cenizas de José, como éste les había recomendado al morir, dejaron á Rhamsses, atravesaron el Mekkatan, y acamparon en Etham, al extremo del desierto. En esta última ciudad fué donde el Señor habló otra vez á Moisés y le dijo: «Dí á los hijos de Israel que vuelvan y acampen delante de Phihahiroth, que está

entre Magdad y el mar, frente á Beelsephon. Acampareis frente á aquel lugar que está en la orilla de la mar.»

Los israelitas descendieron hácia el Occidente, y fueron al sitio en que nosotros estábamos, atraídos probablemente por los mismos manantiales donde en aquel momento acabábamos de apagar nuestra sed. Desde allí fué desde donde descubrieron el ejército de Pharaon, que iba en su persecucion, y donde sobrecogidos de un gran terror, dijeron á Moisés:

«¿Acaso no habia sepulcros en Egipto? ¿es para esto para lo que hemos venido aquí, para morir en el desierto? ¿Qué designio teniais cuando nos habeis hecho salir del Egipto?»

«¿No os decíamos esto mismo estando todavía en Egipto? Dejadnos que sirvamos á los egipcios, porque valia mucho mas fuésemos sus esclavos, que venir á morir en el desierto.»

Moisés respondió al pueblo: «No temais; permaneced firmes y conoced las maravillas que el Señor va á hacer hoy, porque esos egipcios que veis ante vosotros, van á desaparecer, y ya no los vereis mas.»

El Señor dijo entonces á Moisés: «¿Por qué me invocais? Dí á los hijos de Israel que caminen.»

En efecto, los hebreos emprendieron otra vez su camino y se dirigieron directamente hácia aquella punta del mar Rojo donde hoy está Suez. La distancia es de tres horas próximamente, aunque nosotros empleamos menos tiempo en andar el camino, porque nuestros camellos, dejando el que conduce á la Meca, tomaron el gatope hácia el Mediodía, y desde la torre de Cheik no dejaron aquel paso hasta el momento en que llegamos. A medida que avanzábamos, adquiria el cielo un tinte argentino; elevábase en derredor la cadena de montañas que costea la ribera occidental del mar Rojo; á la izquierda continúa estendiéndose el desierto, y entre este y las montañas se destacan sobre el agua del mar, aumentando de dimension, las murallas de Suez, cuya monotonía interrumpen escasos *madenehs* elevándose por cima de sus almenas. Al otro lado de la ciudad está la parte en la cual fondean los barcos que vienen de Thor y los navíos de extrañas formas que se aventuran hasta el estrecho de Babel-Mandel, y vuelven allí despues de haber tocado en Moka.

En cuanto llegamos á corta distancia de la costa, hicimos levantar nuestras tiendas cerca de Suez; luego nos dirigimos á la orilla del mar. En aquel sitio es donde el Señor dijo á Moisés: «Levanta tu vara, estiende la mano sobre las aguas y dividelas, á fin de que los hijos de Israel marchen en seco por medio del mar.»

«Yo endureceré el corazon de los egipcios á fin de que os persigan, y seré glorificado

en Pharaon, en todo su ejército, en sus carros y en su caballería.»

Entonces el ángel del Señor que marchaba delante del campo de los israelitas, se quedó detrás, y en el mismo instante la columna de la noche, dejando su sitio á la cabeza del pueblo,

«Se colocó tambien detrás entre el campo de los egipcios y el campo de los israelitas: y la nube era tenebrosa por la una parte, y por la otra iluminaba las tinieblas, de modo que los dos ejércitos no pudieron aproximarse en toda la noche.»

«Habiendo estendido Moisés su mano sobre el mar, el Señor le abrió, haciendo soplar un viento fuerte y abrasador durante toda la noche, y secó el fondo del agua que dividió en dos.»

«Los hijos de Israel caminaron en seco por medio del mar, teniendo el agua á derecha y á izquierda, sirviéndoles como de un muro.»

«Y los egipcios marchando cerca de ellos, entraron persiguiéndoles en medio del mar con toda la caballería de Pharaon, sus carros y sus caballos.»

«Y cuando los israelitas hubieron llegado á la otra orilla, el Señor dijo á Moisés:—Tiene tu mano sobre el mar, á fin de que las aguas caigan sobre los egipcios, sus carros y su caballería.»

«Moisés tendió, pues, la mano sobre el mar, y al amanecer volvió á ocupar el mismo lugar que tenia antes. Así, cuando los egipcios huían, las aguas les salieron á su encuentro, y el Señor los sepultó en medio de las olas.»

«Y volviendo las aguas á su anterior estado, cubrieron los carros y la caballería y todo el ejército de Pharaon que habia entrado en el mar persiguiendo á Israel, y no escapó de allí ni uno solo.»

En el momento en que llegábamos á la orilla del mar, las aguas estaban elevadas. Entonces se atraviesa, en caso de urgencia, por medio de un barco. Como no teniamos nada urgente ni éramos perseguidos, y por otra parte queríamos pasar el mar á la manera de los israelitas, resolvimos esperar el reflujo, y hacer entretanto una corta visita á la ciudad de Suez.

Nos dirigimos, pues, hácia las puertas, y despues de haber presentado nuestros *tekerifs* (1), fuimos á casa del gobernador turco, quien, viendo nuestras recomendaciones nos recibió perfectamente bien. Pero lo que mas agradecemos de su acogida fué la prontitud y afabilidad con que mandó nos diesen á cada uno una bota llena de agua dulce y fresca. Al instante y sin gastar cumplimento, bebimos de ella, espresando mientras la bebíamos nuestro reconocimiento haciendo señales con las manos. Nos invitó á que fuésemos á visitarle á nuestro regreso; se lo prometimos de

(1) Pasaportes.

buena voluntad; en seguida, temiendo retrasarnos nos despedimos de él.

Al salir de casa del gobernador, Bechara, que nos acompañaba, se detuvo ante una casa que nos la mostró con el dedo repitiendo dos veces: ¡*Bounabardo!* ¡*Bounabardo!* Nos detuvimos porque sabíamos que este nombre era el que los árabes dan á Bonaparte; y como recordamos que había llegado á Suez, nos imaginamos que aquella casa encerraría algún recuerdo histórico. En efecto, en aquella casa era donde se había alojado; entramos en ella y pedimos permiso para hablar al amo; era un griego agente de la compañía de las Indias de los ingleses llamado Comanouli, quien reconociéndonos por franceses adivinó al punto el objeto de nuestra visita, y nos hizo los honores de su casa con la mayor amabilidad. La habitación donde estuvo alojado Bonaparte es una de las mas sencillas de toda la casa; tiene alrededor un divan y las ventanas dan al puerto; por lo demás ningún recuerdo material del general en jefe del ejército de Egipto se la recomienda á la curiosidad de los viajeros.

El 26 de diciembre de 1798 llegó Bonaparte á Suez; el día 27 le empleó en recorrer la ciudad y el puerto; el 28 se resolvió á pasar el mar Rojo para ir á las fuentes de Moisés; á las ocho de la mañana, habiéndose retirado el mar, atravesó el cauce y se encontró en Asia.

Mientras Bonaparte estaba sentado junto á los manantiales, recibió la visita de algunos gefes árabes de Thor y de las cercanías que iban á darle gracias por la proteccion que concedía á el comercio con el Egipto; mas no tardó en volver á montar á caballo para visitar las ruinas de un gran acueducto construido durante la guerra de los portugueses contra los venecianos; esta guerra tuvo lugar despues del descubrimiento del paso del cabo de Buena Esperanza, suceso que arruinaba el comercio de los últimos. No tardamos en encontrar el acueducto á la izquierda del camino que seguíamos; estaba destinado á conducir el agua de los manantiales á las cisternas construidas á orillas del mar que debía servir para la aguada de los buques que navegan por el mar Rojo.

Terminada aquella visita, Bonaparte trató de volver á Suez; la noche era oscura cuando llegó á la orilla del mar. Llegaban á la hora de la marea y se propusieron acampar en la playa y pasar allí la noche; pero Bonaparte no quiso oír nada; llamó al guia y le mandó caminar delante. El guia, turbado al oír aquella orden emanada directamente de un hombre á quien los árabes miraban como un profeta, equivocó el camino prolongándole de este modo un cuarto de hora. Apenas habían llegado á la mitad, cuando las primeras olas del flujo mojaron las piernas de los caballos; conociase la rapidez con que el agua subía; la oscuridad

impedia medir el espacio que faltaba recorrer; el general Caffarelli, á quien su pierna de madera impedía mantenerse sólidamente á caballo pidió auxilio á su ayudante. Aquel grito fué mirado como de angustia; introdúcese el desórden en la pequeña caravana; cada uno huye por su lado lanzando su caballo en la direccion en que creía encontrar tierra; solo Bonaparte continuó tranquilamente siguiendo al árabe que marchaba delante de él. Entretanto el agua subía; su caballo se asustó y se negó á pasar adelante; la situacion era terrible; el menor retraso era la muerte. Un guia de la escolta, de una estatura elevada, de fuerzas hercúleas, salta al mar, coge al general sobre sus hombros, y agarrándose á la cola del caballo del árabe, trasporta á Bonaparte como á un niño; á los pocos momentos le llegaba el agua hasta los sobacos y comenzaba á perder tierra; el mar corria con una espantosa rapidez; cinco minutos mas y los destinos del mundo cambiaban con la muerte de un solo hombre. De repente el árabe lanza un grito; tocaba la orilla; el guia rendido cae sobre su rodilla; ha salvado á su general: las fuerzas le faltaban ya.

La caravana volvió á entrar en Suez sin haber perdido nn solo hombre; solo se ahogó el caballo de Bonaparte.

Veinte años despues conservaba Bonaparte de aquel suceso un recuerdo acaso mas presente que ninguno de sus otros peligros, porque hé aqui lo que escribia en Santa Elena:

«Aprovechando la baja marea, atravesé el mar Rojo á pié enjuto; á la vuelta me sorprendió la noche y me estravié cuando la marea crecía; corrí grandísimo riesgo; poco faltó para que pereciese del mismo modo que Pharaon; lo cual no hubiera dejado de proporcionar á los predicadores de la cristiandad un testo magnífico contra mí.»

Cuando estuvimos orilla del mar, la marea acababa de retirarse, y el momento era completamente favorable. Hicimos recoger la tienda, volvimos á montar en nuestros dromedarios y nos lanzamos al mar; en el sitio donde mas profundidad tenia el agua, no pasaba de un pié; cuarenta minutos nos bastaron para aquella travesía, y á las dos horas pisábamos la tierra de Asia; atravesamos algunas colinas de arena que costean el mar, y nos encontramos en el desierto.

Nuestra caravana al tocar la península del Sinai, habia tomado súbitamente un aspecto militar, lo cual probaba que entrábamos en el país en que el derecho natural reemplaza al derecho de gentes: Araballah marchaba de explorador á cincuenta pasos delante de nosotros, y Bechara habia sido colocado á igual distancia á retaguardia, á fin de que sus cuentos y canciones no pudiesen distraer á nadie. Habíamos caminado de este modo una legua, cuando Araballah se detuvo de repente estendiendo su lanza hácia el Sur, y señalándonos

dos puntos negros que aparecian al horizonte. Tonaleb mandó á dos árabes se unieran á Araballah y fuesen delante con él; esta órden se ejecutó al instante y en silencio; apenas se unieron á su compañero, desaparecieron los tres internándose en un bosque de palmeras que se mecian á nuestra izquierda, como una isla de verdura. Entretanto toda la caravana habia hecho alto, y ya preparábamos á todo evento nuestras armas, cuando Tonaleb lanzó un grito y partió al galope; nuestros haghins, impulsados por el ejemplo, le siguieron á todo escape, y de este modo avanzábamos hácia el bosque de palmeras, detrás del que se distinguian los dos puntos negros, que hacia breves instantes se habian convertido en ginetes, sin que supiésemos si nos dirigiamos á amigos ó enemigos.

Probablemente eran amigos, porque Tonaleb cesó completamente de ocuparse de ellos, y en cuanto llegó al pequeño oasis hácia el que habia emprendido su carrera de un modo tan rápido, se bajó de su dromedario; arrodilláronse los nuestros, y nos hallamos junto á cinco fuentes encantadoras á que daban sombra una docena de palmeras cuyos retoños formaban alrededor de sus troncos un bosque muy fresco y delicioso. Habíamos llegado á los manantiales de Moisés: aquí fué donde los israelitas se detuvieron y entonaron el cántico de accion de gracias, mientras que María la profetisa, hermana de Aaron, cogiendo un tambor, y seguida de todas las mugeres que marchaban con ella llevando tambores y formando coro con ellos, cantaba la primera diciendo:

«Cantemos las alabanzas del Señor, porque ha demostrado su grandeza y su gloria, y ha precipitado en el mar caballo y caballero.»

Como nosotros teniamos otra cosa que hacer que cantar, metimos cabeza y brazos en aquellos antiguos manantiales, y estábamos completamente abstraídos en aquel delicioso entretenimiento, cuando volvió á aparecer Araballah con sus compañeros; iba seguido de dos hombres vestidos de negro: eran religiosos del monte Siná; Tonaleb los habia reconocido de lejos por su traje, y por eso libre de todo temor habia arrojado su grito de alegría, y nos habia llevado á galope hasta los manantiales de Moisés.

Los dos frailes se apearon de sus dromedarios y vinieron á sentarse junto á nosotros: en el desierto todo es amigo ó enemigo; se da parte de la tienda, del pan y del arroz, ó se cambian recíprocamente lanzadas, y disparos de fusil y pistola. Los recién llegados no tenían ninguna intencion hostil; para nosotros, luego que supimos pertenecian al convento á donde íbamos, su encuentro era una felicidad: por tanto hicimos muy pronto conocimiento con ellos; nos saludaron en latin, y les contestamos como pudimos. Abdallah estaba ya dedicado á su obra. M. Taylor les invitó á co-

mer con nosotros; aceptaron, nos sentamos á la sombra de las palmeras, sobre una arena húmeda por la filtracion de las aguas, y no tardamos en sentir un apacible bienestar que no habíamos disfrutado desde nuestra salida del Cairo.

Era el momento mas á propósito para la expansion; le aprovechamos para preguntar á nuestros dos convidados la esplicacion de una cosa que nos parecia de las mas extraordinarias: cómo dos hombres solos, sin escolta, sin armas, sin defenisa, que pertenecian á un convento rico, se esponian á ser asesinados en el desierto, robados, ó puestos á rescate por los primeros árabes que se apareciesen? Sabíamos perfectamente que á los ojos de tales hombres, ni su edad, ni su religion, ni su traje eran salvaguardias suficientes; espresamos pues á nuestros piadosos convidados nuestra admiracion por su valor, y nuestro asombro de que no tuviese para ellos fatales consecuencias. Entonces el mas anciano de los dos sacó de su pecho una bolsita bordada y colgada como un escapulario, la abrió y nos presentó un papel que dentro contenia: era un firman rubricado por Bonaparte.

Aquella firma conservada en medio del desierto, en los lugares mismos en que el nombre del genio se hacia mas grande todavia por el recuerdo de sus victorias, la veneracion con que Tonaleb se levantó y se aproximó diciendo: ¡*Bounabardo! Bounabardo!* la curiosidad de los árabes, que formaron al instante á nuestro alrededor un círculo tan compacto como lo permitia el respeto, todo concurría á dar á aquella escena un carácter lleno de interés, especialmente para franceses. Preguntamos al anciano cenobita cómo se hallaba en sus manos aquel firman y hé aquí lo que nos dijo:

—El convento del Siná, aislado entre los dos brazos del mar Rojo, colocado en la punta meridional de la península, distando diez jornadas de Suez y doce del Cairo, se encontraba por su posicion en un todo dependiente de aquellas dos ciudades, cuyo gobernador, profesando una religion opuesta á la de los cenobitas, se encontraba poco dispuesto á prestarnos su apoyo contra las depredaciones de los mamelucos de las ciudades y el brigandaje de los árabes del desierto. Obligados á proveer á su subsistencia de la Arabia, de la Grecia y del Egipto, recolectando el trigo con que hacian su pan en Chio, llevando del Peloponeso las lanas con que tegian sus hábitos, cultivándose en Moka el café que bebían, resultaba como consecuencia inmediata que desde la rebelion de los beys y la dominacion de los mamelucos imponían estos un enorme derecho sobre los distintos objetos de que los monges hacian provision en Alejandría, Djedda y Suez; y aun no se limitaban todas sus gabelas á este derecho: era preciso tratar con los árabes para el transporte, pagar una escolta,

lo cual no impedía que de vez en cuando alguna tribu vecina, mas numerosa ó mas valiente, asaltase á la caravana y perdiese el convento con aquel golpe, no solo sus provisiones sino tambien algunos de sus padres, que una vez prisioneros no recobraban su libertad sino por un rescate ruinoso. Asi, la vida de aquellos animosos cenobitas se habia convertido en una lucha continua para poder subvenir á las primeras necesidades de la vida. Además, los beduinos, como una bandada de aves de rapiña, andaban sin cesar al rededor del monasterio dispuestos á entrar en él á la menor imprudencia de los religiosos, arrebatando lo que se encerraba en sus muros, hombres, y animales. La miseria de los buenos padres, habia, pues, llegado á su colmo, cuando un dia supieron por los mismos árabes que habia llegado un hombre de Occidente con la elocuencia de un profeta y el poder de un Dios. Se les ocurrió la idea de dirigirse á aquel hombre para pedirle su proteccion. En su consecuencia reuniéronse los monges, eligieron dos diputados, se ajustaron con un gefe de tribu para que los condujese y protegiese hasta que hubiesen encontrado á aquel á quien iban á buscar, y los dos diputados se pusieron en camino llevando consigo la última esperanza de los que quedaban en el convento. Siguiéron las orillas del mar Rojo por espacio de diez dias, y por último llegaron á Suez donde vieron flotar un pabellon desconocido. Preguntaron dónde estaba el sultan de los franceses y se les dijo que en el Cairo; porque en diez y ocho dias habia hecho la conquista del Egipto. Continuaron su camino á través del desierto; atravesaron el Mokkatan y llegaron á la ciudad de El-Talaou. Sus antiguos enemigos los mamelucos habian sido lanzados de allí como un torbellino de polvo. Mourad-Bey, batido en las Pirámides, habia huido al Alto Egipto; Ibrahim, vencido en El-Arish, se habia internado en la Siria, y la misma bandera que ya habian visto en Suez flotaba al viento en los minaretes del Cairo. Entraron en la ciudad, que encontraron completamente tranquila. Llegaron á la plaza de El-Bekir y pidieron una audiencia al sultan. Señaláronles la casa que habitaba; se presentaron en ella. Un ayudante de campo les hizo pasar por los jardines y les condujo á una tienda donde Bonaparte se encontraba por lo regular desde que las primeras horas de la noche permitian abandonar las habitaciones interiores, frescas durante el dia por las corrientes de aire y por las fuentes.

Bonaparte estaba sentado á una mesa en la que tenia á su vista desarrollada una carta del Egipto. Junto á él estaban Caffarelli, Fourier y un intérprete. Dirigiéronle los diputados la palabra en italiano y le espusieron el objeto de su viage.

Bonaparte se sonrió; iban á lisonjearle mejor que hubiera podido hacerlo el cortesano mas hábil. Su fama habia llegado al Asia y

por el Yemen á precederle á la India. Todavía ignoraba el poder de su nombre; dos pobres frailes acababan de caminar cien leguas por el desierto para hacerle conocer la estension de su dominio. Hizo sentar á los enviados, y mientras los servian el café, dictó al intérprete un *firman*. Este era el que los religiosos nos enseñaban y el cual aseguraba sus viages y los trasportes de sus provisiones á través del desierto y por las ciudades.

Desde aquel dia los monges habian sido respetados; un dia el Nilo y el Mediterráneo volvieron á conducir la flota francesa del mismo modo que la habian llevado y los turcos recobraron su poder; volvieron á tomar los mamelucos las ciudades, los árabes guardaron el silencio; ni turcos, ni mamelucos, ni árabes no se atrevieron á violar el firman dado por su enemigo, de modo, que todavia hoy los frailes del Sinai, objeto de la veneracion de los árabes que los rodean, pueden recorrer el desierto solos y sin escolta bajo la salvaguardia de aquella firma mágica de Bonaparte, medio borrada por los religiosos besos de los descendientes de Ismael, que poco antes habian robado la gran caravana que volvia de la Meca y arrebató la hija de un rey para hacer de ella la concubina de algun gefe de tribu.

Aquella noche escuchó Bechara contra su costumbre, por mas que no comprendiese de la relacion del anciano cenobita mas que aquello que le indicaban sus gestos; pero habia observado la atencion que le prestamos todo el tiempo que aquella duró. Calculando, pues, que á la hora avanzada en que nos hallábamos seria necesario referir una historia muy interesante para borrar la impresion que aquella narracion habia producido, reconoció su impotencia, y disimulando la vergüenza de su derrota bajo una graciosa sonrisa de despedida, nos saludó y fué á tenderse sobre la arena á la puerta de nuestra tienda.

II.

EL VALLE DEL ESTRAVÍO.

Al dia siguiente, antes de separarse de nosotros, nos preguntaron los frailes si teniamos algunas cartas de recomendacion para su convento. Referimosles entonces que el dia de nuestra partida del Cairo íbamos á dirigirnos con aquel objeto á los frailes del convento griego cuando habiamos sido detenidos por la procesion nupcial, de modo, que habiamos salido confiados á nosotros mismos y contando con nuestra buena fisonomia para

que nos sirviera de pasaporte. A lo que nos respondieron los religiosos que si no los hubiésemos encontrado, las recomendaciones físicas en que descansábamos nos hubieran valido muy poco y ni aun siquiera hubiéramos entrado en el convento; pero podían ocurrir á aquel inconveniente ellos, y en cambio de nuestra hospitalidad darnos lo que nos faltaba, es decir, cartas de introduccion, mediante las que seríamos perfectamente recibidos. Dimosles gracias á nuestra vez, bendiciendo á Moisés que nos habia reunido orilla de sus manantiales. Entonces escribieron algunas líneas en griego que guardamos con tanto cuidado como hacian ellos con el firman de Bonaparte.

Habíamos pasado una noche muy mala, el cansancio no es siempre un estímulo seguro para atraer el sueño: el nuestro iba acompañado de dolores sordos en todo el cuerpo, y en algunos sitios se habian fijado de un modo cierto y agudo. Al contrario de los caballeros homéricos del Ariosto y del Tasso, que eran divididos de alto á bajo, nosotros lo estábamos de abajo á arriba. A medida que el trote de nuestros dromedarios era un poco mas pronunciado, sentíamos una especie de estocadas invisibles en el interior que nos obligaban á hacer gestos de condenados. Para colmo de felicidad aquel dia abandonamos la orilla del mar dejando para nuestro regreso el camino de Thor y volvimos á subir hácia el Oriente, de modo que nos daba el sol de frente; por otra parte el nuevo desierto en que entrábamos era mas seco y árido todavía, si posible era, que el anterior. La vasta llanura que se extendia ante nosotros estaba dividida por zonas que corrían de Este á Oeste como olas, y la arena en que nuestros *haghins* se hundían hasta la rodilla era movediza y blanquecina como cal pulverizada. A las nueve el viento se levantó; no un viento suave y fresco como el de nuestras llanuras, sino un verdadero viento del desierto cargado de átomos abrasadores, violentos y cálidos como la atmósfera de un volcan. Creyó Bechara que habia llegado el momento de dar un gran golpe; se colocó entre Mayer y yo, y para distraernos comenzó una canción árabe: era el elogio del *haghin*. He aquí su estrofa mas notable:

«Este corcel es tan corredor, que se creeria que el mercurio circula por sus venas. A la vista de sus formas elegantes y esbeltas, el antílope confuso baja modestamente los ojos, el soberbio leopardo quisiera cambiar por sus pies las formidables garras de que está armado. Semejante á la tierra siempre en equilibrio, en sus movimientos no menos rápido que el agua en los desbordados torrentes, igual al fuego en ardor, y al viento en ligereza.»

Desgraciadamente, el cantor, que no podía adivinar lo que por nosotros pasaba, hacia el

elogio del verdugo ante las víctimas, de modo que su triunfo fué menos que mediano. El panegirico del *haghin* en semejantes circunstancias, no podia menos de exasperarnos, y exasperándonos volvernó injustos para con él. Nada inclina á negar las buenas cualidades de una cosa tanto como el sufrimiento que causan los males. Tanto hubiera valido cantar el ardor del sol que se desplomaba sobre nuestras cabezas, la finura del polvo en que nadábamos, y la brillante monotonía del paisaje que nos rodeaba. En efecto, nos habíamos metido en uno de los onaddis mas fatalmente célebres de la península; llámale el Valle del Estravío, á causa de la movible arena que forma su suelo, y cuyos continuos cambios, sometidos al capricho del viento, quitan á la caravana toda seguridad acerca del camino. Estábamos rodeados de colinas de cuya cima se desprendía el viento como una gasa de polvo cuyo abrasador encage se extendía sobre nuestras cabezas, y que nos formaba horizontes de cien pasos de distancia; de modo que nos ahogábamos en aquellos torbellinos de arena como en crisoles hechos por la naturaleza. Al fin, cuando llegó la hora de hacer nuestra primera parada, colocaron los árabes nuestra tienda, y esperamos tener un momento de reposo; pero el viento ácre y continuo que soplabá desde por la mañana, se llevó la tienda á los cinco minutos. Hizose una segunda tentativa sin mejor resultado; la arena, agitada sin cesar, no podia sujetar los palos, y aunque hubiese podido, eran las cuerdas demasiado débiles para contener la tienda; nos vimos obligados, pues, como los árabes, á resguardarnos á la sombra de nuestros dromedarios. Acababa de echarme al lado del mio, cuando Abdallah, que se entendía conmigo en todo lo concerniente á la comida, fué á decirme que le era absolutamente imposible encender lumbre. La noticia no era en el fondo tan mala como creia el pobre diablo; no solo no teníamos gana, sino ni aun necesidad de comer; en aquel momento un vaso de agua dulce y fresca era todo lo que ambicionábamos; desgraciadamente la de que habíamos hecho provision en los manantiales de Moisés, estaba un poco salada; este defecto, unido al olor que la habian comunicado los pellejos, y al insoportable temple que habia adquirido durante el viage, la hacia completamente no potable. Quisimos beberla, pero su sabor nos detuvo.

En tanto continuaba el sol remontándose y estaba tan exactamente sobre nuestras cabezas, que los camellos no hacían sombra: me alejé pues algunos pasos de mi *haghin*, para librarme de aquel olor de animal montaráz, mucho mas fétido todavía con el calor; en seguida me eché en la arena, cubriéndome completamente con la manta de Bechara. A los diez minutos sentí que no podia ya soportar el calor en la parte espuesta al sol, y me volví del otro

lado; esperaba que al menos cuando estuviese asado ya no padecería: en dos horas que duró la parada no dormí un minuto, y no hice mas que dar vueltas bajo mi cubierta. En cuanto á mis compañeros, ignoraba completamente lo que era de ellos, no los veía, y hubiese sido para mí una excesiva fatiga preguntar por ellos: todo lo que sabia es que bajo mi manta, hacia yo conmigo mismo, como con una tortuga cocida en su misma concha.

Al fin nuestro suplicio cambió de modo de ser; fué casi un consuelo: Mohammed se llegó á advertirnos que era ya tiempo de ponernos en camino; me levanté. La arena que me habia servido de lecho estaba mojada como si hubieran vertido allí un pellejo.

Montamos en nuestros dromedarios, como condenados inertes y sin voluntad, sin cuidarnos del lado hácia donde íbamos, convencidos instintivamente de que era preciso ir adelante, y nada mas: únicamente me informé de si tendríamos agua fresca á la noche; Araballah que era el que estaba mas próximo á nosotros, me respondió que dormiríamos cerca de un pozo: era todo lo que yo queria saber.

Entretanto, el insomnio de la noche precedente, la falta de alimento, aquel estado de fusion continua en que habíamos entrado desde el Mokkaatan, me daban un sueño invencible. Al principio le combatí con la idea del peligro: una caída de quince pies de elevacion, aunque fuese sobre la arena, no presentaba ningun atractivo; pero la idea de aquel peligro no tardó en ser puramente instintiva. Una alucinacion semejante á la que ya habia experimentado se apoderó de mí; tenia los ojos cerrados, y sin embargo, veía el sol, la arena y aun el aire: solo que cambiaban de color y adquirian matices estraños. Figurábame tambien que me hallaba en un buque, y que el mar vacilante daba vueltas en derredor nuestro. De repente soñé que me despertaba y que caía de lo alto de mi dromedario, continuando este su camino; queria gritar para llamar á mis compañeros, y la voz se ahogaba en mi garganta; los veía alejarse. Intenté levantarme y correr; pero no podia tenerme en pie sobre aquellas oleadas de arena, en que me hundia como en el agua hasta sumergirme. Probé entonces á nadar; pero habia olvidado los movimientos con cuya ayuda podia sostenerme. En medio de aquel loco desvario, pasaban por mi imaginacion veloces como el relámpago, seductores recuerdos de la infancia que hacia veinte años tenia olvidados. Oía el suave murmullo de una preciosa fuente que habia en el jardin de mi padre; me tendia á la sombra del castaño que plantó el dia de mi nacimiento. Esperimentaba entonces dos sensaciones completamente opuestas, y que no hubiera creído se pudiesen sentir á un tiempo: una facticia, que era la del agua y la sombra, otra real, la de la fatiga y la sed; y sin em-

bargo, se habian confundido de tal modo mis ideas, que no sabia cuál de las dos era un sueño. De pronto me despertó un violento dolor en el pecho y los riñones; era un golpe de los borrenes de la silla, que me advertian de que realmente empezaba á perder el equilibrio. Abrí los ojos con un estremecimiento de espanto: el jardin, la fuente, el castaño y su sombra, desaparecian como fantasmas; solo quedaban el sol, el viento, la arena, el desierto en fin.

Asi trascurrieron muchas horas sin que pudiese calcular el tiempo con exactitud; sentí que el movimiento cesaba, salí al punto de mi somnolencia, y vi toda la caravana detenida y agrupada alrededor de Tonaleb; solo nosotros tres habíamos permanecido en el sitio donde á nuestros camellos habia agradado hacer alto. Dirigi mi vista á Taylor y Mayer, y estaban como yo encorvados bajo aquel calor; hice seña á Mohammed de que se acercara á mí, porque no tenia fuerzas para dirigirme á él, y le pregunté qué hacian nuestros árabes, y por qué miraban asi á su rededor con aire indeciso. El Valle del Estravio acreditaba su nombre: á causa del viento y del movable horizonte que formaban las arenas no habian podido orientarse con toda seguridad, de modo que estábamos perdidos y nuestro Palinuro, dudando de sus conocimientos, apelaba á los de sus camaradas: por fin los pareceres estuvieron casi unánimes acerca de la direccion que se debia seguir; nos inclinamos un poco á la derecha, y nuestros camellos tomaron el mas magnífico galope. Un peligro real, el de estraviarnos y carecer de agua, habia espulsado de una manera mágica, y por una maravillosa fuerza de reaccion, todos los sueños fantásticos que me agitaban desde nuestra partida; acaso la disminucion del calor entraba por mucho en aquella resurreccion. Sin embargo, aun aquella misma disminucion era origen de una nueva inquietud: el sol descendia al horizonte, y una vez llegada la noche, me parecia que debia ser mas difícil de hallar el camino. Verdad es que habia estrellas; pero si el viento continuaba, no habia medio de verlas, á través de la nube de arena que rodaba sobre nuestras cabezas.

Despues de una hora de silencio, me atreví á preguntar si estábamos muy lejos del sitio donde debíamos acampar. «Alli» me dijo, tendiendo la mano hácia el horizonte, el árabe que galopaba junto á mí. Aquella palabra me volvió la vida; me pareció que tocaba á los pozos; por otra parte, el paso á que nuestros baghins nos llevaban, aunque fuese una distancia enorme, no podíamos tardar en llegar. Pasada una hora hice la misma pregunta á otro árabe que me dió la misma respuesta. Ahora estaba convencido de que decia verdad, porque en aquellas dos horas debíamos haber andado seis ó siete leguas. Aun trascurió otra hora, y el sol desapareció con aquella rapidez

asombrosa que se observa en los climas orientales. Entonces fué Mr. Taylor el que á su vez preguntó si nos hallábamos todavía lejos del pozo, y Araballah, despues de haberse orientado, nos participó que aun emplearíamos dos horas largas antes de llegar. Habia cerrado la noche; nos aniquilaba la fatiga mas bien que la sed; hicimos presente que el género de muerte nos era indiferente, pero que no pensábamos ir mas lejos. Al punto Tonaleb silbó á los dromedarios; se arrodillaron, y nos dejamos caer mas bien que bajar al suelo.

Sin embargo, el mismo inconveniente que se habia presentado en la parada anterior se ofreció en esta: apenas se colocó nuestra tienda, una ráfaga de viento la arrancó del suelo, y fué preciso correr tras de ella como se corre en los puentes de Paris tras el sombrero. Ya se deja conocer que los árabes eran los que se entregaban á aquel ejercicio: por nosotros se hubiera vuelto la tienda á Suez sin hacer el mas minimo movimiento para detenerla. Por lo demas, aquel accidente era menos doloroso esta vez que la anterior. La noche trajo, sino fresco, al menos la terminacion de aquel calor ardiente que faltó poco para que me volviese loco. Abdallah, mas feliz que por la mañana, habia hallado un fragmento de roca al abrigo del cual estableció su cocina. Nos trajo nuestro arroz; tragamos algunos granos, poco mas ó menos lo que hubiera podido comer un mirlo ó un tordo; intentamos, sin poderlo conseguir, hacerlos pasar con una bocanada de agua; en seguida nos mojamos el rostro y las manos y nos dormimos.

Estaba en lo mas profundo del sueño, y habia perdido toda conciencia de mi posicion cuando sentí que sacudian mi brazo. Me desperté al punto y en seguida pedí de beber. En respuesta de mi peticion me pusieron el cuello de mi calabaza en la mano; la llevé á mi boca precipitadamente y tragué con una deliciosa sensacion una gran porcion de agua dulce y fresca. Como no separaban la calabaza despues de aquel primer ensayo, juzgué que podia disponer de ella enteramente y que habia agua para todos. Por tanto la vacié sin abandonarla y solo la volví al genio bienhechor que me la habia llevado hasta que estuve completamente seguro de que estaba vacía. Aquel genio era Bechara, que en cuanto vió instalado nuestro campamento habia montado en un dromedario, y solo, en medio de la noche, conducido por el instinto mas que por la vista, habia andado cuatro leguas al galope para ir á buscarnos aquella agua bienhechora al pozo á que no habíamos tenido valor de llegar.

Durante los cinco minutos que se pasaron antes que me volviese á dormir, me pareció que al ruido del viento se mezclaba otro desconocido hasta entonces; era como gemidos, gritos inarticulados, sollozos ahogados y lejanos, y pensé que continuaba bajo la impre-

sion de la alucinacion, y volví á caer en mi sueño, momentáneamente interrumpido, sin pedir ninguna explicacion de aquel hecho. Al dia siguiente, al despertarme, no me acordaba mas que del episodio de la calabaza. Aquella noche de descanso, aquella agua fresca que habia caido sobre nosotros como un maná, la certidumbre de que nuestra calabaza estaba llena y de que no careceríamos de ella en todo el dia, nos habia vuelto las fuerzas; y al rayar el dia volvimos á montar en nuestros dromedarios, frescos, fuertes y listos. Desgraciadamente al primer paso que dieron observamos que aquella agua por milagrosa y restaurante que fuese no era la panacea universal.

Al salir el sol el paisaje habia cambiado de aspecto; durante nuestro camino de por la noche nos habíamos internado en una especie de cadena volcánica y estábamos rodeados de colinas peladas, estériles y raquíticas como las que se elevan al pie del monte Etna. Anduvimos una legua sobre aquel terreno desigual y en seguida entramos en una llanura de arena tan fina que se hubiese creído pasada por un tamiz. Hicimos alto dos horas mas pronto que de costumbre y pregunté la razon á Bechara, el cual me contestó que era para tener tiempo de elegir donde acampar. Esta respuesta me pareció singular no siendo costumbre en Tonaleb tomar ordinariamente tan minuciosas precauciones.

En efecto, se apearon nuestros árabes de sus camellos y se pusieron á buscar un sitio mirando atentamente al suelo; aquella manobra inusitada escitó de nuevo mi curiosidad, y me puse á buscar con ellos. Viendo que no encontraba nada, llamé á Bechara y le pregunté si podia decirme lo que buscábamos; que en cuanto al sitio, el que ocupábamos me parecia tan bueno como cualquier otro, y que no veía la razon de tomarnos tan gran trabajo. Señalome entonces sobre la arena huellas que yo no habia notado, precisamente á causa de su número: era tan extraordinario, que no se podia poner el pie sin pisar una de ellas; eran estas huellas de serpientes y lagartos, cuyos agujeros se veian de trecho en trecho abiertos como embudos. Los árabes reconocian en aquellos vestigios, no solo á los animales á que pertenecian, sino tambien su edad, su volúmen, su fuerza, y lo que era mas extraordinario todavía, si eran de la víspera, de aquella mañana ó de momentos antes; me hicieron percibir aquellas huellas, y comprendí perfectamente su teoria, con la que al cabo de algunos dias tenia yo una práctica notable. Los lagartos, por ejemplo, dejaban la señal de sus cuatro uñas perfectamente impresa, y una rayita ondeada en el sitio donde habian puesto la cola; la serpiente que se arrolla en espiral para avanzar, deja huellas paralelas é interrumpidas en todas partes donde la circunferencia de sus anillos hace cambiar de direc-

cion la tangente que forma la arena; la gacela deja una huella ligera caprichosamente desigual, segun que su carácter alegre la ha hecho caminar á brincos ó á escapes revoltosos. Resultaba de aquel exámen que el desierto que atravesábamos estaba habitado por una numerosa sociedad, pero sumamente mezclada, y si algunos de aquellos animales eran de una vista agradable, la mayoría constituía una compañía de muy mal gusto; felizmente nos libramos de ella por el temor.

Por la noche redobláronse las precauciones. Nos detuvimos á las cinco para tener tiempo de dar una batida. Uno de nuestros árabes persiguió á una serpiente, que mató de un sablazo antes que tuviera tiempo de morderle. Era gruesa como el puño, grosor completamente desproporcionado con su longitud, de dos pies á lo mas; lo cual, unido á su voluminosa cabeza, semejante á la de un perro, le daba un aspecto de lo mas repugnante.

La preocupacion que nos causaban las serpientes y los reptiles, predominó aquella noche sobre todo lo demas. Apenas nos ocupamos del agua y del arroz que nos sirvió Abdallah, que hasta tal punto una poderosa distraccion de la imaginacion puede influir en las necesidades del cuerpo. Por mi parte dormí mal: me parecia continuamente que sentia deslizarse bajo mi alfombra uno de aquellos asquerosos reptiles redondos y cortos, que parecian gigantescas orugas. En medio de la noche oí aquel mismo extraño ruido que ya habia llamado mi atencion en la anterior parada; sin embargo, imposible era ya en aquel momento atribuir aquellos gemidos y aquellos gritos y ahogados sollozos á los quejidos del viento perdidos en la inmensidad. Ni el menor soplo de viento se sentia. Me levanté para preguntar á uno de los árabes acerca del fenómeno nocturno; pero dormian todos tan profundamente junto á los camellos, que no tuve valor para despertarlos; me volví á echar en mi alfombra. A los pocos momentos venció mi cansancio y me dormí hasta el dia siguiente.

Continuamos la marcha antes de amanecer. Cuando salió el sol habiamos dejado la llanura de las serpientes y entrado en una *ouaddi*, nombre que dan los árabes á los mil valles que surcan la península del monte Sinai; á medida que avanzábamos, las colinas adquirian mayores proporciones. No eran desigualdades volcánicas como las primeras que habíamos encontrado, sino verdaderas montañas calcinadas por el fuego. Veíamos á veces en las laderas anchos surcos de lava roja ó negra; no pudimos aproximarnos lo bastante para distinguir la causa de aquella diferencia de color en la materia, solidificada hacia siglos. De aquel valle pasamos á otro, cuya abertura, que tiene la forma de una V, está tallada en una montaña; aquellas paredes naturales, que van ensanchando, son completamente lisas y seguidas, como si dos hacías gigantescas las

hubiesen cortado de un solo golpe. Una de las paredes está cubierta de caracteres profundamente incrustados, que bien podria ser una de esas inscripciones de que habla Herodoto que Sesostris hizo grabar á su paso cuando volvió por el pais de Ophir de su expedicion al mar *Eritreo*. Preguntamos á nuestros árabes, pero ignoraban como habia dejado á su paso algunas lineas de su historia escritas en aquella página de granito.

Ya no era fácil estraviarse: cada montaña, cada pico, era una mira en que nuestro guía podia reconocer el camino. Tonaleb nos anunció á eso de las tres de la tarde que nos aproximábamos á un pozo. En efecto, los dromedarios, sumamente alegres, abandonando su aire de indiferencia para adquirir una espression de sensualismo, levantaban de vez en cuando la cabeza, y parecia que olfateaban de lejos su frescura. Al volver una montaña, partieron por sí mismos al galope, y trascurridos diez minutos de una velocisima carrera, llegamos á una escavacion como de veinte pies de diámetro, á la que se bajaba por una pendiente suavizada por lo mucho que era frecuentada. Al aproximarnos, una nube de mosquitos tan espesa que parecia humo, huyó dejando libre el paso; al punto nuestros haghins, desmintiendo su reputacion de frugalidad, se precipitaron, á pesar de nuestros esfuerzos, en el agua, que en vano queriamos, en nuestra cualidad de bípedos, conservar para nosotros, é inundados de sudor como estaban se lavaron del polvo y arena que les cubria; de modo que cuando quisimos beber, el manantial estaba cubierto de pelos, y tenia ojos como el caldo; además, el fango removido con los pies habia subido á la superficie. Le dejamos posarse, pero fué inútil: el agua habia conservado un olor insoportable de animal montaráz, que la hacia casi no potable á cualquiera que no fuese amigo íntimo; así los árabes no sintieron ninguna repugnancia, y bebieron de aquella agua como si ningun accidente hubiese alterado su pureza.

Es raro que alguna familia beduina y aun alguna tribu entera no habite en las inmediaciones de estos pozos; lo que hace en la Arabia el oficio de ladron tan cómodo y poco cansado. Los industriales del desierto no tienen mas que emboscarse en las inmediaciones de los manantiales y las fuentes, y están seguros de que todos los peregrinos que por allí pasen se verán obligados á ir á apagar su sed en sus aguas. Con varitas fuertes untadas en liga consistente, se cogieran allí los viajeros á la manera de gorriones.

Como Tonaleb habia elegido aquel sitio para nuestra estacion de la noche, y conocia perfectamente los peligros y ventajas de tal campamento, envió á Bechara y Araballah de descubierta. Volvieron al cabo de una media hora, anunciando que una tribu de beduinos

pastores estaba acampada como á distancia de media legua de nosotros. Apenas acababan de hablar apareció un árabe conduciendo un carnero. Dió Bechara algunos pasos para salir á su encuentro, y entonces comenzó el saludo del desierto entre aquellos dos hombres; este saludo es el mismo que en todas partes y siempre; Bechara fué quien comenzó:

—¡Salud para tí!

—¡Cien veces para tí, salud!

—¿Sigues bien?

—Sigo bien.

—¿Y tu muger?

—Muy bien.

—Y tu familia?

—Muy bien.

—¿Y tus criados?

—Muy bien.

—¿Y tu dromedario?

—Muy bien.

—¿Y tus rebaños?

—Muy bien.

Entonces Bechara tendió la mano al extranjero; al estrecharse cambiaron las señales de una especie de masonería del desierto; y al punto fué el extranjero el que recitó la série de preguntas dirigiéndoselas á Bechara, el cual respondió exáctamente del mismo modo.

Aquel saludo extraordinariamente prolongado, como se ve, parecerá al habitante de las ciudades una singular intemperancia del language; pero preciso es decir en honor del mutismo oriental, que una vez terminada aquella conversacion, dos verdaderos creyentes darian la vuelta al mundo sin dirigirse mas la palabra. Citaré un ejemplo de esa discrecion que viene en apoyo de lo que digo. Un célebre poeta de Bagdad oyó alabar tanto á uno de sus colegas de Damasco, que resolvió hacer un viage allá para juzgar por sí mismo si su rival merecia la reputacion que gozaba. Púsose, pues, en camino y despues de dos meses de viage, llegó á su casa. Despues de los saludos de costumbre, le espuso el objeto de su visita. El habitante de Damasco tomó entonces el manuscrito de una historia que iba á escribir y leyó algunos fragmentos de ella á su huésped. Este le oyó en silencio; despues, cuando hubo acabado le dijo:—Sois el mas grande escritor en prosa.—En seguida se levantó sin querer detenerse mas tiempo, montó en su dromedario y emprendió otra vez el camino de Bagdad. A poco tiempo de esto el ciudadano de Damasco creyó que á su vez estaba en el deber de volver á su colega de Bagdad la visita que de él habia recibido. En consecuencia, se puso en camino, y empleando el mismo tiempo llegó á la morada del Aristarco que le habia dado ya su parecer acerca de su prosa. Este le recibió silencioso, pero como á un antiguo conocido, le hizo sentar y se preparó á escucharle, porque el recien llegado, por no hacer malgastar los momentos

á su huésped, acababa de sacar del bolsillo poesias manuscritas recientemente terminadas y de las que leyó al punto algunos trozos. Su huésped le escuchó con tanta atencion como habia hecho en Damasco, y terminada la lectura, dijo únicamente, continuando su frase suspendida seis meses hacia: «Y en verso.»

Despues de lo que se separaron sin dirigirse una palabra mas.

Llevaba el árabe el carnero para vender, lo cual nos agradó sobremanera: hacia seis ú ocho dias que no habiamos comido carne fresca. Le pusimos en ajuste, pero el árabe no quiso dejarle en menos de cinco francos. Tuvo que confesar Bechara que era muy caro, y que su compatriota abusaba de nuestra posicion, posible era: no obstante se cerró el trato con gran satisfaccion de ambas partes.

Hubo al momento alegría y regocijo en la caravana, porque no ignoraban que nosotros tres solos no nos comeriamos el animalejo. Todos pusieron manos en la obra, esperando cada uno trabajar mucho para sí, trabajando un poco para nosotros: los unos se dirigieron á donde se hallaba la tribu á buscar repuesto de leña, comenzando á agotarse la nuestra; los otros degollaron el carnero y trazaron con su sangre grandes cruces sobre nuestros camellos, á fin de conjurar el mal de ojo, y hacer al dia siguiente con aquella señal ante las tribus que encontrásemos, honor al generoso gefe de la caravana, que no habia retrocedido ante el coste de semejante festin. Entretanto volvieron los leñadores cargados de leña y de diferentes ingredientes que nos faltaban. Encendieron un gran fuego; despues de presidir aquello, me volví hácia el carnero; Bechara que habia destronado á Abdallah, y le habia quitado interinamente el cuchillo de cocina, habia abierto y vaciado el vientre del animal y se le rellenaba de dátiles, pasas, manteca, mermelada de albaricoques, arroz y plantas aromáticas. Terminado aquella especie de trufado, le volvió á coser con mucho cuidado la piel, y en seguida, separando los pedazos de leña encendidos, le colocó en el centro de la hoguera y lo cubrió de ceniza y brasas, como se hace con una castaña ó una manzana; pero aproximó la leña encendida, á fin de que el círculo inflamado rodease el centro con un complemento de calor. Pasados algunos instantes, sacaron el carnero de aquel brasero y le dieron vuelta; en fin, al cabo de una hora próximamente, el cocinero, juzgando ya en punto su asado, le sacó del fuego, y le sirvió en una enorme hortera. Ocupamos nuestro puesto al rededor, é invitamos á que se sentaran junto á nosotros, para honrarles de aquel modo y que nos dieran al mismo tiempo una leccion sobre el modo de comer aquel manjar homérico, á Tonaleb, Bechara y Araballah. Tonaleb sacó con gravedad su puñal, abrió el vientre de un solo golpe, metió en él la mano derecha, y sacó un puñado de aque-

lla composicion macedónica fragante de que le habian rellenado con gran estrañeza nuestra; en seguida la acercó á nuestra nariz para hacernos gozar por el olfato antes de llevarlo á su boca. En tanto la abertura del carnero humeaba como la boca de un cráter; no me detuvo aquello y siguiendo el ejemplo de Tonaleb, metí tambien mi mano: desgraciadamente nuestro cutis no era de la misma naturaleza: no bien cogí mi puñado de alimento, sentí que me quemaba horrorosamente. Le llevé apresuradamente á mi boca para desocupar la mano, y lo tragué sin sacarlo gusto para desocupar la boca; de modo que de un mismo golpe me quemé la mano, la lengua y el estómago. Permanecí un momento inmóvil, y con los ojos cerrados para pasar el dolor. Al fin se apagó el fuego interior, y salí del paso con la quemadura de la mano y del paladar. Mi ejemplo enseñó á los demas, y por medio de algunas precauciones, libraron con pocas quemaduras.

Cuando recobré bastante sangre fria para examinar la continuacion de la operacion, vi que Tonaleb se disponia á pasar del ataque interior al exterior. Con grande admiracion mia, volvió á meterse el puñal en el cinto como un mueble que ya es inútil, é hincando las uñas en la parte superior de una costilla, lo mas cerca posible de la columna vertebral, separó la carne del hueso, con tanta habilidad como hubiera podido hacerlo el mas diestro cortador; llegó despues Bechara, hincó la uña en la costilla inmediata, y sacaron la carne siguiendo el mismo método y con la misma delicadeza; en seguida Araballah, que probó que era digno de sus predecesores: hicimos tambien nuestro ensayo, pero desde luego nos persuadimos que era preciso renunciar á aquel medio si queríamos sacar nuestro contingente: recurrimos, pues, á nuestros puñales, y nos servimos tan bien de ellos, que al fin sacamos escelente partido: cuando ya lo juzgamos bastante, pasamos la hortera á Mohammed, Abdallah y los doce árabes, quienes se arrojaron sobre la armazon y se pusieron á tirar cada uno de su lado; de modo, que á los veinte minutos no quedó ya mas que un blanco esqueleto, limpio y liso como el marfil, completamente digno de colocarse en un gabinete de anatomía comparada.

La alegría de los convidados no tuvo límites. Púsose Bechara á cantar, con un tono lento y cadencioso, versos de un poeta árabe llamado Bedr-Ebn-Din. Era una especie de invocacion á la noche dividida en estrofas; una de ellas dará una idea de la poesía entera:

La noche es manantial intermitente;
De ellas el bien ó el mal el hombre saca.
Pasa por él la vida sin notarlo,
Y unas á otras aquellas se suceden.
¿Es infeliz? eternas le parecen.
¿Es feliz? cree muy corta aun la mas larga.

Esos versos eran acompañados por los gestos de los árabes que repetian el ritornello á coro. A la última estancia se oyó un nuevo quejido. Era el ruido lejano que yo habia oido las dos noches anteriores, semejante al principio al murmullo del viento, pero que aproximándose tomaba un carácter estraño y lúgubre: empezaban oyéndose como gemidos lejanos y sordos, en medio de los que se percibian al punto lamentaciones lentas y dolorosas, interrumpidas por sollozos prolongados y gritos penetrantes y terribles. Se hubiera dicho que eran gritos de mugeres y de niños á quienes degollaban. Confieso que se apoderó de mí un terror profundo. Creí que era atacado el khan vecino y que oia los gritos de agonía de los moribundos. Llamé á Bechara.

—¡Ah! me dijo, ¿son esos los gritos que os inquietan? no es nada. El viento ha llevado el olor de nuestro carnero y le ha esparcido á nuestro alrededor, y por eso los chacales y las hienas vienen á pedirnos su parte. Pero felizmente no queda ya mas que el esqueleto. No tardareis en oirlos todavía mejor, y no solo los oireis con mas claridad, sino que añadiendo algunos trozos de leña al fuego podreis verlos correr cerca de nosotros.

Seguí el consejo de Bechara, por dos razones: la primera porque sabia que el fuego aleja los animales feroces; la segunda porque en último resultado no sentiria conocer á los nuevos personajes con quienes teniamos que habérnoslas. En efecto, no bien hubo bastante llama para iluminar un circuito de sesenta pasos, vimos al estremo de la claridad en la penumbra, apareciendo para desaparecer y desapareciendo para volver á aparecer otra vez, á los ejecutantes del concierto que hacia tres noches me preocupaba de tal manera. En aquel momento daban vueltas á nuestro alrededor á tiro de escopeta, aullando de tal manera, que se hubiese dicho se escitaban mutuamente para atacarnos, haciendo punta tan avanzados en el círculo iluminado, que no solo distinguíamos los chacales de las hienas, sino que veíamos erizarse las cerdas del lomo de las últimas. No teniamos mas que pistolas, sables y puñales, y confieso que la idea de combatir cuerpo á cuerpo con semejantes adversarios, me agradaba poco. Llamé por tanto á mi amigo Bechara para preguntarle qué deberiamos hacer en caso de un asalto. Mas me respondió que no habia ningun peligro de ello, y que nuestros enemigos se mantendrian siempre á una distancia respetuosa del campo, mientras que por el contrario, si hubiese junto á nosotros un cadáver, fuera de hombre ó de animal, nada les detendria, y en este caso lo mejor que habria que hacer seria arrojarse á alguna distancia y abandonarsele, con lo que nos dejarian tranquilos. Pensé en el desventurado carnero que habiamos disecado, y volví mis ojos hácia él. Pero me tranquilicé al ver que no era ya un cadáver, sino

un esqueleto. Se me ocurrió por un momento la idea de arrojárselo tal como estaba; pero me detuvo el temor de que lo tomaran como una chanza de mal género, y que nos pidiesen cuenta de ella.

En cuanto á los árabes, aquella circunstancia parecía serles completamente indiferente. Hicieron todos sus ligeros preparativos para pasar la noche; en seguida se tumbaron fraternalmente como de costumbre al lado de sus camellos. Solo uno quedó colocado de centinela y continuó velando, mucho mas á mi parecer por los vecinos de dos pies que por los rondadores de cuatro patas.

Nosotros volvimos á entrar en nuestra tienda, y nos tendimos sobre nuestras alfombras. Todavía por algun tiempo conversamos acompañados por aquella música infernal; por último, la fatiga venció á la inquietud, se cerraron nuestros ojos á pesar nuestro, y nos dormimos con tan profundo sueño, como si hubiésemos sido arrullados por una serenata ó una sinfonía.

III.

EL CONVENTO DEL SINAI.

La jornada del dia siguiente fué una de las mas malas que habíamos hecho: el camino estaba cubierto de multitud de guijarros lisos que formaban un lecho movable, sobre el que se escurrían á cada paso los pies de los dromedarios. Entrábamos en las gargantas inmediatas al Sinai, y el calor aumentaba todavía con el reflejo del sol en las peladas montañas por cuya falda íbamos. Jamás la parada habia sido tan vivamente deseada; así apenas llegamos á ella, nos echamos bajo nuestra tienda. Por la primera vez desataron los árabes las cubiertas de sus dromedarios para procurarse un abrigo sosteniéndolas con sus largas lanzas. Los mismos camellos, esos infatigables corredores del desierto, parecia que sentían la dura influencia de aquella jornada. Alargaban lánguidamente el cuello, y escavaban la arena con sus hocicos para buscar bajo la primera capa la frescura que faltaba en la superficie. Sin embargo, por mas necesidad que tuviésemos de descanso, la parada fué corta. Era preciso marchar temprano para llegar antes de la noche, á fin de elegir sitio donde acampar. Entrábamos en la region de las serpientes, de los lagartos y demas reptiles.

No se sentía un soplo de aire, el calor era sofocante, las horas parecían eternas, las preguntas acerca de la distancia que habia que recorrer eran siempre eludidas por la famosa res-

puesta: *Alli está*, acompañada del correspondiente gesto. La lengua se pegaba al paladar, y los rayos del sol que nos daba de frente nos quemaban el rostro. Este fué el momento que eligió Bechara para dar á su canto una estension y un tono desconocido hasta entonces para nosotros. Parecia por lo demas que aquella infernal temperatura excitaba la alegría en los árabes, porque un coro general contestó á su primera estrofa, y se repetía exactamente en todas las demas. Nada conozco que cause mas que la música armoniosa cuando se tiene mal humor; se comprende, pues, cómo debia alterar mis nervios aquella algarrabía que oíamos. Eso me hubiera sucedido si con la sed, la fatiga y el calor que experimentaba hubiera podido en una magnífica butaca de los Italianos oír el duo de la *Sonnámbula* ó la cabatina de *Don Juan*. Júzguese, pues, que no seria oír encaramado á quince pies de altura en una silla de madera y con el trotc del camello una ária de Bechara y un coro de beduinos. Sin embargo, era yo demasiado atento para imponer silencio á los melómanos, quienes por otra parte parecia que encontraban tan agradable su concierto que hubiese sido un cargo de conciencia desengañarlos. Aproveché una pausa para pedir á Bechara la traduccion de los versos que cantaba.

—Hé aquí, me respondió describiendo con el brazo un semicírculo que abrazaba toda la comarca que teníamos á nuestra vista, hé aquí nuestro pais; nuestra tribu está allí; vamos á volver á ver á nuestra familia, nuestras mugeres y nuestros hermanos.

En seguida volvió á entonar su cancion de saludo á la patria, y á cada ritornelo, repetido por los árabes, los dromedarios, como si hubiesen tenido tambien hermanos, mugeres y una familia, saltaban igualmente de alegría como los collados de la Escritura. Aquella alegría general fué interrumpida por el árabe que marchaba á la cabeza. Arrojó un grito, estendió su lanza hácia el horizonte. Siguieron nuestras miradas la direccion indicada, y vimos un punto negro al otro extremo del valle. Tonaleb hizo una seña, y Araballah se lanzó á todo el galope de su dromedario, el cual le llevó con tan maravillosa rapidez que fué empequeñeciéndose por momentos, y á los diez minutos parecia un segundo punto de la misma direccion que el que le habia llamado la atencion. No tardamos en verlos ir aumentándose en proporciones á medida que se aproximaban al volver. Como nosotros íbamos andando para salirles al encuentro, nos hallamos á muy poco tiempo con ellos. El nuevo llegado era un árabe de la tribu, que yendo de Obéid, en el Kordofan, habia costado el rio Blanco, que se cree ser una de las fuentes del Nilo, atravesado la Nubia, seguido las costas del mar Rojo, y el cual, antes de ir al Cairo, á donde iba encargado de una mision que hubiese hecho honor á un filántropo europeo, habia que-

rido volver á ver su familia de la que se habia separado hacia diez y ocho meses. La víspera habia partido del campamento de Onaleb, y por la mañana habia hecho alto en el sitio donde debíamos detenernos á la noche. Cuando estuve al corriente de aquellos diferentes detalles, pensé que á nadie mejor que al viajero podia dirigirme para obtener las noticias que deseaba, y que podia dárme las mas exactas que nadie; en consecuencia me aproximé á él, y llamando en mi ayuda todo mi repertorio árabe, que empezaba á tener alguna estension, le pregunté:

—¿Está muy lejos de aqui la parada?

—Dios lo sabe, me respondió.

Vi que me dirigía á un fatalista, y resolví ir á parar á mi objeto dando un diestro rodeo.

—¿Cuánto tiempo has empleado, continué, para venir de allí aqui?

—El que Dios ha querido.

No me dí por derrotado, y repliqué:

—¿Llegaremos antes de la noche?

—Sí Dios lo permite.

—Pero en fin, exclamé impacientado, ¿llegaremos de aqui á una hora?

A esta pregunta empecé á contraerse su rostro con una sonrisa de admiracion como si lo que acababa de decirle fuera monstruoso é impracticable. Mas bien pronto, arrepintiéndose de aquel movimiento de duda que podia ofender la omnipotencia de Allah, su rostro volvió á adquirir toda gravedad, y respondió con la espresion de aquella fé que trasporta las montañas:

—Dios es grande.

—Eh! ¿y quién diablo duda de ello? exclamé fuera de mí. No se trata de eso. Escúchame bien: te pregunto si el lugar donde vamos á acampar está lejos ó no.

Entonces estendió el brazo derecho en la direccion á que marchábamos y me dió la respuesta sacramental:

—Allí está.

Convencime ya entonces que daba vueltas en un círculo vicioso, y encontrándole suficientemente estenso, resolví no agrandarlo con nuevas preguntas. En cuanto al árabe, gozoso por haber encontrado camaradas, volvió con nosotros, dejando para el dia siguiente el continuar su camino. Tres horas despues, llegamos.

El primer aspecto de las localidades nos ofrecía al menos un blando lecho: la arena, de un color rojizo, era de una finura y limpieza estrema; ni una piedra, ni una concha alteraba la uniformidad de su superficie. Desgraciadamente estas cualidades notables habian sido apreciadas por huéspedes con los que ningun deseo teníamos de partir el lecho: no se podia dar un paso sin encontrar huellas de lagartos y serpientes, y se cruzaban aquellas señales en tanto número que se hubiese dicho se habia tendido sobre la llanura

una red de irregulares mallas. La noche nos sorprendió sin que hubiésemos podido encontrar un terreno vírgen; forzoso nos fué entonces elegir al acaso y entregarnos en manos de la Providencia. Plantaron los árabes nuestra tienda, estendimos en ella las alfombras, á riesgo de cubrir con ellas algun agujero de lagarto ó serpiente, eventualidad la mas espuesta á peligros, porque el reptil, sea procurando salir de su madriguera, ó queriendo volver á entrar en ella, ataca ordinariamente el obstáculo, cualquiera que sea, que le obstruye el agujero.

La cena fué triste; el dia, como hemos dicho, habia sido uno de los mas trabajosos que habíamos sufrido. No tenia gran confianza en el descanso de la noche; resolví, por lo demas, para no tener nada que reprenderme, hacer la última visita alrededor de nuestra tienda, y estaba ocupado en ello, con el cuerpo medio encorvado y los ojos fijos en la arena, cuando Bechara que me veía vagar de aqui para allí como alma en pena, creyó que era de su deber distraerme de aquella ocupacion, y se acercó á mí. Le pregunté si debíamos juzgar aquella patria que él habia saludado con cantos tan melodiosos, por el aspecto que ofrecía desde la primera noche. Bechara me respondió que al dia siguiente apreciaría por mí mismo el mérito de su pais; y respondiendo á mi pregunta con otra pregunta, me dijo si la Francia valía tanto como la península del Sinai. Jamás pregunta alguna podia hacerse con mas oportunidad, para que despertase en el fondo de mi corazon las impresiones del pais natal, tan poderosas y sagradas, especialmente en suelo extranjero. Llamé entonces en mi ayuda todos los recuerdos de la Francia, de la que todos los sitios se presentaban á mi memoria rodeados de una poesia que no habia notado en ellos cuando los habia recorrido, y que me parecian tener ahora que estaba alejado de ellos. Le hablé de la Normandia con sus escarpadas costas, su inmenso y borrascoso Océano y sus góticas catedrales; de la Bretaña, antigua patria de los druidas, con sus bosques de encinas, sus montes de granito y sus baladas populares; el Mediodia, de que los romanos habian hecho su querida provincia, tan digna la juzgaban de ser considerada al igual de la Italia, y donde dejaron esos monumentos gigantescos que rivalizan con los de Roma; en fin, del Delfinado, con sus azuladas montañas y valles de esmeraldas, en la tradicion poética de sus siete maravillas, y sus fantásticas cascadas pintadas con los colores del arco iris, cuyo hermosísimo murmullo y deliciosa frescura, jamás sentí tanto me faltaran como en aquel momento. Bechara escuchaba mi descripcion con un aire de duda cada vez mas creciente; al fin no pudo contener su admiracion, y vi estaba convencido de que en mi cualidad de pintor, me habia entregado libremente á los caprichos de mi imaginacion

en aquellos cuadros que acababa de bosquejarle. Le pregunté, pues, qué hallaba de extraordinario é increíble en mi relacion; reconcentróse él en sí mismo, y pasado un momento de silencio: «Escucha!» me respondió.

—Allah creó la tierra cuadrada y cubierta de piedras. Terminada esta primera obra, bajó con los ángeles, se colocó, como sabes, en la cima del Sinaí, que es el centro del mundo, y trazó un gran círculo cuya circunferencia tocaba en los cuatro lados del cuadrado. Mandó entonces á los ángeles arrojasen todas las piedras á los ángulos que correspondian á los cuatro puntos cardinales. Los ángeles obedecieron, y cuando el círculo estuvo limpio, se lo dió á los árabes que son sus hijos predilectos, y en seguida denominó á los cuatro ángulos Francia, Italia, Inglaterra y Rusia. Ya ves que la Francia no puede ser tal como tú dices.

Respeté el sentimiento que habia dictado la respuesta de Bechara, por poco atenta que fuese para mí, y me abstuve de responder. Solo si me pareció sumamente curioso que fuese precisamente en la Arabia Petrea donde haya nacido semejante tradicion. Bechara me creyó vencido, y como enemigo generoso respetó mi derrota.

Nos aproximamos al círculo de los árabes, porque no tenia ningun desco de dormir. Aquel á quien habiamos encontrado durante la jornada hacia el gasto de la conversacion, y Bechara, entre los demas derechos de la hospitalidad, le habia cedido el de la palabra. Referia una larga historia de la que nada comprendí por el momento, pero que Bechara me narró en seguida.

Malek, este era el nombre del árabe, se hallaba en el Cairo cuando un viagero inglés pidió un guia que subiese por el Nilo con él, y le condujese hasta las orillas del rio Blanco. Ofrecióse él, á pesar de que pasado Philoe desconocia el camino tanto como aquel á quien se encargaba de dirigir. Pero el árabe nada ignora, porque donde termina el saber humano su fé coloca siempre el poder de Dios. En efecto, asi que llegó á la Etiopia, confesó francamente al viagero que creia prudente asociarse á algunos naturales del pais. El inglés conoció fácilmente que Malek habia presumido demasiado de sus conocimientos geográficos; pero como se habia mostrado en todo el camino como guia complaciente y fiel servidor, le conservó para que le sirviera de intermediario con sus nuevos compañeros. Malek acompañó, pues, al europeo hasta las montañas de la Luna. Una vez alli, tuvo deseo el europeo de continuar su viage á través de la Abisinia; pero Malek no habia hecho su contrato sino para conducirle hasta las orillas de Bahr-el-Abiad, ó rio Blanco, y manifestó al inglés su deseo de volverse con su tribu. Era esto muy justo para que pudiera dar lugar á contestaciones. El viagero pagó el doble de lo

que habia prometido, y dió su permiso á Malek para volverse, el cual compró un camello, y se volvió como acostumbra los árabes, no siguiendo camino alguno, guiándose por las estrellas del cielo. Asi llegó á Kordofan, que atravesó en toda su longitud, ya vivaqueando con su dromedario, y como él careciendo de agua y alimento, ya pidiendo hospitalidad en alguna pobre choza de negros, en las que no encontraba nunca, con gran admiracion suya, mas que ancianos tocando ya al sepulcro ó niños que acababan de dejar la cuna. En las fronteras septentrionales de aquel estado, y á dos jornadas de Obeid, su capital, si se puede dar este nombre á un confuso hacinamiento de miserables viviendas, recibió hospitalidad en una cabaña habitada, como de costumbre, por un anciano negro y un niño. El niño y el anciano lloraban, aquel llamando á su madre, éste á su hija. El anciano negro reconoció á Malek por un árabe del Bajo Egipto, y le refirió su historia. De su narracion citó algunos detalles que no carecerán acaso de interés, acerca de las poblaciones del interior de Africa, tan desconocidas antes de nuestra época.

Todos los años se desborda el Nilo y fertiliza el Egipto, y por mas que Dios ha hecho ese milagro para un pueblo entero, solo el pachá es el que se aprovecha de él. Las mieses de sus fértiles riberas son para él, desde Damietta hasta Elefantina. Pero mas allá viven tribus nómadas é independientes, cuya única riqueza, como las de los antiguos reyes pastores, consiste en sus rebaños. Las mas próximas son las de los negros del Darfour y del Kordofan, y el pachá, dirigiendo sus ojos hacia ellos, ha pensado mas de una vez en probarles que formaban parte de su imperio, imponiéndoles contribuciones de sangre, en vez de los tributos de mieses y dinero que le pagan sus súbditos del Delta y el Bajo Egipto. Cuando ha tomado semejante resolucion, lo cual sucede cada tres ó cuatro años, envia un regimiento de caballeria y algunas compañías de infanteria al Kordofan, y comienza entonces una caza semejante á la de los reyes de la India contra los elefantes, leones y tigres. Fórmase un gran círculo, que va estrechando gradualmente, y del que forma el centro un punto convenido, generalmente una montaña. Mugerres, niños, ancianos, hombres, animales, todos retroceden ante aquel círculo de muerte que los rodea; al fin, como aquellos animales feroces del Cabul y del Decan, que se encuentran reunidos, á pesar de la diferencia de sus razas, en algun bosque, ó acorraladas en alguna ribera, todas esas diferentes poblaciones se encuentran impulsadas contra la base, los flancos ó la cima de una montaña, que cubren con una alfombra movible, y que hacen resonar con gritos lanzados en veinte idiomas distintos. Da principio entonces una de esas escenas de desolacion de que no se puede tener ninguna idea en nuestra Europa, y que se

encuentran en la Biblia cuando Nabouzardan, general de Nabucodonosor, se lleva cautivos los hebreos á Babilonia. Cada individuo de aquel pueblo obra entonces segun su carácter. Aquellos que piensan defender todavía su vida, luchan y se hacen matar; los que desesperan, se precipitan en el abismo; los débiles de cuerpo y de espíritu, se ocultan como reptiles en el fondo de sus cavernas, de donde el humo les obligará á salir bien pronto. Todo lo que es bueno para vender, todo el que puede ser un siervo ó un soldado, una esclava ó una querida, se toma como presa, es escogida, apareada á la manera de animales de carga, conducida en rebaños á las orillas del Nilo, y van á poblar los bazares del Cairo, de Suez y Alejandría, ó á aumentar los ejércitos del vi- rey. No quedan mas que los ancianos que para nada sirven, y los niños, que cinco años despues serán buenos para algo. Toda la generación intermedia ha desaparecido en un dia, como en los tiempos en que Jehová, para castigar á los perseguidores de su pueblo, hacia que los primogénitos del Egipto, desde el de Pharaon, que se sentaba en el trono, hasta el de la sierva que movia la piedra del molino, desapareciesen.

Ahora bien, aquel hombre y aquel niño en cuya casa se habia acogido Malek, era un padre y un hijo que en la primera campaña habian perdido, el uno su hija, el otro su madre. En cuanto al marido habia defendido á su familia hasta el último extremo, y viendo que no podia salvarla se habia precipitado desde lo alto de una roca; la hija habia sido llevada como esclava; el anciano padre y el niño habian quedado abandonados como capturas inútiles.

Entonces el anciano habia partido; habia recorrido la cadena de montañas que se estiende del Darfour al mar Rojo; habia atravesado el Bahr-el-Abiad, y habia llegado á Sen- nar en las orillas del rio Azui. Allí, encorvado todo el dia en la ribera del rio, habia por espacio de seis meses buscado por la arena el polvo del oro que está mezclada con ella; despues habia cambiado una parte de él por plumas de avestruz y habia vuelto á Kordofan bastante rico para rescatar á su hija. Pero sus fuerzas agotadas por el viage á Sen- nar le habian faltado para hacer el del Cairo, y estaba tendido en la cabaña llorando sobre su inútil riqueza, cuando Malek habia llegado á pedirle hospitalidad. El anciano le habia referido sus desgracias, y Malek le habia dicho: «Mi tribu habita la península del Sinai: el Sinai está ocho jornadas del Cairo; dame tus plumas de avestruz y tu polvo de oro que yo iré al Cairo á rescatar á tu hija.»

Y cuando nosotros le encontramos, Malek cumplia el sagrado compromiso que habia contraido en cambio de la hospitalidad que recibiera.

La caravana de esclavos así arrebatada al

Kordofan y al Darfour, sigue las orillas del rio Blanco hasta el lugar en que desemboca en el Nilo; llegados allí, como el rio al internarse hácia el Norte forma un semicírculo de ciento cincuenta leguas próximamente, los temibles pastores de aquel rebaño de hombres juzgan inútil seguir su ribera. Todo aquel tropel de ginetes, infantes y prisioneros se preparan á atravesar las setenta leguas del desierto que se estiende desde Alfai, donde se separa del Nilo, hasta Korti donde se vuelve á encontrar; toman viveres para ocho dias, llenan los odres y se lanzan á través de aquel mar de arena caldeado por el sol del trópico. Una vez puesta en marcha, nada detiene ya á la caravana; la necesidad la impele dejando tras de sí los dos demonios del desierto, la sed y el hambre; camina mientras dura el dia como las olas ante la tempestad. Los enfermos caen y nadie se detiene á levantarlos; las madres que no tienen fuerza para llevar á sus hijos, se tienden junto á ellos y quedan allí, las hienas y los chacales siguen de lejos la caravana, como los lobos seguian el ejército de Atila; todas las noches se detiene en una antigua estacion que se reconoce por sus huesos, y todas las mañanas vuelven á partir dejando algunos cadáveres que aumentan el osario. En fin, despues de ocho dias de marcha, ó mas bien de carrera, toda aquella gente llega rendida, anhelante, disminuida en una tercera parte, y algunas veces á la mitad, á Korti ó á Dongolah donde vuelven á encontrar el Nilo, que siguen entonces sin interrupcion hasta el Cairo. Sucede algunas veces tambien que el simoun se levanta como un gigante, se desprende sobre la caravana agitando sus olas de fuego, y amos y esclavos desaparecen en las arenas nubias, como en otro tiempo el ejército de Cambises en las soledades de Ammon. En vano espera entonces el pachá, soldados y prisioneros; el tiempo pasa, se informa, pero su noticia se ha perdido, su huella se ha borrado, y han desaparecido como un solo hombre bajo cuyos pies hubiera faltado la tierra de repente.

No sé si estas relaciones pueden conmo- ver al ciudadano que las escucha en su ciudad y al rincón de su hogar; pero sé que en el desierto, cuando se ha sufrido todo un dia de calor, de sed y de hambre, cuando se ven levantar en el horizonte esas oleadas de arena que el soplo del kamsin puede hacer rodar sobre nosotros, cuando se oye al rededor el salvage concierto de las hienas y los chacales, tienen una influencia suprema y solemne. Para mí su influencia unida al temor de los reptiles me proporcionó una de las noches de insomnio de las mas malas que he pasado; felizmente debiamos llegar al dia siguiente al Sinai, y aquella esperanza era un bálsamo para todas nuestras fatigas, un calmante para todos nuestros dolores.

Al despertarnos saludamos á un sol magnífico que nos prometía un día hermoso; pero abrasador. Continuamos nuestro camino por medio de la arenosa llanura por donde nos habíamos internado, y en seguida entramos en esos *ouaddi* pedregosos de montañas volcánicas y paredes graníticas á lo largo de las que se deslizaban los rayos del sol como cascadas de luz. De antemano nos causaba espanto nuestra parada del medio día en medio de semejante horno, cuando á una revuelta de aquel vallado nos detuvimos mudos de sorpresa y admiración. Las montañas mas magníficas por su colorido y forma se dibujaban ante nosotros en su severa desnudez destacándose sobre un cielo azul claro. Era aquello la realidad, el teatro de las grandes escenas que refiere el Exodo. Aquellas masas de granito eran efectivamente dignas de ser elegidas por Dios para su trono, y la voz del Señor no podía encontrar, á mi parecer, en todo el mundo un lugar mas severo y mas solemne en donde dar á Moisés las leyes que debían regir á su pueblo, y ante aquella naturaleza muda, árida y desolada, donde ni una huella de vegetación se ve en aquellas rocas estériles, los israelitas debieron comprender que no tenían que esperar socorro mas que del cielo, ni poner su esperanza mas que en Dios. En medio de aquel paisaje primitivo era donde los árabes, admiradores como todos los pueblos salvajes de los grandes espectáculos de la naturaleza, habían elegido su patria. Aquel horizonte que se desarrollaba á nuestros ojos era el que saludaban cada vez que salía y siempre que se ponía el sol. Así, impresionados como nosotros al aspecto de aquel panorama grandioso y enterrecidos además por el regreso á la patria, cesaron de hacer ruido y de conversar; la caravana, después de un instante de reposo, entregada á la sorpresa, volvió á emprender su camino, callada y retraída, mientras que nuestros dromedarios, tomando por sí mismos un paso mas veloz, nos indicaban que no eran mas insensibles que sus amos al amor patrio. Después de cinco horas de marcha por aquel espléndido desierto vimos al otro lado de un barranco el campamento de la tribu de Onaleb-Saide.

Las tiendas eran numerosas y formaban un gran círculo. Algunas, mas elevadas, pertenecían á los cheiks, todas estaban contiguas, y un solo paso practicado por la separación de dos de ellas formaba la entrada del campamento. Aquellas tiendas no tenían la forma de las nuestras: se componían de largas piezas de un tejido de lana y pelo de camello, á rayas blancas y grises, tendidas sobre cañas, y sostenidas transversalmente por pies de madera. Los dos extremos de aquella tela, después de formar un techo cuadrado, volvían á caer por ambos lados á tierra, y allí estaban sujetas por grandes piedras colocadas en las pun-

tas. Las tiendas de los cheiks, que ya hemos dicho eran mayores que las demas, estaban formadas por el mismo modelo; solo si, de una caña colocada transversalmente, colgaba una tela que cayendo hasta el suelo, dividía la tienda en dos habitaciones. Así que nos divisaron, vimos salir de las tiendas seres en cuyo rostro se pintaba la agitación; mas al punto el campo entero, habiendo reconocido á sus hermanos que volvían, se lanzaron á nuestro encuentro dando gritos de alegría y produciendo unos sonidos semejantes á los que habíamos oído en la procesion nupcial del Cairo. Las mugeres se adelantaban á la cabeza con los niños, y ya nos felicitábamos de poder examinarlas de cerca, cuando de repente emprendieron la fuga. Habían reconocido nazarenos en la caravana. Por su parte nuestros hombres no hicieron una señal para detenerlas, de suerte, que á los pocos momentos las vimos precipitarse de tropel en el campamento, y desaparecer bajo sus respectivas tiendas, como abejas asustadas que vuelven á entrar en sus colmenas. Los ancianos, los guerreros y los niños quedaron solos. En pocos minutos llegamos á donde estaban, y nuestros dromedarios se arrodillaron sin esperar la señal de Tonaleb.

Nos presentaron á los ancianos de la tribu, los cuales nos hicieron entrar en la tienda que tenía aspecto mas bonito; era la de Tonaleb. Nuestro gefe nos hizo con suma bondad los honores de ella, haciéndonos sentar, y sentándose él mismo junto á nosotros con los mas notables de sus compañeros. Pasáronse algunos instantes en disfrutar del fresco de la sombra, y trajeron un plato de madera lleno de una crema de una blancura tan extraordinaria, que solo con verla producía una sensación de frescura agradable. Me volví hácia Abdallah, señalándole con los ojos aquel maravilloso plato; pero respondió á mi mirada con un gesto de desden que atribuí al desprecio que le inspiraban las preparaciones rústicas de la tribu de Onaleb-Saide, comparadas con la ciencia culinaria que había él estudiado en la capital. Después de algunas ceremonias que me parecieron demasiado largas, tanto deseo tenía de aquella crema, se decidió Mr Taylor á meter la mano en la horterera, tomó un puñado de crema y lo llevó á su boca; sin embargo, con grande admiración mia, no vi, después de haberla probado, que manifestase ninguna señal de satisfacción; verdad es que no por eso dejó de acabar el líquido que quedaba en el hueco de su mano, con una fisonomía tranquila en la apariencia, pero en la que me pareció reconocer mas bien la fuerza de voluntad de un hombre dueño de sí mismo que la satisfacción de un sediento convidado que encuentra al fin algo con que refrescar su paladar. Aprovechando entonces aquella prudente lentitud árabe que en las ocasiones solemnes emplea un intervalo de

algunos segundos entre cada frase, movimiento ó accion, pregunté á Mr Taylor cómo encontraba la bucólica bebida que acababan de presentarnos.

—Esto, me respondió con una perfecta filosofía, no se parece á nada de lo que conócéis; probad, es muy extraño.

Esta respuesta me causó alguna desconfianza; pero tranquilizado por la apetitosa apariencia de aquella malaventurada crema, metí la mano á mi vez, y llevándola á mi boca tragué todo lo que podia contener de una vez. La sorpresa fué horrible, y no tan buen diplomático como mi amigo, la descubrí al instante, no solo por la espresion de mi rostro, sino tambien con mis palabras. Pedí agua á gritos, y me trajeron al punto una calabaza llena que tragué sin poder quitarme el gusto que me habia dejado aquella infame preparacion. Pedí por señas otra, y la gasté, la mitad como la primera, y lo demas en enjuagarme la boca. Abdallah, en quien se fijó mi estraviada vista por casualidad mientras yo me entregaba á aquel ejercicio, me miraba como un hombre que habia previsto perfectamente lo que acababa de suceder, pero que no habia querido privarse de aquel agradable espectáculo.

Componíase aquel plato, como supe despues, de queso hecho de leche de camella, de aceite y cebollas cortadas en pedazos del tamaño de guisantes, batida esa mezcla, todavía le añadian algunos ingredientes tan homogéneos como los dichos, y de aquella impura mezcla resultaba el veneno que nos habian servido. Por lo demas, nuestra repugnancia era completamente europea á lo que pareció, porque apenas Mayer hizo, con el mismo resultado, el ensayo que me fué tan funesto, se arrojaron los árabes sobre la hortera, y comieron con delicia aquella preparacion, que me hizo aborrecer la leche para todo el viage.

Mientras despachaban ellos aquel primer plato, examinaba yo con curiosidad el interior de una de aquellas tiendas que no han sufrido alteracion desde Abraham, y cuya tradicion ha trasportado Ismael desde la tierra de Canaan al centro de la Arabia Petrea. Seguia yo pues con la vista una de aquellas rayas grises formadas con la lana de las ovejas negras, cuando me pareció ver á través de la tela una hoja de puñal. Pasó cortando la lana en una longitud de dos pulgadas próximamente, y en seguida desapareció; dos dedos finos y delgados cuyas uñas estaban pintadas de encarnado la reemplazaron, separando los bordes de la tela que la hoja acababa de separar, y un ojo negro y brillante apareció entre los dos dedos; eran las mugeres árabes, que deseosas de ver á los nazarenos, y no queriendo sin embargo ser vistas por ellos, no habian encontrado mejor medio de satisfacer su curiosidad sin desobedecer la ley, que practicar

aquella aberturita en la que se sucedia otro ojo cada cinco minutos, en todo el tiempo que permanecimos sentados bajo la tienda de Tonaleb.

En tanto, y mientras aquellas mugeres nos examinaban á su placer, sus maridos habian hecho desaparecer la crema de aceite y cebollas que nos presentaron para empezar. Siguió á esta un enorme plato de arroz; pero ahora, instruido ya por la esperiencia, no lo probé sino tomando algunas precauciones necesarias. Este nuevo plato tenia al menos la ventaja de no tener sabor alguno, ni bueno ni malo; estaba cocido en agua, y si no era una apetitosa golosina para el paladar, al menos no repugnaba al estómago.

Terminada la comida, pensamos en pagar nuestra hospitalidad con regalos. Llevábamos algunos pañuelos de colores vivos y variados, que distribuimos á los muchachos árabes. Estaban estos completamente desnudos, y llevaban al cuello, colgado de una trenza de crin, un cascabel, cuyo uso pregunté. Supe entonces que por la noche, cuando la tribu va á entregarse al reposo, hacen entrar en el recinto primero á los dromedarios, despues á los carneros y por último los niños. Cuentan cada rebaño, siguiendo el orden que le asigna su importancia, y si algún niño falta al llamamiento, los padres van en su busca llamando y escuchando. A falta de la voz, el ruido del cascabel los guia, el niño estraviado ó fugitivo es encontrado ó cogido, y llevado al campamento, que no se cierra hasta que se ha reconocido perfectamente que no falta ninguna cabeza.

Por lo demas, aquellos niños, por pequeños que fuesen, tenian una maravillosa destreza para hacerse al instante adornos ó trages con los pañuelos que les dábamos. Los colocaban en forma de turbante alrededor de su cabeza, se improvisaban un faldellin, ó los dejaban colgar en forma de mantos, y casi siempre aquellos adornos eran de mucho gusto. Bosquejé algunos, muy abstraídos en su alegría para advertir que yo sacaba su retrato, el cual en otras circunstancias no se hubieran decidido fácilmente á dejármelo sacar.

Nuestros guias, en agradecimiento de nuestro buen proceder para con ellos, ó acaso tambien para prolongar algunas horas nuestra parada en la tribu, querian añadir á la leche y al arroz el *karouf machi*, ó el carnero asado en la brasa. Rehusamos estóicamente, por mas que sin contradiccion era el mejor plato de la comida árabe. Nos hallábamos á pocas horas de camino del Sinai. Teníamos prisa de llegar allá, y para hacerlo antes de la noche no podíamos perder tiempo.

Las despedidas se hicieron con la dignidad árabe. Por otra parte, ahora la separacion no era larga. Nuestra escolta, que no podia entrar en el convento, se volvía en la misma noche. Montamos en nuestros dromedarios sin dete-

nernos mucho, y á la media hora entrábamos en el oasis de Santa Catalina que conduce al pie del Sinai. El camino es montuoso, difícil y escarpado; pero llegábamos al fin, y aquella idea allanaba el camino, le embellecía, suavizaba las pendientes. El mismo sol, aunque abrasador, parecía agradable y mucho mejor el sufrirlo que la vispera. Sin embargo, hacia dos horas que seguíamos aquel áspero camino, y á pesar de la influencia moral comenzábamos á sentir una fatiga física real, cuando al volver tras una enorme roca que nos ocultaba el horizonte, nos encontramos al pie de la montaña de Santa Catalina, elevada como una reina por encima de las inmediatas. Sobrepujándola toda su cima ostentábase á la izquierda el magnífico Sinai, y á la vertiente oriental del monte sagrado, como á la tercera parte de su altura, se nos presentaba el convento, inespugnable fortaleza edificada en forma cuadrilátera irregular, y por el lado Norte un vasto jardín, que se estiende en descenso á lo largo de la última colina, uniendo la montaña al valle, rodeado de paredes menos altas que las del convento, pero no obstante al abrigo de un golpe de mano, alegrando con el ramaje de los árboles la vista no acostumbrada al verdor.

El Sinai es el punto culminante de la cadena de montañas que se elevan como la espina dorsal de la península, y que termina caprichosamente y de un modo rápido en el mar Rojo, donde se pierden sus últimas puntas de granito en una arena dorada.

En el momento en que llegábamos á las paredes del jardín, que se elevan por encima del sendero, un árabe ricamente vestido pasó junto á nosotros, nos dirigió un saludo á que contestamos, y se aproximó á Tonaleb, con el cual cambió algunas palabras; en seguida continuó su camino siguiendo el de donde veníamos. Continuamos entonces á lo largo de las interminables tapias del jardín, á cuya sombra encontrábamos de trecho en trecho miserables beduinos desnudos ó andrajosos, atraídos por la vecindad del monasterio, y viviendo así de la caridad de los frailes, como los pobres á la puerta de nuestras iglesias, viven de la limosna de los fieles.

Al fin, á las paredes del jardín sucedieron las del convento; después de inauditas fatigas, tocábamos en el puerto que la devoción de los cristianos ha sabido conservar á los viajeros en aquel océano de arena y en medio de aquellas rocas de granito. Esta era nuestra tierra prometida, y dudo que los israelitas desearan mas vivamente la suya que nosotros esta.

No obstante, una simple ojeada me convenció de que no habíamos llegado al término del camino. Veíamos si, una pared, pero en aquella pared en vano buscábamos una puerta. Sin embargo, á la mitad de aquella fachada, que daba frente á Oriente, Tonaleb, con

gran sorpresa nuestra, dió la señal del alto silbando á los camellos. Arrodilláronse estos como de costumbre, buscando la sombra que las altas paredes proyectaban ante ellos. Detuvimonos, pues, á pesar de no comprender la causa de aquel alto. En el mismo instante una ventana abrigada por un cobertizo, se abrió, y un monge griego, vestido de negro, cubierta la cabeza con un sombrero redondo sin alas, sacó la cabeza con precaución, á fin de examinar qué especie de gentes éramos. Separámonos de los árabes y nos aproximamos á la ventana, elevada treinta pies próximamente, y dirigiéndonos al portero, le dijimos que éramos franceses, y que veníamos del Cairo para visitar el convento. Nos preguntó si teníamos cartas del sucursal. Le enseñamos entonces las que nos habian dado en las fuentes de Moisés los dos frailes que nos habíamos encontrado. Al punto bajó una cuerda; este era el correo del convento. Atamos á ella nuestras cartas, y la subió. El fraile las cogió y desapareció con ellas.

No sabíamos lo que aquellas cartas contenían: no habíamos podido leerlas, estando escritas en griego moderno; además, ignorábamos la posición de los que nos las habian dado, y si su recomendacion era bastante poderosa para abrirnos la puerta de la santa fortaleza. Adivínase, pues, cuán largo nos pareció el cuarto de hora que se pasó sin que viésemos volver al guardian, que se habia llevado consigo nuestra última esperanza. ¿Qué íbamos á hacer si aquellas cartas eran insuficientes, y si nos negaban la entrada? Volver al Cairo después de haber andado cien leguas á través del desierto para no contemplar mas que las paredes del convento, por mas pintoresco que fuese, era una desagradable perspectiva. Nos mirábamos, pues, los unos á los otros con un aire bastante desconsolado, cuando la ventana se volvió á abrir, y se acercaron á ella los monges para mirarnos unos después de otros. Estudiamos al punto el modo de dar á nuestras fisonomías el aspecto mas simpático posible. Al parecer conseguimos inspirarles una confianza completa, porque después de una corta conferencia que dos padres, al parecer de autoridad en la comunidad, tuvieron, bajó la cuerda de nuevo, pero ahora adicionada con un gancho. Nuestros árabes descargaron al punto nuestros camellos. Aquella cuerda iba á buscar los equipages, los cuales, sin que todavía se tratase para nada de nosotros, comenzaron su ascension, y desaparecieron sucesivamente, devorados por aquella boca abierta en medio de la pared. Pedimos á Bechara la esplicacion de aquella estraña conducta, pero nos dijo que era el modo de proceder de los frailes, que empleaban aquel medio por temor de una sorpresa, pero que después de la ascension de nuestros equipages, nos llegaría el turno inmediatamente. En efecto, subido el último paquete,

permaneció un instante la cuerda invisible; en seguida volvió á aparecer con un palo atado de través á su extremo: esta era nuestra silla.

Bechara nos esplicó entonces una cosa que ignorábamos completamente, y es que el convento del Sinai no tiene puerta. Los frailes han creído que debían tomar esta precaucion, por mas que presentase algunos inconvenientes, á fin de estar siempre al abrigo de una sorpresa. Ibamos, pues, á tomar el camino de nuestras maletas: era el mismo que los buenos padres seguían y que nos era preciso adoptar, á menos que los frailes se decidiesen á hacer con nosotros lo que los troyanos hicieron con el caballo de madera, lo cual no era probable. Nuestra comitiva no podía acompañarnos al interior del convento, debiendo volverse con su tribu. Nos despedimos de Tonaleb, de Bechara y todos los demas, despues de convenir con ellos que en la mañana del octavo dia volverian á recogerlos, segun lo contratado, para conducirnos otra vez al Cairo. Mientras arreglaba yo esto con nuestros guias, Mr. Taylor, solicitaba y obtenia la entrada de Abdallah y Mohammed en el convento.

Sea interés ó curiosidad, no quisieron dejarnos nuestros árabes hasta que verificáramos la ascension. Mayer, en su cualidad de oficial de marina, nos enseñó el camino. Subióse en el palo como los revocadores que se mecen en las calles de París sobre las cabezas de los transeúntes, y luego en cuanto hizo señal de que podia empezar la ceremonia, se elevó magestuosamente por los aires; llegado á la altura de la ventana, un robusto lego le atrajo á sí como habia hecho con nuestras maletas, y le puso en lugar seguro. Seguimos su ejemplo, no sin alguna inquietud por mi parte, lo confieso, y llegamos á buen puerto; Abdallah y Mohammed nos siguieron.

Tonaleb, así que vió entrar al último de nosotros, dió á su vez la señal de marcha, y toda la caravana, despues de habernos saludado de viva voz y con las manos, volvió á partir al galope de sus dromedarios.

IV.

EL MONTE OREB.

Fuimos recibidos perfectamente por los padres. Uno de los dos frailes á quienes habíamos encontrado en las fuentes de Moisés, precisamente el que nos habia dado las cartas, era el superior, y su recomendacion por tanto muy eficaz.

Condujéronnos al punto á tres celdas in-

mediatas muy limpias y con divanes forrados de alfombra de un bonito dibujo; nos dejaron en ellas el tiempo necesario para arreglar nuestro trage, durante el que nos llevaron café y agua; pocos minutos despues nos avisaron acababan de servirnos una colacion. Pasamos á una habitacion donde encontramos puesta una mesa, y en ella arroz con leche, huevos, almendras, dulces, queso de camella y aguardiente de dátiles hecho en el convento, y que con agua componia una agradable bebida. Pero lo que mas nos entusiasmó de aquella suntuosidad, fué el pan tierno, verdadero pan como no le habíamos comido hacia catorce dias.

Al fin de la comida entró toda la comunidad en nuestro refectorio. Los amables padres iban á felicitarnos por nuestra llegada y ponerse á nuestras órdenes para todo lo que pudiésemos desear. Aunque estábamos estremadamente cansados, pedimos permiso para visitar el convento; nuestra impaciencia podia mas que la fatiga. Uno de los padres echó á andar delante de nosotros, y en el mismo instante nos pusimos en camino.

El convento puesto bajo la invocacion de Santa Catalina, se parece á una pequeña ciudad fortificada de la edad media; contiene próximamente sesenta frailes y trescientos criados ocupados en todos los trabajos de la casa, y en los mas penosos todavia del jardin. Cada uno tiene su ocupacion peculiar en aquella pequeña república; llama la atencion desde luego al recorrer el convento el orden y la estremada limpieza que allí reina. Por todas partes el agua, primera necesidad de los habitantes de la Arabia, sale cristalina y fresca, y por todas las blancas paredes trepa y se estiende un emparrado que alegra la vista con su verde feston.

La iglesia es una construccion romana; data de la época de transicion entre el género bizantino y el gótico. Es una basilica terminada por una bóveda de una época mas antigua que el resto del edificio, y cuyas paredes están cubiertas de los mosaicos del gusto de Santa Sofía de Constantinopla y Montereal de Sicilia. Una doble hilera de columnas de mármol coronadas de chapiteles, pesadas en su forma y raras en su ornamentacion, sostienen arcos de gran estension, encima de los que se abren pequeñas ventanas poco distantes de la bóveda, ó mas bien del techo de madera de cedro esculpido enriquecido con molduras de oro. Los adornos del altar, de una riqueza estremada y muy numerosos, son casi todos de origen ó de forma rusa. Las paredes inferiores están cubiertas de mármol que los religiosos nos aseguraron provenia de Santa Sofía; el coro que divide la iglesia en dos partes, es de mármol rojo; un Santo Cristo de una dimension colosal, termina su parte superior, y ¡cosa estrañal ese género de adorno que forma el principal carácter del arte bizantino, se

ve hasta en la cruz donde está clavado Nuestro Señor; esta cruz es dorada y está enriquecida con esculturas muy finas y caprichosas en forma de ángulos y cuadrados.

Los mosaicos que hay en la bóveda representan á Moisés hiriendo la roca para hacer salir las aguas, y el mismo Moisés ante la zarza ardiendo. La bóveda está edificada en un lugar santo y el altar colocado en el sitio mismo en que Moisés, mientras guardaba los rebaños de su suegro, habiéndose acercado á reconocer la zarza ardiendo, oyó la voz de Dios que le llamaba desde ella y le dijo:

«Moisés, Moisés.

»Y Moisés le respondió: héme aquí.

»Y Dios añadió: No os aproximeis aquí; quitaos el calzado de vuestros pies porque el sitio en que os halláis es una tierra santa.

»Y añadió: yo soy el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.»

Moisés se ocultó el rostro porque no se atrevía á mirar á Dios.

«El Señor dijo: He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto; he oído el grito que ha arrojado á causa de la dureza de los que tienen la dirección de los trabajos.

»Y sabiendo cuál es su dolor, he bajado para librarle de las manos de los egipcios, y para hacerle pasar de esta tierra á una tierra buena y estensa, á una tierra por donde corren arroyos de leche y miel, al país de los cananeos, de los heteos, de los amorreos, de los ferezeos, de los gergescos, de los heveos y de los jebuseos.

»El grito de los hijos de Israel ha llegado pues hasta mí; he visto la aflicción, y de qué manera viven esclavos y oprimidos en la tierra de Egipto.

»Mas venid, y yo os enviaré á Faraon, á fin de que saqueis de sus manos á los hijos de Israel, que es mi pueblo.»

Examinada la bóveda en todos sus detalles, pasamos á las sacristías y á las capillas laterales. Por todas partes están cubiertas las paredes con cuadros del bajo imperio, de una particularidad chocante, pero llenos de grandeza y elevación.

Al salir de la iglesia nos detuvimos para admirar las puertas. Están divididas en cuadros, cada uno de cuyos tableros encierra un esmalte perfectamente conservado y un dibujo acabado. En seguida los monges nos condujeron á la mezquita, porque el convento griego, en señal de servidumbre, ha sido obligado á levantar en el recinto de sus sagradas murallas una fábrica turca: este es el sello del firman que le permite ejercer, en aquella tierra musulmana el culto cristiano. Los padres nos hicieron observar que estaba ruïnosa y abandonada; pero tal como está, basta al orgullo mahometano, y disgusta y humilla á los pobres cenobitas mas de lo que puede expresarse.

La biblioteca á donde se nos condujo en seguida, contiene una multitud de manuscritos que jamás abren los frailes, y cuyo valor nunca se llegará á conocer hasta que algun jóven ilustrado de Europa vaya á encerrarse por espacio de uno ó dos años entre sus empolvados estantes. Algunos tienen relieves de madera con arabescos de plata. Un Nuevo Testamento que nos enseñaron, está, si se ha de dar crédito á la tradición, enteramente escrito de mano del emperador Teodosio; está adornado con las figuras de los cuatro evangelistas, una lámina de Jesucristo, y algunas pinturas que representan las principales escenas del Evangelio.

Visitamos en seguida unas despues de otras, veinte y cinco capillitas que están en diferentes sitios del convento; todas son notables por su riqueza de ornamentacion y por el carácter bizantino de las pinturas que cubren sus paredes. Despues nos llevó nuestro guia á un subterráneo abovedado que tiene una bajada muy suave; cuando llegó al fin abrió una puerta de hierro, y bajamos al jardín.

El jardín es una maravilla de paciencia y trabajo. Ha sido necesario llevar de Egipto sobre dromedarios la tierra vegetal tomada á la orilla del rio y estenderla por las laderas de granito de la montaña en un espesor bastante profundo para que el tronco de los árboles corpulentos pueda echar raíces; dirigiendo las aguas de lluvia, ha sido preciso formar un sistema de riego para contrarestar la abrasadora actividad del sol; en fin, dedicarse á un trabajo de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos, para conservar las delicadas plantas bajo aquel clima de fuego en que el cielo parece una lámina de hierro enrojecida. Verdad es que como en remotos dias se diria que Dios habla todavía á sus fieles con la voz de los milagros. Los mas hermosos árboles y los mejores frutos que he visto jamás son la recompensa de aquellos trabajos, para los que al principio ciertamente debieron tener mas fé que esperanza; las uvas sobre todo recuerdan las que los enviados de Israel llevaron de la tierra prometida; un racimo que cortamos de la cepa que le sostenia pesaba diez y ocho libras.

Continuamos nuestro paseo bajo los fragantes naranjos, cuyos perfumes y sombra nos parecian mas deliciosos todavía recordando las paradas de las jornadas abrasadoras de los dias anteriores; á través de sus ramas, delicioso abrigo de verdura para viajeros que hacia tanto tiempo no tenían otra cosa que nos resguardara que la débil tela de una tienda, se veia un cielo en cuya superficie se estendian algunos rayos rosados del sol que se ponía, y haciéndonos estremecer á cada momento como si temiésemos engañarnos, oíamos el murmullo de una fuente que manaba de alguna piedra. Preciso es haber vivido en el desierto pa-

ra comprender cuanto alegría á los ojos y al oído ver árboles y oír el murmullo del agua, aspecto y ruidos tan frecuentes en nuestra Europa, y que no se comprende cuando no se ha habitado mas que en ella que puedan hacer latir nuestros corazones algun dia tan vulgares goces.

A la estremidad de aquel Edem, encontramos á Mohammed y Abdallah en conversacion animada con el jardinero. Apenas nos vió se acercó á nosotros diciendo:

—Buenos dias, camaradas.

Estas tres palabras de nuestro propio idioma resonaron á nuestro alrededor como un eco lejano y delicioso de la patria. Nos apresuramos á responderle en el mismo idioma; pero ¡ay! toda la ciencia del pobre jardinero se limitaba á aquellas palabras. Era un cosaco que habia estado en 1814 en la toma de París y que durante la ocupacion habia aprendido algunas palabras francesas que olvidó despues, no acordándose mas que de las palabras sacramentales con que nos habia saludado; de vuelta á la Tartaria rusa, su maestro, cristiano griego muy celoso, le habia enviado al convento del Sinai, donde residia hacia unos diez años.

Venia entretanto la noche con rapidez; volvimos á entrar por la puerta de hierro que protege aquella parte del convento contra los ataques de los árabes, y por la primera vez desde mucho tiempo hacia dormimos con un sueño que no vino á turbar, ni el huracan, las serpientes, ni los feroces conciertos de los chacales y hienas.

Al dia siguiente nos levantamos con el sol, debíamos subir el Sinai y visitar todos los lugares consagrados por Moisés. Dirigimonos, pues, guiados por uno de los buenos padres que quiso hacernos este favor, no hacia la puerta, sino hacia la ventana; montamos en el palo como habiamos hecho la víspera: el cabrestante giró suavemente en sentido inverso, y á los cinco minutos nos encontramos todos cuatro al pie de la muralla. Al punto la cuerda volvió á subir y entrando por la ventana, interrumpió de nuevo toda comunicacion entre el desierto y el convento.

El monte Oreb es una eminencia del Sinai, cuya cima está oculta de modo que desde el llano no se la puede ver. Tomamos por una especie de rambla que tenia grandes baldosas de forma regular llevadas por los monges, y que formaban en otro tiempo una escalera cómoda por la que se subia hasta la cima de la montaña santa. Hoy esta escalera está deteriorada por las aguas de la lluvia, que se precipitan en torrentes en los dias de tempestad, y sus baldosas rotas por las piedras que de tiempo en tiempo ruedan de la montaña al valle. A la tercera parte del camino, como á la mitad de la escalera, en el momento en que se va á dejar el monte Oreb para pasar al Sinai, se ve, á la manera de un marco que

contuviera una parte del cielo, una puerta en forma de arco, y sobre la piedra que compone la cúpula de su bóveda, una cruz á la que va unida una tradicion que goza de gran crédito entre los frailes. Segun ellos, un judío que habia salido del convento para subir al Sinai se encontró con el impedimento de una cruz de hierro, que, elevada en aquel sitio, le cerraba obstinadamente el paso, presentándose hacia cualquier lado que intentase avanzar; el judío, asustado por aquel prodigio, cayó de rodillas suplicando al fraile que le acompañaba le bautizase.

La ceremonia santa se verificó en el mismo sitio, en las orillas y con el agua del barranco. Este milagro dió lugar á una costumbre caida hoy en desuso: En otro tiempo uno de los frailes del convento estaba constantemente en oracion junto á aquella puerta, y los peregrinos, antes de pasar adelante y de pisar la montaña á que Moisés no se habia atrevido á aproximarse sino con los pies descalzos, hacian una confesion general y recibian la absolucion de sus pecados.

En todo el camino vimos serpientes que á nuestra aproximacion volvian á meterse en las hendiduras de las rocas y gruesos lagartos verdes, que, enderezándose sobre sus patas, se apoyaban en las colas y nos miraban al pasar dando muestras mas bien del deseo de atacarnos que de intencion de huir. Estos reptiles son estrañamente repugnantes; su cuerpo tiene la transparencia del cristal, y de su pecho cuelgan dos pechos de esfinge. Diríase que eran esos animales fabulosos, cuya raza ha desaparecido en nuestros dias. Por lo demas, se nos habia prevenido en el convento nos proveyésemos de palos, y habiamos seguido el consejo, porque la mordedura de aquellos animales es siempre dolorosa y algunas veces mortal.

Muy pronto llegamos á una capilla construida sobre la roca en la que el profeta Elias permaneció cuarenta dias. Es un edificio de forma griega con un altar cuadrado en el centro del círculo de la cúpula. Al rededor del altar hay unas gradas de piedra. Dos ó tres pinturas adornan aquella pequeña estacion. A ciento cincuenta pasos próximamente se eleva un magnifico ciprés; es el único árbol de su especie que ha resistido á aquel clima devorador. Tres olivos que en otro tiempo crecian junto á él han muerto y no han sido reemplazados. Desde aquella pequeña plataforma, destinada por la naturaleza para formar un descanso, se distingue la cima del Sinai asi como la cúpula de la mezquita que la coronaba.

Empezamos á trepar la montaña, que á medida que se eleva se hace su acceso mas difícil, y llegamos muy pronto á la roca desde donde Moisés, dominando el llano de Raphidin estendia las manos hacia el cielo durante la batalla que Josué daba á Amalek.

«Entretanto Amalek llegó á Raphidin, á combatir contra Israel.»

«Y Moisés dijo á Josué:—Elegid hombres, é id á combatir contra Amalek. Mañana estaré yo en lo alto de la colina, teniendo en la mano la vara de Dios.»

«Josué hizo lo que Moisés le había dicho y combatió contra Amalek. Pero Moisés, Aaron, y Hur subieron á lo alto de la colina.

«Y cuando Moisés tenía las manos elevadas, Israel era victorioso; pero cuando las bajaba un poco, Amalek llevaba la ventaja.

«Mas los brazos de Moisés sentían el cansancio y la pesadez: y por eso cogieron una piedra, y habiéndosela puesto debajo, se sentó, y Aaron y Hur le sostenían las manos por ambos lados; así, sus brazos no se cansaron hasta ponerse el sol.

«Josué puso, pues, en fuga á Amalek y mandó pasar á cuchillo á todo su pueblo.»

Al fin, después de cinco horas de una trabajosa subida, llegamos á la cima del Sinaí, y permanecemos un momento inmóviles y absortos ante el magnífico panorama que se desarrollaba á nuestros ojos, que tanto abunda en esos recuerdos bíblicos, tan llenos todavía después de tres mil años, de grandeza y poesía.

El aire puro y trasparente permitía ver los objetos á una distancia prodigiosa. Hacia el Mediodía, frente á nosotros, el extremo de la península, terminada por el Raz-Mohammed, que va á perderse y ocultarse en el mar sobre el que aparecen las islas de los Piratas blancas y pálidas como nieblas flotantes en la superficie del agua; á la derecha, las montañas de África; á la izquierda las llanuras de la Arabia desierta; á nuestros pies la llanura de Raphidin, y todo alrededor un caos de montañas agrupadas en la base del gigante que las domina, y que á lo lejos parece un mar de granito de inmóviles olas.

Luego que nos hicimos cargo de aquel vasto conjunto, pasamos á los detalles. Sobre aquella cima fué donde tuvo lugar entre Dios y Moisés una conferencia, á consecuencia de la que el legislador volvió á bajar á donde estaba su pueblo, coronada su frente con dos rayos de luz.

«Subió en seguida Moisés para hablar á Dios, porque el Señor le llamó de lo alto de la montaña, y le dijo:—He aquí lo que direis á la casa de Jacob, y lo que anunciareis á los hijos de Israel:

«Vosotros mismos habeis visto lo que he hecho con los egipcios, y de que modo os he llevado como el águila lleva á sus polluelos y os he elegido para mí.

«Si escuchais, pues, mi voz y conservais mi alianza, sereis los únicos entre todos los pueblos á quienes poseeré como á mi bien propio, porque toda la tierra es mía.

«Sereis mi reino, y un reino consagrado por el sacerdocio. Sereis la nación san-

ta, esto es lo que direis á los hijos de Israel.»

Así hablaba el Señor á Moisés, rostro á rostro, como un hombre acostumbrado á hablar á un amigo.

«Y Moisés dijo al Señor:—Si he encontrado gracia ante vos, hacedme ver vuestro rostro, á fin de que os conozca; hacedme ver vuestra gloria.»

«Pero Dios le respondió:—No podeis ver mi rostro, porque ningun hombre le verá sin morir.

«Y añadió:—Hay aquí un lugar en que estoy, y donde os sostendreis sobre la piedra. Y cuando pase mi gloria, os pondré en la abertura de la piedra, y os cubriré con mi mano, hasta que haya pasado.

«En seguida quitaré mi mano, y me vereis por detrás; pero no podeis ver mi rostro.»

«Después de lo que bajó Moisés de la montaña Sinaí, llevando las dos tablas en testimonio; y no sabia que desde la conferencia que había tenido con el Señor, le habían quedado dos rayos de luz sobre el rostro.»

Leimos estos versículos de la Biblia bajo la misma bóveda en que Moisés estaba oculto cuando Dios se le manifestó en todo su poder; y su espanto fué tan grande, que si se ha de creer al fraile que nos acompañaba, el temblor de su cabeza dejó en la piedra una huella que nos enseñó.

Los musulmanes, envidiosos de aquella tradición, á pesar de ser apócrifa, han querido oponer recuerdo á recuerdo, y milagro á milagro. A los veinte pasos de la piedra de Moisés, enseñan la roca de Mahomma: habiendo ido el profeta á visitar la montaña santa, su camello, en el momento de volver á bajar, dejó la huella de su pezuña en una losa de granito. Así caminan eternamente las dos religiones una al lado de la otra, demasiado poderosas para destruirse, pero bastante débiles para darse celos.

La capilla y la mezquita, que se elevan una frente á otra, son otra prueba de lo que dejó asentado. Las dos se están arruinando, sin que cristianos ni árabes piensen en reedificarlas. Sin embargo, por los *ex-voto* que contiene, se ve que los peregrinos de ambas naciones no las han abandonado, y van allí á adorar los unos al Hijo de Dios, los otros al Profeta de Allah. La fundación de la capilla se atribuye á Santa Elena, pero su arquitectura denota una época más reciente.

La subida nos había despertado un apetito que hacia largo tiempo no conocíamos. Al sofocante calor de la llanura había sucedido á medida que nos elevábamos, la temperatura de la Provenza, y al fin la fresca atmósfera de nuestros climas del Norte. Felizmente el religioso que nos acompañaba había previsto aquella bienhechora reacción, y había hecho

Llevar una comida que se dispuso en poco tiempo y se comió mas á prisa. Al levantarme ví que la piedra en que me apoyaba para almorzar mas cómodamente, tenia el nombre de miss Bennet, grabado muy profundamente con un cuchillo. Miss Bennet es probablemente la primera y única europea que ha visitado y subido al Sinaí.

Bajamos de la montaña por la falda occidental; está cubierta de la planta que produce el maná; esta es una de las riquezas del Sinaí. Los religiosos la recogen y la venden. Tiene fama de ser de una cualidad muy superior á la que se recoge en Egipto y en Sicilia.

Así que volvimos á entrar en las regiones cálidas, volvimos á encontrar los lagartos y las serpientes colocados en ambos lados del camino, y levantando sus gruesas cabezas para mirar con asombro á los importunos que iban á turbar su reposo y su soledad. Caminábamos con una precaución extrema, porque el camino en algunos sitios era muy áspero y las plantas llegaban á la altura de nuestras rodillas. Como íbamos con las piernas desnudas, sondeábamos el terreno con nuestros palos, á fin de espantar á los inmundos huéspedes que habian establecido allí su domicilio. Algunas veces no impedía aquel cuidado á Mr. Taylor herborizar para formar una colección de plantas raras, que despues ha regalado al jardín botánico de Montpellier.

Al pie del Sinaí, en el vallecillo que le separa de la montaña de Santa Catalina, encontramos la roca de donde Moisés hizo salir agua.

«Habiendo partido todos los hijos de Israel del desierto de Sin y permanecido en los lugares que el Señor les habia señalado, acamparon en Raphidin, donde no se encontró agua para beber el pueblo.

«Entonces murmuraron contra Moisés y le dijeron:—Dadnos agua para beber. Y Moisés los respondió:—¿Por qué murmurais contra mí? ¿Por qué tentais al Señor?

«Encontrándose, pues, el pueblo en aquel lugar sediento y sin agua, murmuró contra Moisés diciendo:—¿Por qué nos habeis hecho salir del Egipto para hacernos morir de sed á nosotros, á nuestros hijos y á nuestros rebaños?

«Moisés suplicó entonces al Señor y le dijo:—¿Qué haré al pueblo? Poco ha faltado para que me apedree.

«El Señor dijo á Moisés:—Marchad delante del pueblo. Llevad con vos los ancianos de Israel. Coged en vuestra mano la vara con que habeis separado las aguas é id hasta la piedra de Oreb.

«Yo me encontraré allí presente ante vosotros; herireis la piedra y de ella saldrá agua, á fin de que el pueblo beba. Moisés comunicó á los ancianos de Israel lo que el Señor le habia mandado.

«Y llamó á aquel lugar Tentacion y Mur-

muracion, á causa de las murmuraciones de los ancianos de Israel, y porque tentaron allí al Señor diciéndole:—¿El Señor está en medio de nosotros ó no está?»

La roca que Moisés tocó con su vara y de cuyos lados manó el agua milagrosa, es un trozo granítico de doce pies de altura próximamente, y tiene la forma de un prisma pentagonal que derribado descansará sobre uno de sus lados. Anchas huellas, que parecian escavadas por el torrente de las aguas, forman una especie de canales perpendiculares, mientras que cinco agujeros, colocados en una dirección horizontal y sobrepuestos los unos á los otros; designan las milagrosas bocas por las cuales Dios respondió á su pueblo.

La piedra de Oreb, porque este es el nombre que la dió el Señor, parece haberse desprendido por algun sacudimiento volcánico de la base que ocupaba, y sin duda hubiera caído al fondo del valle si la plataforma en que descansa no la hubiese detenido en su caída. Aislada como está, puede dársela fácilmente la vuelta, porque no se adhiere al suelo mas que por la base.

A pocos pasos de la roca, hay edificada una capilla y plantado un jardín, á donde se ha trasportado lo supérfluo de la tierra del convento. En cierta época del año, un fraile y algunos criados van allí á distraerse en el campo.

La capilla es pobre y la sequedad ha hendido sus muros; las paredes interiores están cubiertas de cuadritos griegos modernos; algunos mas antiguos se remontan á 1500; todos tienen un carácter notable de sencillez, y ofrecen ese bello tipo que los pintores y mosaistas de Bizancio han sabido dar á la faz de Jesucristo.

Al dejar la capilla y la roca, y describiendo un semicírculo al pie de la montaña para volver á ganar su declive occidental, nos enseñó el religioso el sitio en que los israelitas adoraron el becerro de oro, y donde Moisés, al descender de la montaña, rompió las Tablas de la ley.

Nunca habia observado tanto como en aquella expedicion cuánto poder tiene la tradicion. ¿Quién tendria valor para sufrir aquel sol abrasador, trepar por aquellos picos escarpados, atravesar áridos valles, donde la luz y el calor se desprenden como en otros sitios el agua llena de frescura y los torrentes, sino fuera para ir á meditar en los mismos sitios donde se han verificado aquellos grandes sucesos? El Nuevo Mundo, maravilla reciente sin antepasado y sin recuerdos, pertenece al comercio; el Mundo Antiguo, con sus geroglíficos de granito y sus monumentos bíblicos, es del dominio de la poesia.

Volvimos á entrar en el convento despues de una trabajosa jornada, y volvimos á encontrar tambien en los padres la misma solicitud y los mismos cuidados. Despues de cenar nos

presentaron el album en que todo viagero que pasa por allí inscribe su nombre. Los dos últimos franceses que habian recibido hospitalidad en el convento eran el conde Alejandro de Laborde y el vizconde Leon de Laborde, su hijo; hubiéramos adelantado algunos meses, y nosotros, antiguos conocidos en los mezuquinos salones de Paris, nos encontráramos en medio de las vastas soledades del desierto.

Mr. Leon de Laborde, que ha publicado despues una magnífica obra acerca de la Arabia Petrea, trabajaba en aquel momento su obra científica encerrado en los valles de la península del Sinai. Preciso es haber viajado bajo aquel ardiente clima en que todas las fuerzas físicas del hombre bastan apenas á sostenerse contra la accion del sol, para comprender el valor y la abnegacion que hay en la ejecucion de una obra como la suya. Las ruinas de *Petra*, que ha sido el primero en bosquejar, su carta de la Arabia Petrea, la única completa que existe, son verdaderos monumentos de lo que puede la voluntad del hombre. Figúrese el lector lo que es añadir á doce horas completas de camino sobre un camello la fatiga que produce bajarse cincuenta veces de tan alta cabalgadura para tomar puntos de vista al aspecto de cada montaña, y las direcciones magnéticas á cada nuevo recodo de un valle. Separado así el dromedario de la caravana, se vuelve furioso y se niega á bajarse; entonces comienza entre el hombre y el animal una lucha en la que el primero no triunfa sino con la ayuda de los mas causados y peligrosos esfuerzos. Hay, pues, aparte del mérito de la obra, apreciada hoy por los sabios y las gentes del mundo, otro mérito mucho mayor y mucho mas apreciable para todos; y es el de condenarse á pasar tres años lejos de la sociedad de sus compatriotas, espuesto á todos los peligros, víctima de todas las necesidades, para hacer dar á la ciencia, la mas ingrata y la mas fria de las queridas, otro paso hácia la perfeccion.

Fué un verdadero pesar para nosotros no encontrar á nuestro jóven compatriota en todo el viage; pero ausente de nuestra vista, estuvo al menos con frecuencia presente en nuestros recuerdos, y fué citado en nuestras conversaciones.

Por lo demas, la proporcion de los viageros que pasan por el Sinai acudiendo de las diferentes partes del mundo, es muy curiosa de examinar; habia entre los inscritos viageros un solo americano, veinte y dos franceses y tres ó cuatro mil ingleses, entre los cuales, como hemos dicho, se cuenta una inglesa.

Al dia siguiente nos anunciaron que uno de nuestros árabes pedia permiso para hablarnos. Acudí inmediatamente á la ventana, y reconocí á mi amigo Bechara; iba á tomar nuestras órdenes para la partida. La fijamos para de allí á cuatro dias; en seguida, acorda-

da esta disposicion, Bechara se volvió á la tribu.

Aquellos cuatro dias los empleamos en dibujar, en ver y en conversar; todo el interior del convento, todas sus inmediaciones, todos sus detalles fueron á fijarse en bocetos ó en notas en mi album de viage; aquellos cuatro dias fueron á mi parecer perfectamente empleados y los mas completamente felices de mi vida; preciso es haber gustado la vida contemplativa en los países orientales, para comprender esa especie de vértigo moral que impulsa al hombre á precipitarse de la sociedad en la soledad. Para cualquiera que haya visitado la Tebaida y la Arabia, los padres del desierto, siempre tan grandilocuentes ante la santidad del sitio, no admira ya su ascetismo.

La vispera de la partida la emplearon los buenos religiosos en los preparativos de nuestro viage. Cada uno queria añadir algunas golosinas á nuestras sólidas provisiones: el uno nos daba naranjas, el otro pasas, otro aguardiente de dátiles; en cambio de todo esto, les dimos nosotros el azúcar que habiamos comprado en el Cairo con aquella intencion, y vimos con mucho gusto que aquel regalo, como nos habian dicho, era el que les parecia mas grato. Aquel aumento de cosas dulces consoló un poco á Abdallah y Mohammed de tener que partir tan pronto; se acostumbraban admirablemente á la vida vegetativa del claustro, y se hubieran quedado allí perfectamente si los frailes hubieran querido tenerlos; los criados del convento les habian hecho los honores de la despensa, y á pesar de la diferencia de religion, eran los mejores amigos del mundo.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana, nos despertaron los gritos de los árabes: no comprendíamos aquel esceso de puntualidad de nuestra comitiva, á la que habiamos citado para el mediodía. Asomámonos apresuradamente á la ventana, y una vez allí se redobló nuestra admiracion. Estaban los árabes en número igual, es verdad, pero entre ellos no veia ni á Tonaleb el gefe, ni Araballah el guerrero, ni á Bechara el narrador; sobre todo, echaba de menos la falta de este último; así que deseaba conocer los motivos de su ausencia. Llamamos á Mohammed, á fin de que se informase de las causas de aquel cambio de hora y de personal; el nuevo cheik respondió entonces que nuestros árabes, ausentes largo tiempo hacia de su tribu, y fatigados con el último viage, habian sido detenidos por sus mugeres; por tanto, habian enviado comisionados á la tribu inmediata para proponerla un arreglo, que habia sido inmediatamente discutido y aceptado; y en virtud de aquella convencion se nos presentaba nuestro acompañamiento compuesto de rostros completamente nuevos. Por lo demas, el cheik nos aseguró que en él y en sus compañeros encontraríamos el mismo valor, la misma amabilidad é

idéntico celo; en cuanto al precio, no habia cambiado nada. A nuestra llegada al Cairo les pagaríamos, y de vuelta al Sinai, las dos tribus, hijas del mismo desierto, partirian como hermanas.

Nuestro asombro fué grande cuando Mohammed nos tradujo aquel discurso: ademas del dolor que nos causaba ser olvidados tan pronto por nuestros antiguos amigos, habia la circunstancia de ser cambiados como mercancías; lo que sobre todo nos admiraba es que ni uno solo vino comisionado con la escolta nueva para participarnos aquel arreglo. A esta objecion, respondió el cheik que todos sucesivamente se habian negado á aceptar aquella mision, á pesar de lo que lo habia solicitado, queriendo poner su buena fé al abrigo de toda sospecha; mas la tribu de Onaleb-Saide, que era una tribu guerrera, habia sentido una especie de vergüenza cediendo así á las instancias de sus mugeres; ademas á ese sentimiento se unia un doble temor: y era el no poder resistir á nuestras instancias, ó si mas firmes resistian, demostrar que habian recibido con ingratitud nuestra generosidad y buen trato. Era este sentimiento, añadió el orador, tan profundo y real en ellos, que habian dejado el campamento donde habiamos hecho alto, por temor de que alguno de nosotros fuese á hacer un llamamiento á su corazon ó á su lealtad, no sintiéndose con valor ni con derecho para resistir.

Toda esa relacion se nos hizo con un tono de verdad y buena fé tal, que por mas dudosa que fuera, nos pareció posible en rigor. La duda que al instante mismo se pintó en nuestro rostro fué al instante mismo observada por el cheik, quien sin darnos prisa al parecer, nos dijo que puesto que estábamos dispuestos á marchar, era mejor aprovechar el fresco de la mañana. Por otra parte, de ese modo, nos aseguró, podríamos hacer alto junto á un manantial, mientras que partiendo al mediodia, como habíamos decidido en un principio, no tendríamos mas agua que la que llevásemos del convento: era atacarnos por nuestro lado débil. Por tanto, nos despedimos de los buenos religiosos; hicimos bajar nuestros equipages, siguiéndolos nosotros, medio convencidos, medio desconfiados. En cuanto á Mohammed y Abdallah, miraban la cuestion con la indiferencia mas completa.

Nuestro primer golpe de vista, sea prevencion, sea justicia, no fué favorable á la nueva tribu. El cheik no ejercia al parecer sobre su gente, la misma autoridad que Tonaleb parecia tener sobre los suyos. Entre los reemplazantes no encontramos ni el rostro resuelto y honrado de Araballah, ni la fisonomía picaresca y alegre de nuestro narrador del desierto. Los dromedarios eran mas pequeños, aunque tambien mas delgados. A pesar de todas estas observaciones mas bien reservadas que expresadas en voz alta, preciso nos fué tomar nues-

tro partido. Montamos en nuestras cabalgaduras, y nuestro nuevo guia Mohammed-Abou-Mansour, es decir Mohammed padre de la victoria, dió al punto la señal lanzándose al galope. Siguiéronle nuestros dromedarios. Apenas tuvimos tiempo de volvernos para hacer una última señal de adios á los excelentes frailes, que todavía nos saludaban con la mano, cuando ya su voz no podia llegar á donde estábamos.

En lugar de volver á emprender el camino que habiamos seguido para llegar al Sinai, bajamos por la vertiente occidental para dirigirnos hácia Thor; un magnífico valle se desarrolló de pronto á nuestros pies, y nos precipitamos á él con la rapidez de las piedras que ruedan. Al dejar el monasterio habiamos adoptado un galope tan veloz que casi producía el aturdimiento; sin embargo, las dificultades del camino aumentaban de tal modo á medida que avanzábamos, que exigimos á pesar de la repugnancia del cheik, que la comitiva contuviese su marcha; pero no obedeció hasta que nuestras observaciones officiosas se convirtieron en una orden imperiosa. Tomamos, pues, un paso que por mas razonable que fuese todavía nos prometia andar tres leguas por hora. Al aproximarse el medio dia llegamos á la cima de una montaña desde la que debíamos por última vez ver el convento. Vimosle ya entonces á una distancia inmensa de nosotros, destacándose en blanco y en verde con sus paredes y su jardin sobre el fondo violado de la montaña. En aquella corta parada que me costó mucho trabajo obtener de nuestro cheik, me pareció ver al otro extremo del camino que acabábamos de recorrer, algunos puntos negros y movibles. Llamé sobre ellos la atencion de Abou-Mansour, el cual exclamó que reconocía en aquellos puntos hombres, y que aquellos hombres pertenecian á una tribu enemiga. Dichas estas palabras, lanzó de nuevo su dromedario al galope, y los nuestros fieles á la consigna dada por el guia le siguieron al punto y tomaron con una obediencia pasiva el mismo paso. Separándose del valle, no tardó Abou-Mansour en internarse en el lecho de un torrente, por el que bajamos con la rapidez de una avalancha.

Hacia siete horas que duraba aquella infernal carrera, y nada indicaba en nuestro acompañamiento la menor disposicion á hacer alto, cuando de repente oimos un grito á retaguardia. Nos volvimos y vimos á Araballah cubierto de polvo, medio desprendido su turbante, el vestido en desorden, precipitándose á todo el galope de su dromedario, por el mismo camino que acabábamos de seguir. Al verle, Abou-Mansour quiso redoblar su velocidad; pero decláramos nosotros que no estábamos dispuestos á imitarle sin obtener una explicacion, y que si nuestros camellos arrastrados por el suyo no querian detenerse, los saltaríamos el cráneo de un pistoletazo; for-

zoso, pues, le fué al cheik hacer alto. Cinco minutos despues, Araballah derribando todo lo que se oponia á su paso, se halló junto á nosotros. Su primer movimiento fué espresarnos con sus gestos, su alegría por volvernos á ver; en seguida dirigiéndose de repente hácia Abou-Mansour que se mantenía separado, le dirigió con una voz áspera y breve y con ojos inflamados, palabras que no comprendimos; pero que adivinamos ser sangrientos reproches. El cheik no respondió sino dando de nuevo la señal de partida. Entonces Araballah le cogió por el brazo y quiso detenerle; pero Abou-Mansour se libró de él rechazándole y renovó la orden de partir al galope. Inmediatamente Araballah se lanzó á tomar la delantera de la caravana, y atravesando su haghin obstruyó el camino; el cheik hizo un movimiento para dirigir la mano á su fusil, y sus árabes blandieron las lanzas, cuando viendo que era llegado el momento de que nosotros terciásemos en la partida, sacamos nuestras pistolas, y fuimos en ayuda de nuestro antiguo amigo amenazando hacer fuego si si no se detenían al punto. Abou-Mansour, viendo que no éramos mas que cuatro contra él y sus catorce árabes, estaba incierto al parecer, sobre lo que haria, cuando se oyeron nuevos gritos á nuestra espalda: eran Tonaleb y Bechara, que bajaban tambien el barranco, como si sus dromedarios tuviesen alas: este refuerzo, dando nueva energía á nuestra resistencia, acabó de abatir al parecer la resolución de nuestros adversarios. Además, tras ellos, en la cima de la montaña, comenzaba á aparecer la escolta completa; de suerte que á nuestra vez éramos nosotros los que á la conciencia de nuestro buen derecho, íbamos á tener la superioridad del número. Bechara y Tonaleb arrastrados por el galope de sus dromedarios y envueltos en blancos albornoces, se acercaban con la rapidez de fantasmas; pasaron por delante de nosotros gritando: ¡Salud! y se precipitaron hácia Abou-Mansour. Por su parte los árabes se lanzaron á la defensa de su gefe. Viéndose apoyado el cheik, comenzó tambien á levantar la voz. En tanto el resto de la escolta llegó vociferando amenazas: cada uno agitaba ó su lanza ó su fusil; vimos que era inevitable un combate si no conseguíamos impedirlo, y nos arrojamos en medio de la confusión, intentando dominar con nuestras voces aquel ruido infernal. Al principio no conseguimos mas que aumentar el alboroto y la batahola; por fin, la voz de mando de Mr. Taylor comenzó á hacerse oír y á ser reconocida su autoridad. Empezó ordenando á todos el silencio; en seguida separó á nuestros antiguos amigos de nuestros nuevos guías, les mandó marchasen unos á nuestra derecha y los otros á la izquierda, dejando para la parada de la noche las esplicaciones y prometiendo hacer justicia á quien el derecho e correspondiese. Tonaleb pidió entonces nos

bajásemos de los dromedarios para tomar nuestras antiguas monturas; pero Taylor conoció que aquella maniobra, además del retraso que ocasionaria, iba á arrimar la mecha á la pólvora. Un golpe dado, una gota de sangre derramada, en el estado de exasperacion en que se hallaban los adversarios hubiese hecho imposible todo arreglo. Respondió que nos apeariamos en la parada, y renovó con una voz firme la orden de ponerse en camino. Amigos y enemigos le obedecieron, y los dos grupos, colocados á nuestra derecha é izquierda en una doble línea, se pusieron en marcha silenciosos, bajo los rayos de un sol atroz, siguiendo la misma direccion, pero caminando ahora al paso. Los dos cheik conducian sus caravanas, colocados á igual distancia, Abou-Mansour con rostro confuso y amenazador á la vez, Tonaleb risueño y con frente altiva. Bechara habia vuelto á ocupar junto á mí su sitio habitual, y me referia lo que habia pasado, hablando segun su costumbre un potpourri medio árabe medio francés.

A la hora conocida, es decir á cosa de las once, Tonaleb habia llegado al convento con nuestra escolta, y habia reclamado sus viajeros; entonces los religiosos le habian dicho que desde por la mañana habíamos salido del monasterio con el cheik Abou-Mansour que se habia presentado á nosotros de su parte, y que habíamos tomado el camino de Thor. Al punto, sin perder un instante, se habian puesto en nuestro seguimiento, con toda la ligereza de sus dromedarios, ganando terreno los mas veloces, pero sosteniendo todos su reputacion de infatigable ligereza. Por eso habíamos visto llegar unos despues de otros, á Araballah, Tonaleb y Bechara separados á cierta distancia como los Curiacios. Referianos el bravo Bechara todo aquello con un ardor y una alegría que nos agradaba sobremanera. Le prometí volver á tomar al dia siguiente por la mañana mi ordinario haghin, que detrás de nosotros iba conducido del cabezon por un árabe, porque debo decir, y este es el momento de hacer esta confesion, mi nuevo dromedario me habia probado que quejándome de la dureza del otro habia obrado con precipitacion; dí mis excusas á Bechara, é hice que las comunicara á quien correspondia.

Dada esta esplicacion, Bechara, que tenia un horror santo al silencio, pasó á un asunto enteramente pastoral: me refirió los felices dias que acababa de pasar en su tribu y con su familia. Los árabes tienen jóven el corazon y abierto grandemente á todas las emociones de la naturaleza. Una vez lanzado en el océano del sentimentalismo, me refirió desde el principio al fin toda la historia de sus amores. Los incidentes son raros bajo la tienda y en nada han variado desde Jacob y Raquel. El jóven árabe que ama debe demostrar su valor ó su destreza en algunas escursiones contra una tribu vecina, segun que la naturaleza le haya

dotado de la fuerza del león ó de la astucia de la serpiente. Esta última cualidad era la de Bechara; era mas apto para aconsejar las empresas que para ejecutarlas. Pero si la fuerza brutal de Araballah dominaba su inteligencia en tiempo de guerra, las dulzuras de la paz y los placeres de la vida pastoral eran infinitamente mas favorables á su compañero; así que ese, por la elocuencia y la poesía, habia encontrado el camino del corazón de su Raquel. Había llegado al retrato físico de su bella árabe, y acababa de comparar sus ojos á los de la gacela y la flexibilidad de su talle al de la palmera, cuando mi dromedario, sin previo aviso, sin un movimiento siquiera que me indicase su intencion, metió la cabeza entre las piernas y dió principio á una cabriola, exactamente del mismo modo que los niños acostumbran á dar volteretas. Me arrojé á un lado; los dos borrenes de la silla dieron en la arena, y mi estúpido animal comenzó á revolcarse voluptuosamente, adoptando felizmente la direccion opuesta á la que mi cuerpo habia caído. Sin esta feliz circunstancia hubiera yo quedado como prensado por un cilindro.

Preciso es hacer justicia á quien se debe; Bechara estaba en tierra al mismo tiempo que yo; pero me levanté tan pronto como estuve en tierra; de modo que me encontré de pié, sano y salvo, aunque con el aspecto de algun tanto sorprendido, natural en un hombre á quien sucede por primera vez semejante aventura. Supe entonces que el género de entretenimiento á que continuaba entregándose mi dromedario era otra de las chanzas habituales de su raza, su manera de reir. Por lo demas, mi caída, segun Bechara me aseguró, habia sido de las mas diestras; habia caído como verdadero árabe, y él que se vanagloriaba de ser un ginete no lo hubiera hecho mejor. Cuando recibia yo con modestia las felicitaciones de Bechara, llegó Tonaleb; habia visto mi forzada caída, y aprovechándose de aquella circunstancia para volver á su idea favorita, me propuso tomase otra vez mi antiguo haghin que mejor amaestrado era incapaz de cometer semejante falta. Seguí su consejo, monté en mi antigua cabalgadura y al primer paso que anduvo reconocí mi silla tan perfectamente reenchida por la parte que tocaba al animal.

Llegamos al fin al pié de las montañas: era allí el campamento elegido para la noche. Ambos cheiks hicieron la seña á cada uno de sus haghins, los cuales participando del odio de sus amos, se arrodillaron sin aproximarse. Sin embargo, nuestros árabes se reunieron para levantar la tienda, no queriendo ningun partido renunciar á los derechos que creia tener. Así que al punto estuvo dispuesta. Inmediatamente Abdallah, habiendo vuelto á entrar en sus funciones, dedicó sus cuidados á la importante obra de la cena, y nosotros nos constituimos en tribunal para conocer en la aventura de la mañana.

Tonaleb, en su cualidad de querellante, habló el primero: espuso que el dia en que debíamos partir habia recibido una comunicacion del padre de la Victoria que le informaba no debíamos partir en tres ó cuatro dias, porque habiendo visto cosas sumamente interesantes en el convento pensábamos prolongar nuestra permanencia en él. Esta fábula tan bien tejida, tenia sin embargo un lado por el que debia inspirar la sospecha: en lugar de un criado del convento, mensajero natural en tales circunstancias, llevaba aquella nueva un árabe de una tribu que tenia una fama bastante mala relativamente á probidad; así que el enviado habia sido á Tonaleb completamente sospechoso. Por tanto, dándole gracias por el aviso, Tonaleb se propuso ir á todo evento á hacernos al dia siguiente una visita; ya se ha visto cómo, menos astutos que Tonaleb, nos habíamos dejado robar como tres sacos de género. Prevenidos ya antes de llegar al convento, su admiracion cuando no nos encontraron en él hizo bien pronto lugar al deseo de echarnos la mano: habian lanzado, pues, sus dromedario á todo escape, y como llevaban á los nuestros la ventaja de la talla, nos habian cogido muy pronto.

El acusado se levantó á su vez bastante embarazado con su posicion, á pesar de la astucia y habilidad de los árabes, y su alegacion se resentia del mal terreno en que se hallaba colocado.

«He querido, dijo, usar de la estratagema, y he hecho bien porque estaba en mi derecho; el viagero no pertenece á tal ó cual tribu, y pues que las tribus son amigas deben gozar de los mismos privilegios; si una sola guia á los viageros las otras moririan de hambre. Pues que Tonaleb os ha traído yo soy quien debe llevaros; lo que he intentado hacer por la astucia podia ejecutarlo por la fuerza: mis guerreros son numerosos y bravos, mi valor es incontestable; desde Suez hasta Raz-Mohammed mi nombre resuena en todos los *ouaddis* y no hay una tribu en todo este espacio que no conozca á Mohammed-Abou-Mansour.»

Parecia que estas razones, de poco valor para europeos, no eran malas para árabes, porque Bechara fué quien tomó la palabra para responder al padre de la Victoria. Su respuesta fué tan rápida, usó tantos circunloquios, embrolló tan perfectamente la discusion y dió lugar á una réplica tan animada, que Mr. Taylor, previendo que la escena de la mañana iba á renovarse, se levantó á su vez, impuso silencio y declaró que no conocia por nuestro guia y nuestro acompañamiento mas que á Tonaleb y sus árabes. Los rehenes que esperaban nuestro regreso, y que respondian de nosotros cabeza por cabeza, eran de la tribu de Onaleb-Saide, y era, pues, justo, que, habiendo corrido los riesgos disfrutase el beneficio. Por tanto, no tomaria á Mohammed-

Abou-Mansour por más que fuese el padre de la Victoria, teniendo en cuenta que la superchería de que se había servido para procurarse viajeros nos había indignado altamente.

Nuestro intérprete tradujo la sentencia, que fué escuchada por las dos partes con religiosidad y sumisión: mas al punto que terminó la traducción, Bechara, con gran admiración nuestra, se llevó á Mohammed-Abou-Mansour; á poco volvieron á aproximarse á nosotros en perfecta inteligencia; iban á anunciarnos que todas las dificultades se habían orillado, que las dos tribus nos acompañarian, que no era demasiado una doble escolta para personajes tan recomendables como nosotros y que Abou-Mansour y sus árabes nos servirían de escolta de honor.

Después de lo que se cenó y cada uno pensó en el descanso; todos teníamos necesidad de él, sobre todo nosotros los europeos, á quienes la permanencia en el convento había hecho perder la costumbre del dromedario y que habíamos caído de Caribdis en Scylla con los haghins del padre de la Victoria.

V.

EL KHAMSIN.

Continuamos aun al día siguiente marchando en la misma dirección, es decir, bajando hácia el mar. Hacia mucho distinguíamos ya á Thor á nuestra izquierda; pero á medida que nos aproximábamos, nos parecía perder de importancia la ciudad; al fin, pudimos juzgar que no merecía hiciésemos un rodeo para visitarla. Por tanto, nos dirigimos á la derecha formando con ella un ángulo agudo, y después de una hora ó dos de marcha sobre la tamizada arena que forma las costas del mar Rojo, volvimos á internarnos en las montañas, y al anochecer bajamos en dirección de un *ouaddi* delicioso llamado el valle de los Jardines. Palmeras de copas ondulantes y sicomoros de negro follage, ocultaban bajo su sombra un manantial de agua pura y fresca; este oasis exigía una parada, y colocamos nuestra tienda al pie de un grupo de palmeras.

La noche fué deliciosa; teníamos agua y fresca, esos dos tesoros de que tan avaro es el desierto. Así que despertamos al día siguiente descansados y con vigor, y nos pusimos en camino en una disposición de espíritu de las más placenteras. En el instante de partir, nuestros árabes se enseñaron unos á otros algunas líneas rojizas que surcaban el Oriente; sin embargo, al parecer no volvieron á ocuparse de ellas, y ya habíamos olvidado

aquellos alarmantes síntomas que no obstante no habían fijado nuestra atención, cuando, al entrar en el *ouaddi* Pharan, sentimos pasar por derredor nuestro algunas de esas ráfagas abrasadoras de viento, febriles aspiraciones del desierto. No tardó en hacerse el calor insoportable, la arena, levantada por una brisa insensible, que parecía un vapor de la tierra; nos envolvía en una nube que abrasaba nuestros ojos, y á cada aspiración nos penetraba en las narices y garganta. Por su parte nuestros árabes, al parecer, y contra su costumbre, sufrían como nosotros en aquella situación que debiera serles familiar; cambiaban entre sí breves y entrecortadas palabras, y poco á poco los restos de enemistad de la víspera se convirtieron en una común preocupación. Las dos tribus, habiéndose aproximado se mezclaron, los mismos dromedarios parecían buscarse los unos á los otros, galopando con desigual movimiento y sin detener su paso, y prolongando sus cuellos de serpiente de modo que su labio inferior iba rozando suavemente la arena. De vez en cuando daban huidas caprichosas y repentinas, como si la tierra les hubiese abrasado los pies. «Tened cuidado,» decía entonces Tonalieb. Y después de él repetían los árabes aquella advertencia, que oía yo sin poder comprender qué clase de peligro nos amenazaba. Me aproximé á Bechara para preguntarle la causa de aquel malestar que sentíamos todos, hombres y animales; pero había pasado el tiempo de las conversaciones: Bechara cogió por toda respuesta una esquina de su manto, y echándosele por encima del hombro, se embozó de modo que le cubría la nariz y la boca. Hice lo mismo, y volviendo la vista vi que nuestro ejemplo había sido seguido por los árabes, á quienes no se les veía más que los ojos negros y brillantes, más negros y más brillantes todavía bajo sus albornoces y sus capuchas; en fin, pasado un cuarto de hora, nada teníamos ya que preguntar, franceses y árabes, sabíamos tanto unos como otros. El desierto nos prevenía con todas las señales y nos hablaba con todas sus voces: era el *khamsin*.

Nuestra marcha era incierta, porque la arena se levantaba como entre el horizonte y nosotros. A cada momento nuestros árabes, cuyas miradas no podían penetrar aquel velo de llamas, vacilaban y hacían recodos que denotaban su irresolución. Entretanto aumentaba la tormenta; el desierto se hacía más y más borrascoso; entrábamos en surcos de arena agitados como olas, y atravesábamos, al modo que un hábil nadador hiende la oleada, la abrasadora cresta de aquellos montecillos. A pesar de la precaución que habíamos tomado de cubrirnos nuestras bocas con los mantos, respirábamos tanta cantidad de arena como de aire; la lengua se nos pegaba al paladar, nuestros ojos se tornaban extraviados y

sangrientos; y nuestra respiracion, abrasadora como el estertor, revelaba á falta de palabras, nuestros mútuos sufrimientos. Algunas veces me he encontrado frente al peligro, pero jamás he experimentado una impresion semejante á la que entónces sentia: tal debe ser poco mas ó menos la de un náufrago perdido sobre una tabla en medio de un mar borrascoso. Marchábamos como insensatos, sin saber por donde, cada vez con mas velocidad y mas tinieblas, porque la nube de polvo que nos envolvía se hacia por momentos mas intensa y abrasadora. Al fin Tonaleb dió un penetrante grito: era una órden de alto. Los dos gefes, Bechara, Araballah, y el árabe que iba aquel día á la cabeza de la caravana, se reunieron en consejo: eran los pilotos mas experimentados de aquel mar variable en que nos hallábamos desorientados. Todos emitieron sucesivamente su opinion, y á pesar de la situacion, ó acaso precisamente por la situacion suprema en que nos hallábamos, la emitieron con una sábia moderacion y solemne lentitud. En tanto la marejada de arena continuaba bramando. Al fin Tonaleb reasumió todas las opiniones estendiendo los brazos hácia el Sudoeste, y al punto volvió á comenzar la frenética carrera, pero ahora sin vacilacion y sin rodeos, siguiendo á los dos cheiks que vista la gravedad de las circunstancias habian tomado á su cargo guiar la caravana. Marchábamos hácia un punto, mas no nos era dado preguntar á cual; sabíamos únicamente que si no le hallábamos, éramos perdidos.

Estaba el desierto imponente y sombrío; parecia con vida y palpitante, arrojando bramidos que partian de sus entrañas. La transicion habia sido rápida y singular; no era ya el oasis de la vispera, el tranquilo reposar al pie de las palmeras, el sueño mecido por el fresco murmullo de la fuente; era la arena inflamada, las bruscas sacudidas del dromedario, la sed devoradora, desesperante, letal; la sed que hace hervir la sangre, que alucina los ojos, y enseña al desventurado á quien abraza, lagos, islas, árboles, fuentes, sombra y agua. Ignoro si sucedía á los demas lo que á mí; por mi parte, era presa de una verdadera enagenacion, de un sueño, un delirio sin fin, que se plegaba á toda la fantasía de mi imaginacion desbordada. Algúna vez nuestros dromedarios se tendian, escavaban con sus belfos la ardiente arena para buscar por bajo de su superficie algo de frescura; en seguida se levantaban febriles y anhelantes, como nosotros, y volvian á emprender su fantástica carrera. No sé cuántas veces se renovaron aquellas caidas, ni cómo fuimos bastante dichosos para no perecer aplastados bajo el peso de nuestros haghins ó sepultados en la arena; de lo que me acuerdo es que apenas caíamos, allí estaban junto á nosotros Tonaleb, Bechara y Araballah, véloces y compasivos, pero mudos como espectros, levantando hombres y camellos,

volviéndose á poner en camino, silenciosos y envueltos en sus mantos. Durára una hora mas aquella tempestad, y estoy convencido de que todos quedábamos sepultados. Pero de repente pasa una ráfaga de viento despejando el horizonte como si á nuestros ojos se levantase el telon de un teatro: ¡El Mokatteb! esclama Tonaleb; ¡el Mokatteb! repitieron todos los árabes. En seguida la arena se levantó de nuevo entre nosotros y la montaña; pero Dios, como para volvernos las fuerzas, nos habia enseñado el ansiado puerto. ¡El Mokatteb, el Mokatteb! repetiamos nosotros sin saber qué era el Mokatteb, pero adivinando que era el puerto, la salvacion, la vida. Cinco minutos despues, nos deslizábamos como serpientes, en una caverna profunda, pero cuya estrecha boca dejaba paso á muy poca luz y poco calor, mientras nuestras acémilas arrodilladas, vuelta la cabeza y estendido el cuello hácia la roca, habian ya caido en una inmovilidad que les hacia semejar, con su piel gris cubierta de arena, á camellos de piedra. Nosotros, sin cuidarnos de tienda, alfombra, ni comida, nos tendimos mezclados, presa á la vez de un alérgamiento y un delirio, terminó medio entre el sueño y el coma de la fiebre; despues sin hablar, sin dormir, sin movernos, permanecimos allí hasta el día siguiente por la mañana, tendidos boca abajo, como estatuas derribadas de su base.

Continuaba la tempestad, y la oíamos rugir á lo exterior; sin embargo, poco á poco cesaron sus mugidos. Al mediodía habia perdido casi toda su fuerza, y la tocaba su vez de pasar por el estertor tocando en su agonía. Hacia treinta horas que no habíamos comido; volviamos á la vida despertados por el hambre; la sed no nos habia abandonado. Abdallah se levantó y dispuso el almuerzo. En tanto los árabes buscaron un manantial por todos los senos de la caverna, pero en vano; era preciso contentarse con el agua envenenada de nuestros odres. Tristes y sombríos, hacíamos nuestra comida seca de arroz y dátiles, cuando Mohammed entró con el aspecto compunjado que le era familiar cuando tenia que hacer una peticion. Los árabes, segun su costumbre, nada llevaban consigo, y la escolta se habia duplicado. Dividimos entre treinta el almuerzo que Abdallah calculó haber hecho para tres, pero al que sin duda, previendo el caso, habia añadido algo; cada árabe recibió el arroz que le cabia en el hueco de la mano, y un dátil; verdad es que nosotros no comimos ya mas.

Al tercer día cambió el viento, y á pesar del aspecto alarmante del cielo, abandonamos la caverna del Mokatteb, porque conocíamos que con el aumento de bocas no nos permitian nuestras provisiones detenernos en el camino. Cuando volvimos á salir á la luz, nos miramos y horrorizamos mútuamente; hasta tal punto nos parecíamos á espectros. La prueba de aquellos tres días estaba profundamente gra-

bada en todas las fisonomías: teníamos los ojos empañados y vidriosos, la piel seca, la respiración era anhelante, el cuerpo enteramente encorvado. No tardamos en ver el mar; y como nuestro camino nos conducía breve tiempo por sus costas, los árabes se dirigieron á él corriendo para llenarse de agua la boca, y volvieron á echársela en las narices á sus dromedarios, con lo que les volvió á estos todo su ardor, inmediatamente. Tenía deseo de bañarme, pero no me atrevía por el temor de no poder resistir al deseo de beber. Por lo demás, por salobre que fuese el agua del mar, de seguro no me hubiera parecido mas fétida é impotable que la de nuestros odres.

Al anochecer hallaron al fin los árabes una cisterna. Mas temiendo que nuestro inmoderado deseo de beber aquella agua helada despues de tan prolongado ayuno y tan rudo calor, fuese nocivo á nuestra salud, levantaron la tienda, á alguna distancia del manantial, y pocos instantes despues Bechara volvió con las calabazas llenas. Produjo esto una gran alegría, y escitó nuestro apetito para cenar. Por lo demás, parecía que el agua tenía una virtud aperitiva, y que producía el mismo efecto en nuestros árabes, porque durante la noche comieron todo el azúcar y el resto del michmich para aumentar sus raciones. En cuanto á los dátiles, habíamos comido los últimos en la caverna del Mokatteb.

Nos apercebimos de la sustracción al dia siguiente al almorzar, en el que Abdallah no nos sirvió mas que sus infames galletas, que jamás comíamos, pasas y café. Pedimos otra cosa; entonces nos confesó la verdad. La felicidad en medio del peligro pasado, y la certeza de que había sido preciso que nuestros hombres se vieran acosados de una apremiante necesidad para entregarse á aquel saqueo, nos hicieron menos severos: nuestra indulgencia produjo sus frutos. Por la noche, despues de haber comido con nosotros el resto del arroz, que á la verdad no era considerable, acabaron el café y las pasas.

Al dia siguiente nos pusimos en camino con un tiempo despejado; Tonaleb dió la señal de la partida poniendo su dromedario al galope. Le imitamos, y durante seis horas caminamos á todo escape, sin poder adivinar la causa de aquella velocidad. Al fin, á eso del mediodia divisamos las fuentes de Moisés, donde habíamos hecho un alto al ir; redoblaron los dromedarios su rapidez aspirando de mas de una legua su fresca emanación. En cuanto llegaron á las palmeras se arrodillaron; los árabes levantaron la tienda con una actividad y apresuramiento que no había visto en ellos hasta entonces; cinco minutos despues tuvimos la esplicación de su celo y complacencia: no teníamos ya absolutamente nada que comer: dátiles, azúcar, michmich, café, pasas, todo lo habían devorado. Decidímonos entonces á arrojarlos sobre aquellas desventuradas

galletas que habíamos despreciado la vispera; pero la repugnancia que nos causaban no se había escapado á nuestros guías, y mientras dormíamos habían puesto el resto de la harina sobre las brasas. Felizmente teníamos agua en abundancia: nos bebimos cada uno una bota llena, y en seguida nos pusimos sin perder tiempo en camino, por mas que tuviésemos deseo y necesidad de descanso; lo crítico de nuestra posición nos había vuelto las fuerzas, era preciso llegar al paso del mar Rojo á hora oportuna, so pena de ayunar todo el dia y toda la noche. Los dromedarios eran de acero, y como el sol de Luis XIV, adquirían fuerzas caminando. Habíamos andado doce ó quince leguas por la mañana, y una mitad mas desde las dos de la tarde hasta las cinco. Por fin llegamos al pasaje rendidos, anhelantes; era demasiado tarde: las aguas estaban en su mayor altura.

La situación no era de color de rosa porque allí no teníamos ni aun agua; con la esperanza de llegar á tiempo y con la seguridad que nuestros árabes, deseosos de no desesperarnos, nos habían dado, no habíamos pensado en llevar agua de los manantiales, de modo que materialmente nos moríamos de sed y de hambre. Si el sol hubiese estado en toda su fuerza hubiésemos padecido la rabia; en fin, Bechara, viendo nuestra aflicción, nos dijo que algunas veces había á la otra orilla un batele-ro; disparando un pistoletazo al aire, que era la señal, probablemente iría por nosotros. No había acabado de decirnos esto y ya había hecho yo fuego; esperamos diez minutos con ansiedad, y vimos con pena que no había sido oído. Entonces Mr. Taylor mandó hacer un fuego de peloton con todas nuestras armas. Esta vez coronó la ejecución un éxito completo; vimos la bienhechora embarcación destacarse de la ribera y deslizarse sobre las olas. Un cuarto de hora despues abordaba á la orilla en que esperábamos; nos lanzamos al punto en la barca haciendo seña á Abdallah y Mohammed de que nos siguieran. Los árabes quedaron para guardar los equipages; pero nuestro primer cuidado al desembarcar fué enviarles á Mohammed con provisiones; nosotros nos encaminamos hácia Suez con toda la fuerza que nuestro estómago había dado á las piernas. Por fin llegamos sin dejar de correr á casa de Mr. Comanouli, quien nos recibió con los brazos abiertos y nos dió la habitación de Bonaparte. Debo confesar para vergüenza nuestra que entramos en ella preocupados de muy diferente modo que habíamos estado la primera vez que atravesamos sus umbrales. Verdaderamente teníamos necesidad de alguna cosa mas instintiva que recuerdos por muy gloriosos que fuesen. Mr. Comanouli tuvo la bondad de anticiparse á nuestros deseos; verdad es que me parece que por nuestra parte le escusamos la mitad del camino; el hecho es que nos improvisó una cena

por la que nos pidió mil perdones y de que nosotros le dimos mil gracias.

Terminada la colacion nos aproximamos á la ventana; daba al puerto de Suez y se gozaba con delicia de la frescura del mar. Nuestra velada se prolongó hasta muy entrada la noche; porque por grande que fuese la necesidad física que nos aquejaba de descansar, las emociones que habíamos experimentado, los peligros de que acabábamos de escapar, nos tenian en vela. Se presentaron á nuestra imaginacion nuestros nocturnos pasados con sus diversos incidentes; el desierto con sus chacales y hienas, sus huellas de lagartos y serpientes, un sol devorador y su mortifero *khamsin*, no era ya mas que un recuerdo, pero un recuerdo vivo que, por decirlo asi, tocábamos todavia con la mano y por mas próximos que á él estuviésemos se presentaba ya á nuestra imaginacion con toda su poesía y toda su magnificencia. Despues la distancia y el tiempo no han hecho mas que engrandecer aquellos recuerdos: y en ocho años de intervalo todas las emociones suaves y terribles de aquella maravillosa peregrinacion han permanecido tan palpitantes en mi corazon que no vacilaria, si se presentase una ocasion de volverlos á experimentar, el comprarlos aun al precio de las mismas fatigas y de los mismos peligros.

VI.

EL GOBERNADOR DE SUEZ.

Al dia siguiente nuestra primera visita fué para el gobernador de Suez; parecia que le habíamos sido recomendados con eficacia, ó que nuestra amabilidad le habia dejado un recuerdo de los mas agradables, porque la acogida que nos hizo fué verdaderamente fraternal. Apenas habíamos entrado, nos presentaron en las mismas vasijas de plata aquella famosa agua que tan frecuentemente habia sentido no tener durante las tres semanas que acabábamos de pasar buscando algo que se le pareciese sin haber podido encontrarla. Despues del agua tocó su vez á la pipa y al café, y despues de la pipa y el café á la narracion de nuestras aventuras.

Decia yo y repetia Mohammed, lo cual me permitia seguir en la fisonomia voluptuosa y grave del pachá las impresiones que en él causaban los diferentes sucesos de nuestro viage. La superchería del Padre de la Victoria pareció divertirle mucho; pero lo que mas me admiró fué la especie de placer con que acogió la declaracion bien inocente y desintere-

sada que le hice del hurto cometido por nuestros árabes. Al llegar á esto me hizo repetir dos veces el episodio del *michmich*, del azúcar y del café; en seguida preguntó el resultado con un rostro tan alegre que era evidente habia tenido un grandísimo placer con la traduccion de mi prosa. Esto me dió una altísima idea de su gusto y el sentimiento muy sincero de que no pudiese apreciar el testo original. Cuando terminé nuestra odisea, hizo el gobernador nos llevasen agua, y exigió nuestra promesa de comer con él. No teníamos ningún motivo para negarnos á aquella invitacion; aceptamos, pues, despues de habernos resistido únicamente el tiempo conveniente. Fuimos á dar una vuelta por la ciudad y volvimos á la hora convenida.

Al atravesar el patio interior del pachá, observamos que para obsequiarnos, habia desplegado cierto aparato militar. Todo estaba en movimiento en el palacio, servidores, esclavos, eunucos. Nos introdujeron en una gran sala cuadrada donde nos esperaba, sentado á la oriental en un ángulo del divan. Despues de los saludos de costumbre, que nuestro buen intérprete Mohammed tradujo en cuanto á las palabras, porque los gestos comenzábamos á ejecutarlos bastante bien, llevaron una gran bandeja de plata que depositaron en el suelo. Nos levantamos al punto y fuimos á sentarnos al rededor. Entonces un esclavo entró con jarrones y aguamaniles de plata, y nos dió con que lavarnos. El pachá pidió agua dos veces; jamás habia visto un turco que llevase tan lejos la limpieza.

La bandeja contenia cuatro fuentes de plata cubiertas con tapaderas del mismo metal, de una ornamentacion un poco tosca, pero rica. La una encerraba el arroz cocido de rigor con su gallina en medio; la segunda un guisado de pimientos cuya composicion no podia adivinar; la tercera un cuarto de cordero, y la cuarta un pescado. Pusimos atrevidamente la mano en el plato, guardando aun entre nosotros cierto orden gerárquico, y comenzamos por partir la gallina. Por lo que hace á la parte de líquidos del festin, cada uno tenía á nuestro lado una botella de nuestra agua favorita, y no conozco vino que le hubiese preferido en aquel momento.

De la gallina pasamos al guisado. Aqui el servicio era mas fácil todavia; la carne del animal que nos presentaban habia sido cortada de antemano en pedazos. Cada pedazo nos servia de cuchara para coger cierta cantidad del guiso. Pero nos encontramos con que lo que habíamos tomado por carne era una legumbre cualquiera. En suma aquella comida hubiese sido muy mediana para parisienses; pero para nosotros que nos habíamos convertido en verdaderos hijos de Ismael, era excelente.

Despues del guiso tocó su turno al cuarto de cordero. Observamos, por la demostracion con que acogió el gobernador este nuevo pla-

to, que para trinchar, pertenecía á la escuela de Tonaleb y Bechara. Estendió los dos brazos, cogió con una mano el pedazo é hincó el dedo en la carne que se desprendió del hueso con una facilidad que parecía cosa de encantamiento. Por esta vez no intentamos seguir su ejemplo, seguros de que saldríamos mal con vergüenza nuestra. Pedimos al gobernador el permiso de sacar nuestros puñales, á fin de que un movimiento inesperado no le asustase demasiado, y concedido el permiso, nos pusimos á dividir la carne con las hojas.

Quedaba el pescado, y aquí nos esperaba una de las mas rudas pruebas porque hemos pasado en nuestra vida. El cetáceo cuyo nombre ignoro, estaba lleno en su interior de un número espantoso de espinas, de modo que á los primeros bocados conocimos que era preciso tomar precauciones preparatorias, si no queríamos perecer estrangulados. Comenzamos pues cada uno una detenida investigación del pedazo que teníamos delante, á fin de quitarle los cuerpos dañosos; viendo lo cual el gobernador, que habia tragado su racion sin cuidarse al parecer de las espinas, mandó le diesen otro trozo de pescado en una fuente de plata, cortó con la mano derecha un pedazo que colocó en la mano izquierda, comenzó á extraerle las espinas desde la mayor hasta la mas pequeña, unió á esta primera preparacion pan desmigado en cantidad casi igual, añadió algunas especias, arrolló todo dándolo la forma de una albondiguilla del tamaño de un huevo, colocó la albondiguilla en una fuente de plata, hizo seña al esclavo de que la llevase á Mr. Taylor, é incontinentemente se puso á ejecutar una segunda edicion de la misma obra. La idea de que aquel agasajo era para mí me dejó parado, y conocí que con gran trabajo podria acabar aun lo que tenia en mi plato. Vió el gobernador mi detencion; creyó que aguardaba me llegase el turno, y se apresuró mas, pero, preciso es hacerle justicia, sin dejar de emplear un minucioso cuidado. Terminada la obra, me envió el fruto de su trabajo; era una albondiguilla muy linda, del tamaño de un albaricoque próximamente. La tomé inclinándome, y como para admirar la perfeccion con que estaba redondeada, la examiné, esperando un momento en que el gobernador volviese la vista á otro lado, y recordando durante aquel intervalo todas mis nociones de escamoteo, á fin de tragármela como el payaso se traga los cuchillos. La astucia me salió bien. El gobernador, infatigable en sus obsequios, se dedicó inmediatamente á la albondiguilla destinada á Mayer, y absorto en aquella operacion, que ejecutaba como verdadero artista, no observó que la mia en lugar de entrar en mi boca habia pasado á mi manga, y de mi manga al chaleco. En cuanto á la de Mr. Taylor, me fué imposible saber lo que habia sido de ella, y siempre he sospechado la habia digerido cortemente.

Para Mayer era la posicion sumamente despejada. Despues de él á nadie habia á quien servir, de modo que todos los ojos le habian tomado como blanco de sus miradas. Por tanto tomó su partido como un bravo, y tragó con toda lealtad de un golpe la albondiguilla con peligro de ahogarse, lo cual le honró mucho á los ojos del pachá, quien tomó por celo lo que no era mas que el deseo de concluir cuanto antes con aquel singular trabajo de pasteleria.

El segundo servicio se componia de tortas, dulces y sorbetes, preparados por las mugeres del gobernador, todo de un aspecto muy halagüeño, pero de un gusto bastante mediano, gracias á las estrañas mézclas que constituyen la base del ramo culinario turco.

El pachá, que durante toda la comida habia estado sumamente contento, se mostró mas alegre todavia á los postres. Nos volvió á hablar de nuestro viage, nos pidió nuevos detalles acerca del modo cómo habiamos sido arrebatados por el Padre de la Victoria, de la tribu de Onaleb-Saide, y nos hizo le refriésemos segunda vez cómo se habian unido raptos y robados para comerse nuestro azúcar y beberse nuestro café; acto continuo, asi que terminó de hablar:—Ahora, dijo, levantémonos, y vamos á ver cortar las cabezas de todos esos bandidos.

Creimos haber oido mal, y dijimos á Mohammed nos lo repitiera; pero por la estupefaccion de nuestro huésped, por su modo de balbucear repitiéndonos la proposicion del gobernador, conocimos que nuestro huésped habia tomado la cosa muy por lo serio. Mr. Taylor, como gefe de la caravana, se levantó y suplicó al pachá, que habia dado ya algunos pasos hácia la ventana, que tuviera á bien oírle. El gobernador se volvió hácia él, y respondió que tendria un grandísimo placer en oír lo queuviésemos que decirle, y que en cuanto se verificase la ejecucion, estaba á nuestra disposicion. Hizole observar Mr. Taylor que precisamente con motivo de la ejecucion tenia algunas objeciones de conciencia que someter á su juicio. El gobernador hizo un cumplido gracioso y se preparó á escucharle, no sin dirigir todavia una mirada hácia la ventana, como para decir al orador: Terminemos pronto, que nos esperan para empezar la representacion.

Entonces Mr. Taylor, con gran admiracion del gobernador, tomó la defensa de la causa de nuestra comitiva; hizo presente al pachá que aquellos pobres diablos, muriéndose de hambre, eran muy dignos de disculpa por haberse comido algunas de nuestras provisiones. Por otra parte, aquella pequeña falta de fidelidad no habia tenido más resultado que hacernos ayunar veinte y cuatro horas, mientras que si no la hubiesen cometido, seguramente se hubieran muerto de hambre: en cuanto á la estratagemata del Padre de la Victoria, de tal

modo entraba en las costumbres árabes, que en nosotros estaba no habernos dejado coger. Por otra parte, no habia tenido otra consecuencia que darnos una escolta mas numerosa y por consecuencia mas segura. Suplicaba, pues, con instancia al pachá, no insistiese en el castigo.

Respondió el gobernador que lo que Mr. Taylor habia dicho, al hablar de las costumbres árabes, era exactamente la verdad, y probaba que habia estudiado el pais como buen observador; aquel mismo hecho, era de su deber confesarlo, se habia renovado ya muchas veces, pero en viajeros comunes, miserables pintores ó pobres sabios, gente que no merecian la pena, segun el pachá, de que nadie se ocupara del modo como habian sido tratados. Pero con respecto á nosotros, la cosa era muy distinta: éramos embajadores del gobierno francés acreditados cerca del vírey de Egipto, y especialmente recomendados á todos los gobernadores por Ibrahim Pachá. Nos debia, pues, entera y completa justicia; por tanto nos invitaba de nuevo á que nos acercásemos á él para ver degollar á los culpables. Esto diciendo, dió un paso hácia la ventana.

Vimos que habia tomado con tanta seriedad darnos aquella prueba de consideracion, que comenzamos á temblar por nuestros pobres compañeros de viage. Nos levantamos, y unimos nuestras instancias á las de Mr. Taylor. El gobernador haciéndose violencia al parecer, nos hizo seña de que nos tranquilizásemos, mandó que le presentasen los culpables, y nos invitó á sentarnos á su lado. Cinco minutos despues se presentaron nuestros buenos amigos, yendo delante Tonaleb y Abou-Mansour, siguiéndoles Bechara y Araballah, y tras estos todo el comun de los mártires, escoltados por unos treinta soldados, con sable en mano.

Tonaleb y Bechara nos dirigieron al entrar una mirada de reconvencion que nos llegó al corazon. Les hicimos seña de que se tranquilizasen; gran necesidad tenian de ello, porque temblaba todo su cuerpo, y estaban tan pálidos como lo permitia su atezado cutis. El hecho es que despues de tres horas que hacia estaban arrestados sin que nadie nos hubiese informado de ello, habian sabido por sus guardas la suerte que les estaba reservada; de modo que reconociéndose culpables en el fondo de su conciencia, y perfectamente instruidos del modo sumario y sin compasion con que procedia la justicia turca, se consideraban ya decapitados, con tanta mas razon, cuanto que creyendo que la acusacion provenia de nosotros, estaban lejos de esperar nuestra intercesion; la amistosa mirada que les dirigimos cuando entraron, por mas tranquilizadora que fuese, al principio era para ellos completamente ininteligible.

Quando estuvieron colocados en círculo á nuestro rededor, les miró un instante en silencio el gobernador, con tan terrible mirada,

que los desgraciados perdieron al punto la débil esperanza que les habiamos hecho concebir; en fin, cuando los vió suficientemente abatidos y arrepentidos:—Miserables hijos del Profeta, que habeis faltado á todos vuestros deberes para con aquellos que se habian confiado á vosotros, les dijo, nuestra primera intencion fué haceros cortar la cabeza por vuestro crimen; pero ablandado por las instancias que acaban de hacernos el enviado del sultan de Francia y los honorables europeos que le acompañan, os perdonamos de la pena capital. Pagareis recibiendo cada uno cincuenta palos en las plantas de los pies. Idos.

Aun no era aquello precisamente lo que deseaban los árabes; mejor querian los palos que la decapitacion; pero era evidente que hubiesen preferido á las baquetas, su completo perdon; felizmente para ellos, éramos en un todo de aquella opinion. Mr. Taylor hizo, pues, un movimiento para indicar que permaneciesen allí todavía un momento, y volviéndose hácia el gobernador, admirado de nuestra obstinacion, le espresó en nuestro nombre y el suyo toda su gratitud por la amable acogida que habiamos recibido de él. Le afirmó ademas que era tan grande aquel reconocimiento que no teniamos necesidad alguna de la nueva gracia que queria hacernos á espensas de las plantas de los pies de nuestros árabes. Por tanto le suplicó los absolviese generosamente de todo castigo atendido á que, si habian faltado á su estricto deber aquellos hombres impulsados por el hambre, en otras mil ocasiones habian pasado los límites con su celo y adhesion, de lo que por nosotros se habian comprometido á hacer; que por otra parte, teniendo en cuenta los servicios que nos habian prestado, no los mirábamos como guias á quienes se ha prometido un sueldo, sino como amigos que tienen derecho á participar de lo que nos pertenece. Conociendo nuestros sentimientos habian obrado con arreglo á ellos; su única culpa consistia en haber tomado su parte sin tener cuidado de que no habia quedado nada para nosotros; pero esto era un error y no un robo. Y como todo hombre que se engaña y confiesa con franqueza su error es disculpable, pedia que la amnistia fuese concedida sin restricciones y que despues de haber salvado su cabeza obtuviesen gracia para sus pies; añadió Mr. Taylor, que este era, por lo demas, no solo su deseo sino tambien el de los otros dos europeos que le acompañaban, como podia asegurarse de ello el gobernador si nos permitia unir nuestras súplicas, á las suyas.

Volvióse el gobernador hácia nosotros con aire de duda; pero vió en nuestras suplicantes miradas, todavía mas que en nuestras palabras, la verdad de lo que habia dicho Mr. Taylor, y permaneció un instante sin respondernos, indeciso y reflexionando, como si buscase la solucion de un problema imposible de resol.

ver. En tanto los árabes habian seguido la traduccion del discurso de nuestro amigo con la espresion del mas vivo reconocimiento, acompañando cada palabra misericordiosa con movimientos en apoyo suyo: en consecuencia se arrodillaron, y tendiendo los brazos hácia el perplejo juez, hicieron coro de súplicas y plegarias. Al fin nos miró el gobernador por última vez como para preguntarnos si decididamente queríamos perdon amplio y completo para los culpables, y encontrando en nuestra voz, en nuestras miradas y en nuestros gestos la misma espresion que ya habia leído, se volvió hácia sus soldados y con un suspiro les hizo seña de que se retirasen; los soldados obedecieron. En cuanto á Tonaleb y al Padre de la Victoria, les dirigió, en su cualidad de cheik, una larga amonestacion, de la que no comprendimos otra cosa sino que eran muy dichosos en haber tenido amos tan indulgentes como nosotros. Terminado aquel discurso con la conveniente dignidad, nuestros árabes se retiraron en silencio y sin pedir mas.

Nosotros espresamos al gobernador toda nuestra gratitud por su buen proceder, y le aseguramos que si volvíamos á pasar por Suez, nuestra primera visita seria ciertamente para él. Nos dió gracias á su vez por nuestras buenas disposiciones, y nos hizo prometer que le escribiríamos desde el Cairo como se habia conducido nuestra escolta con nosotros el resto del viage. Arreglado este doble convenio, nos despedimos de él.

A los diez minutos de habernos separado de su palacio, y al volver la esquina de la primera calle, encontramos á nuestros árabes que nos esperaban. Desde que nos vieron se precipitaron á coger nuestras manos, que besaron con una efusion que no dejaba duda alguna acerca de su gratitud. Estas reconocidas demostraciones iban ademas acompañadas de promesas de una adhesion inviolable y á toda prueba. Lo que sobre todo les enternecia era, no que hubiésemos intercedido por sus cabezas, sino que hubiésemos resistido al placer de ver dar de palos, lo cual era á su parecer un espectáculo de los mas interesantes y curiosos. No obstante, pasados los primeros momentos de efusion, nos propusieron partir sin detencion. La clemencia del gobernador les habia parecido tan poco natural, que no se fiaban en ella del todo. Nos informamos entonces á donde debíamos ir á tomar los dromedarios. Estaban ensillados y cargados, y nos esperaban en el camino del Cairo. Apenas habian salido del palacio los árabes, cuatro habian partido para prepararlo todo, de modo que podíamos salir de Suez en el mismo instante. Comprendimos la diligencia de nuestros árabes y los seguimos riendo. Efectivamente, en la puerta occidental de la ciudad encontramos nuestros dromedarios; montamos al momento y como por encanto. Nuestros árabes no dejaron ni siquiera que se arrodillasen las cabal-

gaduras; treparon por ellas corriendo como lo habia visto hacer á Bechara al salir del Cairo; y una vez encima, Tonaleb y Abou-Mansour, unidos fraternalmente en lo sucesivo por el peligro comun que habian corrido, se pusieron á la cabeza de la columna, y la imprimieron un movimiento de galope, con ayuda del que en menos de dos horas pusimos diez leguas entre el gobernador de Suez y nosotros, de quien jamás creian estar bastante lejos.

No obstante, como la noche habia llegado mientras corriamos las dos últimas leguas, nos era indispensable hacer alto. En un momento se colocó nuestra tienda. Los árabes estaban alegres y diligentes como no los habíamos visto jamás; Bechara sobre todo, tenia una hilaridad que llegaba hasta la locura; corria y daba brincos sin motivo, como para asegurarse de que sus piernas no habian experimentado ninguna desgracia, y ya hacia largo tiempo nos habíamos retirado á la tienda, y todavía le oíamos hablar con una volubilidad que descubria la febril emocion que habian dejado en él los sucesos del dia.

Al siguiente nos pusimos en camino al amanecer; seguimos como lo habíamos hecho al ir del Cairo, la línea de esqueletos: una armazon de dromedario, todavía con algunos pedazos de carne, y de junto á la que se escaparon á nuestra aproximacion dos ó tres chacales, nos indicó habia pasado una caravana despues de nosotros, que habia pagado su tributo al siniestro camino. Pasamos bajo el árbol del desierto sin detenernos, plantamos las estacas de nuestra tienda en medio del bosque petrificado; el terror de la vispera habia trastornado todas las costumbres topográficas de nuestros árabes. Por lo demas, la jornada habia sido trabajosa; habíamos andado lo menos veinte leguas sin descansar mas de una hora.

Nos internamos en el camino tortuoso y difícil del Mekkatan antes que levantase el sol; apareció éste por el horizonte cuando llegábamos á la cumbre de la montaña, y el resplandor de sus primeros rayos se reflejó en las doradas cúpulas del Cairo. Saludamos á la populosa ciudad erizada toda de madenehs, toda cubierta de cúpulas, y el inmenso horizonte en que se destaca, con la alegría del regreso. En la cima mas elevada de la montaña hicimos un alto de diez minutos para abarcar todos los detalles de aquella vista maravillosa, mas espléndida todavía al salir el sol que á ninguna otra hora del dia; luego, como si nuestros haghins hubiesen adivinado nuestra intencion, apenas llegaron á la vertiente oriental del Mekkatan, se lanzaron al galope, y en escaso tiempo recorrieron el espacio que nos separaba de la tumba de los califas. De aquí al Cairo no hay mas que un paso. Entramos ahora en la ciudad triunfantes y sin temor de que nuestros dromedarios nos jugasen malas pasadas. Nos habíamos hecho consumados gi-

netes, y con nuestros trages árabes y nuestros rostros tostados por el sol, era realmente difícil reconocernos como cristianos. A las diez estábamos en casa de Mr. Dantan, vice-cónsul de Francia, quien al parecer se admiró de vernos sanos y salvos. Hizo avisar al punto á los rehenes de la tribu de Onaleb-Saide, los cuales aunque menos expansivos que él, también parecieron muy satisfechos de volver á vernos todos completos y gozando de buena salud: se recordará que sus cabezas respondían de las nuestras.

Inmediatamente después de los primeros momentos concedidos al placer de volver á ver un compatriota, y encontrarse, por decirlo así, en Francia, era preciso pensar en los negocios. El arreglo amistoso hecho al pie del Sinai entre Tonaleb y el Padre de la Victoria, consistía en repartir entre sí el precio de la vuelta. Para no privar á nuestros fieles amigos del jornal que tan lealmente habían ganado, decidimos ser nosotros los que abonásemos la diferencia. Dimos además á cada uno de nuestros guías un batchis tan considerable como nos lo permitía nuestro estado financiero, lo que hizo nos separásemos, prometiéndonos ellos conservar eterna memoria nuestra, prometiéndoles nosotros volver algún día. No sé si algún día podré cumplir mi compromiso con ellos; pero de lo que estoy seguro es de que ellos se han mantenido en el suyo respecto á nosotros, y que más de una vez, ya galopando rápidamente sobre sus haghins, en torno de la hoguera encendida en el desierto, ó bajo la tienda nómada de la tribu de Onaleb-Saide, nuestros nombres han sido repetidos por Bechara y Tonaleb, como los de leales amigos y bravos compañeros.

VII.

DAMIETA.

Mr. de Linant, aquel jóven artista que nos había puesto en relaciones con la tribu de Onaleb-Saide, habiendo sabido nuestro regreso, había acudido inmediatamente á la hostelería franca, y esta vez, no queriendo que estuviésemos en otra casa que en la suya, nos había llevado á ella. A la primera palabra que le dijimos de visitar Jerusalem y Damasco, nos ofreció acompañarnos, lo cual aceptamos por aclamación. Habiendo recorrido ya Mr. de Linant dos ó tres veces toda la Siria, era el más excelente cicerone que podíamos tener. Se decidió que descansáramos bajando por el Nilo hasta Damietta, y que en llegando á esta ciudad, dispuestos ya de refresco para un segun-

do viage, encontraríamos allí á Tonaleb y sus dromedarios, que nos conducirían por El-Arich hasta Jerusalem.

Aquel mismo día nos ocupamos de los preparativos de marcha. Nada se apodera de nosotros con más facilidad, ni nos abandona con más sentimiento que la fiebre de los viages; una vez apoderada de nosotros, nos impele adelante, y es preciso marchar siempre: el Judio Errante no es más que un símbolo.

Partimos un hermoso día, teniendo contraria la brisa, pero favorable la corriente y catorce remeros nubios. Durante la noche, que empezó muy pronto, caminamos toda la parte del Nilo que ya conocíamos y que se estiende desde Boulacq hasta el ángulo del Delta; cuando amaneció comenzamos á atravesar la región del Este, más magestuosa que la de Roseta, y cuya fertilidad nos admiraba tanto más cuanto que salíamos del desierto.

A la noche vimos bajar de las aldeas que costean el río más de veinte mugeres desnudas; atraídas sin duda por el canto de nuestros remeros, se sumergieron en el Nilo, y nadando hácia nosotros, siguieron por algún tiempo nuestra barca. La noche nos desembarazó de aquellas atezadas sirenas cuyos encantos felizmente no eran de temer.

Al día siguiente abordamos en Mausourah.

Este nombre, como las Pirámides, traía á la memoria uno de esos recuerdos nacionales á los que un francés no puede permanecer indiferente. Permitánnos, pues, nuestros lectores seguir ahora la expedición de San Luis, como hemos seguido la de Napoleon.

En el mes de diciembre del año 1244 fué cuando quedó decidida la cruzada. El rey Luis IX, que había ya señalado su fervor por la religion rescatando la corona de espinas de Jesucristo del poder de los venecianos, á los que Beaudoin la había entregado en prenda, y llevándola, descubierta la cabeza y descalzos los pies, desde Vincennes hasta Nuestra Señora, acababa de dar la investidura, en pleno consejo celebrado en Saumur, á su hermano Alfonso de los condados de Poitou y de Auvergne y del Albigeois, cedido por el conde de Tolosa. Había batido al conde de La Marche que se había negado á rendirle pleito homenaje en Taillebourg y Saintes, concediéndole su perdón, á pesar de que no ignoraba que la condesa había intentado envenenarle; en fin, había obligado á Enrique III de Inglaterra á pedir una tregua, que no fué concedida sino por el precio de 5,000 libras esterlinas. Todo estaba, pues, tranquilo en el interior y en el exterior, cuando encontrándose en Pontoise recayó enfermo de una fiebre mal curada de que había sido atacado en su expedición al Poitou. El mal hizo progresos tan rápidos que no tardaron en desesperar de su vida. La funesta nueva se esparció por toda la Francia: Luis no tenía más que treinta años y los principios de su reinado habían prometido al reino

una era de prosperidad. Fué, pues, el duelo general; muchos señores y prelados acudieron á Pontoise; en todas las iglesias se hicieron donaciones, súplicas y procesiones; en fin, la reina Blanca envió su limosnero á Eudes Clemente, abad de Saint-Denis á fin de que se sacasen de sus urnas los cuerpos de los bienaventurados mártires, estraccion que no se hacia sino en las grandes calamidades públicas.

En tanto todos los socorros del arte eran insuficientes, é inútiles todos los auxilios de la religion: acometió á Luis un desmayo tal, que hicieron salir á las dos reinas, Blanca, su madre, y Margarita, su muger. Solo dos damas permanecieron en la habitacion orando á cada lado de su lecho. Mas al punto una de ellas, habiendo terminado sus plegarias, se levantó y quiso cubrir el rostro del rey con un paño; mas la otra dama se opuso á ello diciendo que era imposible hubiese Dios herido el corazón de la Francia; y cuando discurrían tan fúnebremente, Luis volvió á abrir los ojos y con una voz débil, pero clara, pronunció estas palabras: *La luz de Oriente se ha esparcido sobre mí por la gracia de Dios que me ha llamado de entre los muertos.* Lanzaron las dos damas un extraordinario grito de alegría, se lanzaron á la puerta y llamaron á la reina Blanca y á la reina Margarita, quienes no pudiendo creer en aquel milagro, volvieron á entrar temblando. Al verlas el rey las tendió su mano; en seguida, calmados los primeros trasportes de alegría, mandó llamar á Guillermo, obispo de Paris. Este digno prelado se apresuró á trasladarse á la cabecera del enfermo, quien animado con una nueva fuerza, á su vista se incorporó sobre su lecho y pidió la cruz de Ultramar. Los circunstantes creyeron que el rey estaba todavía delirando; pero Luis, notando su error, tendió la mano hácia el obispo que vacilaba en obedecerle, y juró que no tomara alimento antes de haber obtenido el signo del cruzado. Guillermo no se atrevió á negársela, y el enfermo, no pudiendo ponerla todavía en la armadura, la hizo colocar al menos á la cabecera de su lecho.

Desde aquel día la salud del rey se restableció rápidamente. Escribió á los cristianos de Oriente que recobrasen ánimo, prometiéndoles pasar el mar en cuanto hubiera reunido su ejército, enviándoles entretanto un socorro de dinero.

No perdió tiempo Luis para cumplir su promesa. Odon de Chateauroux, cardenal obispo de Tasculum, en otro tiempo canciller de la iglesia de Paris, y á la sazón legado de la Santa Sede, fué á Francia á predicar la cruzada, y acudieron un gran número de señores de las provincias atraídos mas todavía por el amor al rey que por un celo religioso.

Entonces la reina Blanca intentó un último esfuerzo. Fué acompañada de Guillermo á ver á su hijo, siempre ocupado en su proyecto. El

prelado habló el primero y dijo al rey que el voto que habia hecho durante su enfermedad era un voto precipitado, y que como tal no le comprometía; que si por otra parte el rey tenía escrúpulo con este motivo, se encargaba de obtener una dispensa del papa. Mostróle que Francia, apenas pacificada, quedaba como blanco de los artificios del rey de Inglaterra, del carácter sedicioso de los poitevinos, y de las turbulencias de los albigeuses. Blanca continuó:

—Mi querido hijo, escuchad los consejos de vuestros amigos y no os dejéis llevar completamente de vuestros deseos. Acordaos que la obediencia á una madre es agradable á Dios. Quedad aqui, la Tierra Santa no perderá nada por ello, pues que enviareis allí un ejército mas numeroso que si fuérais vos mismo.

—No es lo mismo, madre mia, respondió Luis, y Dios espera mucho mas de mí. Cuando las voces de la tierra no llegaban ya á mis oídos, oí una voz del cielo que me decia:—Rey de Francia, veo los ultrages hechos á la ciudad de Jesucristo; tú eres el que yo he elegido para vengarlos!....

—Esa voz, replicó Blanca, no os engañeis, era la del delirio y de la fiebre. Dios no exige los imposibles, y el estado en que os hallábais cuando habeis hecho el juramento os será para con él una excusa para romperle.

—Decís, madre mia, que mi razon estaba extraviado cuando he tomado la cruz, respondió el rey. ¡Pues bien! la dejo segun vuestro deseo. Tomad, padre mio, dijo quitándola y entregándosela al obispo, héra aqui.

El obispo la tomó, y Blanca quiso arrojar-se en los brazos de su hijo, mas él la detuvo sonriendo.

—Ahora, madre mia, no tengo la fiebre y el delirio, estais convencida de ello. Pues bien, os pido la cruz que acabo de entregaros, y Dios me es testigo de que no tomaré alimento sin que antes me la hayais devuelto.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios, dijo la reina tomando la cruz de manos del obispo y entregándosela ella misma á su hijo: no somos mas que el instrumento de su Providencia, y desgraciados aquellos que intentan oponerse á sus decretos!

En tanto el soberano pontifice habia enviado á todos los estados cristianos eclesiásticos encargados de predicar la guerra santa: su celo no habia sido infructuoso y gran número de señores habian llegado á Paris; sin embargo, habia otros á quienes la esperanza de aumentar sus dignidades y fortuna bajo la regencia de una muger y en ausencia de su heredero daba un entusiasmo mas reflexivo. Estos, fingiendo aprobar la cruzada, hacían entender que no sería malo dejar en Francia algunos hombres de ánimo y de nobleza cuya obra sería menos gloriosa, sin duda, pero tan útil como la de los otros, que mas favorecidos por la suerte acompañarian al rey en su ar-

mada peregrinacion. Luis no se engañó con tan pretendidas voluntades y empleó un medio bastante extraño para determinar á los indecisos y apresurar á los rezagados. Llegaba el día de Navidad y era costumbre á la sazón que la víspera el rey, en el momento de decirse la misa del gallo, donase á los señores, de su córte ricos mantos adornados de bordados iguales. Luis, no solo se conformó con la costumbre, sino que en esta ocasion hizo la distribucion mas numerosa que jamás se habia hecho en tiempo de los reyes sus predecesores, ni aun en los años anteriores de su mismo reinado. Como esta munificencia se habia verificado en el momento en que tocaban á misa y en una habitacion mal iluminada, los que fueron objeto de ella se vistieron sus mantos apresuradamente en la oscuridad y en seguida se encaminaron hácia la iglesia; pero en cuanto llegaron al lugar santo, cada uno de ellos notó á la luz de los cirios en su hombro y en el de los que estaban á su inmediacion, el signo sagrado de la cruzada, del que no era permitido despojarse una vez que se habia tomado. No era posible ya volver atrás, y por mas extraña que fuese la manera como los nuevos soldados de Cristo habian hecho su voto, ni uno tuvo el pensamiento de romperle.

El viernes 12 de junio de 1248, Luis, acompañado de sus hermanos, Roberto, conde de Artois, y Carlos, conde de Anjou, fué á Saint-Denis; el cardenal Odon, de Chateauroux, le esperaba allí. Este fué el que desplegó el oriflama que por la tercera vez iba á aparecer en Oriente, y quien dió al rey el bordon y el zurrón, atributos de los peregrinos; en seguida la procesion tomó el camino de la abadía de San Antonio, donde debian despedirse la madre y el hijo. La separacion fué terrible para Blanca; esta reina de tan fuerte temple para los demas sucesos de la vida, se deshacia en lágrimas en cuanto un peligro amenazaba á su hijo.

Por fin Luis se separó de su madre y se puso á la cabeza del ejército que se reunia en el territorio de la abadía de Cluny. Aqui se encontraron reunidos y dispuestos para la santa cruzada á Roberto, conde de Artois reclamado por la parca en Mausourah, y Carlos, conde de Anjou al que esperaba un trono en Sicilia; Pedro de Dreux, conde de Bretaña; Hugues, duque de Borgoña; Hugues de Châtillon; Hugues de Saint-Paul; los condes de Dreux, de Bar, de Soissons, de Blois, de Rhetel, de Montfort y de Vendôme, el señor de Beaujeu, condestable de Francia; Juan de Beaumont, gran almirante y gran chambelan; Felipe de Courtenay, Gayon de Flandes, Archambault de Borbon, Juan de Barres, Gilles de Mailly, Roberto de Bethune, Olivier de Thernes, el jóven Raoul de Coucy y el señor de Joinville, quien llevaba á Egipto la espada del soldado, sin saber aun que traeria de allí la pluma del historiador.

Luis apareció en medio de todos estos señores sobrepujándoles en rango, igualándolos en valor. Tenia entonces treinta y tres años; era de alta estatura, delgado y pálido, tenia una fisonomia bondadosa y regular, sus cabellos eran rubios y los llevaba cortados. En cuanto á su traje era la sencillez cristiana en toda su rígida humildad; y el mismo rey que habia hecho dar por su esplendor á la córte de Saumur el título de *Corte sin par*, se presentó en adelante vestido con el traje de peregrino, ó cubierto con una armadura de acero; *de suerte*, dice Joinville, *que camino de Ultramar no se vió una sola cota bordada, ni la del rey, ni la de otro alguno.*

Aquella magnífica comitiva bajó hasta Lyon, siguió el Ródano, y llegó á la mar. Como el reino de Francia no tenia todavía en aquella época puerto en el Mediterráneo, y el de Marsella, único de que Luis podia disponer por su doble alianza con Beatriz de Provenza no le bastase, habia comprado Aigues-Mortes al abad de Psalmodi: en esta villa era pues el sitio de cita general, y en su puerto donde esperaban los ciento veinte y ocho bagetes destinados á trasportar al rey y á los guerreros. Estas naos, como las llama Joinville en su sencillo y poético lenguaje, iban ademas escoltadas por una multitud de barcos de transporte, destinados á los caballos y víveres. Como la Francia no tenia marina, los pilotos y los marineros eran casi todos italianos ó catalanes; los dos almirantes eran genoveses; en cuanto á los patrones, la mayor parte veian por primera vez el mar.

Luis se embarcó el 25 de agosto de 1248, y toda la flota se dirigió hácia Chipre, donde reinaba Enrique de Lusignan, descendiente de los reyes de Jerusalem. Aquella isla habia sido ofrecida por su soberano como el punto de arribada mas cómodo, y en ella se habian reunido considerables almacenes; toda la flota desembarcó allí el 24 de setiembre del mismo año, y solo entonces fué cuando los cristianos de Oriente vieron su esperanza tantas veces engañada cambiarse en certidumbre. Esta nueva fué acogida con entusiasmo; habian llegado al último grado de pobreza y esclavitud.

Desde la cruzada de Felipe Augusto, durante la que fué tomada San Juan de Acre, el estado de los cristianos no habia hecho mas que empeorar en Oriente. El rey de Jerusalem, Juan de Brienne, habia hecho una campaña por Egipto, tomado á Damieta, y se encontraba en camino para el Cairo, cuando abandonado por la mejor parte de sus caballeros, se habia visto obligado á emprender la retirada, y poseedor de dos tronos, yerno de dos reyes, y con dos emperadores entenados, habia ido á morir á Constantinopla bajo el traje de un observante de San Francisco. A su vez Federico habia vuelto á Jerusalem con grandes proyectos y un buen ejército; pero en cuanto llegó, como si no hubiese tenido intencion mas que de hacer

una simple peregrinacion, se habia limitado toda su ambicion á hacerse coronar en la iglesia del Santo Sepulcro, y como habia dicho en su carta al sultan del Cairo, á *plantar su estandarte sobre el Calvario y sobre la montaña de Sion, para conservar la estimacion de los francos y levantar su cabeza entre los reyes de la cristiandad*. Thibant de Champagne, rey de Navarra, mas trovador que caballero y el último de los príncipes cruzados que habia ido á Tierra Santa, habia hecho mas por sus versos que por su espada, y habia vuelto á sus estados á terminar poesias que tenia interrumpidas. Detrás de él uno de esos accidentes comunes en el Asia habia replegado todo un pueblo hácia el Occidente; era el de los karismianos á quienes los tártaros habian llamado de la Persia, y los que tomaron á Jerusalem, porque Jerusalem se encontró en su camino, devastaron la Palestina porque era preciso vivir, y que á su vez acababan de ser esterminados casi completamente por el sultan de Damasco que les era completamente desconocido, no habiendo oido jamás hablar de él antes de que el soplo de Dios lanzase á los unos contra el otro. Por último, las disensiones intestinas iban á unirse á las generales desventuras: el rey de Armenia y el príncipe de Antioquia se batian por algunos pedazos de territorio. En Chipre, á donde el rey abordó, los latinos y los griegos estaban divididos por causa de religion, los hospitalarios y los templarios por causa de preeminencia, y los genoveses y pisanos por causa de comercio.

Luis comenzó por restablecer la paz y buena armonia entre todos aquellos auxiliares tan importantes. En Nicosia como en Vincennes, bajo la encina como bajo la palmera, hacia justicia, y sus sentencias eran religiosamente ejecutadas. Pero la mision del ángel de paz retardó la del hombre de guerra: cuando quiso ponerse en camino, se encontraron con que la estacion estaba demasiado avanzaba. Thegnés de Lusignan ofreció á los cruzados hospitalidad para todo el invierno, comprometiéndose á seguirles en la primavera con su nobleza. Chipre, con su magnífica situacion, su admirable fertilidad, sus vinos cantados por Salomon, y sus mugeres, medio griegas, medio árabes, hablaba demasiado alto en favor de semejante proposicion, y antes de haber vencido como Annibal, los cristianos habian encontrado su Capua.

Por su parte los musulmanes eran presa de crueles discordias. Desde la muerte de Saladin, raro era el año que habia pasado sin que el reposo de la familia de los Ajubitas hubiese sido turbada por alguna disension. Sin embargo, para un pueblo semejante, acampado mas bien que establecido en Egipto, y no sosteniéndose mas que por la guerra, esas revoluciones eran una constante escuela de armas, de donde salian en todas las circunstancias en que un peligro comun reunia los intereses divididos,

los mas terribles adversarios que podian encontrar los cristianos.

En el momento en que Luis IX desembarcó en Chipre, el sultan del Cairo, Malek-Saleh-Negmeddin, que reinaba entonces en Egipto, se encontraba en el centro de la Siria, donde hacia la guerra al príncipe de Alepo y tenia sitiada la ciudad de Emesa. La enfermedad de que murió poco despues le detenia en Damasco, cuando un hombre disfrazado de mercader penetró hasta donde se hallaba, y le anunció los terribles preparativos que se hacian en Chipre: esta noticia produjo en su ánimo una viva sensacion. Los orientales habian aprendido á mirar á los franceses como los mas valientes de sus enemigos, y al rey de Francia como el mas poderoso y temible de los reyes. A estos temores reales se unia una prediccion que los misioneros encontraron estendida por la Persia, y que estaba igualmente acreditada entre cristianos y musulmanes. Anunciaba que el rey de los francos dispersaria á todos los infieles y libraria al Asia del culto de Mahoma. Malek-Saleh, creyó, pues, que no debia perder un momento: abandonó el comenzado sitio, y enfermo como estaba, subió en una litera, y llegó á Achmoun-Tanah en el mes de abril de 1249. Entonces, como no dudaba que la primera ciudad que se veria acometida seria Damietta, se ocupó al punto de ponerla en estado de defensa, y mandó reunir en ella almacenes de víveres y llevar armas y municiones de todo género; en seguida ordenó al emir Fakreddin marchase hácia esa ciudad para oponerse á que bajasen los enemigos; despues, como conociese que su enfermedad empeoraba, hizo publicar por todo su reino que todos aquellos á quienes debia alguna cosa podian presentarse á su tesoro y que serian pagados. Fakreddin acampó en Eizeh de Damietta, en la orilla izquierda del Nilo: el rio pasaba entre la ciudad y el campo.

En tanto se habia pasado el invierno en estos dobles preparativos, y habiendo juzgado el rey que se acercaba el tiempo de salir á la mar, dió orden de que todos los navios se provisionasen de víveres y estuviesen dispuestos á partir á la primera señal. Las provisiones, como hemos dicho, se habian acopiado largo tiempo antes; se habian hecho depósitos de cebada, avena y trigo en los llanos, en tal cantidad, que sus montones parecian montañas. Y lo que hacia todavia mas notable la semejanza, es que los granos espuestos al aire y á la lluvia, habian germinado á una profundidad de cuatro ó cinco pulgadas; de modo que aquellas colinas estaban cubiertas de yerba; pero bajo aquella corteza se habian conservado los cereales tan frescos y buenos, como si hubiesen sido trillados la víspera. Nada se oponia, pues, á la orden dada. Terminado el transporte, el rey y la reina pasaron á bordo de su navío, el viernes antes de Pentecostés, y entonces se corrió la voz de navío en navío de

estar dispuestos; de modo que al dia siguiente al amanecer, dada la señal, todos los buques á la vez desplegaron sus velas y avanzaron magestuosamente, cubriendo el mar de ondulantes telas y flotantes maderas, porque la escuadra se componia de mil ochocientos buques, entre grandes y pequeños.

Al siguiente dia, fiesta de Pentecostés, encontrándose el rey en la punta de Lymesso, vió en tierra una iglesia de la que partia el sonido de las campanas. No queriendo perder aquella ocasion que parecia presentar Dios de oír otra vez la santa misa, dirigió la proa hácia tierra, y abordó con una docena de navios. Pero mientras él estaba en la iglesia, se levantó una gran tempestad que dispersó la flota, y un viento terrible de África alejó los buques de la via de Egipto, y los arrojó, estraviados y en desórden, á las costas de la Palestina, donde hubiese sido lanzado el rey como los demas, si su santo deseo no le hubiese conducido á tierra; resultó de aqui, que de dos mil ochocientos caballeros que habian partido de Chipre, apenas setecientos pudieron reunirsele; lo cual no impidió que al dia siguiente, habiéndose vuelto el viento favorable, se embarcase el rey y continuase su camino hácia Egipto. «Muy afectado y triste, dice Joinville, con la pérdida de sus caballeros, porque á todos los creia muertos ó en gran peligro.»

El cuarto dia despues de esta catástrofe, cuando la flota continuaba marchando sobre una mar en calma, bajo un hermoso cielo, y con un tiempo favorable, el piloto del navio real, hombre experimentado que conocia toda la costa y hablaba muchos idiomas, exclamó de repente desde lo alto del mástil donde estaba en observacion: «¡Dios nos ayuda, Dios nos ayuda, ved allí á Damietta!...» En el mismo instante otros muchos pilotos respondieron á aquel grito con un grito parecido, y muy pronto los mismos cruzados, conmovidos con aquella gran noticia, pudieron descubrir la dorada arena de la costa, sobre la que se destacaban en fondo blanco las almenadas murallas de la ciudad. Era esto el viernes 4 de junio de 1249, año de la égira 647, el 24 de la luna de Safar. Grandes gritos de alegría resonaron entonces en toda la flota. Pero Luis estendió la mano, haciendo señal de que queria hablar. Guardóse silencio inmediatamente á bordo del navio que montaba, y las demas naves se aproximaron tanto como era posible, para oír lo que iba á ordenar. «Mis leales, dijo entonces el rey con voz sonora y llena de fe, no sin permission divina, hemos sido trasportados aqui para abordar en un pais tan poderosamente ocupado. En este momento no soy ya el rey de Francia, no soy ya el caballero de la Iglesia; no soy mas que un mortal cuya vida se extinguirá cuando le plazca al Señor arrebatármela. Pero acordaos que todo es en nuestro bien, cualquiera cosa que suceda: ven-

cidos, somos mártires; vencedores, el nombre del Señor será glorificado, y el honor de la Francia se estenderá todavia, no solo por la cristiandad, sino tambien por todo el mundo. En todo caso, seamos humildes como conviene á soldados de Jesucristo: nosotros venceremos para él, pero él triunfará para nosotros. Y ahora, ¡Dios nos tenga en su santa guarda, porque ved ahí que nos llegan nuevas de parte de los enemigos!...»

En efecto, toda la costa estaba poblada por el ejército de Fakreddin y los habitantes de Damietta, aterrados al ver tantos navios reunidos. Entre aquellas dos clases de numerosos espectadores, corria el Nilo desembocando magestuosamente en el mar. Inmediatamente aparecieron en su embocadura cuatro galeras montadas por piratas, que se adelantaban para examinar y reconocer qué armada era aquella y qué queria; mas luego que estuvieron á tres tiros de flecha de los primeros navios del rey, quisieron volver atrás, como si hubiesen sabido lo que querian saber. Pero era demasiado tarde: buques ligeros desplegaron todas sus velas y les dieron alcance. Estos buques estaban armados con máquinas dispuestas de modo que lanzaban á gran distancia y á un mismo tiempo, los unos piedras, los otros dardos, aquellos vasijas con cal. Los piratas se vieron obligados á defenderse, pero muy pronto fueron deshechos; tres de sus galeras averiadas, se fueron á pique; la cuarta, que habia avanzado menos que las demas, consiguió volver á ganar la costa, toda desarbolada, y cubierta de muertos y heridos. En aquel instante los que sobrevivian saltaron á tierra enseñando sus heridas y gritando á aquella multitud que era el rey de Francia quien arribaba como enemigo con una multitud de caballeros que hacian llover flechas, piedras y fuego. Todos los que no estaban armados huyeron hácia la ciudad. Los cruzados vieron aquel movimiento, y se redobló su valor. El rey gritó el primero: «¡A la costa!» y todos repitieron: «¡A la costa, á la costa!» Mandóse aproximar á los grandes buques los barcos chatos que debian servir al desembarco. Joinville, que tenia consigo una pequeña galera, se arrojó á ella el primero, seguido de Jehan de Belmont, de d'Ayrard y de Brienne. Al punto todos los caballeros que montaban el mismo navio que él, no teniendo galera, se precipitaron en el barco; en un momento recibió el doble de lo que podia soportar. Mas los marineros, viendo el peligro, se asieron á las cuerdas, é inmediatamente volieron á subir á bordo del navio. A pesar de este alijeramiento de su cargamento, la barca continuó sumergiéndose; no habia un instante que perder, el peligro era apremiante. Joinville hizo bogar hácia ella, preguntando á grandes gritos cuántos caballeros habia de mas en la barca. «Diez y ocho ó veinte,» respondieron los marineros. Al punto la abordó, é hizo pasar diez y ocho hombres de armas de su gale-

ra. En esto un caballero llamado Plonquet, quiso saltar desde el navío á la lancha; pero la distancia era demasiado grande; cayó en el mar, y abrumado por su armadura, se ahogó. Este fué el primer mártir de aquella campaña, que debía contarlos por millares.

En tanto los sarracenos se aprestaban para recibir dignamente á los cruzados. En medio de ellos, el emir Fakreddin, vestido con una armadura de oro que reflejaba los rayos del sol, parecia el dios del día. Una multitud de músicos hacian resonar el aire con el ruido de los cuernos y tambores. Los cristianos les respondian con sus gritos, y avanzaban rápidos como una bandada de aves marinas. Iban á porfia de quien llegaria primero á tierra. Joinville conservaba siempre la cabeza de la linea, y avanzaba; habia dejado tras de sí el nuevo sol. Entonces las gentes del rey le gritaron se esperara á que desembarcase la gente del navío que llevaba el oriflama; pero el bravo senescal no quiso oír nada; continuó su camino, y fué el veinte y uno que tocó la costa frente á una division de caballería. Lanzóse el primero seguido de d'Ayrard, Brienne y Jehan de Belmont. Detrás de estos saltaron en tierra los caballeros que habia recogido en su galera. En el mismo instante los sarracenos motieron espuela á sus caballos y se dirigieron directamente á ellos para volverlos á lanzar al mar. Joinville y sus caballeros plantaron sus lanzas y sus escudos en la arena, vuelta la punta hácia los que los cargaban, y sacaron las espadas. Pero al ver estos preparativos de defensa, los sarracenos volvieron grupas y huyeron sin atacar siquiera. Inmediatamente los cruzados se dispusieron á perseguirlos; pero en el mismo instante uno de los escuderos del señor Beaudoin de Reims llegó á nado suplicando á Joinville no hiciera nada sin su señor, y el buen caballero le contestó al punto que hombre tan valiente bien valia la pena de ser esperado; y esto diciendo, se detuvo efectivamente para esperar.

Dirigió una mirada á su alrededor, á su izquierda abordaba el conde de Jaffa, que tocó orgullosamente en la costa llevado en una magnífica galera maravillosamente pintada y adornada todo alrededor con el escudo de sus armas, que eran de oro con una cruz de gules. Trescientos marineros hacian volar aquel espléndido buque sobre el mar; cada uno llevaba al cuello un broquelillo en medio del que brillaba un escudo de oro puro. Cien músicos respondian á los cuernos y tambores de los sarracenos con instrumentos semejantes; de modo que parecia un rey que entraba en su reino y no un soldado que pone el pie en terreno enemigo. Apenas el caballero tocó en la arena, él, sus caballeros y su gente de guerra se lanzaron armados é inmediatamente tendieron sus pabellones, como si aquella tierra fuese sayá. Entonces los sarracenos se reunieron de nuevo en mayor número y cargaron

otra vez á los franceses castigando á sus caballos con las espuelas. Pero viendo que sus enemigos les esperaban á pie firme y sin espanto, volvieron por segunda vez la espalda y huyeron sin atreverse á atacar á los cruzados al modo de la primer vez.

Viéndolos alejarse así, el señor de Joinville dirigió la vista hácia su derredor y vió á tiro de ballesta á la galera con la enseña de Saint-Denis, que á su vez abordaba á tierra. Apenas habian desembarcado los que llevaba, cuando un sarraceno, avergonzado de la doble fuga de sus compatriotas, se dirigió solo á chocar contra aquella muralla de acero que acababa de establecerse en la ribera; pero en un momento fué hecho pedazos y su caballo se volvió relinchando á donde estaban sus compañeros que no se habian atrevido á seguirle.

En el mismo momento detrás de Joinville se oyó un prolongado grito y un gran tumulto. El rey Luis, viendo en tierra el oriflama, no habia tenido paciencia para esperar á que su lancha ganase la costa; y á pesar del legado que queria detenerle, habia saltado en el mar gritando *Montjoie y Saint-Denis*. Felizmente no le llegaba el agua mas que hasta los hombros; de modo que al punto llegó á la playa con la espada en la mano y el casco en la cabeza. Todos siguieron su ejemplo. El mar se cubrió de hombres y caballos como si toda aquella flota hubiese naufragado. Al mismo tiempo tres palomas se levantaron por cima del campo de los sarracenos que emprendieron su vuelo hácia Mausourah: estas eran los mensajeros que llevaban al sultan la noticia del desembarco de los cruzados.

Entonces los sarracenos se arrepintieron al parecer de la facilidad que habian dejado á los cristianos para abordar á tierra de Egipto. Las gentes del rey acababan de colocar su tienda, que era de un encarnado subido, sembrada de flores de lis de oro; todo el ejército musulman cerró sobre aquel blanco, todo el ejército cristiano rodeó á su soberano. Al mismo tiempo la flota infiel salió del Nilo y fué á chocar contra la flota de los cruzados. La lucha era ya general, saugricenta y encarnizada, pero corta; porque mientras franceses y sarracenos se batian cuerpo á cuerpo en la tierra y en el agua, los cautivos y los esclavos encerrados en Damietta consiguieron abrir las puertas de sus prisiones, y saliendo de la ciudad con grandes gritos, atravesaron el Nilo blandiendo las primeras armas que habian podido hallar á mano. Los sarracenos, que no sabian de donde salia aquel nuevo refuerzo, se pusieron en fuga y se retiraron á un campo. En aquel momento la flota, viendo huir el ejército, entró en el Nilo. El campo de batalla quedó cubierto de cadáveres sarracenos entre los que se hallaban los de los dos emires Nedjin-Eddin y Savin-Eddin. Los cruzados no perdieron mas que un solo hombre, y, como

si Dios hubiese querido redimirle todas sus culpas con una muerte pronta, ese hombre fué el conde de La Marche, el ex-aliado de los ingleses, el vasallo rebelde de Saintes y de Taillebourg!...

Los cruzados no se atrevieron á perseguir á los sarracenos por temor de alguna emboscada; levantaron sus tiendas alrededor del pabellon real. La reina Margarita y la duquesa de Anjou, que durante la batalla habian quedado á la vista en su navío, desembarcaron entonces, y el clero, presidido por el legado, cantó el *Te Deum*.

En cuanto Hegó la noche, Fakreddin se aprovechó de su oscuridad para abandonar su campo y retirarse á la orilla derecha del Nilo. Una vez aqui, en vez de destruir el puerto que acababa de proporcionarle paso, y encerrarse en Damietta ó esperar los cristianos bajo sus muros, entró en la ciudad, pero solo para atravesarla, y salió por la parte opuesta tomando el camino de Achmoun Tanah, sin haber dado una sola orden para la defensa de la plaza. Los habitantes de Damietta, viéndose abandonados y entregados, se esparcieron por las calles, degollando á los cristianos; la guarnicion, que se componia de árabes de la tribu Beni-Kenamé, una de las mas valientes y crueles del desierto, siguió el ejemplo y saqueó las casas. Entonces por todas las puertas de la ciudad, como las abejas salen por los agujeros de una colmena, familias enteras se pusieron en fuga sin saber donde iban, lanzados por el terror del nombre cristiano, como los granos de arena del desierto por el huracan, llevándose consigo sus bienes, muebles, sus vestidos y su oro, que iban sembrando por los caminos. La guarnicion no permaneció mucho tiempo despues de ellos, y se retiró á su vez; de modo que á la media noche se encontraba la ciudad no solo sin defensores, sino tambien sin habitantes.

El campamento de los cristianos comenzaba á entregarse al reposo, cuando los centinelas dieron la alarma. Elevábase una gran llama por encima de Damietta, iluminando las murallas, el Nilo y el Giseh. Todo parecia desierto y mudo, y en el inmenso círculo que iluminaba el incendio no se veia ninguna sombra, no se oia ningun grito. Los cruzados no comprendian aquella soledad ni aquel silencio; permanecieron en pie y sobre las armas hasta el amanecer. En el momento en que empezaba á clarear el dia, es decir, á las tres de la madrugada, dos esclavos que habian escapado á la matanza y que habian esperado á que la ciudad estuviese completamente evacuada para aventurarse á salir por las calles, fueron corriendo al campamento, y anunciaron lo que habia pasado. El rey no lo podia creer, tan extraño era el suceso, á pesar de haberlos reconocido como hermanos y aunque juraban por Jesucristo.

Entonces un caballero se ofreció volun-

tariamente á cerciorarse de la exactitud del relato. Su oferta fué aceptada, y habiendo pedido al legado la absolucion de sus pecados, se dirigió hácia Damietta, atravesó el puente, y entró en la ciudad. Una hora despues le vieron salir por la misma puerta; pero el rey no tuvo paciencia para esperarle, y poniendo su caballo al galope, acompañado de todos los señores que se encontraban á su lado, corrió á su encuentro. El caballero refirió que habia entrado en la ciudad, donde no encontró mas que cadáveres. Que habia recorrido muchas casas, y estaban vacías; los sarracenos habian partido. Damietta era del rey de Francia, y no costaba mas trabajo tomarla, que entrar en ella como aquel caballero acababa de hacerlo.

El rey mandó al ejército se formara en orden de batalla y avanzar hácia la ciudad; una vanguardia mandada por el caballero que acababa de recorrer la ciudad desierta, entró primero, y se ocupó inmediatamente en apagar el incendio; siguiéronles el rey de Francia, el legado del papa, el patriarca de Jerusalem, con una multitud de prelados y eclesiásticos con la cabeza descubierta y los pies descalzos, y entraron cantando salmos y dando gracias á Dios por aquella milagrosa conquista. Llegaron así á la gran mezquita, que fué consagrada al punto al culto cristiano y puesta bajo la invocacion de la Virgen: oida la misa, el rey, los barones y los caballeros se diseminaron por las murallas y las torres y dieron por segunda vez gracias al Señor de que una ciudad tan fuerte, que hubiera podido defenderse años enteros contra un ejército tres veces mayor que el que la sitiaba, se hubiese entregado voluntariamente, sin bloqueo y sin asalto, y como si los ángeles del cielo hubiesen abierto sus puertas.

La consternacion fué grande en todo el Egipto cuando se esparció aquella nueva: todos conocian cuanto iba á aumentar el valor y la confianza de los cristianos semejante fuga. El sultan supo la nueva en el lecho de muerte, y la cólera le volvió por algun tiempo la energia de la salud. Hizo presentarse junto á su lecho cincuenta oficiales de la guarnicion de Damietta, y los condenó á ser estrangulados. Uno de aquellos oficiales, que tenia un hijo, jóven de rara belleza á quien amaba con todo el cariño de un padre, pidió morir el primero, á fin de no ver el suplicio de su hijo.

—Me haces caer en ello, respondió el sultan: ejecútese al hijo á la vista del padre.

Despues hizo que le presentasen á Fakreddin.

—La presencia de los francos, le dijo, debe tener algo de muy terrible, puesto que hombres como vos no la han podido sufrir un dia entero.

Entonces los emires, temiendo para su gefe la suerte de los demas oficiales, le hicieron seña de que estaban dispuestos á dar de puñaladas al sultan; pero habiendo agotado

las fuerzas de este último el esfuerzo que había hecho, y viéndole Fakreddin volver á caer sobre sus cogines pálido y sin voz:

—No, dijo, no vale la pena, dejadle morir.

En efecto, el 22 de noviembre de 1249, el 15 de la luna de Chaban, falleció el sultan, designando por su sucesor á su hijo Touran-Chah.

VIII.

MAUSOURAH.

En tanto los franceses ignoraban la muerte de Negmeddin, porque se habian tomado toda clase de precauciones para ocultarla, no solo á ellos, sino tambien á los egipcios. Aunque aquel magnífico sultan no era ya mas que un cadáver, aunque la autoridad y el poder se habian reunido momentáneamente en manos de una muger, los mamelucos *baharitas*, que él habia creado, y que tomaban su nombre de *baharitas* ó *marítimos*, porque ordinariamente guardaban el castillo de Raoudah, situado en medio del Nilo, continuaron custodiando la puerta de su palacio; se servian las comidas como si viviese; dábanse las órdenes en su nombre; en los púlpitos de todas las mezquitas se recitaban oraciones por su restablecimiento, y esto al tiempo que se habian enviado mensajeros á Husu-Keifa, orillas del Tigris, donde Touran-Chah, su hijo, se hallaba desterrado. Entretanto el emir Fakreddin, habia tomado el mando de todo el Egipto: era este un gran general y un bravo soldado, á pesar de que con su precipitada retirada, que por lo demas acaso no era mas que una astucia, hubiese entregado á Damieta. Habia sido hecho caballero por Federico II, y en su escudo llevaba reunidas las armas de los emperadores de Alemania y de los sultanes del Cairo y de Damasco.

Pero á la larga, por cuidado con que se ocultase aquella muerte, los cruzados la habian sabido al fin; sin embargo, del mismo modo que los turcos, esperaban á alguien para obrar. Era este el conde de Poitiers, quien habiéndose quedado en Francia, debia llevar en socorro del ejército, acampado ante Damieta, hombres y dinero. Pero por el tiempo en que debian llegar, se puso la mar tan encrepada y los vientos tan contrarios, que mas de ciento treinta navios fueron arrojados á la costa, donde se fueron á pique. El conde de Poitiers, que habia salido de Aigues-Mortes á fines de junio, en el momento en que la noticia de la toma de Damieta llegó á Occidente, fué arrojado por el viento á San Juan de Acre, de modo que el rey y todos los caballeros, no

viéndole aparecer é ignorando lo que habia sido de él, se desesperaban, creyéndole muerto ó al menos en gran peligro. Cada uno era de distinta opinion con respecto á él, cuando el señor de Joinville recordó que durante su viage de Marsella á Chipre, le habia sucedido una cosa maravillosa. A la altura de Tunez, y á la hora de Visperas, sobre poco mas ó menos, habian encontrado en su camino una gran montaña redonda; al anochecer la doblaron, y creian haberla dejado á gran distancia atrás durante la noche, cuando al despertarse por la mañana, se encontraron en el mismo sitio que la vispera, teniendo siempre la montaña á la proa de su navio, á pesar de que el piloto juraba que habia ganado cincuenta leguas durante la noche. Añadieron entonces los remos á las velas, bogaron todo el dia y toda la noche, pero su trabajo fué inútil; al despertar al otro dia volvieron á ver todavía delante de sí la montaña fatal. Comprendieron ya que bajo aquella aparicion habia alguna magia que no lograrían vencer mientras no emplearan otros medios que los humanos. Un santo varon que pertenecia á la iglesia llamado el dean de Mauru, levantó en consecuencia la voz y dijo: «Amados señores y caballeros, no he visto en mi vida persecucion ni peligro que no desapareciera con la ayuda de Dios y de su santa Madre, cuando un sábado se sale tres veces en procesion cantando las alabanzas del Señor.» Aquel dia era precisamente un sábado; de modo que toda la tripulacion, sin esperar á mas empezaron á marchar alrededor de los mástiles cantando salmos; y el mismo Joinville se hizo llevar sostenido de los brazos porque padecia mucho del mareo. El conjuro fué eficaz, y al dia siguiente habian perdido de vista la montaña de iman. Joinville propuso, pues, el mismo medio al legado; este le aceptó al punto, y mandó anunciar tres procesiones en el ejército. Debian tener lugar de sábado en sábado, yendo desde la casa del legado á la parroquia de Nuestra Señora, de la ciudad de Damieta. Lleváronse á efecto con gran fé y no menos esperanza, y en cada una de aquellas procesiones, á que asistia el rey con todos los señores de su córte, el legado pronunciaba un sermón y absolvía los pecados. Por fin, habiendo llegado el tercer sábado, y hallándose el rey en la iglesia, fueron á anunciarle que se veian en la mar muchos bageles: eran del conde de Poitiers y el contingente de la Francia.

La llegada del hermano del rey, salvado de un modo tan milagroso, causó un gran regocijo en todo el ejército. Todos acudieron presurosos al desembarco, y vieron con júbilo que además de un poderoso refuerzo de hombres, llevaba el conde de Poitiers un gran socorro de dinero. Once carros, arrastrado cada uno por cuatro robustos caballos, y cargados con ochenta toneles grandes unidos con anillos

de hierro, que contenian talentos, esterlinas y monedas de Colonia, se encaminaron á Damietta. Era aquel el producto de los bienes de la Iglesia, que habian sido vendidos para ayudar al éxito de la cruzada.

Aquel mismo día reunió Luis IX á sus mas elevados barones, escogió de estos los que reconocia como mas hábiles guerreros, y les pidió su parecer acerca del camino que se debia tomar, y si se debia marchar sobre Alejandria ó sobre el Cairo. El conde Pedro de Breñaña y los mas experimentadas opinaron porque el rey fuese á Alejandria, que tenia un buen puerto, por medio del cual se podria abastecer el ejército; pero este parecer fué rechazado enérgicamente por el conde de Artois, quien declaró que por su parte no iria á Alejandria, sino por el Cairo; que el Cairo era la capital del reino de Egipto, y que para matar á la serpiente era preciso empezar por aplastarla la cabeza. El mismo rey se declaró á favor de esta proposicion, y el 6 de diciembre se pusieron en marcha los cruzados, dejando á la reina Margarita, las condesas de Artois, de Anjou y de Poitiers en Damietta, bajo la custodia de Olivier de Thermes.

A pesar de todas sus contingencias, el ejército presentaba todavía magnífica apariencia; veinte mil caballeros, la flor de la caballería, cuarenta mil infantes, los mejores soldados de á pie que habia, subian por la ribera derecha del Nilo. A la vez el rio desaparecia completamente en una estension de una legua bajo las barcas, galéras, y las grandes y pequeñas naves cargadas de armas, de arneses, instrumentos bélicos y hombres. Al dia siguiente hicieron alto en Pharescour, y aqui se presentaron el primer obstáculo y la primer empresa.

Habian llegado á uno de los numerosos brazos del Nilo que salen del rio y van al mar desde la embocadura Pelusiaca hasta la Canópica; y aunque poco ancho, era el rio demasiado profundo para vadearse. En aquella época en que el arte estratégico no habia descubierto todavía el secreto de esos puentes volantes que trasportan hoy nuestros ejércitos de una ribera á la otra, no habia en semejante caso otro recurso que hacer sangrias al rio, hasta que sus aguas bajando gradualmente, dejasen un vado al descubierto. Pusieron manos á la obra, y cuando iba ya adelantando, vieron llegar hácia ellos haciendo señales de paz, quinientos caballeros sarracenos perfectamente montados y cubiertos con magnificas armaduras. Luis envió gente en su reconocimiento, y mandó les preguntasen qué querian. Respondieron que habiendo muerto el sultan y no queriendo servir á su sucesor, iban á ofrecer sus servicios al rey de Francia. Por mas que aquel motivo pareciese poco plausible, como á causa de su escaso número se encontraban á discrecion de los cruzados, mandó el rey que so pena de rebelion, y por

consecuencia de muerte, no se hiciese ningun insulto á aquellos nuevos aliados. Pusieronse, pues, á su vista en orden para pasar el rio.

Marchaban los templarios á la cabeza, á las órdenes de Regnault de Bichers, cuando vieron á los quinientos sarracenos, que se habian formado en columna cerrada, moverse de repente y dirigirse á ellos á todo el galope de sus corceles; detuviéronse entonces para ver en lo que iba á parar aquello, contentándose no obstante con ponerse á la defensiva, porque de ningun modo podian creer que tan escasa gente atacase á todo un ejército. Su duda no duró mucho: uno de los turcos que sobrepujaba á los demas en altura como cuatro ó cinco pies, hirió con su maza de armas á un templario que se encontraba en el flanco de la línea de batalla, y le envió rodando bajo los pies del caballo de Regnault de Bichers. Entonces éste, tirando de su espada, se levantó sobre los estribos gritando: «Sus, adelante, compañeros; á ellos en nombre del Señor, porque no podemos tolerar cosas tales.» Dichas estas palabras, hundió los acicates en su troton, y todos aquellos terribles frailes que Dios habia armado caballeros, se volvieron contra los sarracenos, lanzándolos hácia el rio, é hiriéndolos con sus espadas, hasta que una parte de ellos quedó tendida en la ribera y la otra desapareció en el Nilo; tanto que ni uno de aquel escogido peloton se escapó, pereciendo todos al filo de la espada ó ahogados. En seguida los templarios que habian verificado solos aquella sangrienta ejecucion, volvieron á colocarse á vanguardia y pasaron el rio sin otro accidente. El ejército les siguió. Al dia siguiente por la noche llegaron á la aldea de Scharmesah.

El ruido de su marcha subia en tanto por el rio precediéndole; y á medida que se aproximaban á Mausourah, la última muralla del Cairo, el espanto se difundia por todo el Egipto, que con la reciente muerte del sultan quedaba en gran turbacion y desorden. Nada se oía hablar aun del jóven principe Touran-Chah; ninguno de los mensajeros que se le habian enviado habia vuelto, y la responsabilidad de los negocios públicos pesaba toda entera sobre una muger. Verdad es que el historiador árabe Makrisi dice que aquella muger sobrepujaba á todas las mugeres en belleza y á todos los hombres en genio.

El terror se aumentó aun mas con una carta que el emir Fakreddin envió al Cairo para llamar á las armas á todos los buenos musulmanes. A la hora de la plegaria, el mufti subió á la cátedra, y habiendo anunciado que habia una cosa interesante que comunicar al pueblo, desarrolla la carta de Fakreddin, y la leyó. Estaba concebida en estos términos:

«En el nombre de Dios y de Mahoma su profeta.

»Acudid presurosos, grandes y pequeños: la causa de Dios necesita de vuestras armas y

de vuestras riquezas. Los francos, ¡maldígalos el cielo! han arribado á nuestro pais con sus estandartes desplegados y desnudas sus espadas; quieren apoderarse de nuestras ciudades y asolar nuestras provincias. ¿Qué musulman puede negarse á marchar contra ellos y vengar la gloria del islamismo?»

El contenido de aquella carta leida en la gran mezquita se difundió al punto por todo el Cairo. Los cobardes pensaron huir, los valientes en salir al encuentro del peligro. Por espacio de tres dias estuvo la ciudad consternada y abatida; como si aquellos francos tan temidos estuviesen ya á las puertas. Entretanto continuaban avanzando los cruzados, sin conocimiento alguno de las localidades, pero subiendo por el Nilo, y sabiendo que en la ribera encontrarian á Mausourah, y despues de Mausourah el Cairo.

De repente, á pocas leguas mas allá de Bermoun, se detuvo la vanguardia dando grandes gritos: habia visto la ciudad de la Victoria, y al otro lado del canal del Achmoun, en ambas riberas, los dos campos de sus enemigos, apoyados por una flota que obstruia el Nilo, mientras los turcos obstruian la tierra. No se trataba ahora de variar de cauce á un torrente y vencer á quinientos sarracenos; habia que abrirse paso por entre una verdadera flota, y combatir contra todo un ejército. Habia llegado al fin al lugar señalado por el destino, y donde debia decidirse la suerte de la guerra. Avanzó la flota de los cruzados hasta la altura de Mausourah, los caballeros cristianos llegaron hasta las orillas del canal sin ataque y sin resistencia. Llegados aqui, ancló la flota y el ejército estableció su campo. Nasir-Daoud, principe de Karak, colocado en la ribera occidental del Nilo, les observaba. Era esto el 19 de diciembre del año 1249, el décimotercio dia de la luna de Ramadan.

Trazaron los cruzados inmediatamente su cerco en el mismo sitio en que el ejército del rey Juan de Brienne habia acampado treinta años antes, y el rey dió sus órdenes para el paso del canal.

Este canal que se separaba como una trenza de la melenuda cabeza del Nilo, tenia delante de Mausourah una anchura igual á la del Sena. Su cauce era profundo, sus orillas escarpadas; ningun puente existia, ningun vado era conocido, y algunos hombres dispersos en la otra orilla hubiesen bastado para destruir un ejército que hubiese intentado atravesarle á nado. Decidió, pues, Luis, que se construyese una calzada, y que dos torres movibles y de muchos pisos defenderian á los trabajadores. Dedicáronse, pues, á hacer aquellas torres de madera, que estuvieron construidas en algunos dias; en seguida se ocuparon del malecon.

Aproximaron entonces los sarracenos diez y seis máquinas de guerras que colocaron en la orilla meridional del rio á fin de lanzar pic-

dras y dardos á la otra orilla. Al punto el rey mandó construir diez y ocho máquinas que opuso á las de su contrario. Entre estas diez y ocho habia una muy mortifera, y cuyo inventor fué un caballero llamado Joussein de Courrent. Y mientras se levantaban aquellos castillos y aquellas máquinas, los hermanos del rey y los caballeros velaban sin cesar noche y dia.

En tanto que las galerias se terminaban, á pesar de la lluvia de piedras y flechas que caian sobre los trabajadores, el malecon comenzó á prolongar su cabeza en el rio. Pero al mismo tiempo, y en frente, los sarracenos se pusieron á escabar la tierra, de modo que el rio retrocedia por un esfuerzo semejante al que se hacia para cortarle. Durante tres dias avanzó la calzada con improba tarea, amasada con sudor y teñida de sangrè, y al fin del tercer dia, se encontraron con el mismo espacio que atravesar que al principio de los trabajos.

Entretanto, Fakreddin hizo bajase por la ribera izquierda del Nilo una fuerza numerosa de sarracenos, que pasó el rio por Scharmeh, y que andando de noche el mismo camino que los cristianos habian andado, avanzó para atacarlos: el emir les habia animado jurando por el nombre del profeta que el dia de San Sebastian dormiria en la tienda del rey de Francia.

Se disponia el ejército á comer, custodiando con gran cuidado la parte del canal y del rio, cuando á retaguardia del campamento y hácia el lado de Damietta se oyeron grandes voces de alarma. Joinville, que como hemos visto se hallaba siempre de los primeros en el combate, se levanta de la mesa con su compañero Pedro de Avallon y todas sus gentes, y haciendo ensillar sus caballos apresuradamente, se lanzaron hácia la parte del campo que se veia atacada. Al mismo tiempo que él y su gente, iba al socorro de los que habian sido atacados toda la milicia de los templarios, mandada por su infatigable mariscal Regnault de Bichers. Estos dos escogidos pelotones cayeron sobre los sarracenos, en el momento en que se llevaban ya al señor de Perron y el de Duval, su hermano, á quien habian cogido en el campo. Cuando se vieron perseguidos, quisieron matar á sus prisioneros, pero sus buenas armaduras les protegieron, y Joinville los encontró tendidos en el suelo, magullados y heridos, pero ambos todavía vivos. Inmediatamente llegaron nuevos refuerzos á los cruzados; los sarracenos se vieron obligados á dejar el campo de batalla, y los dos buenos caballeros fueron llevados en triunfo al campo.

Mandó Luis entonces ejecutar nuevos trabajos, y recomendó mayor vigilancia. Caváronse fosos en toda la línea que se estendia hácia Damietta; de suerte que el campo que tenia la forma de un triángulo, se encontraba

protegido por uno de sus lados por el Nilo, del otro por el canal del Achmoun, y por el tercero por los nuevos fosos, á que se añadió además una empalizada. El rey y el conde de Anjou se encargaron de guardar la parte que miraba al Cairo; el conde de Poitiers y el senescal de Champagne levantaron sus tiendas de modo que vigilasen el lado de Damietta, y el conde de Artois, con gente escogida, se estableció alrededor de las máquinas de guerra. De modo que jamás se vió campamento alguno mejor defendido que el del Achmoun, porque estaba custodiado por un rey y tres hermanos de rey.

Pero los turcos viendo que no habia medio de coger á los cruzados por sorpresa, colocaron un dia frente al malecon una máquina de guerra mas resistente y terrible que ninguna de las que se encontraban allí; al mismo tiempo otras máquinas arrojaban flechas y piedras, no solo por encima del canal del Achmoun, sino tambien de la orilla izquierda á la derecha del Nilo. Estos preparativos que anunciaban intenciones hostiles para el dia siguiente, hicieron que los señores Gautier de Cures y el senescal de Champagne fuesen llamados á estar en observación con el conde de Artois, de quien el rey desconfiaba siempre á causa de su juventud y fogosidad. Los caballeros se acomodaron pues entre las máquinas de guerra.

A eso de las diez de la noche, cuando los dos buenos caballeros velaban á diez pasos de distancia uno de otro, vieron una luz al otro lado del rio, y se aproximaron pensando que se tramaba alguna cosa; en el mismo instante un globo de fuego del grandor como de un tonel, dejando tras sí una cola parecida á la de una cometa, y semejante á un dragon que volase por el aire, partió de la máquina infernal, despidiendo tan gran resplandor, que se veia el campamento, y Mausourah, y el campo de los turcos, como si fuera al medio dia. Fué á caer entre las dos galeras, en una sangría que los cruzados habian hecho al rio para disminuir sus aguas, y allí, aunque en el agua, continuó ardiendo, porque aquel fuego era el fuego griego, inventado por Callinico, y no se podia apagar mas que con arena y vinagre. Todo el campo se despertó de repente con aquel estrépito y aquella llama, semejante al resplandor y estruendo de la pólvora. Salió el rey de su tienda, todos se levantaron, y permanecieron en pie é inmóviles; y el buen sire Gautier de Cures, viendo aquel fuego, se volvió hácia Joinville y sus caballeros exclamando: «¡Señores, somos perdidos sin remedio alguno; porque si permanecemos aquí, somos abrasados, y si abandonamos nuestro puesto mancaremos nuestra honra! Así pues, como solo Dios puede defendernos en tal peligro, os aconsejo, compañeros y amigos, que siempre que nos envíen ese fuego, nos pongamos todos de rodillas y el rostro pegado á tierra, pidiendo gracia á Nuestro Señor en quien reside todo

poder.» El senescal y los caballeros prometieron hacer lo que el buen señor les decia. En aquel momento llegó un chambelan del rey á preguntarles si la llama habia causado algun estrago. Pero precisamente acababa de apagarse, cediendo á los esfuerzos de un hombre que tenia algun conocimiento de aquella infernal materia, y que se habia atrevido á aproximarse solo al sitio en que habia caído. El chambelan volvió, pues, un poco tranquilo á donde estaba el rey. Mas apenas llegó á la tienda, todo el cielo se iluminó de nuevo con un resplandor tan terrible, que el mismo Luis cayó de rodillas exclamando con una voz conmovida por el llanto: «Buen señor Jesucristo, libranos á mí y á todo mi ejército!...»

Aquel segundo rayo atravesó el canal como el primero; pero inclinándose mas á la derecha se dirigió hácia la torre que guardaban las gentes de los señores de Courcenay, que viéndola ir hácia ellos, abandonaron el sitio donde debia caer, y emprendieron la fuga en todas direcciones. El ardiente dragon cayó sobre la orilla del rio, á pocos pies de la máquina de madera, de modo que un caballero, que lo veia comunicarse y propagar á la máquina, no esperando poderle apagar solo, fué corriendo y desolado á donde estaban los señores de Joinville y Gauthier, gritando: «Ayudadnos, ayudadnos en nombre del Señor Dios, ó todos somos quemados, nosotros y las torres. Auxilio, señores! auxilio!...» Los dos caballeros acudieron al punto, el ánimo volvió á sus gentes, gracias á este ejemplo; todos se dirigieron allí donde el fuego se hallaba; mas apenas comenzaron á apagarle, una lluvia de piedras, flechas y dardos cayó sobre ellos como un granizo. Pero estas eran armas humanas que podian rechazar medios humanos. Inquietáronse muy poco por ellas los cruzados, á pesar de que á los pocos momentos sus escudos y petos estaban acribillados.

Pasóse así la noche en medio de terrores sobrenaturales; hasta la venida del dia el cielo arrojó llamas y los caballeros estuvieron en vela, comenzando á creer que Mahoma, el falso profeta, enviaba á la defensa del Egipto, no ya hombres sino demonios. Los rumores mas extravagantes obtenian crédito en aquella tierra desconocida y en aquella época de tinieblas. El mismo Nilo, que corria á la vista de todos, bienhechor y fecundo, era el objeto de las fábulas mas inauditas. Joinville con su crédula y religiosa ingenuidad, nos ha conservado las estrañas opiniones que los cruzados habian tenido ó recibido con aquel motivo. Decian algunos, que el Nilo tenia su origen en el paraíso terrestre; y lo que daba fuerza á esta creencia es, que frecuentemente los pescadores sacaban en sus redes canela, gengibre y aloe, que arrastraba con sus aguas. Y como esos árboles preciosos germinan en el Eden, era evidente para los cristianos que el viento derribaba pedazos de aquellos arbustos, como

en nuestro país rompe las ramas muertas y secas; estos fragmentos caían en el río, y el río los llevaba hasta el Cairo, Mausourah y Damietta, donde los mercaderes los recogían y los vendían á peso de oro.

Decíase también que el soldán que acababa de morir había querido saber un día de donde salía aquel río, de nacimiento ignorado. En su consecuencia, mandó á gentes espertas á explorar su curso; al punto una flotilla se había puesto en camino, llevando víveres y galleta, por temor de ser detenida por el hambre. Los viajeros habían quedado tres meses en camino; al fin pasado este tiempo, habían vuelto diciendo que habían subido por el río hasta un sitio donde rocas cortadas á pico impedían el paso, y que desde lo alto de aquella eminencia habían visto al Nilo precipitarse como una inmensa cascada. Por lo demás, les había parecido que la cima de aquellas rocas estaba cubierta de árboles magníficos, y entre aquellos árboles habían creído distinguir un gran número de fieras, tales como leones, elefantes, dragones, tigres y serpientes, que salían á mirarlos á la orilla del precipicio. En seguida los viajeros se habían vuelto, no atreviéndose á seguir mas adelante, y fueron á dar cuenta al sultán de lo que habían visto durante su viage.

Concíbese ahora que los sucesos mas insignificantes pareciesen sobrenaturales, y á qué impresiones tan terribles debían dar origen en un ejército perdido en un país donde nadie ponía en duda semejantes narraciones. No causará, pues, admiración que el fuego griego, aquel secreto de los emperadores de Constantinopla, descubierto por los turcos, pero todavía desconocido á los cristianos, hubiese causado tan gran terror en todo el ejército. Felizmente para los cristianos, aquel primer ataque se pasó sin que la gravedad de los efectos correspondiese al terror que la causa inspiraba; los que habían velado por la noche se entregaron al reposo; solo el rey y sus hermanos no se quisieron dejar relevar por nadie, y continuaron vigilando en su puesto.

Ya de día, mandó el conde de Anjou se reparasen las máquinas, y como las flechas de los sarracenos inquietaban á los trabajadores, hizo aproximar sus dos torres, y respondió con las balistas de sus máquinas; y como los cristianos tenían excelentes arqueros y diestros tiradores, se apercibieron los turcos de la desventaja que tenían ellos. Arrastraron entonces una especie de catapulta que llamaban *la Pedrera*, frente á las galerías de los cruzados, y apareando todos sus ingenios para darles mas fuerza, añadieron á aquellos globos de fuego que lanzaba la máquina principal, una multitud de dardos inflamados á los que nadie se atrevía á esponerse.

Entonces el fuego griego, auxiliado por la luz del día, fué dirigido con mas seguridad y mas fatalmente; en un instante las dos torres

y todos los parapetos que las rodeaban empezaron á arder. Al verlo, quiso el conde de Anjou lanzarse solo para apagar el incendio; detuviéronle por fuerza, tanto que casi parecia enagenado. Todo el día estuvo cayendo aquella lluvia de Gomorra, devorándolo todo, y por la tarde no había ya ni equipages ni máquinas. La noche fué tranquila; nada quedaba ya que quemar.

Toda la madera se había consumido; ya no había nada ni en el campamento ni en las inmediaciones. El rey reunió sus caballeros y les espuso su aflicción. Decidióse que se desharian cierta cantidad de navíos, y que de sus pedazos se construiría una nueva torre. Se perdieron algunos bageles, pero quince días despues una galería mas fuerte y alta que las precedentes, estaba completamente terminada. El rey, por un sentimiento caballeresco que tenía por objeto volver á su hermano la honra que este creía haber perdido dejando quemar sus torres, mandó que no se condujese esta al malecón hasta que llegase el día en que le tocaba aquel puesto al duque de Anjou. Hízose como el rey había decidido, y en el día señalado se arrastró la nueva torre hácia la orilla del canal, y se mandó á los trabajadores pudiesen manos á la obra.

Entonces los sarracenos volvieron á comenzar la misma maniobra de que ya habían sido víctimas los cruzados; condujeron sobre el punto amenazado la infernal *Pedrera*, la añadieron otras diez y seis máquinas que aparearon como la primera vez para redoblar sus fuerzas, é hicieron llover sobre los trabajadores una granizada de piedras y dardos. Mantuviéronse estos un momento, pero aplastados bien pronto bajo aquella lluvia mortífera, se retiraron fuera de su alcance. Inmediatamente, viendo la torre abandonada, asestaron la *Pedrera* directamente contra ella; cinco minutos despues, un globo de llamas envuelto en humo, atravesó el canal silbando y produciendo un ruido infernal, y vino á caer al pie de la torre. Lanzóse entonces el conde de Anjou solo en medio de aquella especie de vacío decidido á apagar aquella llama infernal ó á ser devorado por ella. En el mismo instante la lluvia de piedras y de flechas redobló, y fué un milagro que ninguna le alcanzase. Veíanse entretanto los preparativos que hacían los sarracenos para lanzar por segunda vez el fuego griego; no había que perder un momento para salvar al conde de Anjou. Cuatro caballeros se decidieron al sacrificio; marcharon hácia él como á socorrerle, y cogiéndole por los brazos y el cuerpo le arrastraron con fuerza fuera del alcance de los dardos y las llamas.

Apenas se habían alejado, un segundo globo atravesó el espacio, y fué á clavarse en el flanco de la galería. A cualquiera otra clase de fuego acaso hubiese resistido la torre, porque estaba completamente forrada de cuero y construída con maderas mojadas; pero todas aque-

llas precauciones eran inútiles contra el fuego griego: el abrasador dragon se agarró con sus garras de hierro al corazón de la torre, envolviendo con sus alas gigantescas el inerte é inmóvil coloso sobre que había caído; todo se confundió al punto en una inmensa hoguera, y al cabo de una hora no quedaba ya de la máquina que había costado tantas fatigas y dinero, mas que un monton de cenizas.

El rey estaba desolado; no veía término á aquella lucha; era preciso atravesar el canal ó renunciar á la cruzada. Establecer un malecon era imposible; el torrente era demasiado rápido y profundo para atravesarle á nado; la retirada hácia Damietta era vergonzosa é impolítica, y sin embargo, las cosas no podian permanecer en el estado en que se hallaban. El hambre comenzaba á afligir al ejército; algunos hombres habian muerto de una enfermedad que, sin tener carácter contagioso, ofrecia, sin embargo, síntomas análogos, y por consecuencia alarmantes. Reunió Luis á sus barones en consejo extraordinario.

Verificábase la reunion en la tienda del rey, y no se esperaba ya para comenzar la discusion mas que al señor Humbert de Beaugeu, condestable de Francia, que rondaba en el circuito exterior del campamento, cuando entró llevando una noticia que volvió á todos el valor. Mientras patrullaba, un beduino se le habia presentado y le habia ofrecido enseñarle un vado accesible á los caballos, mediante la cantidad de quinientos pesantes de oro. El rey aceptó á condicion de que la suma no se pagaria hasta que los cruzados hubiesen tocado en la otra orilla. Cerrado así el trato, decidióse el paso para la noche del miércoles 8 de febrero.

El lunes por la noche, el rey entregó la custodia del campo al duque de Borgoña, que mandó al punto circulasen patrullas por temor de una sorpresa; en seguida el rey y sus tres hermanos se pusieron en marcha mandando diferentes divisiones. En la vanguardia iba el hermano Gilles con los templarios, de que era gran comendador. Tras ellos iba el conde de Artois seguido de los prohombres y guardias de su casa; por último, el rey y sus dos hermanos, el conde de Anjou y el conde de Poitiers, mandando el resto de la gente: entre todos mil cuatrocientos caballeros próximamente, con trescientos ballesteros, que debian pasar á la grupa con la vanguardia.

La division, enviada para la espedicion, se puso en camino á la una de la madrugada en medio de la oscuridad, en silencio y siguiendo las orillas del canal con el orden que hemos dicho. En el camino algunos caballeros se separaron imprudentemente; y como las orillas, que estaban en pendiente, eran de cieno y arcilla, cayeron con sus caballos en el canal y desaparecieron al instante mismo. Tal era la profundidad del agua y la rapidez de la corriente. Entre estos se encontró un capitán

muy bravo llamado Ghean de Orleans, el cual llevaba la bandera del ejército; supo el rey aquellos accidentes, movió la cabeza como feniéndolos como de mal agüero, y ordenó que los caballeros se separasen de la ribera.

A las dos de la madrugada habian llegado los cruzados al vado. A la luz de la aurora naciente, vieron en la otra orilla trescientos caballeros sarracenos próximamente, que sin duda habian sido colocados allí para guardar el paso. Entonces el beduino entró el primero con su caballo en el canal, fué hasta la otra orilla y volvió á donde estaba el rey, quien le entregó al punto los quinientos pesantes de oro y le volvió á enviar al campamento. Entonces, á pesar de la orden que habia dado de que nadie abandonase su puesto, el conde de Artois pasó del segundo cuerpo á la vanguardia y lanzó el primero su caballo al agua. No habia tenido tiempo el rey de gritarle que cuidase su vida, cuando ya estaba á la otra orilla esperándole. Hizo seña el príncipe con la mano para tranquilizar á su hermano, y el primero anticipándose á los templarios, lastimados con aquel ataque á sus derechos, se puso á atravesar el canal. Al mismo tiempo, las gentes del conde, viendo á su señor á la cabeza de la columna, se arrojaron al agua para unirse á él, rompiendo la línea de los cruzados, y llegando en confuso tropel con ellos á la otra orilla, que felizmente tenia una suave pendiente y por consecuencia un fácil acceso.

Apenas el conde de Artois habia tocado en la otra ribera, cuando, á pesar de la orden del rey, que habia mandado se esperase á que todo el mundo hubiese pasado para empeñar el combate, no pudo resistir al deseo de atacar el campamento y partió al galope con sus hombres de armas subiendo por la ribera. Entonces los templarios, viéndole partir así, no quisieron quedarse atrás, y se lanzaron á competencia con los otros caballeros. Llegaron así, llevados con una rapidez tal (á pesar de que casi todos los caballeros, ademas de sus ginetes, llevaban á la grupa un balletero) que sorprendieron las avanzadas, y entraron en el campo llevando en la punta de sus lanzas la noticia de su paso. Encontraron á los sarracenos tendidos y entregados al sueño. Echáronse abajo los ballesteros y se esparcieron por el campo y comenzó la carnicería. Exasperados por un mes de lucha impotente, los cruzados, que habian al fin conseguido unirse á sus enemigos, á nadie perdonaban: niños, ancianos, guerreros, doncellas, todos cayeron heridos con el mismo ardor, sin gracia ni piedad, los unos en sus camas, los otros por entre los barrancos, otros en fin á medio armar y vestir; el emir Fakreddin estaba en el baño y se hacia perfumar la barba, cuando oyó los gritos de muerte que lanzaban á la vez los que acometian y las víctimas. Acude presuroso á la puerta de su tienda completamente desnudo y sin

otra defensa que una maza de armas; un caballo sin silla y sin brida pasaba despavorido; le coge por la crin, se lanza sobre sus lomos, y corre hácia el punto donde se oía mayor alboroto, gritando *Islam, Islam*, con una voz que fué oída en todo el campamento. Encontró á los franceses en el momento en que acababan de apoderarse de las máquinas de guerra, entre las que yacía quieta y sombría aquella Pedrera que habia arrojado tantas llamas al campo. No creía el emir tan cerca de sí á los cruzados, de modo que se encontró en medio de ellos y no reconoció el peligro sino cuando ya no era tiempo de huir. Al punto su cuerpo fué el blanco de todos los golpes, y cayó acuchillado con mas de veinte heridas. Entonces un caballero llamado Foncault de Nesle, viendo huir por todas partes á los sarracenos coge el caballo del conde de Artois por el freno, gritando: ¡Sus, á ellos! ¡Sus, á ellos! El conde de Artois tenia mas bien necesidad de ser contenido que escitado: picó con sus espuelas al caballo para perseguir á los infieles; pero el gran comendador del Temple, el hermano Gilles, se atravesó en su camino recordándole la orden del rey, que queria se le esperase. Continuaba entretanto el caballero sujetando la cabalgadura del conde de Artois por la brida gritando siempre y con todas sus fuerzas: ¡Sus, á ellos! ¡Sus, á ellos! porque siendo sordo no habia oído la orden del rey y no sabia lo que el comendador del Temple decia al conde. Este, lastimado con el atrevimiento del hermano Gilles, dió un golpe al caballo del comendador con el pomo de su espada para hacerle separar del camino, diciéndole: «que si tenia miedo se quedase donde estaba, pero que le dejase ir á él que no tenia miedo.—No tenemos mas miedo que vos monseñor, respondió el hermano Gilles, y donde vos vayais con la ayuda de Dios iremos nosotros.» Y al mismo tiempo puso su caballo al par de el del conde de Artois y salió al galope no permitiéndolo, á pesar de ser el hermano del rey, que se adelantase la distancia de media lanza. En aquel momento oyeron gritar tras de sí: ¡deteneos! Eran diez caballeros que iban de parte del rey á mandar al conde de Artois esperase los demas cuerpos; pero el conde, señalándoles los infieles en derrota: «¿No veis que huyen, dijo, y que sería una indisculpable cobardía no perseguirlos?» Dichas estas palabras vuelve á emprender su carrera dando rodeos para herir á derecha é izquierda, por todas partes donde veía tropas sarracenas, sin seguir ningun camino y acompañado siempre del hermano Gilles. Al fin, siempre persiguiendo y siempre hiriendo llegaron hasta Mausourah, y como las puertas estaban abiertas á fin de que los turcos pudiesen refugiarse en ella, se entraron en la ciudad dejando el camino que acababan de seguir cubierto de cadáveres y empapado en sangre. Cerraron las puertas detras de ellos, y al fin

se oyó un gran número de tambores y trompetas; llamaban á los sarracenos á las armas con todos los ecos de la guerra, no pudiendo creer que los franceses fuesen bastante insensatos para haberse entrado en número insignificante en medio de una ciudad fortificada y que servia de guarnicion á sus mas bravos soldados, los mamelucos baharitas.

Mientras esto pasaba, el rey habia atravesado el canal tras el conde de Artois y el maestre del Temple con la segunda division del ejército; pero la tercera estaba todavía en la otra orilla, y entretanto los sarracenos se rehacian y armaban apresuradamente. Vió Joinville á su izquierda un considerable cuerpo que iba á cargar sobre el rey, y resolvió salir á su encuentro á fin de dar tiempo á la tercera division de ganar la orilla. Llamó, pues, á sí, ademas de sus caballeros, á los prohombres que voluntariamente quisieran seguirle; y respondieron á aquel llamamiento Hugues de Trechatel, señor de Conflans, que llevaba bandera; Raoul de Vanon; Errard d'Esmeray; Regnault de Menoncourt; Ferreys de Loppey; Hugues de Écossé, y otros muchos; de modo que viéndose un número suficiente para distraer al enemigo, picaron espuelas en direccion á los sarracenos. El buen sénéscal, como siempre y en todas partes, llegó el primero y con tanta rapidez, que el que parecia mandar la partida de los infieles no habia tenido tiempo todavía de montar á caballo: ponía el pie en el estribo y y un caballero tenia la brida, cuando Joinville, hiriéndole en un sitio descubierto del pecho, le hundió por un costado su espada que salió por el otro. Entonces el caballero sarraceno soltó la brida del caballo de su señor, y antes que Joinville hubiese podido sacar su espada, le hirió entre los hombros con una maza de armas con tal fuerza que el caballero se inclinó cayendo sobre el cuello de su corcel. Mas incorporándose al punto, desenvainó otra espada que llevaba en el arzon de su silla, é hirió con ella al sarraceno que emprendió la fuga. Cuando se dispersaba aquella gente, otra division compuesta de seis mil hombres próximamente, que en la primera alarma habian abandonados sus tiendas y se habian rehecho en campo raso, apareció, y viendo aquel reducido peloton de cristianos ante sí, pusieron sus caballos al galope corriendo hácia ellos. Aunque apenas eran estos doscientos entre escuderos y caballeros, Joinville y sus amigos se aprestaron á hacer buena resistencia. Al primer choque, Hugues de Trechatel fué muerto y Vanon hecho prisionero. Mas cuando los turcos se le llevaban, le vió Joinville en medio de los que le habian hecho prisionero, y separándose del combate, cargó con Errard d'Esmeray sobre los que le arrebataban, y le soltaron. En el mismo instante recibió Joinville en su casco tan gran golpe que su caballo se arrodilló, y sacán-

dole de los arzones le arrojó por encima de la cabeza. Creyeron los sarracenos haberle muerto y corrieron hácia otros. Mas al punto se levantó, con su escudo al brazo y la espada en la diestra, y mirando á su rededor, vió á Errard d'Esmeray derribado como él, que como él acababa de levantarse, y resolvieron los dos retirarse hácia las ruinas de una casa donde esperaban ocultarse ó defenderse hasta que sus gentes acudiesen á socorrerlos y les llevasen caballos. En tanto una numerosa hueste de turcos que acudian á la pelea, apareció de repente. Los dos caballeros no intentaron huir ni ponerse á la defensiva; en pocos minutos llegaron á ellos los sarracenos: atropellados por los caballos cayeron, y toda la carga pasó sobre ellos como un huracán de acero, y fué á buscar una lucha mas formal, sin cuidarse de aquellos dos hombres que creían aplastados. Quedó entonces Joinville casi sin sentido; su escudo se habia separado de su brazo, y yacia él mismo en tierra sin tener fuerza para levantarse, cuando Errard fué en su socorro. Sostenido por su compañero, ganó al fin las ruinas que le ofrecian un abrigo, y apenas habian llegado allí, se les unieron Hugues de Écosse, Ferreys de Loppey, Regnault de Menoncourt, Raoul de Vanon y muchos de sus gentes. Acababan de reunirse, cuando fueron cargados por un peloton de turcos que los envolvió atacándolos de frente y por retaguardia, habiendo desmontado algunos y entrado en las ruinas para combatir mas de cerca, la lucha volvió á comenzar de nuevo y con mas encarnizamiento, porque los señores habian dado un caballo á Joinville y otro á Errard d'Esmeray; de modo que gracias á sus prodigios de valor, los sarracenos fueron rechazados, y viendo que se las habían con valientes caballeros fueron á buscar refuerzo. Entonces el pequeño peloton pudo reconocerse. Cuatro ó cinco caballeros estaban muertos; Raoul de Vanon y Ferreys de Loppey habian recibido cada uno una estocada en la espalda, y salía la sangre de sus heridas como el vino de un tonel; Errard habia sido mal herido en el rostro por tal cuchillada, que su nariz y una parte de la megilla, desprendidas del hueso, caian sobre su boca. Todos los demas estaban mas ó menos heridos y en tal afliccion, que Joinville habiendo perdido confianza en el valor humano, se dirigió al poder divino, y acordándose de Santiago, á quien tenia una devocion particular, unió sus manos diciendo:

—Buen señor Santiago, yo te lo suplico, ayúdame y socórreme.

No bien habia acabado de dirigir aquella súplica, apareció el conde de Anjou en medio del campo, conduciendo su division y como á mil pasos de ellos.

Mas el conde de Anjou, ocupado en combatir con los sarracenos que le rodeaban, no

veia ni á Joinville ni sus compañeros, de quienes se habia apoderado tal debilidad, que no podian dirigirse á él. Entonces Errard se volvió al buen senescal y le dijo:

—Senor, si no creyéseis que lo hago por huir y abandonaros, iria á buscar arrostrando el peligro á monseñor el conde de Anjou á quien vemos allá en aquellos campos.

Entonces Joinville le respondió:—Caballero Errard, mucho hariais en honor mio y gran placer me causaríais si fuéseis en busca de socorro con el cual pudiese salvarse nuestra vida.

Al decir estas palabras soltó el caballo de Errard que tenia cogido por la brida. Al punto el caballero partió á galope. Ya era tienpo: tras de él volvieron los sarracenos á la carga. Empeñóse el combate de nuevo é iban á sucumbir Joinville y sus compañeros, á pesar de su defensa, estenuados por la fatiga, abrasados por el número y bañados en sangre y sudor, cuando los gritos de *Anjou en socorro* se oyeron: era el principe y toda su division que los iban á socorrer y libertar, guiados por el caballero Errard d'Esmeray, el cual murió al dia siguiente de la terrible herida que habia recibido y que le cruzaba el rostro.

En aquel mismo instante apareció el rey sobre una colina con gran estruendo de clarines y bocinas de guerra; aqui se detuvo para dar algunas órdenes. Elevaba su cabeza sobre todos los que le rodeaban y ceñala un dorado casco; blandía en su diestra una espada alemana con guarnicion dorada; cubria su cuerpo un peto cubierto de flores de lis tambien doradas, de modo que dando en aquel momento de lleno en su persona el sol saliente, parecia resplandecer ya con la claridad del Paraiso. Cristianos é infieles, amigos y enemigos le reconocieron al punto, y todos, recobrando nuevas fuerzas, corrieron hácia él, los unos para defenderle, los otros para atacarle. Dirigió entonces una tranquila mirada en su derredor, y viendo en el peligro en que habian puesto á todo el ejército los que no habian seguido sus instrucciones, mandó á su division formase en compacta masa y no se desuniesen, prometiendo que gracias á aquella precaucion, y con la ayuda de Jesucristo, nada podrian contra ellos los sarracenos por numerosos que fuesen. Apenas habia dado aquella orden, cuando con gran estruendo de címbalos y bocinas se dirigieron los sarracenos á atacar al rey en número de mas de diez mil.

Empeñada de este modo la batalla, era uno de los mas magníficos espectáculos que se podia ver, porque ninguno se servia del arco ó la ballesta, sino de la tizona, la maza ó el venablo; de suerte que se combatia cuerpo á cuerpo como en un torneo. Allí brillaba la caballeria de Francia; y á pesar de que cada noble tenia que habérselas con tres ó cuatro sarracenos, el combate era igual y se sostenia: el primero de todos, en medio de todos se veia

al rey, esponiendo mas su persona que ninguno de su ejército; de suerte que uno de sus mas leales caballeros, el caballero Jehan de Valery, cogió su caballo por la brida, y le arrastró á su pesar hácia la parte del rio, donde al menos podian protegerle desde la otra orilla, las máquinas de guerra y los ballestros del duque de Borgoña. Apenas acababa de llegar, cuando Beaulieu, condestable de Francia, se aproximó todo ensangrentado, empuñando su mano un pedazo de su flordelisada espada. Dijo al rey que su hermano, el conde de Artois estaba en gran peligro en las calles de Mausourah, defendiéndose con una bizzarria maravillosa, mas sin embargo próximo á sucumbir sino era socorrido!... Entonces el rey exclamó:—Volad delante, condestable, y por mi señor Jesucristo, os seguiré cerca. Al punto el condestable tomó una espada y levantándola al aire:—Quien tenga buena voluntad y valor que me siga, dijo. Y Joinville y otros cinco, heridos y magullados como estaban, respondieron: ¡Hémos aquí! y clavando los acicates en sus trotones, siguieron al condestable.

Estaban ya á muy corta distancia de Mausourah, cuando un sargento de maza con las armas del condestable, montado en un caballo de refresco, los alcanzó gritando:—Deteneos, señores; que el rey está en gran peligro; deteneos. La pequeña partida obedeció. Hacia diez minutos que el combate habia cambiado de aspecto: porque los sarracenos habian cambiado de táctica. Viendo que no podian romper aquella masa de hierro se habian alejado, y hecho llover sobre los cristianos tal cantidad de flechas, dardos y venablos, que habian oscurecido el cielo, y las ferradas puntas de aquellos proyectiles, chocando en las corazas y escudos de acero de los cruzados, saltaban como el granizo en un tejado. Los hombres resguardados por sus armaduras, sufrían al fin aquella tempestad; pero los caballos caían, arrastrando en la caída á sus ginetes; tanto que Luis viendo entrar la confusion en las líneas, exclamó:—¡Adelante! Y á pesar de las observaciones de sus barones, cargó el primero. Aquella masa se movió y todos le siguieron; de suerte que las dos divisiones chocaron de nuevo con tal estrépito, que el condestable y Joinville le oyeron á una milla de distancia: vacilaron entonces sin saber á quien habian de socorrer, si al rey ó á su hermano, y todos fueron de parecer que al rey. Hicieron, pues, volver grupas á sus caballos; pero entre ellos y Luis habia un cuerpo de mil doscientos sarracenos próximamente, y ellos no eran mas que seis: hicieron entonces un rodeo por las orillas del canal, y siguiendo su ribera, veían flotar á merced de las ondas, viniendo la direccion de Mausourah, arcos, lanzas y picas, hombres y caballos, torcidos, rotas, hechas pedazos aquellas, muertos ó moribundos estos; eran las tristes nuevas que les llegaban del conde de Artois y su gente; separaron la vista del canal,

y continuaron su carrera en la direccion en que se hallaba el rey.

Luis se habia retirado sobre la ribera del rio á una posicion ventajosa, despues de haber hecho en aquella lucha gigantesca lo que pudiera creerse fuese capaz de hacer un hombre: rodeado á la vez por seis sarracenos, dos de los cuales habian ya cogido su caballo por el bocado, á los seis los habia derribado de seis cuchilladas, librándose sin auxilio de nadie. Sin aquel ejemplo real y aquel valor sobrehumano, todo estaba perdido. Pero cuando los caballeros vieron á su príncipe ejecutar semejantes hechos de armas, no hubo uno que quisiese quedarse atrás; de modo que todos lucharon á competencia, y los sarracenos retrocedieron por fin para rehacerse á su vez, porque aunque diez veces mas numerosos, les habian reducido los cruzados á un terrible y lastimoso estado.

Joinville y el condestable habian, pues, llegado á tiempo, no para ver el fin del combate, porque aquel descanso momentáneo no era mas que una tregua en que cada uno recobraba nuevas fuerzas, sino para ir en ayuda de sus compañeros en la nueva lucha que se preparaba. Delante del rey habia un torrente que desembocaba en el canal, y sobre aquel torrente un puente pequeño. Joinville vió que la posicion era importante; detúvose en él con el condestable, y viendo á su primo el conde de Soissons:

—Señor, le dijo, os suplico permanezcáis aquí para guardar este paso, y haciéndolo obrareis bien, porque si le dejais, aquellos turcos que veis en frente de vos vendrán á acometer al rey por retaguardia, mientras sus compañeros le atacan por delante.

—Señor primo, respondió el conde de Soissons, si yo permanezco en este puente, ¿permanecereis conmigo?

—Si, respondió Joinville, hasta que muera.

—Pues bien, dijo el conde; sea, soy vuestro. Viendo y oyendo lo cual el condestable:

—Está bien, dijo, guardad ese puente como bravos y leales caballeros, y voy á buscaros socorro. Organizáronse entonces los caballeros para guardar aquel puesto, y Joinville, á quien se habia ocurrido la idea de su defensa, se puso á la cabeza del paso, teniendo á su derecha al conde de Soissons, y á su izquierda á messire de Nouailles.

Hacia un momento que se hallaban allí, cuando vieron acudir directamente hácia ellos al conde de Bretaña, que volvía de la parte de Mausourah, á donde no habia podido penetrar. Iba montado en un corpulento caballo flamenco, cuyas bridas tenia cortadas ó rotas, y á cuyo cuello se habia aferrado con los brazos por temor de que los sarracenos, que le seguían de cerca, le hiciesen caer de él, en cuyo caso estaba perdido. De vez en cuando se incorporaba sobre los arzones, abría la boca, y entonces arrojaba por ella la sangre como

si la vomitase, lo cual no le impedía que volviera el rostro, mofándose é insultando á los que le perseguían. Al fin llegó al puente, siempre amenazado por los turcos y siempre mofándose de ellos; pero estos, viendo un puesto defendido por caballeros dispuestos á todo, y que volvían hácia ellos sus rostros y las puntas de sus espadas, se retiraron al punto, y fueron á unirse á las otras divisiones de los sarracenos.

Acababan estas de ser ordenadas de nuevo, de modo que á los pocos momentos las bocinas, los cimbalos y la gritería resonaron mas amenazadores y terribles que nunca. Todas las fuerzas turcas se habian reunido, é iban á intentar un nuevo esfuerzo para rechazar al rey, y á los seiscientos ó setecientos caballeros que le quedaban en el canal en que estaba apoyado.

Lo que Joinville habia previsto sucedió. Una parte de los sarracenos marchó contra el rey, y la otra intentó forzar el paso del puente; pero en ambos puntos fueron vigorosamente rechazados. Entre el escaso destacamento de Joinville, habia dos heraldos del rey, uno de los que se llamaba Guillermo de Bron y el otro Juan de Gamache. Sus tabardos bordados con flores de lis, atraían especialmente hácia sí la atención de los infieles. Un gran número de populacho y canalla se habia, pues, dirigido contra ellos y los abrumaba á pedradas. Por su parte los ballesteros sarracenos hacían llover sobre ellos millares de flechas, de tal modo, que detrás de los caballeros parecia la tierra erizada de espigas inclinadas por el viento. Joinville, para librarse de aquella mortífera lluvia, despojó el cadáver de un sarraceno de su entretelado peto, y se hizo de él un escudo, de suerte que no le hirieron mas que cinco flechas, mientras su caballo habia recibido quince. Cada una de aquellas descargas iba acompañada de gritos é insultos que ponían al buen senescal fuera de sí. Y apenas uno de los colonos de su senescalía le acercó un estandarte con sus armas y una gran cuchilla de guerra que ocupase el lugar de su rota espada, cayó con el conde de Soissons y el de Nouailles sobre todos los villanos, los dispersó, y despues de matar á muchos, volvió al puente, ó mas bien fueron atacados con nuevos gritos y encarnizamiento. Aun queria volver á cargar, cuando el conde de Soissons le detuvo diciendo:

—Dejemos gritar y rebuznar á esa canalla, y por Dios, creedme, algun dia hablaremos de esta jornada en un salon y delante de las damas. Se necesitaba nada menos que aquella promesa del conde para infundir paciencia al buen senescal.

El rey no se veía por su parte atacado con menos furia, ni se mantenía menos firme. Los sarracenos habian puesto por obra la anterior táctica: manteníanse á respetuosa distancia, y sepultaban al ejército entre dardos y flechas,

sucediéndose los unos á los otros, vaciando sus carcax y retirándose para ir á llenarlos otra vez. Cuando vieron las tres cuartas partes de los caballos heridos, y desmontados parte de los ginetes, aprovechando la confusión introducida en las filas de los cruzados, colgaron sus arcos en el brazo izquierdo, y descolgando sus mazas y sacando sus espadas, cargaron todos juntos gritando *¡Islam, Islam!* Pero el rey y toda su division, respondiéndoles con el grito de *¡Montjoie y Saint-Denis!* recibieron el choque sin ser deshechos, y al fin de la jornada volvió á comenzar el combate cuerpo á cuerpo, con el mismo encarnizamiento que habia empezado por la mañana.

En tanto los cruzados que estaban al otro lado del canal, separados de sus hermanos la distancia de tiro y medio de ballesta á lo mas, se desesperaban por no poder ir en socorro del rey, cuyo peligro comprendían. Veíanse golpearse el rostro y retorcerse los brazos; oíanse sus gritos de rabia y sus impotentes amenazas. De repente, adoptando una resolución desesperada, arrojan al canal las vigas, los ingenios, los instrumentos de guerra. Cadáveres, lanzas, escudos, cuerpos de caballos que arrastraba la corriente, se detienen contra aquella especie de dique; muy pronto á la calzada comenzada se une aquella nueva calzada; es un puente improvisado, movable, infernal, pero es un puente que une una á otra ribera. Siempre que se pueda pasar, es todo lo que se necesita; se oprimen, se impelen, se chocan; los que caen mas allá del puente son arrastrados por la corriente; los que caen á esta parte se agarran á los pedazos de navío, á las vigas, á los cadáveres, y vuelven á subir calados; en vez del arma que se les ha escapado, se apoderan del primer hierro que encuentran, y llegan al fin á la otra orilla, alegres y triunfantes con poder tomar parte en el combate que desde por la mañana están viendo como simples espectadores. Sus gritos anuncian al rey que le llegan socorros, y á los sarracenos que la victoria que creían tener ganada, está próxima á escapárseles: inmediatamente aquella multitud se estiende sin orden, sin gefe, como un incendio, como una inundación, y guiada solo por su cólera; el rey y sus caballeros hacen un último esfuerzo, y toman otra vez la ofensiva. Humbert de Beaulieu reúne con gran trabajo un centenar de ballesteros, con los que forma una compañía; arrójase con ellos al encuentro de Joinville, del conde de Nouailles, del de Soissons y de su compañía, que iban á ser arrollados. Los sarracenos retroceden á su vez. A su vez son los cruzados los que cargan gritando: *¡Montjoie y Saint-Denis!* Retroceden los infieles, y los cristianos los rechazan mas allá de los límites de su campo. Sin embargo, continúa el combate; aquello es una retirada y no una fuga, una ventaja y no una victoria; cae la noche con la rapidez de los climas orienta-

les, y separa á los combatientes; métense los turcos en sus grandes juncos, donde desaparecen. Los cristianos entran en su campo: inútil conquista que no les presenta otro resultado que el apoderarse de veinte y cuatro máquinas de guerra! La batalla habia durado diez y siete horas.

Entonces el condestable, viendo ganada la jornada, dijo á Joinville se fuese con el rey y no le abandonase hasta que le hubiese visto bajarse del caballo y entrar en su tienda. En el momento en que el senescal llegaba junto á Luis, se ponía éste en camino para ir á las tiendas que se habian levantado orilla del canal. Entonces Joinville le quitó su casco que era pesado y estaba todo abollado, y le puso su propio yelmo, que era de acero machacado muy delgado y ligero. Cuando caminaban asi uno al lado del otro, el hermano Enrique, prior del hospital de Ronnay, que habia pasado el rio, se llegó ante el rey y besó su mano cubierta del pesado guante, preguntándole si tenia noticias de su hermano el conde de Artois.

—Si, le dijo el rey, las tengo positivas.

—¿Y cuáles? preguntó el prior.

—Que está en el Paraiso, respondió el rey con voz ahogada. Y como el prior intentase consolarle diciéndole que jamás ningun rey de Francia habia tenido un honor semejante al suyo, puesto que, gracias á su valor, él y su ejército habian pasado un rio peligroso y lanzado de su campo á los infieles, el rey le respondió:

—Dios sea bendecido en todo lo que nos da. Y á pesar de la resignacion del cristiano, lágrimas abundantes corrian en silencio de los ojos del hermano.

Unióse á ellos Guyon de Malvoisin, que volvía de Mausourah. Aunque el rey sabia ya, como hemos dicho, la muerte de su hermano, el recién llegado era el primero que podia darle detalles de ella: eran desastrosos.

Al ver los sarracenos á los cristianos entrar en Mausourah habian creído que todo el ejército seguía al conde de Artois; de modo que considerándose perdidos habian hecho partir al punto un pichon para el Cairo. Este pichon llevaba bajo sus alas un billete concebido en estos términos: «En el momento de enviar el ave, el enemigo atacó á Mausourah; se da una terrible batalla por los cristianos á los musulmanes.» Esta carta habia llevado el terror á la capital del Egipto, y el gobernador habia mandado que las puertas permaneciesen toda la noche abiertas para recibir á los fugitivos. Pero en cuanto advirtieron en Mausourah el escaso número de cristianos que habia entrado en la ciudad, el gefe de los mamelucos, hombre de valor y de cabeza, mandó al punto, como hemos dicho mas arriba, traer las trompetas, batir los tambores y bajar los rastrillos; en seguida, en el momento en que los cruzados saqueaban el palacio del sultan, cayó sobre ellos con los baharitas, aquella milicia

de esclavos que era la mejor tropa de los egipcios, y en la que Napoleon debia vengar con la victoria de las Pirámides, el desastre de Mausourah.

Al punto todo musulmán en estado de llevar una lanza, de disparar una flecha, de arrojar una piedra, se arma y se prepara al combate. Los cristianos veían formarse la tormenta, y procuran rehacerse para hacerle frente; pero en las estrechas calles de aquella ciudad árabe, no podían manejar sus caballos ni servirse de sus espadas. Al instante cada ventana se convierte en una saetera de donde parten dardos y piedras; cada terrado se transforma en una muralla, de donde cae la arena abrasada y el agua hirviendo. Olvidan todas las imprudencias del conde de Artois frente al peligro que es su consecuencia. El conde de Salisbury y sus ingleses, el gran maestro del Temple y sus monges, el señor de Coucy y sus caballeros, se reunen y apiñan en derredor del hermano de su rey, y comienza la lucha sin la esperanza de la victoria, pero con la fé del mártir. Por espacio de cinco horas combatieron asi los cruzados contra Bibars y sus mamelucos, contra la poblacion entera, teniendo la muerte ante sí, detrás de ellos, sobre sus cabezas. Todos, ó al menos casi todos, cayeron unos despues de otros, y los unos junto á los otros. El conde de Salisbury recibió la muerte á la cabeza de sus caballeros; Roberto de Vair que llevaba el estandarte inglés, se envolvió en él como en un sudario y murió cubierto con su bandera. Raoul de Coucy espiró en el centro de un círculo de sarracenos que yacian en su derredor derribados por él. El conde de Artois, acometido en una casa á donde se habia retirado, se defendió mas de una hora en ella contra todos los infieles que podia contener. Su peto flordelisado habia sido causa de que le tomaran por el rey, de modo que contra él se habian reunido todos los esfuerzos; á todos respondía con la voz y con la espada, con amenazas y mandobles. Por fin, los sarracenos, cansados de aquella lucha en que caian los mas bravos de los suyos, pusieron fuego á la casa. Pero entonces el conde de Artois, viéndose perdido, quiso al menos, como Sanson, perder á sus enemigos con él; colocóse en el dintel de la puerta y ya nadie pudo salir; de modo que cayeron las paredes aplastando en su caída cruzados y sarracenos: cristianos é infieles, y todos, en fin, los que el conde de Artois no habia herido con su espada, perecieron en las llamas.

El gran maestro de los hospitalarios, que habia quedado solo en el campo de batalla, despues de haber roto dos espadas y herido con su maza mientras tuvo fuerza para levantar el brazo, fué hecho prisionero. El gran maestro del Temple, despues de haber visto caer á su lado doscientos ochenta de sus caballeros, fué de los cinco que se arrojaron al canal y volvió al campo con un ojo atravesá-

do, su trage hecho girones y su coraza acribillada de estocadas, de todos los que habian entrado en Mausourah y que habian visto perecer alli al conde Artois, él y sus cuatro compañeros fueron los únicos que pudieron dar noticia suya.

A las cinco de la tarde habia volado el segundo pichon para el Cairo portador de un billete muy distinto del primero. Anunciaba este que con la ayuda de Mahoma el ejército francés que habia penetrado en Mausourah habia sido derrotado, y que el rey de Francia habia perecido con la flor de su caballería.

Provenia el error, como hemos dicho, de que la coraza del conde de Artois como la de su hermano estaba sembrada de flores de lis.

Esta noticia, dice un historiador árabe, causó una extraordinaria alegría á todos los verdaderos creyentes.

IX.

LA CASA DE FAKREDDIN-BEN-LOKMAN.

La noche fué intranquila; los sarracenos, vencedores de Mausourah, habian sido vencidos en las orillas del canal, todo su campo habia caído en poder de los cruzados, y el rey y los gefes del ejército habian levantado sus tiendas en derredor de las máquinas de guerra que habian cogido. Joinville, que habia establecido la suya á la derecha de los ingenios, en una tienda que pertenecia al gran maestre de los templarios y que sus gentes le habian enviado de la otra orilla, á media noche, á pesar del deseo y la necesidad que tenia de dormir fué despertado por los gritos de ¡al arma! ¡al arma! Mandó al punto á su chambelan se levantara y fuese á ver lo que pasaba. Este volvió á los cortos momentos despavorido y gritando:

—Señor, á ellos, á ellos; señor. Ahí estan los sarracenos que á pie y á caballo pasan á cuchillo las gentes que están de centinela en derredor de las máquinas.

Al oír estas palabras, levantóse Joinville apresuradamente, pónese la coraza y el casco de hierro, y sale de su tienda llamando á sus hombres de armas. Algunos caballeros, atraídos como él por los gritos de los que están de guardia, salen á la puerta de sus tiendas; heridos y medio armados como se encontraban, caen sobre los sarracenos, que fueron rechazados. En este momento envia el rey á Gauthier de Chatillon con un cuerpo de tropas de refresco que habia sacado del campamento; colocáronse entre los pabellones y los turcos, y

gracias á esta precaucion pudieron los caballeros dormir al menos hasta la aurora.

Era aquel día el primer miércoles de Cuaresma y comenzó todo el ejército sus penitencias; solo que en lugar de ceniza, el legado derramó sobre la cabeza del rey la arena del desierto.

Estaban los sarracenos acampados en el llano á un tiro de piedra escaso de los cristianos. Aunque habia cesado el combate, los dardos continuaban cruzándose de una á otra parte, y continuaba el matar y el herir al acaso entre los dos ejércitos; seis gefes sarracenos dejaron sus caballos y fueron á levantar una especie de muralla con grandes piedras para ponerse al abrigo de los dardos y flechas. Joinville y sus caballeros, viendo aquellos aprestos de defensa, decidieron ir á la siguiente noche á derribar la muralla. Por corto que fuese el plazo, sin duda pareció todavía demasiado largo á un sacerdote llamado Ghean de Waysí, el cual, así que concluyó de confesar á los caballeros y ponerles la ceniza en la frente, operacion que ejecutaba armado con coraza, colocó un casco en su cabeza y empuñó una espada, gobernándose de modo que los sarracenos no viesen que estaba armado, y marchó directamente á la muralla; los seis turcos no fijaron su atencion en aquel hombre que iba solo, y continuaron su obra; mas apenas estuvo á tiro, sacó su espada, y cayendo sobre los trabajadores, empezó á repartirles mandobles antes de que hubiesen tenido tiempo de tomar la defensiva. Cayeron dos, uno herido, el otro muerto, y los demas emprendieron la fuga. Persiguióles el sacerdote algunos momentos; pero viendo que un peloton de sarracenos iba al socorro de los que perseguia, se volvió á donde estaba el ejército cristiano perseguido á su vez por unos cuarenta hombres que picaban espuela á sus caballos con gran furia. Entonces un número igual de caballeros y gentes de armas montó á caballo de la parte de los cristianos para apoyar al sacerdote. No tuvieron necesidad de hacer otra demostracion; viéndoles los sarracenos en pie, se retiraron; sin embargo, los caballeros cargaron sobre ellos; no pudiendo alcanzarlos, uno de los cruzados les lanzó con toda su fuerza la daga; el arma arrojada al acaso fué á hundirse en el pecho de un sarraceno, quien continuó huyendo con ella; poco tardó en caer de su caballo muerto ó herido mortalmente, porque ya no se le vió volverse á levantar. A no ser aquella escaramuza, el día se pasó con bastante tranquilidad; los sarracenos estaban ocupados en recibir en Mausourah al jóven sultan Touran-Chah, que habia llegado á aquella poblacion el mismo día de la batalla; habia pasado por el Cairo donde la sultana Chéger-Eddur le entregó el poder, y al punto, seguido de una tropa escogida, se puso en marcha para el teatro de la batalla. Las dos palomas que llevaban á la capital, la una la noticia del ata-

que de los franceses, la otra el parte de su derrota, pasaron por encima de su cabeza sin que supiese nada de los avisos de que aquellas aves eran portadoras; de modo que por la noche llegó en el momento en que los sarracenos proclamaban capitán, en reemplazo de Fakredin, á Bibars, por sobrenombre Boudokdar, porque era general de los ballesteros. El nuevo sultán confirmó su nombramiento; y convencido como los demás de que era el rey de Francia quien había caído á los golpes de sus soldados, hizo esponer al público su cota de armas, á fin de que redoblasen su valor. No se había engañado; á su vista todos empezaron á pronunciar el grito de guerra y pidieron el combate; pero Bibars, queriendo dejarles un día de descanso, fijó el viernes para dar la batalla. En aquella misma noche fueron espías á prevenir al rey lo que había pasado, y le anunciaron que sería atacado al día siguiente. Reunió al punto Luis sus caballeros, y desde la colina sobre que estaba elevada su tienda, dominando á la multitud, estendió la mano para imponer silencio, y les dijo:

—Mi leales, vosotros que habeis participado con constancia de mis trabajos y peligros, sabed que mañana debemos ser atacados por todas las fuerzas reunidas de los enemigos del Señor. Ahora bien, ¿qué debemos hacer? Si nos pronunciamos en retirada, nuestros enemigos se regocijarán por haber triunfado de nosotros y formarán su gloria con nuestra huida; y mas ágiles que nosotros, animados ademas al ver nuestra debilidad nos perseguirán sin descanso, hasta que, con vergüenza de la cristiandad nos hayan esterminado á todos; entonces se perderá la gloria universal y la Francia quedará cubierta de oprobio. Invoquemos, pues, al Señor á quien al parecer hemos ofendido gravemente con nuestros pecados; ataquemos con confianza á nuestros enemigos sedientos de la sangre de nuestros hermanos y ejecutemos en ellos una solemne venganza, á fin de que no se pueda decir hemos soportado con paciencia las injurias hechas á Jesucristo.

Terminada esta operacion del rey, dice Malhiéu Paris, todos se vieron animados y armados como un solo hombre. *Armati sunt et animati quasi vir unus, universi*; viendo entonces el rey aquel entusiasmo, concibió de él buen augurio, hizo aproximar á todos los capitanes del ejército, les mandó hacer armar y provisionar á todas sus gentes de armas y que durmiesen todos fuera de las tiendas y de los pabellones y á las inmediaciones de la entrada del campamento, á fin de no poder ser sorprendidos. Gracias á estas órdenes, la noche se pasó tranquila y los cruzados pudieron entregarse á algun reposo.

Al rayar el día, el rey organizó sus escuadrones.

Nuestros lectores conocen ya la posicion de los cristianos: estaban apoyados en el ca-

nal del Achmoun, que sale del Nilo y desemboca en el lago de Meuzaleh; tenían á su derecha á Mausourah, con sus sangrientos recuerdos; á su izquierda y á la estremidad occidental de la llanura de Daquelich, las ruinas de Mendes, y delante de ellos la vasta llanura que se estiende hasta el Cairo.

Luis colocó su ejército en toda esta línea; la primera division, mandada por el conde de Anjou, se encontraba la mas próxima á Mausourah; componíase de caballeros que habían perdido sus caballos en las batallas anteriores, de modo que el hermano del rey estaba á pie como los demás.

La segunda tenia por capitanes al caballero Guy d'ibelin y Beaudoin, su hermano; mandábanla los cruzados de Chipre y Palestina, y no habiéndose encontrado en la primera batalla por no haber podido pasar á tiempo el canal, estaban de refresco y descansados, y todos tenían sus caballos y sus armas.

La tercera estaba bajo las órdenes de Gauthier de Chatillon; tenia en su compañía los mejores prohombres y los mas bravos caballeros de todo el ejército. Y el rey Luis había colocado sus dos mas excelentes compañías una al lado de la otra, para que pudiesen defenderse, y socorrer á la que estaba detrás de ellas.

La cuarta era la mas escasa de todas; componíase del resto de la milicia de los templarios. Estaba mandada por el gran maestre Guillermo Sounac, todo mutilado desde el último combate. Conociendo lo débil que era su posicion, se había rodeado esta division de una muralla que había levantado con los restos de las máquinas de guerra sarracenas.

La quinta era la de messire Guy de Malvoisin, poco numerosa, pero compuesta toda de valientes caballeros, hermanos y amigos, que no formaban mas que una familia, que combatian siempre juntos, y se repartian todo, gloria, peligro y botin. Mucho había menguado desde el principio de la campaña, y la jornada que se preparaba debía reducirla mas todavía.

La sexta division comenzaba en el ala izquierda, mandada por el conde de Poitiers, como el conde de Anjou el ala derecha. Componíase en su totalidad de gentes de á pie, en medio de las que estaba solo á caballo monseñor el hermano del rey; tenia á su izquierda uno de sus caballeros, que había llevado á Egipto consigo, y que se llamaba Jocerand de Brançon: mandaba con su hijo otro pequeño destacamento de gente de á pie, y aqui como en la otra, solo los dos gefes estaban á caballo.

La sétima division era la de Guillermo, conde de Flandes, que no había asistido al otro combate, y que se componia de gente brava y llena de ardor. De esta suerte se había puesto en cierto modo al abrigo y bajo una ala de acero, el reducido cuerpo del senescal de Champagne, que formaba el semicírculo, y se

apoyaba en el canal á corta distancia del sitio mismo por donde el ejército le habia vadeado. En efecto, Joinville y sus caballeros estaban en tan mal estado desde la última lucha, que apenas dos ó tres habian podido vestirse la coraza; los demas, y entre ellos estaba el buen senescal, no tenian por toda arma defensiva mas que su casco, y por arma ofensiva su espada.

En el centro de las ocho divisiones, y dispuesto á acudir á todas partes donde hubiera necesidad, estaba Luis con sus mas esforzados y leales caballeros, ocho de los que se habian reunido para formarle una guardia que se llamaba de los prohombres del rey. En fin, á lo largo del canal, protegidos por aquella muralla de hierro, vivaqueaban las gentes del ejército, carniceros, lacayos, vivanderos, muges y pages, que habian pasado el puente inmediatamente despues del combate de Mausourah, y se habian establecido en las inmediaciones de las tiendas de los caballeros, construyéndose chozas con los restos de los ingenios y máquinas de guerra que los cruzados habian conquistado á los infieles.

Mientras Luis tomaba sus disposiciones, el general sarraceno no se descuidaba en tomar las suyas. Cuando salia el sol, viéronle los cruzados aparecer á la cabeza de cuatro mil hombres bien montados y armados, á los que colocó en una línea semejante á la de los cristianos, dividiéndolos en tantos cuerpos como Luis habia dividido los suyos; despues fué á recoger tal multitud de infantes para que apoyaran su caballeria, que rodeaba todo el campo de los franceses como hubiera podido hacerlo una muralla. Ademas de aquellos dos ejércitos, no tardó en llegar el tercero; era este el que habia llevado consigo el sultan Touran-Chah. Esta última division fué colocada en un sitio apartado, á fin de que pudiese maniobrar segun las circunstancias. Ordenado todo de este modo, el general sarraceno recorrió por última vez el frente de sus tropas, montado en un caballo pequeño de carrera, avanzando á cien pasos del ejército francés, examinando sus divisiones y aumentando ó disminuyendo las suyas, segun que habia reconocido las de los cristianos por fuertes ó débiles; en seguida hizo aproximar tres mil beduinos lo mas cerca que pudo al puente que unia el ejército al campo del duque de Borgonia, para que llegado el caso se opusiesen á que los cruzados recibiesen ningun socorro durante la batalla.

Duraron estos preparativos hasta el medio dia próximamente; estando todo dispuesto, levantóse gran estrépito de tambores y cornetas en el ejército sarraceno, que se puso en marcha, infantes y caballos, y se dirigió á atacar al ejército cristiano.

El primer punto en donde se empeñó el combate, fué en el que mandaba el conde de Anjou, no porque en una parte y otra se hu-

biese obrado con táctica, sino porque era la que se encontraba mas próxima á los turcos; avanzaron estos colocados á modo de las piezas del juego de ajedrez; los peones ó gentes de á pie iban los primeros, armados de tubos por los que lanzaban el fuego griego, y detrás de estos los caballeros, que aprovechaban el desórden introducido en las filas para penetrar en ellas, y herir á diestro y siniestro. Adoptada esta maniobra respecto á las gentes de á pie, introdujose bien pronto el desórden en la division del conde de Anjou, á pie este mismo en medio de sus soldados. Felizmente, el rey, desde el punto elevado en que se habia situado, dominaba toda la llanura, y vió el apuro en que se encontraba su hermano. Picó espuelas al punto á su caballo, y seguido de su guardia, fué á arrojarle espada en mano sobre el grueso de los infieles. Apenas allí, un sarraceno, encontrándole á tiro, le dirigió el fuego griego con tal presteza y osadía, que todo su caballo quedó cubierto por él; pero con la ayuda de Dios, por quien Luis combatia, lo que hubiera debido salvar á los sarracenos los perdió; el noble bruto, cuya crin y cola ardián, loco por el dolor, no obedeciendo ya ni al freno ni á la voz, se llevó á su señor al centro de las filas infieles, donde penetró como el ángel exterminador; tras él iban sus bravos, que habian jurado seguir á su rey á todas partes, y que le seguian aplastando y derribando todo lo que encontraban por delante, de tal modo, que la division infiel, herida en el corazon con aquella profunda herida, retrocedió, abandonando al conde de Anjou y su compañía. El rey montó en otro caballo y volvió á ocupar el sitio elevado, desde donde, como el águila, podia abrazar todo y caer en todas partes.

Mientras se daba aquella maravillosa carga ejecutada por el rey, se habia empeñado el combate en toda la línea con un ardor igual, pero con éxitos varios. Guy d'IBelin y Beau-doin, su hermano, habian recibido vigorosamente á los sarracenos; porque, como se sabe, ni hombres ni caballos de su compañía habian peleado todavía. Hay mas, habiéndose reunido á ellos Gauthier de Chatillon con una tropa escogida, obligaron al punto á los sarracenos á huir, ó ir á rehacer su gente, abandonando á los infantes, que fueron muertos casi todos.

Mas no sucedia lo mismo con el cuarto cuerpo, mandado por el hermano Guillermo de Sounac, maestre del Temple, á quien no quedaban sino muy pocos de sus soldados, reunidos á las reliquias de los hospitalarios. En vano se habian hecho, como hemos dicho, una muralla con empalizadas sacadas de las máquinas de guerra. Los sarracenos arrojaron el fuego griego sobre aquel monton de tablas que al punto se incendió, y dejó al descubierto á través de las llamas los pocos hombres á que servian de resguardo; entonces, sin espe-

rar á que aquella débil defensa fuese completamente destruida, se lanzaron en medio del incendio, por entre el que atravesaron cual demonios, y chocaron contra los restos de aquella terrible milicia. Mas á pesar de su poca fuerza, no eran gente los templarios que sucumbia fácilmente, y á los pocos instantes, rechazados los infieles, despues de haber perdido los mas valientes de los suyos, volvieron á pesar á través de las llamas, pero ahora para salvarse con la fuga. Pero como no eran perseguidos, se detuvieron á alguna distancia; avanzaron entonces sus ballesteros, é hicieron llover sobre los templarios tal cantidad de dardos, que hasta á cincuenta pasos detrás de ellos, estaba la tierra cubierta como si tuviera mies. Esta mortífera lluvia habia causado mas estragos que un combate cuerpo á cuerpo; casi todos los caballos que quedaban habian sido heridos; solo el gran maestre y cuatro ó cinco caballeros habian conservado sus corceles de batalla; mas tambien estaban erizados de dardos y flechas. Juzgaron entonces los sarracenos que era llegado el momento de destruir á aquellos hombres invencibles, y cayeron todos juntos sobre ellos y con un solo ímpetu. En el momento del choque, el gran maestre, que habia ya perdido un ojo en el combate del miércoles, recibió una estocada que le saltó el otro; pero ciego y ensangrentado, picó espuela á su caballo que le metió entre los sarracenos, donde hirió al acaso, hasta que acribillado de heridas, cayeron caballo y caballero para no volverse á levantar mas; y todos como él hubiesen perecido en aquella carga, si Luis, viendo su aprieto, no hubiese ido á su socorro, como habia ido en auxilio del duque de Anjou. Los sarracenos no esperaron al rey, y por segunda vez atravesaron en desórden aquella linea de llamas, que ya no arrojaba mas que humo.

Mientras el rey Luis iba en socorro de los soldados del Temple y de San Juan, su hermano, el conde de Poitiers, que mandaba el ala izquierda del ejército, se encontraba en gran peligro. Estaba, como ya dijimos, solo á caballo en medio de una division de gente desmontada; de modo que lo que habia sucedido al conde de Anjou le sucedió á él. Llegaron los infieles, infantes contra infantes, arrojando por delante el fuego griego; de modo que los ginetes no tuvieron mas que penetrar y herir en medio de todos aquellos peones llenos de espanto. El conde de Anjou se arrojó á ellos; pero despues de derribar á dos ó tres sarracenos, se vió envuelto y cogido; y ya le llevaban prisionero, y era arrastrado fuera del campo, cuando toda la chusma del ejército, pages, lacayos, carniceros y vivanderos, que le querian por su carácter bondadoso, se movieron y armaron. Todo les venia bien, hachas, venablos, cuchillas y cuchillos; toda aquella gente con la que nadie contaba, cayó sobre los sarracenos, desjarretó los caballos,

degolló á los ginetes que caian, travó cuerpo á cuerpo la lucha con los infantes, y se batió con tal gritería y corage, que los infieles, aturdidos con su clamoreo y su encarnizamiento, emprendieron la fuga, soltando al conde de Poitiers, que abandonado por sus soldados, fué socorrido por villanos.

Los sarracenos fueron recibidos todavia mas rudamente por las tres últimas divisiones. Una de ellas estaba, como hemos dicho, á las órdenes del caballero Jocerand de Brançon, que era su señor y jefe: era este un digno caballero, tio de Joinville, y habia tomado parte en treinta y seis batallas y acciones de guerra, en que casi siempre habia conseguido la victoria. Un dia de Viernes Santo en Cuaresma, hallándose con el ejército del conde de Mácon, su primo, se acercó á Joinville y uno de sus hermanos y le dijo: «Sobrinos, venid á ayudarme con todo vuestro poder á caer sobre los alemanes que destruyen y saquean la parroquia de Mácon.» Joinville y su hermano acudieron presurosos á su llamamiento, y á las órdenes de su tio Jocerand de Brançon entraron armados de punta en blanco hasta la misma iglesia, lo cual sin duda les perdonó Dios, puesto que hacian aquello en defensa de la buena causa, y con mandobles y estocadas furibundas, lanzaron á los alemanes del sagrado recinto. Hecho esto, Jocerand desmontó, y se arrodilló conforme estaba completamente armado, ante el altar, exclamando: «Buen Señor Jesucristo, monseñor, os suplico, si me creéis digno de alguna recompensa, me concedais la de morir en servicio vuestro!» Brançon se habia cruzado uno de los primeros, y habia acuchillado como uno de los mas robustos en las batallas del martes y del miércoles, de tal modo, que solo él y sus hijos, entre los de su gente, habian conservado sus caballos. Cuando veia á sus hombres puestos en aprieto por los sarracenos, fingia huir por entre los espacios que dejaban las alas de la division, y en seguida cargaba por retaguardia con sus hijos á los infieles, á todo el escape de sus corceles; los sarracenos se veian obligados á volverse, y en tanto, sus gentes recobraban ánimo y se rehacian. Al fin, Dios le concedió la gracia que le habia pedido, y en una de aquellas temerarias cargas, fué derribado y muerto, no queriendo rendirse. Sucedióle entonces su hijo en el mando de su reducido escuadrón, con el que se batió en retirada hasta la orilla del canal. En cuanto llegó, Enrique de Conc, que se hallaba al otro lado y en el campo del duque de Borgoña, aproximó buen golpe de ballesteros y arqueros, los cuales, siempre que los turcos cargaban, hicieron llover de una á otra ribera tal granizada de dardos y flechas, que de unos veinte caballeros de que se componia la gente de Jocerand, solo doce perecieron salvándose los demas.

A seguida de la division de Jocerand, se

recordará iban las de monseñor Guillermo de Flandes y de Joinville, la mas fuerte y la mas débil del ejército; estaban próximas la una á la otra y protegidas mutuamente. El conde y sus flamencos estaban llenos de ardor, habiendo pasado el rio la víspera, y todos bien montados y armados; esperaron á pie firme á los infieles, quienes por su parte cayeron sobre ellos con valor; mas apenas vinieron á las manos, Joinville y sus caballeros que estando heridos, y magullados no habian podido vestirse sus armaduras, cogieron arcos y flechas y comenzaron á secundar á competencia á los arqueros y ballesteros, que habian colocado de modo que ofendiesen á los turcos por el flanco. Pusieronse éstos al punto en desorden; el conde Guillermo se aprovechó de aquella turbación para caer sobre ellos. No pudieron los turcos sostener el choque de aquella asombrosa caballería, cabalgando en sus pesados trotones flamencos, semejantes en aquel momento á los corceles heróicos de la fábula. Empezaron aquellos la fuga; los cruzados los persiguieron mas allá de los límites del campo. Solo escaparon los ginetes árabes, gracias á la ligereza de sus caballos; mas todos los infantes que se hallaban en la division infiel, todos sin esceptuar uno, fueron muertos y destrozados; de modo que todos los hombres de armas del conde, entre los que ocupaba el primer lugar Gauthier de la Horgué, volvieron cargados de broqueles y escudos.

De este modo se empeñó la batalla en toda la linea. Duró desde el medio dia hasta las siete de la tarde. A esta hora, los sarracenos, rechazados en todos lados, gracias á la vigilancia de Luis, que siempre á la cabeza de su escuadron real, iba en socorro de los que flaqueaban, comenzaron á retirarse. Persiguieronlos los cristianos hasta los términos de la liza; pero ahora, instruidos ya por la experiencia ó aniquilados por el cansancio, se detuvieron en los extremos de su campo. En un espacio de una legua de largo y quinientos pasos de ancho, la tierra estaba cubierta de cadáveres, entre los que se contaban tres infieles por cada cristiano.

Entonces Luis, viendo terminado el combate con la mas grande gloria para sus armas, reunió á sus barones ante su tienda real, y allí, del mismo modo que les habia hablado antes del combate para infundirlos ánimo, les dijo despues de la victoria para felicitarlos: «Señores y amigos: al presente podeis ver y conocer las grandes mercedés que Dios nos ha hecho y nos concede aun, puesto que el mártir último, que era dia de Cuaresma, hemos con su ayuda lanzado y desalojado á nuestros enemigos de sus atrincheramientos, en los que estamos alojados en este momento, y hoy nos hemos defendido á pie y mal armados, contra ellos, bien armados, tanto á pie como á caballo, y en dos sitios.» En seguida á la Francia, á la que debia la verdad, envió

este parte, sencillo y grande como su alma: «El primer viernes de Cuaresma, habiendo sido atacado el campo por todas las fuerzas de los sarracenos, Dios se declaró por los franceses, y los infieles fueron rechazados con gran pérdida.»

Sin embargo, á pesar de aquella doble victoria y de las acciones de gracias que daba al cielo, comenzaba á conocer Luis el éxito desgraciado de la campaña: el ejército habia perdido casi todos sus caballos, una tercera parte de los caballeros estaban heridos y el resto abrumados de fatiga; por otra parte, el número de los enemigos aumentaba todos los dias. Era preciso no pensar en ir al Cairo, y algunos opinaban ya, que seria imposible permanecer donde estaban. Se habló de volver á Damietta; pero volver á Damietta, era huir. ¿Y caballeros franceses, soldados de Cristo, podian huir ante un enemigo vencido? Fué, pues, rechazado este consejo. Púsose el campo en estado de defensa, á fin de precaverse contra toda sorpresa de parte de los sarracenos, y se esperó un nuevo ataque.

Fué en vano: los sarracenos permanecieron quietos y resguardados. Tambien ellos esperaban, y no se equivocaron al esperar.

Ocho ó diez dias despues de la batalla, los cadáveres que habian sido arrojados en el Achmoun entraron en putrefaccion y salieron á la superficie del agua. La corriente los arrastró en seguida hácia el mar; pero á poco trecho encontraron el puente que los cristianos habian echado en el canal, y como el agua llegaba á la parte alta, no pudieron pasar por entre los huecos, y se amontonaron allí en tan gran cantidad que no se veía la superficie del agua á mas de un tiro de flecha por la parte superior del puente. Ocupó entonces el rey á cien trabajadores en separar á los cristianos de los infieles. Estos hombres conducian á los primeros á grandes fosas escavadas para darles sepultura, y con varas largas sumergian los cuerpos de los sarracenos en el agua, hasta que seguian la corriente que los arrastraba por entre los huecos, y el mar. Veíanse allí padres buscando á sus hijos, hermanos que buscaban á sus hermanos, amigos que buscaban á sus amigos. Todo el tiempo que duró aquella fúnebre operacion, Degoille, el chambelan del conde de Artois, no abandonó un momento la ribera, esperando siempre reconocer al principe. Pero inútil fué la adhesion de aquel bravo servidor, y el cuerpo del mártir de Mausourah no fué encontrado.

Como hemos dicho, hacia quince dias habia entrado la Cuaresma, y los cruzados, aunque en campaña y en guerra, seguian á la letra los preceptos de la Iglesia, ayunando y comiendo de viernes los dias designados, como si hubiesen estado en sus ciudades ó en sus castillos. Resultó de aquí que como la penuria era estrema, no tenian otros viveres que una clase de pescados que se cogian en el

mismo canal del Achmoun, los cuales siendo voraces y carniceros se habian mantenido de cadáveres, sobre los que se les veía desde que flotaban por el agua, caer en bandadas. Sea por la repugnancia, ó que efectivamente aquel asqueroso alimento hubiese comunicado á su carne cualidades nocivas, no tardó en declararse el escorbuto en todo el ejército. Los que habian comido de aquel pescado, y este era el mayor número, cayeron enfermos. Inflamábanseles las encías y se les hinchaban hasta cubrir los dientes; y entonces los Barberos del ejército, que ejercian al mismo tiempo el oficio de médicos, se veian obligados á desprender con sus navajas aquellas esferencias gangrenadas, operacion quirúrgica de las mas dolorosas que se pueden ver. «De modo, dice Joinville con la sencilla naturalidad de su lenguaje, que no se oian mas que gritos y lamentos, como si todo el ejército no se compusiera mas que de mugeres en el acto del alumbramiento.»

A esta epidemia se unió otra causada por las moféticas emanaciones de los cadáveres. Esta atacaba á todo el cuerpo, pero especialmente á las piernas, que se secaban hasta el hueso, y cuyo cutis se volvia curtido y negro, semejante, dice Joinville, á una bota vieja de becerro que hubiese estado largo tiempo oculta detrás de los cofres. Presentábase, pues, ya la muerte á los cristianos bajo aquel doble aspecto, cuando esos dos fantasmas llamaron á su ayuda un tercero mas terrible todavía, el hambre.

El ejército sacaba sus provisiones de Damietta; así la primera medida del sultan habia sido emplear sus soldados, no ya en atacarlos, sino en reducirlos al hambre. Habia mandado bajar hasta Schermesah tres mil caballeros y seis mil infantes, los habia distribuido en las dos orillas del Nilo, y habia cortado el rio con una flota, de modo que ni por tierra ni por agua llegaba nada al campo. No comprendian los cristianos ni aquel silencio ni aquel abandono, cuando una galera del conde de Flandes, que habia roto el obstáculo y atravesado por fuerza, fué á anunciarles la nueva del bloqueo. Fué preciso entonces recibir provisiones de los beduinos, especie de hordas de salvajes semejantes á las de los chacales y las hienas, que rondaban sin cesar alrededor de los dos campos, robando en el uno como en el otro, y dispuestos á caer sobre el mas débil al primer grito de apuro que sonase. Resultó por consiguiente tal carestia, que cuando llegaron Pascuas, se vendia un buey en ochenta libras, un carnero en treinta, la pipa de vino en diez libras, y un huevo en doce dineros, precio exorbitante si se compara al valor actual el valor del dinero en aquella época.

Cuando vió el rey reducido el ejército á aquel extremo, desaparecieron sus últimas ilusiones; comprendió que no debia perder un momento para volver á Damietta, si es que no

pensaba en ello demasiado tarde. Mandó, pues, preparar todo para atravesar el canal; pero juzgando con razon que la retirada no se verificaria sin obstáculos, hizo establecer á la cabeza y á ambos lados del puente fortificaciones cubiertas, que permitiesen aun á las gentes de á caballo atravesarlo á su abrigo. Luis no se habia engañado. Apenas vieron los sarracenos aquellos preparativos, acudiendo de todos lados, sin que se supiese de donde salian, volvieron á formar aquellos cuerpos que habian desaparecido momentáneamente. Pero el rey continuó dando órdenes para la partida, convencido de que cada dia de atraso, debilitando al ejército, haria aun mas peligroso y difícil el paso. La cabeza de la columna compuesta de los enfermos y heridos, se puso, pues, en marcha, mientras que á cada lado del puente y delante de ellos con el objeto de protegerlos, el rey, sus dos hermanos y todos los que aun se mantenian en pie, esperaban espada en mano, á que hubiesen pasado los últimos. Esta actitud impuso á los sarracenos.

En seguida pasaron los heridos, los arneses y las armas; llegó despues su vez á Luis, que le fué preciso seguirlos á su pesar. Este fué el momento que los sarracenos eligieron para atacar, porque habian visto que por todas partes donde iba el rey, allí iba tambien la victoria. Seguia, pues, el rey una de las barbacanas (1), y el conde de Anjou la otra, cuando se oyó gran griteria á la retaguardia del ejército, mandada por Gauthier de Chatillon. Causábanla los sarracenos que cargaban; la batalla se habia empeñado de nuevo. Volvió al punto el rostro el conde de Anjou, y salió de los atrincheramientos con un escuadron todavía terrible, á pesar de componerse de gente enferma y hambrienta. Ya era tiempo; Gauthier de Chatillon iba á sucumbir al número, por haberse lanzado casi solo entre la retaguardia y los sarracenos. Errard de Valery habia sido cogido, y su hermano á pie, no queriendo abandonarle, redoblaba sus golpes sobre los que le llevaban, sin otra esperanza que matar y ser muerto. Al grito de guerra que el conde de Anjou lanzó al aparecerse, todos recobraron nuevo brio. Soltaron los sarracenos á Errard, quien no encontrándose herido, cogió la primera espada que encontró, y se puso á su vez á defender á su hermano, como su hermano le habia defendido. Gauthier de Chatillon, á quien todo el ejército infiel no habia podido hacer retroceder un paso, volvió á tomar la defensiva desde el momento en que se vió apoyado por el conde de Anjou. La retaguardia pasó el puente, salvándose por la abnegacion y el denuedo de dos hombres.

Al dia siguiente se estendió el rumor de que se habian entablado negociaciones de paz

(1) No de las empalizadas que el rey habia hecho colocar para proteger el paso del ejército.

entre el rey de Francia y el soldan. En efecto, Geoffroy de Sargines, encargado con plenos poderes de Luis, acababa de pasar el canal para tener una entrevista con el emir Zeineddin, enviado de Touran-Chah. Un rayo de alegría reanimó el corazón de todos aquellos hombres que se miraban como perdidos, y esperaron con ansiedad la vuelta del mensajero. Como á las cinco de la tarde, messire Geoffroy de Sargines volvió al campo, y podía adivinarse en su rostro triste, si no abatido, que era portador de fatales nuevas.

En efecto, las negociaciones, convenidas en todos los puntos, se habian roto por uno solo. Luis debía volver al soldan la ciudad de Damietta, y el soldan á los cristianos la ciudad de Jerusalem.

Esté primer artículo habia sido adoptado.

Luis debía conducir tranquilamente todos sus enfermos á Damietta y tomar en los almacenes de la ciudad todas las carnes saladas de que los musulmanes no comian, y de que el rey tenia necesidad para alimentar á su ejército en el mar.

Este segundo artículo habia sido adoptado.

Luis ofreció entregar para seguridad del convenio, y hasta su completo cumplimiento, uno de sus hermanos en prenda, fuese el conde de Poitiers ó el de Anjou. Y aquí fué donde se rompieron las negociaciones. El emir Zeineddin habia recibido del soldan la orden de no aceptar otro rehen que el mismo rey. Al oír esta pretension, se negó sorprendido Sargines; insistieron los enviados del soldan, y Geoffroy se retiró declarando que el ejército cristiano se haria mátar, desde su primer baron hasta su último lacayo, antes que dar á su rey en prenda. Esta era la noticia que llevaba. Fijóse la retirada para el martes en la tarde, despues de la octava de Pascua.

Tomada esta resolucion, el rey, que se hallaba tambien atacado de la epidemia, mandó llamar á Josselin de Corvant, el inventor de la gran máquina de guerra, y nombrándole jefe de maestros de obras é ingenieros, le mandó que en el momento en que viera al ejército ponerse en marcha, rompiese la calzada que comunicaba con la otra ribera del Achmoun, á fin de que los sarracenos no pudiesen perseguirle, sin ir á buscar el vado dos leguas de allí, lo cual siempre daria á los cristianos algunas horas de delantera sobre los infieles. En seguida, tomada esta precaucion, mandó Luis se le presentaran los marineros, y les mandó ordenasen sus buques, á fin de que estuviesen dispuestos en el momento designado para recoger los enfermos y conducirlos á Damietta.

De esas dos órdenes, solo una fué ejecutada. Cuando llegó la noche, sombría y propicia, todos se prepararon á partir. Se habian encendido, como de costumbre, fogatas en la ribera, tanto para dar calor á los enfermos, como por no infundir sospechas. Joinville

acababa de entrar en su navío con dos caballeros y algunos criados, únicos restos de toda su casa de guerra, cuando desde el medio del rio á donde habia llegado, vió á la luz de las llamas á los sarracenos penetrar en el campo. Sea traicion, sea imposibilidad, Josselin de Corvant y sus trabajadores no habian roto el puente como habian recibido orden de hacer, de modo que habia caido en poder de los sarracenos, que pasaban á millares sobre la ribera, y estendiéndose como un inmenso semicírculo, rodeaban todo el ejército.

Entonces todos los temores fueron por el rey; todos los esfuerzos se dirigieron á hacerle embarcar sin perder momento. Pero aunque enfermo y debilitado, aunque vestido con un jubon de seda en vez de armadura, á pesar de montar un caballo de poca resistencia en lugar de su corcel de batalla, detúvose el rey al primer grito de alarma, declarando que no entraria en la lancha sino cuando hubiera visto embarcarse hasta el último de sus enfermos y de sus soldados. Los marineros, aturdiéndose en aquel momento ó pensando en salvarse ellos mismos, cortaron los cables de las galeras, que apenas habian recogido una tercera parte del ejército, y las dejaron vogar, á pesar de los caballeros que gritaban de todas partes: *¡Esperad al rey! ¡salvad al rey!* Joinville, que estaba en su barca, vió irse hacia él aquella flota insensata, que no pensaba mas que en huir, y se encontró cogido y casi deshecho entre los grandes bageles. Sin embargo, algunos pilotos cediendo á las instancias de los caballeros, se aproximaron á la ribera; pero asi que abordaban á ella, Luis habia entrado en sus naves enfermos y heridos; en seguida, cuando ya estaban llenas, las mandaba continuar su marcha, y él se quedaba allí diciendo que mejor quisiera morir que abandonar á su pueblo. Tan gran ejemplo volvió, no el valor, ninguno le perdió en aquella terrible circunstancia, sino las fuerzas á algunos caballeros. Errard de Valery, Geoffroy de Sargines, permanecieron junto al rey, jurando defenderle hasta la muerte. No se hizo esperar la ocasion de cumplir su juramento: los sarracenos habian caido como manadas de lobos sobre enfermos y heridos, degollando sin eleccion y sin descanso. Inmediatamente llegaron los ballesteros con el fuego griego. Surcó el aire una multitud de flechas inflamadas, iluminando el campo de batalla y descubriéndole en todo su desorden y en todo su horror. Caian las flechas en tal cantidad, que se hubiera creido eran las estrellas que se desprendian del cielo en forma de lluvia. Entonces todo se perdió, los marineros huyeron, los heridos y los enfermos hicieron un supremo esfuerzo, y los unos se arrojaron al agua para perseguir los barcos, y los otros se pusieron de rodillas para esperar la muerte. El degüello era general. En una estension de dos leguas, no era la llanura mas que un

lecho de agonía; y sin embargo, el rey no quería abandonar aquella terrible pelea, llorando y levantando las manos al cielo para invocar al Señor. Solo una galera quedaba y esta era la del legado del papa: instaban á Luis que subiese á ella. Pero declaró que seguiría por la orilla para proteger mientras pudiera los restos de su ejército, y mandó á los marineros se reuniesen á la flota. Obedecieron. Luis mandó á su escuadrón marcharse hacia Damietta al mando de Errard de Valery, y acompañado de su fiel Sargines, fué á ocupar su puesto en la retaguardia.

El pequeño destacamento caminó toda la noche. Al rayar el día se levantó un viento muy fuerte que volvió á arrojar toda la flota hacia Mansourah. Al mismo tiempo que aquel huracán aumentaba los peligros de los que se habian embarcado, daba alguna tregua á los que seguían la ribera elevando entre ellos una nube de polvo tan espesa, que los ocultaba á su vista. En aquel momento, si se ha de creer al historiador árabe Salih, estaban los cristianos tan abandonados de su Dios, que el cadí Gazal-Uddin, viendo que la victoria iba á escaparse á los sarracenos, dirigió la palabra al viento, esclamando con toda su fuerza:

—En nombre de Mahoma te mando dirigir el soplo contra los franceses.

Y el viento obedeció.

Aquel cambio en la dirección del viento, que fué el resultado de una casualidad ó de un milagro, habia alborotado las ondas del Nilo; muchos buques, excesivamente cargados, se sumergieron y otros fueron arrojados á la orilla. De este número era la galera de Joinville. Desde el sitio en que habia encallado se veía al otro lado del río una gran parte de los bageles que habian caído ya en poder de los infieles, los cuales degollaban las tripulaciones, arrojaban los cadáveres al agua y desembarcaban los equipajes y arneses que habian ganado. Al mismo tiempo vió ir hacia él una multitud de turcos que viéndole encallado acudían á apoderarse de su navío; mas la suerte que les aguardaba volvió algún ánimo á sus gentes, de modo que después de inauditos esfuerzos volvieron á encontrarse á flote. Llegaron los sarracenos á la orilla cuando ellos acababan de separarse de allí, de suerte que no podían alcanzarles; les inundaron de dardos y flechas en tal cantidad, que Joinville, herido como estaba, se puso su cota de malla para librarse del efecto de aquella lluvia de proyectiles que caía en su buque. En cuanto llegaron al centro del río, el piloto continuó su camino hacia la otra orilla sin que Joinville notase su intención; pero uno de los suyos exclamó entonces:

—¡Señor, señor! nuestro marinero porque le amenazan los sarracenos quiere llevarnos á tierra donde seremos todos muertos y destrozados.

Al punto Joinville le mandó seguir la cor-

riente; mas él no hizo caso de esta orden; tanto, que el buen senescal se levantó y empuñando su espada le declaró que si daba un paso hacia tierra le mataría sin misericordia. Esta amenaza produjo su efecto; el piloto se mantuvo á igual distancia de ambas orillas; mas no tardaron los bageles en llegar al sitio en que el Nilo estaba obstruido por la flota del sultán. Preguntó entonces el piloto á Joinville qué quería mejor, si continuar su camino y ganar la ribera, ó anclar en medio del río. Decidióse Joinville por este último partido; mas apenas le habian puesto en ejecución vieron aparecer cuatro galeras del sultán, que contendrían como diez mil hombres, y que avanzaban de frente con el objeto de cortar la retirada á la flota francesa y quitarle toda esperanza de salvación. Al ver aquello Joinville, deliberó con sus caballeros para saber si debería rendirse á los sarracenos de la otra orilla ó á los de los bageles. Unánimes estuvieron los pareceres en rendirse á estos últimos, con los que al menos tenían la probabilidad de no separarse unos de otros. Entre toda la tripulación solo hubo un clérigo que quería no se entregasen sino que se hiciesen matar para ir á gozar de Dios; pero fué el único de aquella opinión.

Cogió Joinville entonces un cofrecito en el que estaban sus mas preciosas joyas y sus mas santas reliquias, y á fin de que no quedasen en manos de los infieles, le arrojó en el río. Uno de sus marineros se aproximó á él y le dijo que eran perdidos si no le permitía decir á los sarracenos que su cautivo era primo del rey. Respondióle Joinville que dijera lo que le agradase. En este momento abordaban las galeras; una de ellas arrojó su ancla colocándose á través ante el bagel cristiano. Creyóse perdido el buen caballero y ya encomendaba su alma á Dios, cuando un sarraceno, sin duda apiadado, se acercó á nado diciéndole: Señor, si no me haceis caso sois muerto. Arrojaos inmediatamente al agua; no os verán, ocupados en saquear vuestro buque, y entonces os salvaré. Joinville, que no esperaba un socorro semejante, no perdió un minuto en aprovecharse del consejo y se arrojó al Nilo. Sostúvole el sarraceno, porque estaba tan débil que á haber quedado entregado á sí mismo se hubiera ahogado. De este modo abordaron á la ribera. Apenas pusieron en ella los pies, se arrojaron sobre ellos los verdugos; pero el sarraceno cubrió á Joinville con su cuerpo exclamando:

—¡El primo del rey! ¡el primo del rey! Ya era tiempo. Joinville sintiendo ya en su cuello el frío de la cuchilla, habia caído de rodillas. La esperanza de un rico rescate pudo mas que la sed de sangre. Fué conducido el prisionero á un castillo ocupado por los sarracenos, quienes viéndole tan débil se apiadaron y le despojaron de su loriga y le echaron encima una cubierta de color de grana, que su madre le

habia dado; al mismo tiempo le dió otro una blanca correa con la que se ciñó los riñones; en fin, un tercero le dió una caperuza con que se cubrió la cabeza.

Por su parte el rey, habia visto el desastre de su flota, y no pudiendo socorrerla, habia continuado su camino, perseguido siempre y siempre guardado tan lealmente por Sargines y Chatillon, que ningun sarraceno se atrevia á aproximarse; porque con terribles mandobles, los dos caballeros arrojaban á los infieles, como vigilantes servidores, dice Joinville, separan las moscas del cuenco de su señor. Al fin, estenuado de fatiga, no pudiendo sostenerse sobre su caballo, le fué forzoso detenerse en Minich, donde desmontó *en brazos le una muger que era de París*, y se sintió tan malo, que se creyó no duraría el dia.

Se arrojó sobre su lecho, cuando Felipe de Montfort se le acercó apresuradamente, diciéndole que acababa de ver entre los que le perseguian, al emir Zeineddin con quien se habian tenido las conferencias para la paz en Mausourah. Iba á preguntar al rey si era de su agrado que intentase con él un último esfuerzo, á fin de obtener al menos una suspension de armas. El rey le dió permiso para obrar con completa libertad. Felipe de Montfort tomó una pequeña escolta para que le acompañase, salió de la ciudad, se dirigió hácia los infieles, y llegó á donde estaban en el momento en que descansaban y recobraban ánimo para atacar la ciudad donde habian visto entrar al rey. Tendidas tenian sus armas á su lado, y sus turbantes desarrollados y estendidos en la arena.

El caballero dejó su escolta á cincuenta pasos de los sarracenos, y marchó directamente hácia el emir, quien viendo adelantarse un hombre solo, y sospechando llevaba algun mensaje, habia hecho seña de que le dejasen pasar. Recordóle éste entonces las condiciones presentadas por el soldan, es decir la entrega de Damietta en cambio de Jerusalem, lo cual debia garantir la persona misma del rey que quedaria en rehen. Ratificaba Luis estas condiciones, y el caballero Felipe de Montfort iba á preguntar al emir Zeineddin si continuaba siempre en la intencion de aceptarlas. Tal era el terror que el rey, enfermo y abandonado como estaba, inspiraba todavía á los sarracenos, que su gefe consintió al punto. Entonces el señor de Montfort sacó su anillo y se le dió al emir en prueba de compromiso aceptado; pero en el momento en que éste iba á ponerle en su dedo, un traidor, llamado Marcel, salió de la ciudad, y llegándose á todo correr á la escolta de Montfort: «Señores caballeros, entregaos todos; el rey me manda decíroslo. No seais causa de que le maten resistiéndooos.» Al punto los caballeros no desconfiando, arrojaron sus armas y sus armaduras: los sarracenos aprovechando la ocasion convenida, se precipitaron sobre el reducido escuadron. Entonces el emir devol-

vió el anillo á Felipe de Montfort, diciéndole: «No se trata con prisioneros.»

Esta respuesta fué la señal de un nuevo ataque. Felipe de Montfort fué el tercero ó cuarto que se unió á la compañía de Gauthier de Chatillon. Los sarracenos mandados por los dos emires Zeineddin y Jemal-Eddin, marcharon hácia la ciudad. El rey oyendo el estrépito del combate, hizo un último esfuerzo, y dejando la casa abierta y sin defensa en que habia sido recibido, se fué al palacio de Abiad-Allah, señor de Minich, que podia al menos oponer alguna resistencia, y Gauthier de Chatillon se colocó con el resto de su retaguardia al extremo de la estrecha calle que conducia á la real fortaleza.

Empeñóse entonces la última lucha. Todos los que se habian reunido á Gauthier, era lo mas bravo que habia en la caballería francesa, y el gefe que los mandaba era digno de semejante escuadron. Se hubiese dicho que él y su caballo eran de hierro como sus armaduras, tantas fatigas habian soportado delante de Mausourah, sin molestarlos al parecer ni afectarlos. Cuando vió avanzar á los sarracenos, empuñó su espada y marchó de nuevo hácia ellos como si hubiese sido el primer combate, gritando: «¡A Chatillon, caballeros! ¡A Chatillon, mis hombres buenos!» Y los sarracenos le reconocieron y le volvieron á encontrar tal como se les habia mostrado en el canal del Achmoun. Los infieles, asombrados de hallar tal resistencia cuando creian toda esperanza perdida para los franceses, retrocedieron en el primer momento hasta las puertas de la ciudad. Gauthier Chatillon aprovechó aquel momento de respiro para arrancar de su escudo, de su coraza y de su cuerpo, los proyectiles de ballesta de que estaba cubierto, de modo que al volver á la carga los sarracenos otra vez le encontraron el primero al frente de sus caballeros, todo ensangrentado, pero en pie y dispuesto á continuar el combate. Esta vez fué ya una carnicería. Los sarracenos irritados con tan prolongada lucha volvian con fuerzas diez veces superiores á las de los franceses. Todos los que estaban allí cayeron muertos. Gauthier de Chatillon cayó el último, acribillado de heridas, matando sin querer gracia, mientras pudo levantar su brazo. Un sarraceno se apoderó de su espada y de su moribundo caballo.

Precipitáronse entonces los infieles hácia el palacio donde estaba el rey. Cuando Luis les oyó romper las puertas, el ánimo esforzado del guerrero pudo mas que la resignacion del mártir; cogió su espada y se levantó; mas al punto cayó al suelo perdiendo el sentido. El primero que entró en la cámara y puso sus manos sobre él fué el eunuco Rechild; siguióle el emir Sufeddin Eckanieri: Luis era prisionero.

Entonces, sin respeto al valor, á la febril debilidad, á la magestad del mártir, le pusie-

ron una cadena á los pies y le trasladaron al Nilo á bordo de un bagel de guerra, rodeado de sus servidores, prisioneros y encadenados como él. Al punto las cornetas, los tambores y los címbalos resonaron por todas partes en señal de victoria y regocijo; por doquier se esparció la nueva de que el soldan de los franceses habia sido cogido. Cesaron los degolladores un instante la faena que los tenia esparcidos por el llano, y acudieron en tropel á ambas orillas del Nilo, por donde subian con el desórden del triunfo, acompañando el barco donde iba el rey, y que era seguido de toda la flota.

Al día siguiente llegó el rey á Mausourah, fué conducido á la casa de Fakreddin-Ben-Lokman, y puesto bajo la custodia del eunuco Sahid.

El jóven sultan no podia creer en una victoria tan completa; apenas tuvo certeza de ella, que solo pudo adquirirla viendo al rey cautivo, escribió á todos sus gobernadores anunciándoles aquella gran noticia. El árabe Mokrin' nos ha conservado la carta de Touran-Chah á Dgemal-Eddin-Ben-Jagmour; con el júbilo que espresa, pinta el terror que habia experimentado. Hela aquí:

«¡Gracias sean dadas al Todopoderoso, que ha cambiado nuestra tristeza en alegría! Solo á él debemos la victoria. Los favores de que se ha dignado colmarnos son innumerables, y el último es el mas precioso. Anunciareis al pueblo de Damasco, ó mas bien á todos los musulmanes, que Dios nos ha hecho ganar una completa victoria sobre los cristianos precisamente cuando habian jurado nuestra perdicion. El lunes, primer día de este año, hemos abierto nuestro tesoro, y distribuido nuestras riquezas á nuestros fieles soldados. Les hemos dado armas; hemos llamado en nuestro auxilio á las tribus árabes; una multitud de soldados se han alistado bajo nuestros estandartes. En la noche del martes al miércoles, nuestros enemigos han abandonado sus bagages y marchado hácia Damietta. A pesar de la oscuridad de la noche les hemos perseguido. Treinta mil de los suyos han quedado en el campo de batalla, sin contar los que se han precipitado en el Nilo. Hemos hecho perecer y arrojar al rio el sin número de prisioneros que hemos hecho. Su rey se habia retirado á Minich; ha implorado nuestra clemencia. Le hemos perdonado la vida y hecho los honores que exigia su calidad.»

A esta carta acompañaba, como presente, la gorra del rey de Francia, que se le habia caido durante la batalla, era de grana floridada de oro con ribete de martas. El gobernador de Damasco la puso en su cabeza para leer al pueblo la carta del soldan, y en seguida respondió á su señor:

«Dios sin duda, os destina á la conquista del universo, y á caminar de victoria en victoria, puesto que, como prenda de ese porvenir

vuestros esclavos se cubren ya con los despojos de los reyes de que os apoderais.»

En tanto, la noticia de la derrota se habia esparcido á la vez entre amigos y enemigos. La reina la supo en Damietta, tres días antes de su alumbramiento, y su dolor fué grande; creia á cada momento, á pesar de las precauciones tomadas por el bravo gobernador, que respondia de ella al rey, que Damietta era tomada y que los sarracenos entraban en su habitacion. Entonces exclamaba estando dormida: «Socorro! socorro!» En fin, conociendo cuán nocivos podian ser aquellos terrores á la criatura que llevaba en sus entrañas, hizo velar junto á su lecho á un anciano caballero de mas de ochenta años de edad, que no le dejaba la mano, y que siempre que en sus sueños prorumpia en aquellas exclamaciones, la despertaba diciéndole: «Señora, no tengais cuidado; estoy á vuestro lado y velo por vos.» En fin, la noche que precedió al día de su alumbramiento, fué tan grande aquel terror, que la reina mandó salir á todos los que estaban en la habitacion. En seguida, quedándose sola con el anciano caballero, se bajó de su lecho y se arrojó ante él de rodillas pidiéndole la concediese una gracia: el caballero lo ofreció al punto bajo juramento, debiéndole como muger galantería y como reina obediencia. Entonces le dijo Margarita de Provenza: «Señor caballero, yo os requiero, por la fé que me habeis jurado, para que si los sarracenos se apoderan de esta ciudad, me corteis la cabeza antes que se apoderen de mí.» Y el caballero respondió: «Con toda mi voluntad lo haré, señora, porque ya tenia pensado hacerlo sin que vos me lo pidiéreis, si lo que temeis sucediera.»

Al día siguiente la reina dió á luz un hijo, á quien se puso de nombre Juan, y por sobrenombre Tristan, en memoria de haber venido al mundo en medio de la tristeza y la miseria.

Acababa apenas de terminar su alumbramiento, cuando fueron á decirle que los caballeros de Pisa y Génova, que tenian sus bagages en el puerto, querian huir y abandonar á Damietta. Abandonar á Damietta era abandonar al rey. Damietta era el único rescate que Luis podia ofrecer por su persona; Damietta era, pues, la única esperanza de la cristiandad. En consecuencia, envió á suplicar á los caballeros pisanos y genoveses fuesen á hablarla, y mandó á los chambelanes, á pesar del estado de postracion en que se hallaba, los introdujesen en su cámara. En cuanto los vió, se incorporó sobre su lecho, y tendiéndoles la mano: «Señores, dijo, en nombre de Dios, os suplico no abandoneis esta ciudad porque si lo hiciéreis á pesar de mis súplicas, bien sabeis que serian perdidos; y si no lo haceis por él, no siendo vuestro señor ni soberano, en nombre de la Virgen y del niño Jesus, hacedlo por la

pobre muger y el pobre niño que teneis en vuestra presencia yaciendo en el lecho.» Todos le respondieron que era imposible permaneciesen allí mas tiempo, porque se morian de hambre. Mandó entonces la reina que le llevasen un cofre lleno de oro; le abrió ante ellos, y les dijo que iba á mandar comprar todo el pan y las carnes que habia en la ciudad, de modo que en lo sucesivo serian mantenidos á costa del rey. Mediante esta promesa, permanecieron en la ciudad, y el cumplir su oferta costó á la reina 370,000 libras. No era comprar demasiado cara la posesion de Damietta.

Por la noche apareció al Occidente una multitud de hombres armados que se dirigian hácia la ciudad. A medida que se aproximaban, reconocianse los arneses, las armaduras, y las banderas de los cristianos. Sin embargo, como habia algo de extraordinario en el modo como avanzaban y en el silencio que guardaban al aproximarse, mandó el gobernador cerrar las puertas, y á los soldados que subiesen á las murallas. En efecto, en sus atezados rostros y largas barbas conoció al punto la astucia Olivier de Thermes. Los musulmanes, cubiertos con armaduras cristianas y marchando bajo las santas enseñas, habian tenido esperanza de sorprender la ciudad; pero viéndose reconocidos ó descubiertos, no intentaron siquiera proseguir en su intencion y se retiraron sin combatir. El mal éxito de aquella treta produjo un resultado satisfactorio, puesto que probó á los infieles que aunque los cristianos sabian la captura de su rey, no se habian por eso amilanado y continuaban siempre dispuestos á defenderse.

No obstante, Touran-Chah pensaba sacar partido de su victoria, y comenzaba á comprender que teniendo en sus manos la fortuna de la Francia, debia apreciarla en todo su valor; habia calculado, no por humanidad, sino por avaricia, que aquellos á quienes se diese muerte no pagarian rescate, y habia dado orden de que no se matase mas que á los pobres de quienes no se podia esperar rescate, y que se conservasen los caballeros. Supo entonces el rey que algunos de estos, deseosos de salir de manos de los infieles, habian entablado ya negociaciones particulares; al punto mandó prohibir á cualquiera que fuese, aun á sus hermanos, ajustar ningun trato, diciendo que trataria por ellos, y que despues de haber negociado por todos, trabajaria por sí; él habia llevado el ejército á Egipto, añadia, y por tanto á él correspondia sacarlo de allí. Vió, pues, el soldan que tenia que entenderse con el rey; y sea que quisiese disponerle bien á su favor, ó que realmente le hubiera entusiasmado su valor, envió á Luis cincuenta vestidos magníficos, que el rey se negó á admitir, diciendo que era soberano de un reino mas rico que el Egipto, y que por consiguiente le correspondia dar y no recibir. Entonces Touran-

Chah, habiendo sabido que la reina habia dado á luz un hijo en Damietta, hizo partir una embajada con encargo de ofrecer á la madre ricos presentes, y una cuna de oro á su hijo. Al principio quiso rehusar; pero se acordó de los regalos de los reyes Magos, que eran infieles como el soldan, y en memoria del Divino Niño y su Santa Madre, aceptó.

Comenzó ya el soldan á encaminarse á su objeto, y mandó le preguntasen á Luis si queria volverle Damietta y las poblaciones que los cruzados tenian en Palestina, ofreciéndole que entonces saldria libre. Mas el rey respondió que Damietta era suya, en verdad, puesto que Nuestro Señor habia permitido la conquistase de los infieles; pero que no tenia ningun derecho sobre las demas ciudades de la Judea. El soldan volvió á dirigirse al rey. Los nuevos mensajeros llevaban encargo de preguntarle si queria por su rescate devolver Damietta y los castillos de Rodas y del Temple. Y el rey contestó que no podia hacerlo, porque el hecho seria un ataque al juramento acostumbrado, puesto que los castellanos y gobernadores de aquellas fortalezas juraban á Dios Nuestro Señor no entregarlas á los sarracenos por el rescate del cuerpo de hombre alguno, aunque fuese este el del rey. Los enviados volvieron á llevar esta respuesta á Touran-Chah.

Entonces fué un emir con soldados; esta vez no era ya portador de proposiciones, sino de amenazas; los embajadores habian cedido su puesto á los verdugos; llevaban la mision de anunciar al rey que como se habia negado á todo acomodo, habia decidido el soldan ponerle á tormento hasta que el dolor hubiese obtenido de él lo que no podia obtener la persuasion. Y Luis respondió que era el prisionero del soldan, que éste podia hacer de él lo que quisiera, y que cualquier dolor y afliccion que le fueran enviados por Nuestro Señor Jesucristo, lo sufriria con gusto, puesto que venia en su nombre.

Entonces volvió á comenzar la matanza. Los caballeros se alojaban en pabellones, y los soldados y los criados en un inmenso patio; estos últimos, á quienes se habia reconocido al punto por gentes de poco valer, habian sido hacinados á granel entre paredes de tierra, donde nada les libraba del ardor del sol, y donde nadie se cuidaba de darles sustento. Y sin embargo, no eran las enfermedades y el hambre las que mas víctimas hacian; era, si, el capricho del soldan; todas las noches se hacian salir algunos centenares de ellos; los llevaban orilla del rio, donde les esperaba un peloton de verdugos, y allí les preguntaban si querian renegar; los que lo hacian salvaban la vida; los que se negaban á cometer una apostasia, eran degollados y arrojados al Nilo; en seguida los arrastraba la corriente hácia Damietta, á donde llevaban terribles nuevas del ejército.

Los consejeros del soldan, que se compo-

nian de los que formaban la juvenil y voluptuosa corte que habia llevado consigo de la Mesopotamia, veian con temor aquellas dilaciones y aquella matanza. Todo lo que podia prolongar la permanencia de los cristianos en Oriente, los aterraba, porque conocian instintivamente que existia un odio oculto entre el emir, la milicia de los mamelucos, creada por el padre, que habian hecho toda aquella guerra, y el frivolo tropel de cortesanos del hijo, que habian llegado despues del combate, y muy á tiempo para participar de los despojos de los prisioneros á quienes no habian vencido, y de los cuerpos á quienes no habian dado muerte. Era, pues, importante que el soldan se desembarazase de un enemigo todavia tan poderoso, por mas que estuviese cautivo, á fin de afirmar su poder en el interior y comenzar verdaderamente su reinado. Enviáronse nuevos mensajeros á Luis; iban á ofrecerle su libertad, á condicion de que pagaria por su rescate quinientas mil libras. Pero Luis respondió que un rey de Francia no se rescataba por oro; que si tal era la voluntad del sultan, daria por su ejército las quinientas mil libras, y por él la ciudad de Damietta. Touran-Chah encontró tan digna la proposicion, que no quiso ser menos que su cautivo en generosidad, y exclamó cuando le comunicaron aquella respuesta: — ¡A fé mial liberal es el francés, puesto que no ha regateado sobre tan grande suma, antes bien otorga y paga todo lo que se le pide. Id á decirle que por su rescate acepto la ciudad de Damietta, y por el de sus gentes le rebajo cien mil escudos.

Terminado este acuerdo, hizo entrar el soldan al rey y sus barones en cuatro galeras, á fin de conducirlos á Damietta bajando por el rio. Llegada á Charescour, ancló la flota; Luis debia tener allí una entrevista con Touran-Chah; sea con este objeto, sea en honor de la victoria de Minich, se habia levantado orilla del rio un gran pabellon de madera de abeto, cubierto de lienzo pintado. Delante habia un vestibulo, donde los emires recibidos en audiencia por el soldan, dejaban sus espadas y sus bastones; tenia el pabellon, en el centro de las habitaciones divididas en cuatro alas, un gran patio cuadrado, en medio del que se elevaba una torre cuya plataforma sobresalia por encima de todas las azoteas inmediatas, y de lo alto de aquella torre distinguia el soldan todo el pais de los contornos y los dos ejércitos; además, por una bóveda enrejada cubierta con ricas telas de la India, comunicaba aquel pabellon con el Nilo, y aquel paso estaba reservado al jóven soldan para cuando queria ir á bañarse al rio.

Llegaron los cristianos ante aquel palacio improvisado el jueves antes de la fiesta de Nuestro Señor; así que llegó, fué el rey conducido á tierra y recibido por el soldan. Era este un jóven de buena presencia, de veinte y cuatro á veinte y cinco años de edad, de la

familia de los Eyubitas, de origen curdo, y último descendiente de la familia de Salah-Eddin, criado, como hemos dicho, lejos de su padre, quien habiendo subido al trono por usurpacion, habia temido le estuviera reservada la suerte que él habia deparado á su hermano. El jóven príncipe, en su destierro á las orillas del Eufrates, habia adquirido esos hábitos de molicie y abandono legados por los asirios á los pueblos que les han sucedido. Como hemos podido ver en sus diferentes relaciones con el rey, no carecia de cierta elevacion de carácter; pero se mostraba sin continuidad, sin direccion, por resplandores pasajeros y rápidos como el relámpago. La primera cosa que habia hecho al llegar al Cairo habia sido pedir cuentas á la sultana Cheger-Eddur de los tesoros de su padre, los cuales habia distribuido al punto entre sus favoritos, acto doblemente impolitico puesto que arruinaba el Estado por enriquecer á hombres que le eran inútiles, y descontentaba á los que acababan de salvar el Egipto en Mausourah. Estos, los mamelucos baharitas, formaban en aquella época una milicia de ochocientos caballeros, mandados por Bibars, que como dejamos espuesto, habia sido proclamado emir en el campo de batalla en reemplazo de Fakreddin. Pues bien, esta milicia, que se perpetuó hasta nuestros dias, que dispuso durante siete siglos de la vida de los diferentes sultanes que se sucedieron en Egipto, habia sido creada por Nedjin-Eddin, padre de Touran-Chah, un dia que en el sitio de Naplusa habia sido cobardemente abandonado por sus tropas y sostenido por los esclavos, turcos de origen, que le habian vendido unos mercaderes sirios. Reconocido á aquel valor y adhesion, que no tenia derecho á esperar de gentes compradas, los colmó de beneficios, los elevó á las primeras dignidades, y acabando á la sazón de edificar un palacio en la isla de Randah, les confió su custodia. Semejantes hombres eran temibles. Así, los mas prudentes consejeros del nuevo rey le recomendaban los tuviese contentos; pero él, jóven, sin experiencia de los hombres ni de las cosas, trasladado de repente y como por un furioso torbellino del destierro al trono, llegando á Egipto para ver sucumbir ante él el ejército mas aguerrido de la cristiandad, se reia de aquellos consejos, dados por lo general en medio de una orgia, y sacando su sable, hacia volar dando tajos el extremo de las velas que alumbraban el banquete; y decia por toda respuesta: «Así es como yo trataré á los esclavos baharitas.» Tal era el hombre que reinaba entonces en Egipto, y que disponia de los destinos del rey Luis y de los primeros príncipes y barones de la Francia. Mas, esclavo de su palabra, como digno hijo del Profeta, renovó con su real prisionero las condiciones fijadas, y quedó tambien convenido que el sábado siguiente, es decir, á los dos dias, el

rey entregaria á Damietta. Acordado este punto, Touran-Chah quiso se quedase Luis para asistir á una gran comida que daba el mismo día á los mamelucos; pero el rey, sospechando que aquella invitacion se le dirigia no para agasajarle sino para esponerle á la curiosidad de sus vencedores, rehusó, á pesar de las instancias del príncipe, y se volvió á su galera, llevando á los caballeros la feliz nueva de que estaban arreglados todos los puntos del tratado definitivamente, en los términos convenidos entre los enviados, y que el sábado siguiente estarian en libertad. Grande fué el regocijo que experimentaron todos los prisioneros, los cuales habiéndose visto tan cerca de la muerte ó de un eterno cautiverio, no podian creer en su libertad.

Por su parte Touran-Chah jamás habia estado tan orgulloso ni tan alegre: era señor absoluto del reino de Egipto, uno de los mas antiguos, de los mas hermosos y de los mas ricos de la tierra; gefe de un ejército tan valiente, que acababa de vencer un ejército, cuyo choque ninguna nacion lo habia experimentado sin estremecerse. En fin, á los tesoros de su padre, que le habia entregado la sultana, iba á añadir cuatrocientos mil escudos de oro que debia pagarle el rey. Era una obra maravillosa de encantamiento, era un cuento de las *Mil y una Noches* digno de adicionarse á los cuentos árabes mas inverosímiles y adornados de imágenes mas doradas.

Un soplo derribó aquella Babel, que al caer aplastó á Touran-Chah bajo sus escombros.

Mientras la comida no habia observado el soldan las conversaciones en voz baja de los mamelucos y las miradas que se cambiaban entre los convidados. Cuando llegó el momento de dejar la sala del convite, levantóse el soldan vacilante y pidió á Bibars su sable, que habia dejado al entrar en la habitacion: mas como el emir no obedecia, Touran-Chah repitió su orden con voz imperiosa. En aquel momento desenvaina Bibars su sable y tirando una cuchillada al soldan que tenia el brazo estendido hácia él, le hendió la mano entre el tercero y cuarto dedo. El soldan que recibió aquella profunda herida, levantó su mano ensangrentada, y volviéndose hácia los demas emires: «¡A mí! exclamó, ¡a mí! ya veis que se me quiere asesinar.» Pero estos desenvainando tambien sus sables, le respondieron: «No hacemos contigo mas que lo que tú querias hacer con nosotros; y mas vale que tú mueras, tú que eres un cobarde, que nosotros que somos valientes.» Entonces Touran-Chah vió que no era una venganza individual, sino una revolucion general. Se precipitó en la escalera, ganó la torre que se elevaba en medio del patio, y cerró las puertas tras de sí. Bibars temiendo que el resto del ejército fuese al socorro del soldan, menos acaso todavía por amor hácia él que impulsados por

aquel odio instintivo de los soldados á los cuerpos privilegiados, salió del pabellon, y dirigiéndose á los caballeros sarracenos y á los árabes les anunció que Damietta estaba tomada, y les mandó á nombre del soldan que fuesen allá para precederles. Los guerreros sarracenos y los soldados árabes no sospecharon la estratagemá, y montando á caballo, lanzáronse todos á cual mas corria. Quedaron solos los mamelucos.

Los cristianos aterrados por aquella rápida carrera, y creyendo que la noticia de la toma de Damietta era cierta, presenciaron un extraño espectáculo. Apenas desapareció el ejército, fueron derribados como por encanto los pabellones que rodeaban la torre, dejando al descubierto á toda la milicia de los mamelucos amenazadores y armados. A una de las ventanas de aquella torre estaba el soldan, agitando su ensangrentada mano y pidiendo gracia. Comenzaron entonces los cristianos á comprender que una de esas revoluciones militares, tan comunes en Oriente, iba á tener su desenlace á su vista.

El soldan suplicaba é imploraba siempre, y Bibars convertido á su vez en señor, le mandaba que bajase; pero Touran-Chah no queria hacerlo sir que los emires le prometiesen salvarle la vida. Entonces, juzgando inútil tomar aquella torre, en que temian encontrar algunos soldados fieles dispuestos á defender al sultan, los sublevados formaron un semicírculo que encerraba la torre entre ellos y el Nilo, y lanzaron sobre el último asilo del desventurado soldan una lluvia de flechas ardiendo. Los cruzados colocados en medio del rio, no perdieron ninguno de los detalles de la escena. La torre, como hemos dicho, era de madera y tela pintada; se encendió en todos los puntos atacados por el fuego griego con espantosa rapidez; en un momento se encontró el soldan rodeado de llamas; la torre se quemaba á la vez por la base y el remate; las llamas subian y bajaban, amenazando unir-se. Touran-Chah, amenazado á la vez por encima de su cabeza y bajo sus pies, monta sobre el quicio de la ventana, donde parece vacilante al verse suspendido; en seguida llegando el incendio á pocos pasos de él, yendo á tocarle, se lanzó de la altura de veinte pies, y habiendo caido sin hacerse daño alguno, se precipitó hácia el Nilo, no quedándole otra esperanza de socorro que esperar sino de los prisioneros, á quienes todavía amenazaba la víspera con una eterna cautividad ó la muerte.

Bibars vió su intencion y se lanzó en su persecucion: antes que llegase al rio le alcanzó y le dió otra cuchillada en el costado; Touran-Chah continuó, sin embargo, corriendo, se arrojó en el Nilo y se puso á nadar hácia las galeras. Todos los cristianos estaban fijos en aquella odiosa lucha; instintiva y generosamente escitaban á los fugitivos con sus gritos, y ya creia el soldan haberse salvado,

cuando Bibars y los otros seis mamelucos, quitándose sus vestidos, se lanzaron en su persecucion con el puñal entre los dientes. Touran-Chah, aunque debilitado por sus dos heridas, hacian inauditos esfuerzos para librarse de ellos; pero como al separarse de la orilla la corriente era mas rápida, su vestido detuvo sus movimientos. Alcanzaronle los asesinos, y á pesar de sus gritos y súplicas, le dieron sin piedad de puñaladas; en seguida arrastrándole á la playa, uno de los emires, llamado Fares-Eddin-Octai, le abrió el pecho, sacó de él el corazon vertiendo sangre; y mostrándole á los mamelucos:

—Aquí teneis, dijo, el corazon de un traidor; que sea comido por los perros y las aves.

Y le arrojó lejos, para que aquella sentencia tuviese su cumplimiento: nadie pensó en recogerle; y sin duda lo hicieron los animales carnívoros, segun los hombres habian decidido.

En seguida se metieron los gefes mamelucos precipitadamente en una lancña, y se hicieron llevar á las galeras de los prisioneros. Fares-Eddin-Octai, acompañado de dos ó tres hombres subió al buque que montaba Luis, y presentándose á él, con las manos ensangrentadas

—Rey de los francos, le dijo, ¿qué me darás por haberte librado de un enemigo que te hacia traicion, y que despues de haber recobrado de tu poder Damieta, te hubiera dado muerte?

Pero Luis no respondió, sea que no comprendiese lo que le decia el asesino, ó que el rey no quisiese aparecer que aprobaba el asesinato de otro rey. Entonces el emir, tomando aquel silencio por menosprecio, desenvainó el puñal con que acababa de abrir el pecho de Touran-Chah, y apoyando su punta sobre el costado izquierdo del rey

—Rey de los francos, le dice, ¿no comprendes que soy dueño de tu persona?

Luis se cruza de brazos y sonrie desdeñosamente. La cólera sube como una llamarada al rostro del asesino.

—Rey de los francos, esclama con una voz alterada por la cólera, hazme caballero, ó eres muerto.

—Hazte cristiano, le respondió el rey, y te haré caballero.

Sea que Octai no tuviese realmente malas intenciones contra su prisionero, sea que aquella serenidad le impusiese, nada respondió, volvió á envainar lentamente su puñal y marchó del navío.

Todo lo encontró en desórden en la galera de Joinville; los demas emires habian subido á ella dando voces y prorumpiendo en amenazas, con las espadas desnudas en sus manos y sus hachas de armas á la espalda. Preguntó entonces Joinville al caballero Beaudoin d' Ibelin, que entendia el idioma de los sarracenos,

qué querian aquellas furias. El caballero respondió que iban á cortar la cabeza á los prisioneros, si se habia de creer lo que decian. Volvió el rostro Joinville y vió un grupo de los suyos que se confesaban todos con un religioso de la Trinidad: esto le confirmó la verdad de lo que acababa de anunciarle Beaudoin; pero como no recordaba haber cometido ningun pecado, se arrodilló ante un mameluco, y tendiendo el cuello, hizo la señal de la cruz, y resuelto á seguir su suerte, dijo solamente: «Asi murió Santa Inés.» Cuando estaba arrodillado, el caballero Guy d' Helin, condestable de Chipre, que estaba en la misma postura, como él esperando la muerte, le suplicó tuviese á bien recibir su confesion. Joinville consintió en ello, y cuando hubo concluido, le dió la absolucion que podia darle; pero de todo lo que habia oido, el mismo buen senescal confiesa que no recordó ni una palabra en cuanto se levantó. En este momento fué cuando Octai apareció y mandó que no se descargara ni un solo sablazo, hachazo ó puñalada. Obedecieron los mamelucos, y retirándose los cristianos todos juntos, y agrupados como un rebaño de carneros, hácia la popa de su galera, tuvieron consejo en la proa los infieles; en seguida tomada una determinacion, volvieron á entrar en su barca y se hicieron conducir al navío del rey.

Esta vez su modo de abordarle fué muy diferente; subieron silenciosos sobre el puente y se presentaron respetuosamente á Luis; dijéronle que nada sucedia sino por sentencia de Dios, que cuando deseaba se verificase un acontecimiento, preparaba de antemano las causas; que era, pues, preciso, que los cristianos olvidasen lo que acababa de pasar á su vista; que lo que se habia hecho, hecho estaba, y la única cosa que los mamelucos exigian del rey, era el cumplimiento del tratado ajustado con el soldan. Respondió el rey que estaba dispuesto á cumplirle; pero recordaron los mamelucos entonces que el juramento del rey habia sido hecho á Touran-Chah, y no á su sucesor; de modo que era preciso renovar aquellas promesas. El rey consintió en ello, y de una y otra parte se nombraron negociadores que redactasen la fórmula del nuevo convenio.

Estipulóse que los juramentos que debian prestar los mamelucos serian en número de tres y concebidos en estos términos:

El primero, que si no cumplieran al rey sus convenios y promesas, querian ser infamados y deshonorados, al modo del musulman que á causa de sus pecados, es condenado á hacer con la cabeza descubierta la peregrinacion á la Meca.

El segundo, que si no cumplieran sus convenios y promesas, querian ser infamados y deshonorados, al modo del musulman que, habiendo repudiado á su muger, la vuelve á tomar sin haber visto otro hombre acostado con ella y en su lecho.

El tercero, que si no cumplian sus convenciones y promesas, consentian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que come carne de cerdo.

Los emires hicieron los juramentos pedidos; en seguida, presentaron á su vez por escrito los que debian ser pronunciados por el rey; eran des: habian sido redactados por apóstatas. Hélos aqui:

El primero, que si el rey no cumplia sus promesas y convenios, consentia en ser separado para siempre de la compañía de Dios, de su digna madre, de los doce apóstoles, y de todos los demas santos y santas del paraíso.

El segundo, que si el rey no cumplia sus promesas y convenios, seria reputado perjuro como el cristiano que ha renegado de su Dios, su bautismo y su ley, y que, ultrajando á Dios, escupe la cruz y la pisotea.

Luis respondió á los enviados de los emires que estaba dispuesto á pronunciar el primer juramento, pero que ningun poder humano le haria jurar el segundo, que era una blasfemia.

Al oír esta respuesta se levantó gran tumulto en el consejo; porque todos esclamaron á la vez que ellos habian jurado todo lo que el rey habia querido, mientras á su vez el rey se negaba á prestar el juramento que habia prometido hacer. Uno de los enviados dijo entonces que sabia bien de donde provenia el obstáculo y la vacilacion, y que era, no del rey, sino del patriarca de Jerusalem, su consejero. Entraron de nuevo los emires en una barca, y por tercera vez fueron al buque de Luis. Encontráronle como siempre firme y tranquilo, por mas amenazas que le hicieron; en seguida, viendo que nada podia quebrantar su constancia, y creyendo como lo habia dicho el enviado, que el patriarca de Jerusalem era el que le daba aquella firmeza con sus consejos, se apoderaron del prelado, y á pesar de ser un bondadoso y venerable anciano de ochenta y seis años, le sujetaron á una viga, y á presencia del rey le ataron las manos con una cuerda, con tal fuerza, que sus manos se hincharon y la sangre brotó por sus poros. Pero el martirio de los demas no pudo tener influencia sobre el que estaba dispuesto á sufrirlo, y á pesar de que el patriarca vencido por el dolor le gritaba: «Jurad, señor, jurad libremente, yo tomo el pecado sobre mí y sobre mi alma,» el rey respondió que mas valia morir como buen cristiano, que vivir con la ira de Dios y su madre. En fin, viendo los musulmanes que el anciano se habia desmayado y Luis no queria jurar, le desataron, y dijeron, que se contentarian con la palabra del rey; mas que de seguro era el cristiano mas altivo y tenaz que se habia visto jamás en Oriente.

Aquella misma noche envió Luis un mensajero á la reina; la ordenaba marchar á Aix inmediatamente, porque Damietta debia ser entregada de allí á dos dias. Margarita recibió el

mensaje, doliente y postrada en el lecho á consecuencia del parto; mas al punto se levantó, prefiriendo arriesgar su vida al horror de verse, aunque no fuese sino un momento, á merced de los infieles; de modo que, cuando el rey llegó el dia siguiente al pabellon que habia hecho levantar á corta distancia de las murallas, su muger y su hijo estaban ya en la mar, y por consecuencia en seguridad.

Damietta estaba ya libre; no quedaban en ella mas que los enfermos, que debian quedar en rehenes hasta que el rey, que pagaba al contado doscientas mil libras, es decir, la mitad de la suma convenida, hubiese enviado de Aix el resto de su rescate. Entraron los sarracenos al salir el sol en la ciudad, conducidos por el caballero Geoffroy de Sargines, quien entregó las llaves de la ciudad en manos de los almirantes; en seguida se comenzó á hacer el pago de las 200,000 libras.

Verificábase esta operacion al peso en balanzas; cada peso era de 40,000 libras. Duró este desde la mañana del sábado hasta el domingo á las tres de la tarde; y á fin de que las cosas se hiciesen de un modo leal, el rey habia asistido allí durante todo ese tiempo. Pesadas las últimas 40,000 libras, Luis volvió á entrar en su tienda y se ocupó de los preparativos de su partida. Iba á dejar la ribera, cuando Felipe de Monfort, que habia sido el encargado de entregar el dinero, le dijo que habia defraudado á los sarracenos en una balanza; entonces el rey, á pesar de las súplicas de su gente, que le veian con terror volverse á entregar á los infieles, entró otra vez en su tienda, hizo volver á abrir el cofre, y envió las diez mil libras.

Al dia siguiente, Luis, habiendo llenado fielmente sus promesas como rey y como cristiano, dejó con tres galeras y quinientos caballeros tan solo, aquella tierra de Egipto á que habia abordado con cien bageles, nueve mil quinientos caballeros, y ciento treinta mil infantes.

Diez y ocho años despues, un poeta árabe, llamado Ismael, habiendo sabido que Luis se preparaba á una segunda cruzada contra el Africa, hizo los versos siguientes:

«Francés, ¿ignoras que Tunez es la hermana del Cairo? Piensa en la suerte que te espera. En esa ciudad encontrarás la tumba en vez de la casa de Fakreddin-ben-Lokman, y los dos ángeles de la muerte, *Munkir* y *Nakir*, reemplazando al eunuco Sahid, irán á preguntarte quién es tu Señor, quién es tu Profeta.»

Luis partió para Tunez, y la prediccion del profeta se cumplió el 23 de agosto de 1270.

La casa de Fakreddin-ben-Lokman, que sirvió de prision á San Luis, existe todavía,

recibiendo su sombra de seculares palmeras, en la orilla izquierda del Nilo, al que magestuosamente domina; tres ventanas inmensas, que en lugar de vidrios tienen palillos torneados, engastados caprichosamente los unos en los otros, se hallan encima de una puerta redonda en su parte superior, la cual está adornada de piedras rojas y blancas alternadas; el ala izquierda de la casa está flanqueada de un edificio mas bajo que tiene una sola abertura cuya dimension no merece el nombre de ventana; esta es la modesta capilla en que el santo rey oraba: el emir, cediendo al piadoso escrúpulo de su prisionero, la hizo edificar, á fin de que Luis pudiese recitar sus oraciones en un lugar cuyo acceso estaba prohibido á los musulmanes. Hicimos alto un instante ante la consagrada casa; en seguida nuestros remeros volvieron á entonar con su aire indiferente los cánticos de la víspera, y la djerme voló impulsada doblemente por los remos y la corriente. La noche nos sorprendió sin detenernos; cuando despertamos, el cauce del rio era visiblemente mas ancho, y las blancas murallas de Damietta se nos presentaban por cima de la cortina de follage que costea el Nilo. Esta ciudad, situada dos leguas mas arriba que lo estaba la antigua, tiene el aspecto italiano: las casas son grandes y de bella apariencia; las que están orilla de los malecones tienen todas azoteas con verdes enrejados en su derredor, que producen el efecto mas agradable.

Apenas habiamos entrado en casa del vicescónsul de Francia, cuando Tonaleb, Bechara y nuestros fieles árabes, estaban con nosotros. Iban á tomar nuestras órdenes para conducirnos por El-Arich y el desierto hasta Jerusalem; pero la reciente esperiencia que teniamos del viage por agua, nos habia encantado de tal modo, nos parecia tan preferible aquel medio de transporte al que nos prometian los árabes, y nuestra opinion fué tan completamente adoptada por Mr. Linant y el vicescónsul, que se resolvió iríamos por mar hasta Jaffa.

Nos separamos de nuestros árabes como antiguos y verdaderos amigos, y no dejamos de sentir cierta opresion en el corazon cuando dirigimos la última mirada á nuestros dromedarios, los que arrodillados é inmóviles, vueltos hácia nosotros sus ojos de gacela, parecian protestar contra lo que deciamos de la rudeza de sus movimientos. No tardaron, sin embargo, en probarnos que no habian olvidado ninguna de sus gracias; se levantaron en dos tiempos, segun la clásica costumbre del desierto, y partieron con sus ginetes á un trocero capaz de sacar de los arzones á un coracero.

Inmediatamente se terminaron los preparativos para nuestra corta travesía; la djerme que habíamos fletado tenia próximamente veinte pies de longitud; tres marineros turcos la conducian, es decir, tres graves personajes exclusivamente ocupados en fumar en largas pipas excelente tabaco de la Takia.

A fin de aprovechar la brisa de la mañana para pasar el Boghaz (la embocadura del Nilo), dejamos á Damietta á las seis.

En el momento de partir se aproximó un turco al baron Taylor y le pidió hospitalidad para el pasaje hasta Jaffa. La alegría del pretendiente fué extrema cuando se le dijo que su demanda estaba concedida. Entró en el barco y se apresuró á preparar una pipa con el tabaco de nuestros marineros; en seguida, uniéndose al grupo se elevó de él al punto una columna de humo que podia hacer suponer á los que nos veian marchar así, sin ver á nadie en las maniobras, que marchábamos por el motor de algun nuevo vapor.

Las orillas del Nilo próximas á la embocadura son alegres y están plantadas de arrozales; los árboles son mas escasos á medida que se avanza; pero la configuracion de las riberas no cambia, sigue en una pendiente insensible hasta el mar; en algunos sitios tiene el rio tres cuartos de legua de ancho; en otros se estrecha hasta quedar reducido á un cuarto de legua; en la embocadura podrá tener, por cálculo á simple vista, como legua y media.

Las corrientes son rápidas, y el fondo lleno de rocas que salen á flor de agua, presenta las mayores dificultades. El patron de la djerme, indolentemente tendido, daba sus órdenes á los dos marineros; dos veces nos arrojó contra los escollos, y debo hacerle justicia, no demostró inquietarse lo mas mínimo por el peligro que corríamos. A las nueve estábamos en plena mar, deslizándonos sobre su tersa superficie impelidos por una fresca brisa que soplabá de tierra.

Era aquel el último adios del imperio de los Faraones, el último suspiro de aquel misterioso Egipto que muy pronto no dominaba ya el mar mas que con un delgado filete de verdura, semejante á una serpiente marina, que cuando llegó la noche desapareció en un cielo de púrpura y oro. Dirigimos nuestra vista hácia aquel punto resplandeciente, hasta que descendiendo el velo de la noche igualó todos los horizontes. Cesamos al fin de ver; pero nuestros ojos no se cerraron, teniéndonos en vela la ansiedad de la expectativa: al amanecer debíamos saludar la *Tierra Santa*.

ÍNDICE.

PARTE PRIMERA.

	PAGS.
I..... Alejandria.	4
II..... Los baños.	6
III.... Damanhour.	9
IV..... Navegacion por el Nilo.	12
V..... El Cairo.	16
VI..... El Cairo.	21
VII.... Mourad.—Las Pirámides.	26
VIII... Suleiman-el-Haleby.	30
IX.... Una visita al coronel Selves y á Clot-Bey.	34
X..... La ciudad de los califas.	39
XI.... Arabes y dromedarios.	43
XII... El desierto.	46

PARTE SEGUNDA.

	PAGS.
I..... El mar Rojo.	53
II..... El valle del Estravio.	57
III.... El convento del Sinai.	64
IV..... El monte Oreb.	71
V..... El khamsin.	80
VI..... El gobernador de Suez.	83
VII.... Damietta.	87
VIII... Mausourah.	94
IX.... La casa de Fakreddin-ben-Lok- man.	105